

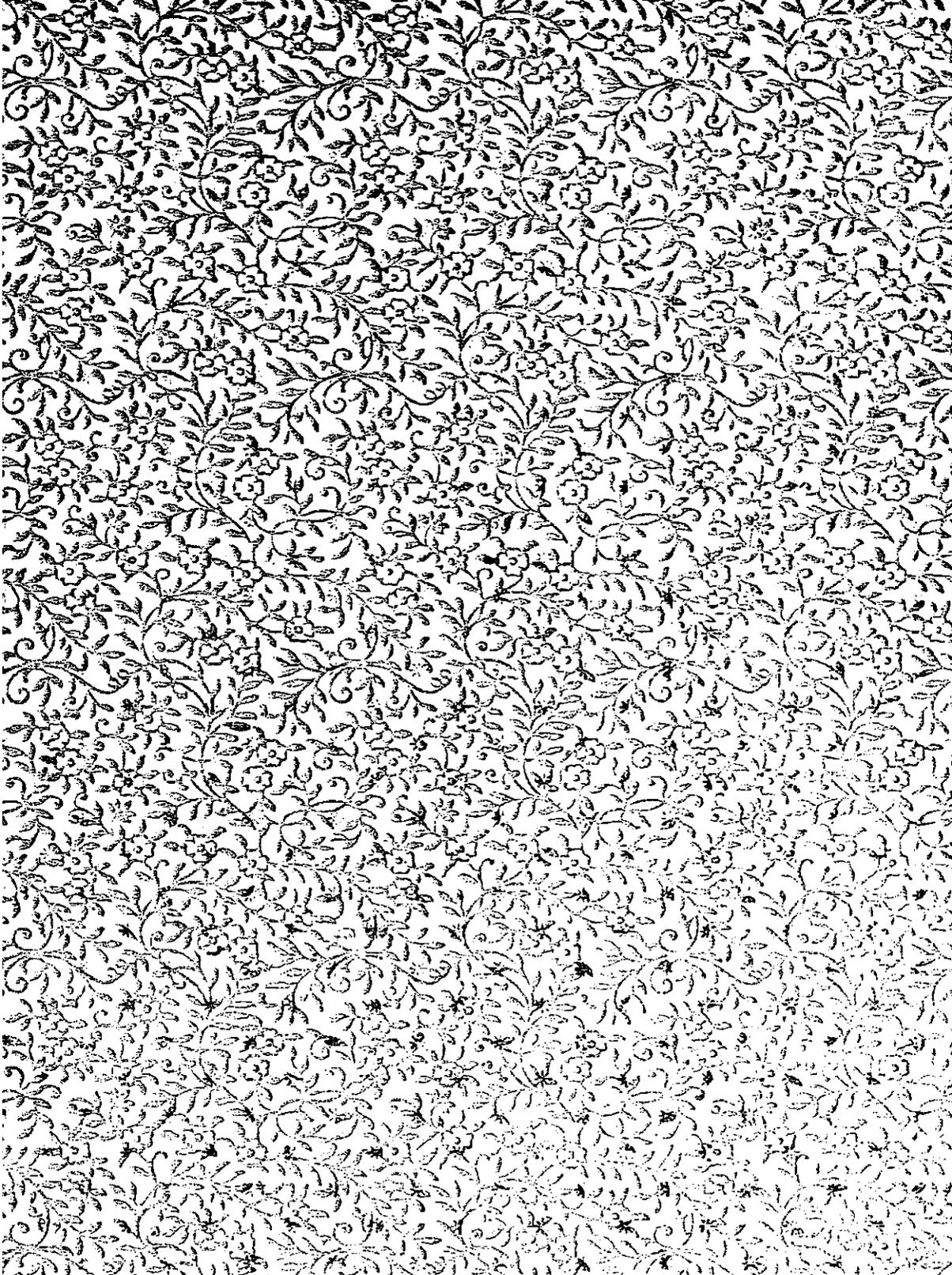
ALFONSO
MARIA
DEL CORRAL

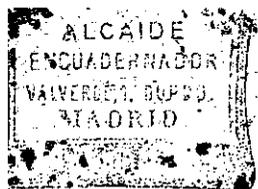
1948
Atenciones



1

66862





NOVELA HISTÓRICA

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

MARÍA DEL CORO

TOMA, SAQUEO Y DESTRUCCIÓN
DE LA CIUDAD DE SAN SEBASTIÁN
-- EL 31 DE AGOSTO DE 1813 --

 POR

PRAXEDES DIEGO ALTUNA

SAN SEBASTIAN
MARTÍN, MENA Y COMPAÑÍA, IMPRESORES
1913

37587

sea los efectos de la
Propiedad Intelectual
Paredes Diego Alon

MARÍA DEL CORO

NOVELA HISTÓRICA

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

MARÍA DEL CORO



TOMA, SAQUEO Y DESTRUCCIÓN
DE LA CIUDAD DE SAN SEBASTIÁN
-- EL 31 DE AGOSTO DE 1813 --

POR

PRÁXEDES DIEGO ALTUNA

SAN SEBASTIAN

MARTÍN, MENA Y COMPAÑÍA, IMPRESORES

1913

«...porque lo que se busca, en una palabra, es que reaparezcan aquí aquellas generaciones con los mismos cuerpos y almas que tuvieron». *Pereda*. A mis contemporáneos de Santander que aún vivan. SOTILEZA.

María del Coro

NOVELA HISTÓRICA

escrita expresamente para el Concurso Literario abierto por la Junta del Centenario del XXXI de Agosto de MDCCCXIII y del Cincuentenario del derribo de las murallas y conforme á las bases publicadas.

LEMA:

«...porque lo que se busca, en una palabra, es que reaparezcan aquí aquellas generaciones con los mismos cuerpos y almas que tuvieron». *Pereda*. A mis contemporáneos de Santander que aún vivan. SOTILEZA.

Al Excelentísimo Ayuntamiento

de la

Ciudad de San Sebastián

como donostiarra, como literato,

como exconcejal, como bibliotecario,

Dedica esta obra

EL AUTOR,

Práxedes Diego Alluna



PRÓLOGO

Excelentísimo Ayuntamiento de la Ciudad
de San Sebastián.

Excmo. Sr.: Hay días gozosos en la vida como hay días tristísimos; y hoy el que suscribe se complace en uno de aquellos que ensanchan el alma y la engrandecen por encima de sus dolores.

En composición poética, salida de lo más íntimo del alma allá en Ormaíztegui, adonde fui buscando salud para mi cuerpo empobrecido y sosiego para mi espíritu perturbado, decía dirigiéndome á la Naturaleza:

«La injusticia social que me consume
Piadosa, tú, repara;
Y que muera al chocar en estas verdes
Quietísimas montañas».

Huí de los hombres, pero hoy buscándolos vengo; vengo buscando á todos mis queridos conciudadanos y á la altísima representación de V. E., en la que veo á mi querido pueblo natal, no sólo en el momento presente, en todo su pasado honroso y en todo su futuro por mi deseado lleno de prosperidades y de bienes.

Muy lejos estaba de sentir estímulos que me impulsaran á la producción artística: en mis sueños de una sociedad más perfecta que la actual; en mis aspiraciones á otra de más generosidades que egoismos, de más justicias que iniquidades, de más amores que odios, me sentía—hablo siempre en mi opinión, Excmo. Sr.—lanzado de círculos y hasta de relaciones particulares en fuerza centrífuga irresistible para un individuo solo y carente de medios; y golpes tan tremendos y repetidos abrieron ante mí un campo sombrío y me infundieron el negativo pensamiento de creer que laboraba ya en la obra social mucho mejor que con la palabra con el silencio y mucho mejor que con la acción con la omisión de todo acto.

Pero de este estado de ánimo, con argumentos convincentes y con frases agudísimas, salvóme un hombre de gran cultura, que ha respirado muchos años aires de fuera y que aún hoy mira al exterior en sus justamente celebradas crónicas de *La Voz de Guipúzcoa* bajo el pseudónimo *Frantonio*; quien peleó para vencer mis resistencias, me ayudó en los tanteos de un terreno para mí nuevo y se comprometió, sin que ni esto pudiera efectuarse por la premura del tiempo, mucho más premioso para quien dentro de él sufrió accidentes graves y padeció irreparables desgracias (1), á leer la obra que el autor no podía leer, para hacerme notar las faltas de estilo en que pudiera haber incurrido en mi labor precipitada.

Rendido este debido tributo, este público testimonio de gratitud á quien por tantos títulos lo merece, entro en el objeto de mi reverente y cariñosísima súplica, cual es que al imprimir mi libro

(1) Un formidable batacazo, del que aún cojeo, y la muerte de mi hija, que se ha llevado todos los encantos de la vida.

MARÍA DEL CORO honre V. E. su primera página, otorgándome, del tesoro inagotable de sus bondades, la merced de estampar su nombre y la expresión de mis sentimientos en la siguiente forma:

*« Al Excelentísimo Ayuntamiento
de la
Ciudad de San Sebastián
como donostiarra, como literato,
como exconcejal, como bibliotecario,
Dedica esta obra
El Autor,
Práxedes Diego Altuna ».*

V. E. me comunicó con fecha 3 de los corrientes que el Ayuntamiento, en sesión celebrada el día anterior, aprobó el descargo emitido por la Comisión Histórico Literaria de la Junta del Centenario, por el cual mi obra MARÍA DEL CORO está indicada, entre otras composiciones literarias, con opción á premio, en el certamen verificado, otorgándole un *accésit* de 500 pesetas (1); y ateniéndome á este resultado, ya acatado por V. E., me presento con dicha obra premiada en concurso público y solemne por el poder social, á juicio y en rectitud, debe suponerse, del Jurado calificador, para que V. E. acceda á mi rogación anteriormente formulada; entrando ahora á desenvolver los conceptos enunciados en la dedicatoria, no para convencer ni para persuadir á la ilustre Corporación respecto al fondo de mi solicitud, sino, contando siempre con su venia, para propia satisfacción y contentamiento.

(1) Con otro *accésit* de 500 pesetas fué premiada la novela «1813» del comandante Munárriz (E. Munárriz Urtasun), y el premio de 1.500 pesetas fué concedido á *Margari ó el 31 de Agosto*, obra de don Vicente Ferraz Turmo, catedrático de literatura.

Como donostiarra.—Todos sienten dentro de sí el amor á su ciudad natal; aun separados muy niños de ella á otros lugares, conservan los hombres su recuerdo, el acento de las palabras, la modalidad del pensamiento, el sello oriundo de su carácter; y yo que he vivido la mitad de un siglo en mi pueblo; que no conozco ningún otro; que he sido monaguillo en sus parroquias, granuja en su playa y en su muelle, pelotari en los atrios, en los portales y en la plaza; que me he alegrado con sus campanas, sus sidrerías, sus mozas y sus fiestas; que he huído de la varilla de Bombon, del palo de Correcalles (1), de los cuernos del buey y de las pedradas de los de San Martín; que he sufrido aquí mis grandes sustos de niño con las grandes tonterías de los hombres, aquella noche de San Antonio (2) y aquella otra de la primera granada carlista; que he seguido á mi pueblo alegrándome con sus alegrías y entristeciéndome con sus tristezas... á quién mejor que al Excelentísimo Ayuntamiento de la ciudad puedo dedicar una obra que pretende desarrollar una de las mayores calamidades del pueblo, su destrucción por el ejército aliado en nuestra guerra de la Independencia?

Si esta obra fué empezada por empuje ajeno y al hacerla propia siguió en mi espíritu calentándose al ardor de la lucha en que estoy empeñado, fué purificada, Señor, hacia el final; el joven matrimonio y su hijo viven en la casa y habitación en que nació el autor que los ha creado; y al sobrevenirme el recuerdo de mi niñez, de mis padres... de todo lo que al hombre eleva y dignifica, mi pecho oprimido por la ternura despedía de sí

(1) Dos celadores que por apodo así eran llamados: Bombon y Correcalles.

(2) Insurrección de fuerzas armadas en pro de la república federal y en contra del Ayuntamiento; hubo tiros, pero á la mañana se restableció el orden.

la congoja con entrecortados suspiros y por mis mejillas corrían dulces y consoladoras lágrimas. Fué mi trabajo interrumpido varias veces; y más tarde reflexionando sobre esta impresión, comprendí que con mi niñez, con mis padres, con todo lo que eleva y dignifica al hombre, se mezclaba el amor acendrado á mi querido pueblo, al citar su calle de Embeltrán, número 3 y piso segundo. Recoja pues V. E. mis suspiros y mis lágrimas al aceptar la obra, que obra de donostiarra es, hecha con vivo amor.

En este mismo sentimiento, hondísimo y caluroso, está inspirada una oda poética que consagro á mi pueblo para la conmemoración del día nefasto 31 de Agosto. Al comenzar el año leí en el Círculo del Partido Republicano Radical mi discurso: *Centenario.—España en 1813*, con objeto principalmente de vulgarizar con sus detalles el hecho histórico; pero este discurso como otros anteriores, artículos de periódicos y hojas sueltas, aunque siempre inspirados en el mayor desinterés, ha de reconocerse que son parciales desde el punto de vista del criterio político; hora elevado á más altas esferas, dirigiré á mi pueblo el día centenario de su desgracia una canción, procurando hacerme intérprete y portavoz de los más nobles y delicados sentimientos, y será para mí goce inefable deber á mi destino que, pues aparecí constantemente armado de flechas, lleve en tal día las alas del amor y pueda volar con todos mis convecinos á las regiones del patrimonio común: «amor y libertad; paz y trabajo».

Voy á trasladar aquí la canción para que V. E. sea el primero en conocerla y la copio también para que ella demuestre una vez más lo que debe admitirse sin demostraciones, mi amor á mi pueblo natal.

¡31 DE AGOSTO!

¡Noche cruel! ¡Libidinosa noche!
 ¡Noche de borrachera y de pillaje!
 Aun al través del tiempo centenario,
 De la severa historia abierto el broche,
 Página de barbarie tan tremenda
 En todo el vecindario
 La santa indignación de nuevo enciende
 Contra toda ambición desenfrenada,
 Contra la mano airada,
 Contra todo tirano
 Y contra toda guerra,
 Para llamar hermano á nuestro hermano
 Y para que la paz brille en la tierra.

¡Cuán grande su trabajo al hombre muestra!
 En el laboratorio
 De la sabia natura, cuyas leyes
 Por entre los fenómenos descubre,
 Cada vez más su inteligencia adiestra;
 Enriquece el emporio
 De propios artefactos, con que cubre
 El suelo ensangrentado por los reyes
 En su afán de conquista;
 Pone el pie firme en la viril palestra;
 Centuplica la vista
 Seres pequeños contemplando y soles;
 Centuplica el oído
 Guardando en placas el veloz sonido;
 Y el mismo que se hunde en el subsuelo,
 Audaz navega por el ancho cielo.

¡Y es el mismo también...! ¡Vedle! Su mente,
 Antorcha, más que el sol, de luz tan clara,
 Desvanece el eclipse en cuyo cono
 La ruin maldad se activa diligente;
 Y no repara, no; ya no repara
 Que asesina inclemente
 Niño que lacta en el materno seno;
 Pura de todo encono
 Más allá virgen que brindaba amores;
 Acá trémulo anciano inofensivo;

XVII

Y ¡horror de los horrores!
Parte del cuerpo en la mujer sagrada,
El claustro del ser vivo,
Por bayoneta vil atravesada.

¡Y aún hubo más sin que llegara á tanto
En la noche de aquel último día
Del mes de Agosto el siglo diecinueve!
La soldadesca impía
Invade el templo santo
Y á repugnante escarnio lo remueve:
Allá en las naves do el creyente en siglos
Elevaba á los cielos su plegaria
Transportado en deliquios inefables,
Con risa loca y frase tabernaria
Irrumpen los vandálicos vestiglos;
El oro avaros buscan miserables;
Y del Sagrario en donde el pan del Cielo,
Que en sí contiene la mayor delicia,
Se reserva á alimento de los fieles,
Roban el sacro vaso en su impudicia;
Tal depósito esparcen por el suelo;
Y con ánimo osado
Ponen precio al copón en el mercado.

¡Pero no basta, no! Aún nuevos goces
A proseguir la destrucción incitan:
Algunos en silencio arden la casa
De la calle Mayor, y luego á voces
Con el ejemplo al camarada invitan;
De la primera á la siguiente pasa
El fuego asolador; ya lame el muro
Con chispas volanderas que crepitan
Y prenden los fronteros paredones;
Ya corona el alero del tejado,
O sale por ventanas y balcones
Del estrecho recinto aprisionado...
Y calcina las piedras; los maderos
Crujen, crujen, y caen las paredes,
Mientra aterrados huyen y ligeros
Los donostiarras de tranquilas sedes;
Densa humareda, en cuyo seno ondea
De Prometeo la robada llama,
Pesadamente por los aires sube;

XVIII

Y todo el pueblo es, á quien lo vea,
Abajo roja hoguera que se inflama;
Arriba, que no vuela, negra nube.

Mas ¿qué figura surge ante mis ojos
Del humo espeso en caprichosos giros
Que al par admiración causa y enojos?
Del alígero carro,
Que muertes siembra con certeros tiros,
El genio militar duro y bizarro
En la cúspide altivo se levanta;
En confusión inexplicable junta
El gorro frigio y la imperial corona;
Con su férrea planta
Pueblos varios inmensos apisona;
Sobre su hombro el águila altanera
Mira hacia la región en que el sol nace;
Y en torno á su bandera,
Do en inscribir victorias se complace,
Se agrupan generales, duques, reyes,
Oyendo al dictador trazar sus leyes.

«Yo soy el triunfador de Arcola, Jena,
De Austerlitz, Las Pirámides, Marengo...;
Fisé, cual Alejandro, siria arena,
Y, cual César, sumisa á Galia tengo.
Todo sujeto á la imperial coyunda
Veo, y á mi despótico albedrío;
Mi espada irresistible reinos funda;
No hay ley sobre mi ley; ya todo es mío.
A la superstición me ungió sagrado
Del orbe y Roma el sumo sacerdote;
Mi unión matrimonial rompí taimado
Y por la austriaca decoré mi mote.
En Vincennes la sangre principesca
Pagó al cesáreo manto su tributo;
Y toda Europa ardió como la yesca
Coligada al poder mío absoluto.
Sus fuerzas quebranté ya muchas veces;
Mas hoy de España salgo derrotado;
Tras de Moscou fatídicas negreces
Auguran el final de mi reinado.
¿Qué quedará de él...? Un nombre ilustre
Cual jamás otro alguno hubo en la guerra;

Pero quizás maldito del que frustré
 Su ilusión de la paz sobre la tierra.
 Yo la altura escalé y en el peldaño
 Del descenso mi pie ya tengo puesto;
 Hoy empiezo tal vez á ver mi engaño,
 Que una voz interior dice: «¡No es esto!
 Coronas... cetros... mantos... los honores
 Más altos, más preciados, más divinos,
 Conseguídos empero entre clamores
 Contra el tropel de pillos y asesinos.
 Campos ensangrentados de batalla...
 Ciudades entregadas al incendio...
 En vez del pan del pobre, la metralla...
 En vez de honor y gloria, vilipendio...»
 Dijo y desapareció.

Pero en un valle

De corto caserío,
 Zubieta, cuyo nombre hará que entalle
 Con su buril la Historia en letras de oro,
 Juntos en almo coro
 Los ciudadanos de empedrada calle
 Conservan el patriótico tesoro:
 Lágrimas surcan tristes la mejilla
 Al recuerdo terrible de la noche
 Con su estrago voraz, con su fiereza;
 Soportan resignados tal mancilla
 Sin que el menor reproche
 Enturbie de sus pechos la nobleza;
 Sobre lo material que se derrumba,
 Sienten igual catástrofe en remoto
 Pasado, y con seguros ojos miran
 Al porvenir ignoto;
 El munícipe lazo á un tiempo admiran,
 Que sobre aquella tumba
 Aprietan más para que más cautíve;
 Y afirman con su voto
 Esta verdad que por los aires zumba:
 «El pueblo pereció: la Ciudad vive...»

Y la mente de algún noble juntero
 De una sesión á otra
 En sueños entrevió la ciudad nueva
 Que con amor sobre la antigua empotra;
 Rápidamente eleva

Suntuosos edificios,
 Aún más hermosos que lo fueron antes,
 Con lujo destinados
 A privados y á públicos servicios;
 Crece el número, crece, de habitantes;
 Tira á cordel las calles; traza plazas;
 Y mira derribados
 Los altos muros que guarnecen fieros
 La ciudad contra firmes amenazas;
 Extiéndela en el campo que se abre
 Entre los dos linderos
 De río y mar hasta el lejano monte;
 Ahuyenta para siempre de la tierra
 La feroz, la implacable, la cruel guerra;
 Y en racional espléndido horizonte
 Contempla en paz las ciudadanas greyes,
 Cortesanas un día de sus reyes.

¡El sueño es realidad!

Donosti hermosa,
 San Sebastián querido, antigua Easo,
 Rincón en que nací y en donde espero
 Tras de mi humilde paso
 Por trabajosa vida, cuando muero,
 Cubrirme con tu tierra allá en mi fosa;
 Tú has sido con mi Dios y con mis padres
 Fuente de vida, amor de mis amores,
 Y en luchas bien reñidas,
 En que sufrí amarguísimos dolores,
 Bálsamo curatriz de mis heridas...
 Porque á tí consagré mi esfuerzo todo,
 Engañador jamás, quizá engañado,
 Acoge esta canción, pero de modo
 Que el malo sea bueno;
 Que el bueno sea en algo mejorado;
 Que el luto de este día
 Perdure eternamente
 Para la confusión del que en el cieno
 De la cruel barbarie se complace;
 Venga sana alegría
 A reanimar tu gente,
 Alabando sin fin al que el bien hace;
 Cayeron tus murallas,
 Y caigan, como aquellas, otras vallas

Que el vuelo del espíritu reprimen;
 Echemos toda vanidad abajo;
 Y arriba la bandera en que se imprimen:
 «AMOR Y LIBERTAD; PAZ Y TRABAJO...»

Esta poesía la dedico directamente al pueblo (1); á V. E. dedico mi novela *MARÍA DEL CORO* y suplícole, como donostiarra, que la acepte.

Como literato.—No olvido jamás, Señor, la gran participación que habéis tomado en mi cultura literaria; modesto empleado mi padre en vuestras oficinas, no podía por sí solo soportar los gastos de mi estancia en Madrid y de mis estudios en la Universidad y se dirigió á V. E. impetrando su auxilio que le fué concedido. Así pude llegar á ser un titulado en la Facultad de Filosofía y Letras, á ser un literato, y únicamente en este sentido empleo el vocablo; así he podido ganarme mi pan dando lecciones á jóvenes estudiantes y sentarme como Auxiliar en varias Cátedras de nuestro Instituto provincial de segunda enseñanza; y así, por último, he llegado á cargo tan honroso como el de Director de la Biblioteca pública municipal que V. E. sostiene.

Y por esta cultura que en buena parte á V. E. debo, he dirigido periódicos, pronunciado discursos, recitado versos, representado comedias y trazado la primera novela, habiendo recorrido, y lo digo fuera de orgullos personales y de vanidades estúpidas, todo el campo literario.

Cuantas veces pude manifestarle mi gratitud, tantas expresé mi reconocimiento á tan señalado favor, pero nunca tuve ocasión tan propicia como

(1) Esta oda fué editada con grabados magníficos en colores, la ciudad en llamas, la nueva ciudad y los edificios más notables, por mi excelente amigo don Federico Alvarez, en su importante casa industrial Artes gráficas «Gutenfelder», y la hoja se distribuyó al pueblo el día 1.º de Septiembre.

la presente para declarar á V. E. directamente la viveza de mi afecto y el recuerdo imborrable de su munificencia, hoy que demandaba el poder social, para conmemorar hechos hondamente donostiaras, obras literarias y hoy que con tal asunto he podido componer mi novela histórica *MARÍA DEL CORO*. Suplícole, pues, á V. E., como literato, que la acepte.

Como exconcejal.—¡Cuán lejana y borrosa va apareciéndome aquella vida política en que tanto he militado! Mis intentos de constituir en la localidad el partido posibilista; mi dirección del diario conservador *La Unión Vascongada*, á que me llevó, jóven, un concepto cobarde de la vida, el deseo del trabajo, la necesidad de la recompensa, la brillantez del puesto, el afán de combate contra propios correligionarios en mi opinión poco sinceros y entusiastas, á que me llevó, en una palabra, todo menos mi criterio político; las inauguraciones de Círculos, los banquetes del 11 de Febrero, las luchas electorales, el triunfo de mi candidatura, mis proposiciones en el Ayuntamiento, mi excomunión del partido republicano de la localidad porque en mi calidad de Concejal bajé á la estación á recibir á SS. MM..... todo ello lo veo en este momento muy lejos de mí, lo oigo como voces casi apagadas que llegan desde la otra orilla, y sólo me acuerdo con el mismo entusiasmo que propuse de aquella rogación mía en que solicitaba que el Ayuntamiento declarase, como declaró, é hiciese entender al Gobierno de la Nación, pues éste en países constitucionalmente organizados debe vivir en el ambiente de la opinión pública, que la Ciudad deseaba que nuestro ejército se surtiese de ricos y de pobres, que el servicio militar fuese igualmente obligatorio para todos; y este entusiasmo que no pude explicarlo entonces, porque

los movimientos impulsivos del corazón se efectúan sin descubrir sus causas, pero que me lo expliqué más tarde y vengo á manifestarlo ahora, procedía, sin duda, de que ponía mi pensamiento en lo alto, no en la lucha de clases, no en los criterios políticos, en el amor al pueblo, para que se conociesen y se quisieran bien toda la vida los jóvenes donostiarras de diferente condición social. En este mismo sentimiento, Señor, está inspirada mi novela histórica MARÍA DEL CORO y suplícole, como exconcejal, que la acepte.

Como bibliotecario.—Al agolpárseme tantos recuerdos no puedo olvidar el agradecimiento de que me hallé embargado el día en que V. E. adscribió á mi nombre la Dirección de su Biblioteca pública municipal. Propuesto en voto particular contra el dictamen de la mayoría de una Comisión que se nombró al efecto, venció el voto al informe, hecho último que me compensó de muchas amarguras y de grandísimas tristezas, y ha llegado el momento de mostrar á la Excm.a Corporación, fuera y lejos de toda lucha, el reconocimiento purísimo de quien fué honrado con distinción tan honrosa.

En el desempeño del cargo no he tenido más que consideraciones y respetos del público en general, de la prensa y de los señores Concejales; y la misma Corporación va aprobando la dirección que imprimo á su instituto de cultura sin la menor observación de su parte.

Todo esto y el argumento, entre otros, de *Frantonio* que también el puesto que ocupaba me obligaba en algún aspecto á presentar algún trabajo para el concurso público, por el que, al convertirse en pensamiento propio que luego se apoderó de mí, descubrí con meridiana claridad que con estos trabajos se honra mucho más el cargo

que con otros menesteres más al alcance de cualquiera, y el material científico de que he podido disponer con la mayor libertad, me impulsan á acogerme á V. E. y á ofrecerle respetuosamente mi novela histórica MARÍA DEL CORO. Suplico, pues, á V. E., como bibliotecario, que la acepte.

Obra de amor mi MARÍA DEL CORO la pongo, Señor, bajo la altísima protección de V. E.; merced á ella auras del favor popular, al cabo de mis años y de mis esfuerzos, han soplado ya benignas en mi favor, pues los periódicos locales *El Pueblo Vasco* y *La Voz de Guipúzcoa* han honrado mi novela con la impresión de algunos trozos, acompañándose en el primero con mi retrato, que lo ha publicado también el semanario de la localidad *Novedades*; y vuelven á renacer en mí las esperanzas de un orden más elevado.

Laboremos todos, Señor, para que desaparezca de los labios españoles la terrible frase del «que el que no tiene padrino no se bautiza» y aquella otra que así se enuncia: «Trabajar, ¿y para qué?», procurando realizar en la medida de nuestras fuerzas el pensamiento de Gladstone de que el siglo xx es de los que trabajan; laboremos, Señor, para que la posición social se gane, no en los corrillos al sol, sino en los laboratorios á la sombra, ni por influencia de grandes y pequeños caciques, haciéndolo todo personal, sino por hechos sociales, discursos, novelas, obras científicas, fábricas, casas de comercio, granjas agrícolas..... haciéndolo todo impersonal y objetivo; laboremos, Señor, para salvar de la situación en que yacen tantos en este desgraciado país y á que parecen querer arrastrarnos aun á los más animosos, para que no se confundan el cielo con la tierra ó se distinga un huevo de otro, según las conveniencias de particulares y las cuestiones

de momento, y para que dejando de admirar demasiado á los que cortan el cupón, viven miserablemente en medio de sus riquezas y sofocan el respiro de todo espíritu fuerte, admiremos un poco más á los de alma soñadora, poetas, músicos, pintores, comerciantes atrevidos, banqueros arriesgados, agrícolas inovadores, hombres de empresas y de negocios; laboremos, Señor, finalmente, para que á las palabras de Masson «¿qué se debe á España?» victoriosamente refutadas por Menéndez y Pelayo, cuya muerte lloran las letras españolas, en el terreno de las eminencias, como hoy mismo en medio de la mediocridad actual puede descollar un médico, un literato, un músico..... á pesar del ambiente hostil que los rodea, no puedan añadir algunos nacionales dentro de su propio país, en su hermosa lengua y con visos de racional fundamento que los españoles venimos siendo los parásitos de la civilización.

Con estos fervorosos votos por la prosperidad y grandeza de mi querido pueblo, San Sebastián, y de mi idolatrada patria, España, y con los sentimientos anteriormente expresados, dedico mi obra *MARÍA DEL CORO* á V. E. y confiado en sus bondades, espero la resolución favorable á la presente solicitud.

Dios guarde á V. E. muchos años.

San Sebastián 15 de Julio de 1913.

PRÁXEDES DIEGO ALTUNA

RESOLUCIÓN DEL AYUNTAMIENTO

El Ayuntamiento de mi presidencia en sesión celebrada el día de ayer, aprobó el siguiente informe de su Comisión de Fomento, que dice así:

« Excmo. Sr.: Se ha enterado con sumo agrado y con vivo interés esta Comisión de Fomento de los dos atentos escritos que elevan á V. E. don Vicente Ferraz y don Práxedes Diego Altuna, autores de las obras premiadas en el último certamen literario celebrado en esta ciudad con motivo de las Fiestas del Centenario.—Dichas producciones literarias merecieron la más favorable acogida y hoy tratan de dedicarlas sus autores al Excmo. Ayuntamiento, queriendo así rendir un homenaje llevados sin duda del cariño y afecto que profesan á este pueblo, y reconociendo la importancia de esos trabajos así como el noble y generoso proceder de dichos señores, la Comisión de Fomento por su parte no puede menos de expresar el testimonio de su más profundo agradecimiento y á la vez tiene el honor de proponer á V. E. acuerde aceptar la dedicatoria que proponen, consignando en acta un cariñoso y sincero voto de gracias en favor de los señores Ferraz y Altuna ».

Lo que me complace en comunicar á Ud. para su conocimiento y satisfacción.

Dios guarde á Ud. muchos años.

San Sebastián 2 de Agosto de 1913.

El Alcalde-Presidente,

MARINO TABUYO

Sr. D. Práxedes Diego Altuna

SAN SEBASTIÁN

Solo me resta en este prólogo tocar el punto referente á la impresión material.

Fama es que los que nos dedicamos á las letras carecemos del peculio indispensable, muchas veces para vivir, cuanto más para la impresión de un libro voluminoso: mientras nos dedicamos á enterarnos de muchísimas cosas para hablar de algo con alguna discreción, se nos escapa la peseta por todas partes y llega desgraciadamente un día en que á las letras literarias reemplazan las letras comerciales, que nunca entendimos, forzándonos á cambiar de naturaleza.

Tampoco puede confiarse en la venta del libro editado: son ya muchos los que escriben, y algunos, por méritos propios ó por favores ajenos, atraen á la opinión, que no se va á ir tras el autor mediocre ó excelente, pero desconocido, el cual, como dije en cierta ocasión, se va á casa con todos sus ejemplares y llena un armario de regulares dimensiones.

Refreno en esta obra todo espíritu de crítica; quizás apareciera en algunos otros trabajos posteriores si como ha de advertir el menos avisado volviera á calentarse mi horno que no está para pasteles; pero por ahora nadie vea en lo dicho sino el fundamento de lo que se va á decir; esto es, que no me sentía animado á la publicación de mi novela histórica, por la escasez de recursos y por la poca confianza en la venta.

Sin embargo, el haberseme otorgado quinientas pesetas me puso en trance conmigo mismo de procurar la letra de imprenta, y con mi obra emprendí un viaje á Barcelona, de donde, habiendo visitado algunas casas, volví con el libro, que seguía ocupando el mismo rincón de la maleta en que se colocó, sin que mano alguna lo tocara en la ciudad condal, en la famosa Barcelona editorial.

Pero casi había agotado el inesperado ingreso entre los gastos inherentes á la presentación decorosa de mi trabajo al Jurado calificador y mis andanzas á la ciudad en que se imprimen libros (otros que el mío), de lo que se

contentó mucho Don Quijote, porque hasta entonces no había visto imprenta alguna; si algunas pesetas sobraron bien se me pueden adjudicar por las molestias del viaje y por los sinsabores del fracaso.

En esto se estaba cuando un amigo mío de los bien intencionados me preguntó acerca de mis miras ulteriores respecto á la novela; yo le dije lealmente mi sentir de guardarla inédita; pero él con protesta vivísima, salida de lo más hondo de su alma, me replicó que esto no podía ser, que la obra debía publicarse inmediatamente, que no la editaba á sus solas expensas por no aparecer quijote y por entender que habría otros señores que querrían concurrir á la empresa, y que debía provocarse una reunión de amigos á este efecto. Confundido y alborozado le contesté que no sólo no iba yo á cortar el vuelo de su espíritu, sino que me unía á él con todos mis entusiasmos y secundaba satisfechísimo su iniciativa, obligándome desde luego á hablar á algunos de mis amigos para la consecución de sus loables y desinteresados propósitos.

Porque yo que ando solo en la vida política y literaria, puedo decir á boca llena que tengo muchos y excelentes amigos en mis relaciones particulares; yo los he puesto alguna vez en la piedra de toque, yo he tenido que molestarlos por las necesidades de una vida trabajosa, pero los he hallado en su sitio. Y aun siendo muy delicada mi situación respecto á muchos que van á citarse, á ellos acudí con aquella iniciativa, acogida por todos con la mayor sinceridad y con el más fervoroso entusiasmo.

Otros habrá que con la misma buena fe y con igual fervor hubieran cooperado seguramente al fin de la publicación de esta obra: dénse por invitados y enunciados en los siguientes nombres, que trascribo con el mayor respeto, por sus títulos á la consideración social más distinguida, y con el mayor agradecimiento, por los señalados favores que de ellos continuamente recibo.

- D. Antonio Navarro.
- D. José Romero Sein.
- D. Manuel Lizasoain.
- D. Luis Romero Sein.
- D. Julio Gargallo.
- D. Paulino Inciarte.
- D. Germán Cendoya.
- D. Fabián Furundarena.
- D. Carlos Usandizaga.
- D. Antonio Albizu.
- D. Tomás Acha.
- D. Manuel Mercader.
- D. Manuel Bago.
- D. Federico Alvarez.
- D. Leonardo Moyua, Marqués de Roca-Verde.
- D. Ignacio Arana.
- D. Francisco Jornet.
- D. Hipólito Lobato.
- D. Daniel Echeverría.
- D. José Elósegui.
- D. Alberto Machimbarrena.
- D. José Pena.

A estos señores se debe, pues, la impresión del libro: reunidos todos, entre presentes y adheridos, en las oficinas del Comisario Regio del Consejo provincial de Fomento de Guipúzcoa, Excmo. Sr. D. José Romero, se llevó adelante la idea del iniciador, quien repitió sus palabras de no haber querido ir solo por creer, como no se había equivocado, que habría otros que concurrirían con él á tan laudable empresa; y á las cuales añadió que tanto iba á ella por su gran amistad con el autor como por verdadero patriotismo, pues sin conocer la novela podía afirmar seguramente que era obra de un donostiarra de corazón.

Y donostiarras de corazón son todos ellos: hombres de diferentes partidos políticos, conservadores, liberales monárquicos y republicanos, sin ninguna ligazón en este

terreno con el autor de la obra, el cual es en esos campos un solitario contra todos y contra todo; y hombres de elevadísima posición social, política y económica, mientras que el que esto escribe se pierde obscurecido en las últimas capas económicas, políticas y sociales, no tenemos otro lazo en esta empresa común que el afecto mutuo nacido en nuestros pechos al calor de la ciudad, de nuestra hermosa Donosti, de nuestro, cada día más, bien querido pueblo. ¡Gure Donosti zarra! ¡Gure Donosti berriya! ¡Beti Donostiguria! (1)

¡¡¡Viva San Sebastián!!!

PRÁXEDES DIEGO ALTUNA.

(1) ¡Nuestro San Sebastián viejo! ¡Nuestro San Sebastián nuevo!
¡Siempre San Sebastián nuestro!

MARÍA DEL CORO

—

CAPÍTULO I

La detención de Pello

Con varios días de anticipación se corría la noticia y como reguero de pólvora se difundía por la ciudad, las calles, las tiendas, los departamentos más ocultos, cuando estaba á la vista: el arribo de un buque de América. Y toda la gente al muelle.

Era poderosísima por estos tiempos y en esta ciudad de San Sebastián, pues nos hemos propuesto narrar las vicisitudes de una joven donostiarra en la época de su vida que comprende los años de 1808 á 1815, la Real Compañía de Caracas.

Se había constituido en esta ciudad á principios del siglo XVIII para transportar á la península los ricos productos de aquella tierra americana, café y cacao. Ocupaba un gran número de individuos en el despacho de sus asuntos, en el manejo de sus buques, allá en la explotación de sus riquezas. Casi no había en la ciudad, más que caso contado, nadie que de ella no dependiera. Y era verdaderamente religiosa: la reforma total, puede decirse la nueva construcción, del suntuoso templo de Santa María en el último tercio del siglo XVIII, fué costeada en su mayor parte por las espléndidas donaciones de la Compañía; así como tenían su *gaudeamus* (1) desde el prior hasta el último de los monagos, al arribo ó salida de estos buques, toca-

(1) *Gaudeamus*, latín, alegrémonos.

ran aquí ó en Cádiz, en las funciones de mucha cera que con tales motivos se ofrecían.

Acertaba, en esto al menos, el instinto popular. Venía formándose la opinión, por noticias confusas, por detalles al parecer insignificantes, de la posición del buque, de su marcha, de su proximidad...; cuando el día de llegada, y no el anterior, ya se veía desde muy de mañana discurrir por todos los ámbitos del puerto más gente que de costumbre: señoritos desocupados, chicuelos divertidos, hombres graves, y aquí y allá algún matrimonio como de paseo; cosa muy desusada en otros días ver mujer ninguna, sino la del mismo barrio, por el muelle.

Día clarísimo, con pocas y blancas nubes en un cielo jamás limpio de ellas, calmoso y bruñido el mar, fué aquél en que entró majestuoso el barco, dirigido por hábil práctico, en la bahía, con todos los paños en los palos y en las vergas de la grandiosa fragata, con todas las banderas y gallardetes que pudiera flamear en el día de su mayor fiesta. Saludos de tierra al buque y del buque á tierra, con sus boinas los hombres y las mujeres con sus pañuelos; gritos de entusiasmo henchidos; brazos en alto; lágrimas en muchos ojos; infinidad de lanchas junto á la nave, que lanzaba el ancla y, tras unos ligeros y graciosos movimientos de proa á popa y de babor á estribor, quedaba acostada hacia esta última banda; todo ello constituía un espectáculo inenarrable, pero honda y sinceramente simpático.

Y entre la multitud que contemplaba el magnífico cuadro, discurría, indiferente á él, nervioso, agitado, molestando á los espectadores, abriendo desmesuradamente los ojos y comiéndose el buque, Juanito, el hijo de la taberna Andre Joshepa (1), monago de San Vicente, que había muchas veces dado y recibido golpes para tomar el primero el cíngulo y ayudar á misa, por cuyo servicio ganaba

(1) Andre Joshepa, vascuence, Mujer Josefa, aquella palabra, mujer, en este sentido por señora respetable.

á lo menos un cuarto, cuando no dos, y hasta dos champones (1), que los dedicaba al juego y á sus licharrerías (2). ¡Ahí es nada que en aquel barco pudiera venir su tío Pello (3), el hermano de su madre, que siempre le traía alguna golosina de América, y además era muy bueno!

Iban las lanchas llegando al puerto con algunos viajeros, recibidos con calurosos abrazos de los que los esperaban y apretones de manos de sus conocidos; luego llegó una con el capitán y altos empleados, que habían ido al buque á darle la bienvenida, y, puesto el pie en tierra, caminaban apresuradamente hacia las oficinas para el arreglo de los negocios; y, por fin, se aproximaba otra lancha que parecía traer los últimos, alguna gente de la marinería.

Ya no se notaba movimiento ninguno por el lado del mar, y por el de tierra se había ido también despejando poco á poco todo aquel mundo que llenaba el muelle; pero Juanito, alentado por la esperanza, seguía firme al igual de aquellos lobos de mar, que, distanciados entre sí, puestos los codos sobre el muro, la cabeza apoyada en las manos y su pipa humeando en la boca, no apartaban los ojos de la gallarda fragata.

Pasábase el tiempo y Juanito decidió retirarse; cuando andando poco á poco y siempre con los ojos clavados en el buque, le pareció que de sus inmediaciones salía otra lancha en dirección al puerto. No lo veía bien, entre el deseo que le ofuscaba y el resplandor vivísimo de las aguas; pero retrocedió instintivamente al sitio que últimamente había ocupado más tiempo con carácter definitivo. Mejor hecha la vista desde aquel punto, se cercioró de que estaba en camino la lancha, y alentó la creencia de que en ella pudiera venir su tío.

Se aproxima el bote, y se oye un estentóreo ¡*osaba!* (4)

(1) Champones, del castellano local, plural de una moneda, el champón, de dos cuartos de real.

(2) Licharrerías, del castellano local, golosinas.

(3) Pello, vascuence, Pedro.

(4) *Osaba*, vascuence, tío.

que llena los aires; á cuya voz los que venían, mirándose unos á otros, van poniéndose de acuerdo y todos fijan sus ojos en el más viejo, cuya única señal de contestación á saludo tan ruidoso fué poner los suyos más alegres y una ligerísima sonrisa apenas perceptible.

Desde aquel grito continuó Juanito repitiendo maquinalmente, aunque en tonos de voz que gradualmente descendían, *josaba, osaba!* sin que éste al parecer parara en él su atención, entretenido en recoger su petate, otro envoltorio más y una jaula en que estaba encerrado un loro; con todo lo cual subió al muelle; dió uno de los líos al sobrino sin hablarle una palabra; y él, con el otro en la mano izquierda y en la derecha la jaula, echó á andar á paso largo seguido por el muchacho.

Entró por la ciudad y se dirigió al escritorio de la Compañía, á cuya puerta dejó el otro fardo al chico y con sola la jaula penetró en el recinto que para él, y otros como él, era lugar sagrado. A poco salió después de haber hecho entrega del pájaro parlante, obsequio del capitán á uno de los directores, cuya mujer los tenía en gran estima; y cogiendo bruscamente uno de los bártulos, se entró por entre calles en la de su hermana Andre Joshepa la taberna, que á la sazón estaba á la puerta de su establecimiento.

Dió ésta un grito:—¡Pello!—extendiendo los brazos y sacando el cuerpo afuera; y, al llegar á la tienda, le cogió el lío de la mano, sin que el mostrenco pareciera apercebirse de nada, aunque estamos seguros de que le bailaba dentro el alma desde la punta del cabello al mismísimo remate de la uña.

Saludó á alguna poca gente que estaba entonces en la taberna y pasó á la trastienda con su hermana, á quien le entregó una regular cantidad de patacones, pues era su administradora, y unos puros, regularcillos nada más, como obsequio á su marido.

Quitó las largas botas de mar, se puso unas alpargatas, y con el resto de la indumentaria el mismo, pantalón

de paño de color azul, elástica de algodón azul también y azul la boina, se sentó ante una mesa limpia y bien servida, de buena sopa y un potaje succulento, rociados con largos tragos de un vino excelente, que no se vendía en la tienda. Lo devoró todo con un apetito voraz, mientras Juanito, que lo contemplaba extasiado, le dirigía una tras otra preguntas y más preguntas del buque, del mar, de América..... sin que á nada contestara su tío, sino de tarde en tarde con alguna mirada simpática ó con alguna ligera inclinación de cabeza. «¿Está lejos América?» Cabezada y á engullir. «¿Han corrido ustedes algún temporal?» Una sonrisa y á beber.

Pero en cuanto concluyó con una sabrosísima chuleta y un poco de queso, empezó á charlotear con Juanito; y no bastándole su interlocutor, pasó á la tienda á hora en que era mayor la concurrencia y toda ella conocidísima, que quería saber de América, del buque, del mar..... de todo lo que menos le importaba en aquel momento á Pello, á quien le interesaban más las noticias de la ciudad, de sus gentes y de ausentes y muertos.

Algo atropelladamente se llevó el diálogo entre ellos, con mezcla de unas y otras cosas, cuando fué encauzándose á lo que Pello quería. Porque por muy de prisa que anduvo las calles, no dejó de chocarle el encuentro con varios soldados extranjeros y preguntó á qué se debía su presencia en la ciudad, á lo que contestaron que la ciudad estaba dominada por los franceses. Oír esto y pegar un puñetazo en el mostrador y verter dos ó tres copas de vino, todo fué uno en la exaltación de Pello, que insultó á los parroquianos de cobardes y de imbéciles.

Pudieron serenarle algo, diciéndole que así lo habían acordado en Madrid; que el gobernador de la Plaza había querido resistir la indicación de Murat formulada desde Bayona, pero que el Gobierno le había ordenado la entrega; y que llegaban noticias de que toda España se había levantado en armas contra los franceses.

—Bien, muy bien—dijo Pello—¿Conque nos quieren

dominar esos pícaros franceses? ¡A su tierra! Bastantes teníamos aquí de esa maldita ralea sin que vinieran á aumentarlos. ¿Y los amos, eh?

Pero, á vueltas con la idea de que estaban dominados por los franceses, vino á enojarse á tal punto que en nada estuvo el descargue de su furia en un pacífico contertulio, quien afirmaba con toda su buena fe no haber tenido participación ninguna en aquel asunto que tan desasosegado traía á Pello. Pudo librarse de una acometida, pero no así dos soldados que con la mayor prisa se dirigían al cuartel; atropello que trajo **la detención de Pello**, el disgusto de Andre Joshepa y los apuros de Juanito.

Es el caso que ya al anochecer salió Pello de la taberna con una caja de escogidos puros, que iba á llevarlos á casa de un gran protector de su familia, don Ramón, á quien el marino en ningún viaje de América olvidaba; y doblaba la calle de Iñigo-bajo á la de Narrica para dirigirse á la de Embeltrán, cuando da de bruces contra un soldado francés, que con otro colega apresuradamente hacia el cuartel se encaminaban, pues á tal menester habían dedicado los dominadores el Convento de San Telmo. Encaróse con él y empezó á increparle, mientras el soldado le pedía *pardon* (1); pero no pudiendo contenerse le dió un empujón formidable; acude á la defensa su compañero y por detrás le coge á Pello del brazo; mas éste se vuelve furioso y le suelta con el revés de la mano tal golpe que le hizo verter sangre de las narices. Rehechos de pronto los dos se abalanzan á Pello; y con ayuda de un oficial, que entonces por allí pasaba y cuya autoridad se impuso más al marino, fué sujetado y llevado entre ellos á los calabozos que en los sótanos de la Casa Consistorial tenían establecidos.

Yendo, pues, de esta manera y rodeado de alguna gente que había parado su atención en el suceso, aproximósele todo adolorado su sobrinillo, que con otros mucha-

(1) *Pardon*, francés, perdón.

chos de su edad se divertían en la plaza y habían acudido á enterarse de la causa de aquel agrupamiento; fijóse en él su tío y le entregó la caja para don Ramón con la orden de llevársela inmediatamente.

Hízolo así Juanito, como se lo había mandado, y quiso su suerte que se hallara en casa el mencionado señor, quien le hizo pasar adelante y supo, contado por el mozalbete, la situación de su tío y lo que había podido recoger del motivo de ella, «que había pegado á dos soldados franceses»; apresurándose don Ramón á vestirse, pues ya se había retirado por aquel día, y salir inmediatamente á visitar á Pello.

No le fué fácil cumplir su deseo; pero después de moverse bastante consiguió llegar por breves momentos al calabozo, dando gracias á Pello, más que por el obsequio agradecido, por el recuerdo emocionado, y lamentando su situación actual *por una tontería*. Contestóle Pello que él no podía ver á los franceses ni pintados; pero no se dió por convencido don Ramón, el cual le replicó que algo había de eso, pues antes también estuvo en trance apuradísimo por la misma causa; pero que mejor se explicaba el suceso por la condición general de todos los marineros, que no saben poner el pie en tierra sin entregarse á todos los excesos de comer, de beber, de gritar, de saltar, de insultar y de atropellar á las gentes, á causa, sin duda, de permanecer encerrados entre cuatro tablas durante largo tiempo, cercados de todas las privaciones y sujetos á rigurosa disciplina.

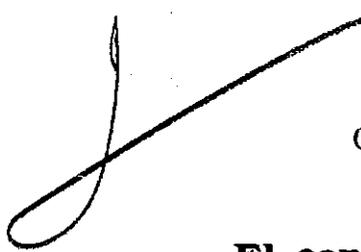
Pello defendió la clase y volvió á insistir en su odio al francés; mas tuvo que oír de don Ramón que se le notaba haber bebido en demasía y que, en cuanto al odio, no iba él solo á arreglar la nación en una bocacalle á morrada limpia. Inició Pello una contrarréplica; pero se la cortó don Ramón, diciéndole que ya le creía curado de sus exageraciones patrióteras, pues le había oído hablar bien de los franceses; y ésto sí que le sacó á Pello de sus casillas, contestándole bastante furioso que jamás había hablado bien

de ellos, excepto de Mr. (1) Delavigne y su señora, á quienes siempre había tenido en la mayor estimación.

Vino en esto un soldado mandando á don Ramón que se retirara y, al despedirse, luego de insistir una vez más en *la tontería* que había cometido, perjudicándose sin provecho ninguno y alarmando á su buena hermana, le prometió que haría cuanto en su mano estuviera para libertarle de la prisión lo antes posible.

(1) Mr., francés, abreviatura de Monsieur, mi señor, Señor.





CAPÍTULO II

El convencional Pinet

No era la primera vez que los franceses dominaban la ciudad de San Sebastián. Pello no sabía de historias más largas, pero conocía una de hacía unos trece años, en que estuvo á punto él mismo de ser víctima de sus furores de siempre contra el extranjero; el padre de Ramón le había salvado.

Vino años antes á estas tierras y sembró semilla revolucionaria un sujeto que, según el vigilante de la frontera, se llamaba Mr. Roberts Pierre, con grandes cantidades en las casas bancarias de Barcelona, San Sebastián y otras plazas, asignadas á su nombre, sonoro más tarde en la República francesa; y aunque perseguido muy de cerca, supo burlar toda persecución é internarse otra vez en Francia.

Esta ardía en pompa; los acontecimientos se precipitaban con velocidad vertiginosa; y el bondadoso Carlos IV, que había sido proclamado el mismo año de aquel estallido formidable, no sabía á quién confiarse de los excelentes ministros de su antecesor; ni al Conde de Florida-
blanca, que se había asustado de todo progreso en vista del avance de las reformas en la nación vecina, ni al Conde de Aranda, ya anciano y que no le asustaba nada ni nadie; cuando con sorpresa de todos se ve ascender rápidamente de simple guardia de corps á las primeras dignidades de la milicia, de la aristocracia y del Estado, á

don Manuel Godoy, en cuyas manos de joven de veinticinco años el Rey pone el gobernalle de la nave española.

Subió á poco de abrirse la Convención y pocos días antes de iniciarse en ésta el grave problema de la responsabilidad que contrajera Luis Capeto ante la Nación á pesar de la inviolabilidad de Luis XVI.

Ya había éste descendido de rey absoluto á rey constitucional; pero no creyendo Floridablanca voluntaria en él esta transformación, le comparaba, en documento á la Asamblea Francesa dirigido, al esclavo que, no siéndole posible romper sus cadenas, besa los hierros que le aprisionan y procura ganar y apaciguar á su dueño, para lograr el trato menos duro y opresivo; y aún exclamaba apasionadísimo y fuera de toda prudencia política, que la guerra de las potencias contra la Francia, entregada á la anarquía, no era menos conforme al derecho de gentes que la que se hace contra piratas.

Ya había descendido el rey constitucional á rey destronado; ya se había proclamado la República; y sin embargo, el infortunado vése envuelto en aquella causa que se dirige á acabar con su mísera existencia, no pudiendo salvarle del terrible destino los esfuerzos del gobierno español, llevados hasta el último momento, noche del 17 de Enero, en que terminada la tercera votación y durante el escrutinio, todavía el ministro residente en París, don José Ocáriz, renueva las proposiciones de intercesión, para aceptar cualesquiera condiciones honrosas, con tal de salvar su vida.

Pero según se había oído de boca de algunos oradores durante el debate, la campana de la Libertad sonaría la primera hora de las naciones y la postrera de los Reyes y aquel cadalso sería el cimiento de la República universal de todos los pueblos; consiguientemente con estas ideas, la Convención declara la guerra á España y decreta que sea llevada la libertad al clima más bello y al pueblo más magnánimo de Europa.

Nuestro rey recoge el guante, pues á pesar de la no-

toria moderación con que había procedido con la Francia desde el punto en que se manifestaron en ella los principios de desorden, de impiedad y de anarquía, no puede contenerse ante esta declaración y expide todas las órdenes convenientes á fin de detener, rechazar y acometer al enemigo por mar ó por tierra, según las ocasiones se presenten.

Esta guerra era simpática en alto grado á los españoles; las clases más inferiores, jornaleros, menestrales, hasta los ciegos de Madrid que vivían de sus romances, depositaban su óbolo con el mayor entusiasmo; los Ayuntamientos rivalizaban con noble emulación en la cuantía de sus donaciones y en el número de sus alistados; y basta esta sencilla comparación para darse cuenta de la excitación del sentimiento patriótico; las ofrendas de la Francia bajo la Asamblea constituyente no ascendieron á más de cinco millones, la Inglaterra no llegó en este mismo tiempo contra la Francia á más de cuarenta y cinco, y España en estos donativos voluntarios alcanzó la enorme cifra de setenta y tres millones. Debemos añadir que estos dones de España se anticiparon á las necesidades del Gobierno, sin aguardar que éste pidiese nada, como también que no hubo necesidad de sorteos para ir á pelear contra los franceses; el ejército se puso en pie de guerra con sólo gente prometida y voluntaria.

De él dispuso el rey dividiéndolo en tres cuerpos para la defensa de la barrera de los Pirineos, en Guipúzcoa y Navarra, en Aragón y en Cataluña; y este último cuerpo, con Ricardos á su cabeza, invade el Rosellón, gana batallas, mata generales, se posesiona de los pueblos y la altiva República tiene que soportar sobre su propio territorio la planta del valeroso soldado español. No ha de extrañarnos que habiendo Francia recobrado en la campaña siguiente sus límites, decretara la Convención este día de la reincorporación de la importante plaza de Bellegarde como fiesta nacional.

La fortuna es siempre caprichosa; y ahora son ellos,

los franceses, los que por aquella parte se apoderan de Figueras y de Rosas, y por esta otra, de los Pirineos occidentales, de las tres ciudades más importantes de las provincias vascongadas, de San Sebastián, de Bilbao y de Vitoria. Pero pagaron caros los favores de la caprichosa diosa con este ejército de Navarra y Guipúzcoa; más de tres mil hombres perecieron allí para ocupar algunos días las cañadas de Roncesvalles, donde, según decían, el orgullo español había levantado una pirámide en el campo de batalla y ahora el árbol de la libertad reemplazaba la clava destructora del tirano; y aquí no salieron bien librados en Pagochoeta, en Elgoibar y en Sasiola, siendo de notar en el primero de estos puntos el sentimiento religioso-patriótico de los vascos, que dirigidos por el cura de Lezama don Antonio de Atuchegui, con sus ornamentos sagrados y llevando de estandarte una imagen de la Virgen del Rosario, caen con ímpetu irresistible sobre los franceses, los derrotan y cogen más de quinientos prisioneros.

Verdaderamente de San Sebastián se habían adueñado los franceses sin haber hallado ninguna resistencia; no fué un hecho de armas, y en historias anda calificada la entrega de torpe y deplorable. Achácase al alcalde Michelena, en connivencia con algunos vecinos principales, haberse entendido con **el convencional Pinet** que, continuando los trabajos de propaganda revolucionaria de su antecesor Mr. Roberts Pierre, halagólos con la idea de constituir independientemente de España, pero también, sin duda, independientemente de Francia, una República autónoma, un Estado propio, una Nación suya; y por exceso de amor á su región natal, lo que nos impide sellar la memoria de dicho alcalde con la nota vergonzante de infame, cayeron con sus ilusiones nacionalistas en la red del hábil político francés; que á una empleaban las armas y la fe púnica nuestros vecinos con tal de imponerse y dominar en las tierras extrañas que pisaban.

Pero por más pronto que se llamaron á engaño, era

ya tarde. Reuniéronse á usanza del país los diputados, aquel año en Guetaria, y no sólo vieron con la mayor claridad que sus insinuaciones sobre aquellos pactos eran rechazadas, sino que se apercibieron de que ni los buenos usos y costumbres del país habían de ser respetados por los altivos dominadores; mas obedeciendo á su natural enérgico y severo formularon una viril protesta, que brindó magnífica ocasión al feroz procónsul para imponerse, como solían, por el terror, mandando arrestarles y juzgar como rebeldes. Varios de tan dignos diputados, y seguramente los más dignos, fueron ajusticiados, por cuya bárbara agresión concitó Pinet el odio acerbísimo de los guipuzcoanos, que salían en masas de los pueblos ocupados por los franceses á engrosar las filas de los valientes de Vizcaya y de Navarra.

Pero hay que reconocer que á pesar de tal infidencia y de tan injusto y despiadado tormento, la ciudad, y no tanto la provincia, quedó de entonces dividida en dos bandos contrapuestos; el que constituían los ganados á las nuevas ideas de libertad humana y de igualdad política y de fraternidad universal, predicadas entre rayos y truenos por la nación vecina; y el de aquellos otros que se mantuvieron firmes en sus convicciones religiosas, en sus respetos de autoridad, en sus complacencias de orden.

No era diputado Pello; pero en trance estuvo de ser también ajusticiado. Por contraposiciones frecuentes de la vida, que es muy compleja, Francia, con su espíritu generoso de fraternidad universal, desgajó un número crecidísimo de cabezas en la guillotina y en los campos de batalla; y Pello, que era hombre de orden y de paz, trabajador, económico y disciplinado, se nos aparece trastornado, cuando efectivamente el orden estaba trastornado.

Allá en Julio, yendo con algunos amigos, se encontró en la calle Mayor con el comandante general de los franceses, á cuyo paso gritó con toda la fuerza de sus pulmones: ¡Mueran los asesinos! ¡Mueran los regicidas y los ateos!

Fué preso y conducido al castillo; pero el padre de

don Ramón, en cuya casa se había alojado Pinet durante su estancia en la ciudad, granjeándose el afecto de éste y por él logrando un gran predicamento entre los franceses, puso su poderosa influencia en favor del pobre marino, víctima siempre de sus exaltaciones de tierra, y consiguió que no fuese el proceso llevado con sumaria brevísima, sino que se tramitase más dilatadamente á fin de ganar algunos días.

Aprovechólos para ponerse en comunicación con don Manuel Godoy, á quien no conocía personalmente, pero podía presentársele como paisano y de familia muy conocida en su país, y obtuvo la inmediata excarcelación de Pello, si bien se le dió á éste aquí la orden expresa y terminante de embarcarse sin poder volver á tierra.

Al ministro fuéle fácil complacer á su paisano, pues por aquellos días estaba en tratos con los franceses, si no se firmó ya la paz en Basilea, que en poco estuvo lo fuera en Hernani, por la cual, aunque perdimos la parte española de la isla de Santo Domingo, que en verdad no era ya de nadie, restituyó la República francesa al rey de España todas las conquistas que había hecho en sus estados durante la guerra.

Fué honrado el ministro con el título de Príncipe de la Paz; más ganó San Sebastián, que volvió á ser ciudad española.

CAPÍTULO III

Los Delavigne y sus relaciones

—Bastantes teníamos aquí de esa maldita ralea sin que vinieran á aumentarlos—había dicho Pello en la taberna de su hermana Andre Joshepa al referirse á los franceses que querían apoderarse del territorio nacional.

Y á la verdad que eran muchos los franceses que vivían en la ciudad; como que, pocos años antes de los que limitan nuestra relación, un modesto clérigo de la localidad consignaba en su manuscrito que los españoles y ellos salían ya á tantos por tantos y aun asomaba la especie de que pronto habían de superar éstos á aquéllos.

Eran muy pocos los de patente limpia, queremos decir muy conocida, quiénes eran, de dónde venían.....; los más de origen incierto ó desconocido, como los primeros pobladores de las ciudades primitivas. Los de la patente eran comerciantes adinerados, gerentes de alguna industria poderosa, banqueros y su dependencia, dueños de algún taller importante; el resto traficaba en las pequeñas tiendas ó en las calles en tiendas portátiles y en los soportales de la casa de la ciudad con paños y pañuelos, medias de seda, vuelos, cortes de chupas, abanicos, cajas para tabacos, sombreros, aderezos completos é infinidad de chucherías, que por ofrecerlos con más conveniencia y en mejores condiciones que los naturales, les entraba la ganancia con que holgadamente atendían á su sostenimiento.

Y tan holgadamente que eran notados por su espléndida mesa, aun los más modestos, y por su modo cuidadoso de vestir decorosamente. Mientras los donostiarros se afanaban, más que en ganar, en no gastar y la calidad principal de la *echecoandre* (1) era pasar con poco en la comida y en el vestido, los franceses por el contrario se preocupaban, sin reparar mucho en el gasto, de abrir más y más la fuente de los ingresos, de ganar la peseta, que, según frase proverbial en el país, la sacan los franceses de debajo de tierra, aunque también sepan soltarla porque les place la buena vida.

Como que las sirvientas de estas casas, francesas también, jamás salían á la calle, por lo general, sin sus batitas cortas ó chambras y sin su calzado, bien diferentes de las criadas vascongadas, que andaban á pie desnudo. Y empezando en las sirvientas y concluyendo en los amos; fijándose, ora en el decorado y mueblaje de sus lindas habitaciones; ora en la compra de comestibles y bebidas; ya en las ricas telas y airosos cortes de sus vestidos; ya en las espléndidas alhajas con que decoraban su persona; todo acusaba á ojos vistas un género de vida más elevado y de indiscutible gusto.

Y así los naturales de espíritu abierto á las mejoras—vengan de donde vinieren y tráigalas quien las traiga—y de espíritu bastante fuerte para sufrir las embestidas de los miopes y de los rutinarios, trataban de imitar á los franceses; poniéndose á la cabeza nuestras petimetras, que gustaban de imitar á las madamas, si es que por propia intuición y mayor desenfado alguna vez no las excedían. Como que el buen clérigo al que antes nos hemos referido y á quien debemos estas y otras muchas noticias, al tratar de este punto no puede contenerse y exclama lleno de admiración: «¡Qué peinados y adornos en la cabeza! ¡Qué ricos vuelos de tres órdenes y de mucho valor! ¡Qué batas largas y de telas tan extrañas y qué chinelas!» Y con el

(1) *Echecoandre*, vascuence, mujer de casa, el ama.

mismo entusiasmo sigue hablando de tisúes, galones de oro y de plata, encajes, escusalias, pañuelos, palatinas, diamantes en joyas, aderezos y pulseras; que bien entendía el sacerdote de todas estas cosas y hay en qué entender para nosotros, ignorantes *in omni re scibili* (1), y por lo que hace al caso en eso de los vuelos de tres órdenes.

Pero seducidos por el ejemplo y guiados en gran parte todavía por maestro tan excelente, añadiremos que les agradaba la bata con alguna cola, mientras por delante se dejaba ver un sérico brial enseñando la media, también de delicadísima seda, y guarnecían los pies en zapatos bajos de tacón muy alto. Y este afán de vestirse bien se extendía, no sabemos por qué canales, aun á las personas de más modesta posición, á esas mismas criadas de delantal azul y pierna al aire, que cuando se vestían para la iglesia ó para el paseo eran la admiración de las provincianas que por acaso en la ciudad se encontraban. Y luego en toda la provincia se hablaba del lujo de San Sebastián; ¡hasta las criadas! Y nadie de la influencia francesa en esto, antes de que los franceses soñaran siquiera en apoderarse del castillo.

Pero así como muchos donostiarras se contagiaban de esta influencia, también solían encontrarse algunos pocos franceses á quienes les resultaba la cosa al revés; venían con sus meñacas, sus vestidos, sus alhajas, sus gustos, é iban dejándolos paulatina é insensiblemente y poniéndose á tono con los naturales. De esta laya fueron los Delavigne, marido y mujer, los únicos franceses, quizás por esto, de las simpatías de Pello.

Porque Pello había oído de niño á su madre que por el lujo de los franceses se iba haciendo la vida imposible; que todo se había encarecido á causa de ellos, pues, aunque la buena señora no sabía cómo se las arreglaban, parecía no importarles la carestía; y viendo al principio

(1) *In omni re scibili*, latín, en toda cosa cognoscible.

los donostiarras que podían explotarlos, subieron los precios del alquiler de las casas y de la venta de artículos en el mercado, constituyendo ya tales precios el nuevo tipo de tasación aun para los propios vecinos; y que las cosas no volverían á su primer estado, mucho mejor que el presente, mientras no se acabara con todos ellos, *esos demonios de franceses*. Embebido en estas ideas y resonantes aún en sus oídos las palabras ardorosas de su madre, Pello hubiera acabado muy á gusto suyo con todos los del otro lado del Bidasoa residentes en la ciudad, salvo la única excepción, en todo caso, como se lo oímos á él mismo, de los señores citados anteriormente, y cuya indicación precisamente, la del marinero, nos obliga, para no dejar nada en nuestra relación oscuro ó indeterminado, á ocuparnos, siquiera sea con la mayor brevedad, de **los Delavigne y sus relaciones.**

El, Martín Delavigne, era relojero; tenía su establecimiento frente por frente, en la calle Iñigo-bajo, de la taberna de Andre Joshepa; ella, Carlota Lafontaine, su señora, cuidaba de los menesteres domésticos ayudada por una criada, que ya llevaba muchos años en su servicio. Porque eran muchos los que vivían en el pueblo; habían llegado jóvenes, de unos veintiocho años; abrieron su tienda allí mismo donde en la actualidad trabajaban y ya tenían sus cincuenta y ocho en la época de nuestra verdadera historia.

No eran de los de patente limpia, y ahora en el sentido estricto de la palabra; al principio se murmuró al menos de que poseían una gran tienda en Bayona, quebraron y huyeron con algún dinero, bastante, que se quedaron entre las manos; pero pasó el tiempo, cesaron las murmuraciones, hicieron parroquia, y á la hora presente eran personas muy estimadas de toda la sociedad donostiarra y con especialidad de dos familias antiquísimas y copetudas del terruño; la de Bengoechea y la de Urbiztondo.

También se dijo entonces, cuando se murmuraba, que él era de Bayona y ella de Burdeos y que habiendo, joven

él, abandonado su ciudad natal por esta última, donde conoció á su mujer, decidieron ambos, por consejo del marido, venirse á Bayona y establecerse en grande, con algún dinero que su mujer había aportado al matrimonio, creyendo Martín que en su propia ciudad, con sus conocimientos y con sus relaciones, había de encontrar apoyo y protección. Mas no fué así como lo había previsto, por aquello del profeta y lo mismo puede decirse, en muchas ocasiones, del relojero, del carpintero, del hojalatero.....; y haciéndose cargo de que su negocio iba de mal en peor y advirtiéndole que el día menos pensado daba con todo al traste, no dejó de pensar en ello un solo día y al último se preparó á bien morir, mal vendiendo algunos relojes, cobrando otros vendidos y no entregados, traspasando la tienda en las mejores condiciones para él á un joven principiante de muchísima plata; y habiendo recogido de este metal todo cuanto pudo, que fué lo que puso del peculio de su mujer y un poquito más, tomaron dos asientos en un coche de postas que á la frontera venía, con ánimo de fijar su residencia en San Sebastián.

También aquí durante bastante tiempo les fué muy medianamente; casi estuvo Martín en trance de hacer la segunda edición de su famosa obra de Bayona; pero de pronto y cuando más afligidos estaban, soñando una noche y otra á qué nuevo nido dirigirían su vuelo, cambió la faz del negocio; compra y venta de relojes, infinidad de composuras, encargo de los principales relojes de la Ciudad. De manera que se trocaron sus pensamientos para echar raíces en el pueblo; y como habían gustado la fruta amarga del árbol de la vida, determinaron, Martín, dedicarse con extraordinario celo, siempre y en cada momento á los cuidados del establecimiento; Carlota, á la hacienda y al ahorro de lo que su marido ganaba; y poco á poco fueron prosperando con la mira puesta en el porvenir, para prepararse, como al fin lo consiguieron, una vejez exenta de preocupaciones económicas.



CAPÍTULO IV

Bengoecheas y Urbiztondos

Familias antiquísimas y copetudas del terruño eran, entre las demás, una la de Bengoechea y otra la de Urbiztondo: como que los jefes de estas casas figuraban entre los ochenta matriculados que tenían caseríos y pies de manzano, de cuya matrícula se nombraban por suerte dos Alcaldes y los Regidores el día 27 de Diciembre de cada año para proveer á las necesidades del pueblo y administrar sus intereses.

Se reunían á este objeto en la Casa Consistorial, que ocupaba todo un lado de la Plaza Nueva, llamada así en contraposición á la Plaza Vieja y además porque era nueva en efecto; pues se construyó de planta por haber impedido el Comandante general que en esta última, la cual era del Rey, se verificara una corrida de toros; y entonces la Ciudad compró terrenos, derribó casas y tomó censos, habiendo encargado al Arquitecto é Ingeniero militar Hércules Torrelli el trazado de la nueva plaza, quien la hizo cuadrada, algo más larga que ancha (unas ochenta y dos varas de largo y cincuenta y ocho de ancho), con casas de tres altos y guardillas sobre los tejados, todas de sillería, y con ventanas numeradas que ascendían á 159.

Solo la Casa Consistorial, colocada al poniente que, como hemos dicho ya, ocupaba toda la línea, era alta de dos pisos, el primero domicilio de la Ciudad y el segundo del Consulado; se elevaba lindo sobre cinco agradables

arcos, á cada uno de los cuales correspondía una ventana, y remataba con una balaustrada, en cuyo centro se asentaban las simbólicas alegorías de la Justicia y de la Prudencia; destacándose el escudo de la Ciudad, sostenido por leones, bajo aquellas estatuas de alabastro y encima de las dos ventanas centrales, que tenían su balconaje dorado, de solo una ventana el segundo piso y de tres el primero, adornado todo el frontispicio con molduras de excelente gusto. El escudo de armas de la Ciudad es en campo azul un navío con su velamen de plata sobre ondas de agua de azul y plata, con dos eses en la parte superior, S. S., letras de plata también, circundado todo con esta letra: «Por fidelidad, nobleza y lealtad ganadas» y rematado arriba con coronel que comunmente llaman corona, «bien expreso jeroglífico del valor con que los ilustres hijos de esta Ciudad penetraron los mares, se dilataron á Apartadas Regiones y á remotos climas, lograron y consiguieron memorables victorias y señalados progresos marítimos.....»

Concluyóse toda la Plaza el año de 1723 y se inauguró con una gran corrida de toros en el mes de Agosto, las cuales eran generalmente dos, contribuyendo el Consulado á cada una de ellas con doscientos pesos y un refresco de retorno á la Ciudad que le había convidado el primer día; y producía delicioso encanto contemplar durante estas fiestas una magnífica plaza llena de gente en los balcones y en las cuatro bocacalles, vendido todo, balcones y barreas, por el Concejo, sin intervención ninguna de los inquilinos, y vendido á buen precio, pues se cobraba por cada casa (dos ventanas) dieciseis pesos.

Pero de ordinario era plaza de mercado: á ella venían las caseras con sus grandes cestas, de peso unas ocho ó más arrobas, en la cabeza, desnudas de pies y piernas, y se sentaban, colocando á su frente la mercancía, en banquillos que formaban dos y tres filas mediante el pago de un ochavo; cambiándose el lugar según la época del año, pues en dos meses, Junio y Julio, se sentaban en el lienzo oriental por venderse cosas delicadas, guisantes, habas

frescas, alcachofas, espárragos, y á cinco meses en los otros dos lienzos. Ya para las siete de la mañana estaban en sus puestos; mas luego aprovechaban una ocasión para ir á tomar chocolate á varias tiendas de los mismos soporales y próximas otras á la plaza, costándoles cada jícara diez maravedís y hasta tres cuartos; con el producto de la venta de las leches y verduras compraban para su casa lo que les hacía falta, jabón, pescados, aceite.... y hacia las doce la mayor parte de ellas había desaparecido.

Como las casas de la Plaza eran también muchas otras de la ciudad; de sillería, con cornisas y molduras, de tres ó cuatro pisos, varias verdaderamente notables; el palacio de Balencegui, en la calle Mayor, cuyo frontispicio era admirable, de estilo dórico; el del Conde de Salvatierra, con fachada á la misma calle pero más hacia Santa María, el cual tenía un espacioso jardín interior; y como palacios también las casas de los Marqueses de Narros, de San Millán, de Mortera, de Rocaverde, Condes de Villalcázar y del Valle, señores Fastet, Olózaga y alguna más.

Y si á tal altura arquitectónica y de excelente gusto en la ornamentación llegaron muchas de las casas particulares, ¡qué proporciones y bellezas no habían de resplandecer en los edificios públicos! El más suntuoso entre ellos, sin duda alguna, era el magnífico templo, la grandiosa Iglesia parroquial de Santa María, adosada al Castillo. No entraremos á describirla tan minuciosamente como la Casa Consistorial, otro de los edificios públicos que honraba al pueblo; pero algo hay que decir de ella ya que surgió espontáneamente de los puntos de la pluma.

Espléndida fábrica de tres naves, construída sobre la primitiva de origen antiquísimo, sustentaba la alta bóveda en cuatro robustos pilares, líneas divisorias de las naves laterales, dotadas de altares riquísimos, y la central, que terminaba por un extremo con el alto coro y por el otro con el altar mayor, al cual se subía por cinco gradas y consistía en el tabernáculo, donde se exponía el Santísimo Sacramento, y en el camarín de la milagrosa imagen de la

Virgen del Coro, sobre el cual se representaba en lienzo á San Sebastián amarrado al árbol y herido de flechas, y ya en el muro arriba las armas de la Ciudad esculpidas. Esta iglesia tenía dos grandes portales de entrada; la puerta principal era la que miraba de frente á la calle Mayor, en forma de media naranja, donde se colocó la imagen de la Virgen en su gloriosa Asunción á los cielos y sobre ella, en el muro derecho ya, luego de un hueco de ventana, la de San Sebastián, ambos patronos de la Ciudad; más arriba el reloj y encima el escudo, para terminar el todo á una y otra parte en torres no muy elevadas.

La Iglesia de San Vicente, Iglesia parroquial también, era de estilo gótico, y la del Convento de San Telmo del Renacimiento; las dos tenían el Santo respectivo de su advocación en nichos sobre la puerta de entrada; la primera le representaba con la palma del martirio, y la segunda de hábito religioso y sosteniendo en su mano izquierda un barco, á cuya causa se debía la mucha devoción que le mostraban los marineros; siendo de notar en este Convento, desde el punto de vista de mérito en la construcción, una escalera que se sostenía contra la pared sin otro apoyo ni columna, y los claustros de dos órdenes de galerías en su patio rectangular.

Daba la Iglesia de este Convento su frente á la plaza de Santo Domingo, que bajaba hasta la calle de la Trinidad, una de las principales vías del pueblo, y llamada así precisamente porque los tres edificios religiosos, de que hemos hecho mérito, se levantaban en ella, dos en sus extremos y el tercero hacia el centro.

Pudiera decirse que en esta misma calle y pegante á la Iglesia de Santa María se levantaba la Cárcel, gran edificio con su patio central, aunque con mayor rigor se describiría si se dijese que, separada de la Iglesia por unas pocas casas, se hallaba al final de una calleja corta y estrecha, que conducía á dicha Cárcel y llevaba su nombre.

Además llamaban la atención en el pueblo el gran *Almacén real*, que se extendía desde la calle del Pozo á

la de Atocha ó de la Iguera, la cual corría entre la primera y la de Lorenzo, con sus bocacalles en las de Narrica y de San Juan; *el Cuartelillo*, junto á la Cárcel, donde se instalaron las escuelas de los niños; la *Carnicería y Pescadería* con dos entradas, á la primera por la calle del Puyuelo y á la segunda por la de Esterlines; el *Hospital Civil* en la calle de Juan de Bilbao; el *Cuartel* en la de su nombre, que por una parte desembocaba en la de Ingentea, la cual podía considerarse como una continuación de la de Frente al Muelle, y por otra parte en la Plaza Vieja; una gran *Tahona Militar* entre la calle de San Juan y la muralla; y fuera del recinto murado, en el barrio de San Martín, la *Casa de Misericordia*.

Pues en esta Ciudad murada, empedrada é iluminada de noche con faroles de reverbero en que se encendían dos, tres y hasta cuatro mecheros, según las bocacalles á que dirigían sus reflejos, entre los personajes de más nota que la habitaban, inscriptos, como hemos dicho ya, en su matrícula de vecinos pudientes con la obligación de los cargos públicos, figuraban por estos tiempos de la dominación francesa los jefes de las respetables y bien queridas familias **Bengoecheas y Urbiztondos**: don Fermín Bengoechea y don Manuel Urbiztondo.

El primero era uno de los tres boticarios del pueblo; tenía su botica en la calle de San Jerónimo, yendo de la Plaza Vieja hacia la calle de la Trinidad. á mano izquierda, en la manzana entre la calle de Puyuelo y la de Iñigo-alto (continuación ésta, después de atravesar la Plaza Nueva, de la de Iñigo-bajo) y más aproximada á la de Puyuelo, bastante anterior á una belena (1) que más abajo se abría. Era la botica una botica de mucho despacho, por ser pocas las del pueblo y por las muchísimas relaciones de don Fermín; era sitio de reunión al anochecer de contados y escogidísimos contertulios; y era, finalmente, honroso pedestal de aquel hogar tranquilo y amoroso del primer piso, en

(1) Belena, calleja estrecha, corta y sin salida.

donde vivía con su mujer, su hija, una sirvienta antigua y una criada más joven.

Conocidísimo de todos, sólo mantenía á su gusto muy reducidas amistades, de las que se hacen notar, casi las únicas, de visita, de mesa, de campo, de verdadera intimidad y de no interrumpida frecuencia, las que le ligaban con los Delavigne y con Urbiztondo y los suyos.

Era nuestro boticario algo zumbón y dicharachero; le gustaba ver el lado débil de las cosas y poner todo en ridículo con una frase maliciosa y con una sonrisa picaresca; animaba la tertulia con sus ocurrencias saladísimas; si bien es de notar, tratándose de él, que en aquellas ocasiones que lo reclamaban solía ponerse á tono y elevaba su pensamiento, siempre agudo é intencionado, pero ahora reposado y profundo.

Su tipo contrapuesto entre los contertulios era don Manuel, grave siempre y muy raras veces risueño y humorístico; las cosas más sencillas, los hechos más vulgares, le servían para generalizar muy acertadamente con observaciones agudas y con experiencias bien comprobadas; y aún más en contraposición se ofrecía, á quien menos lo considerara, su mujer doña Dolores Alzúa, *la boticaria*, toda una señora majestuosa por su continente y por lo bien meditado de sus palabras.

En riña las más de las veces, pero siempre cariñosa, marido y mujer, por esta misma contraposición de sus caracteres, en ella, sin embargo, encontraban, como el choque de las electricidades contrarias, la descarga asimismo del fluído que contenían: llegaba hasta el enfado la boticaria por cualquier descuido de su marido, algún olvido, esta inconveniencia pasable y pasajera; mas de pronto se veía desarmada con una frase feliz de su Fermín, que le hacía sonreír; en cambio, iba él jugueteando con sus propias imágenes y con la fluidez de sus inagotables combinaciones de palabras, riéndose de sus mismas agudísimas salidas y de sus mismas extravagantes frases; mas de pronto se revestía de la mayor gravedad ante la llamada de su

querida mujer, para resolver con acierto y en la común concordia el asunto que á ambos interesara.

Y así iban deslizándose sus años por una pendiente suave y gratísima; con mucho dinero, que cada cual había aportado una respetable cantidad á su matrimonio y no eran despreciables las ganancias de la tienda; con mucho cariño, mirándose cada vez más el uno al otro y fijando después ambos sus enternecidos ojos en aquel delicioso fruto de sus bien sentidos amores, María del Coro, encanto soberano de sus locos padres, alegría de sus relaciones, gala riquísima del pueblo.

La vida ordinaria de don Fermín era la siguiente: se levantaba muy temprano y oía misa en San Vicente, atravesando la plaza; después, á la vuelta, se detenía con un carpintero de cerca de la Iglesia, ó charloteaba con un confitero de la calle Narrica, ó entraba en la linternería próxima á su establecimiento. Ya en su tienda, bajábanle del piso el chocolate con su pan francés y bolado para el agua; despachaba tranquilamente su desayuno; encendía un cigarrillo, y salía á dar sus vueltecitas por el mercado para formular, durante la comida, sus proposiciones á la respetable echecoandre. Pero no las expresaba directamente, sino con habilidad candorosa, como se puede observar por los siguientes ejemplos:

«Hoy han aparecido en el mercado las primeras habas; estaban diciendo: comedme». «La Joshpa Antoni (1) tenía hoy en su mano los primeros espárragos de la temporada; no, y parecían también los primeros por su calidad». «¿Has estado en la plaza? ¿No has visto los tomates? ¡Qué ricos parecían!» Estas insinuaciones solían ser anualmente rechazadas en el acto, sin tomarlas siquiera en consideración, también en forma habitual, por doña Dolores. «Sí; unas habas que no se ven de pequeñas..... y costarían un ojo de la cara..... ¿Los primeros espárragos? Andarían por

(1) Joshpa Antoni, Joshpa sincopada por Joshepa, vascuence, Josefa Antonia.

las nubes..... Buenos estarán los tomates y será flojo lo que pidan por ellos». Pero habas, espárragos y tomates se comían al día siguiente en casa de don Fermín, quien los saboreaba mientras su mujer seguía gruñendo: «Es un escándalo: ¡á tal precio un manojo de espárragos!»

Hablaba con las caseras y se retiraba de nueve y media á diez á la tienda, donde despachaba las recetas de los médicos y subía á las doce á comer; echaba luego la siestecita; bajaba á la botica, donde leía un rato; y como viniera á buscarle don Manuel, iba con él, dejando el cuidado de la tienda á su ayudante, unas veces hacia el muelle, otras por las murallas, algunas al juego de pelota, y no pocas al hornabeque; para retirarse al atardecer á su botica, donde acudían también de tertulia Mr. Delavigne, el Oficial del Ayuntamiento don Agustín Orbeagozo, algún médico y dos ó tres curas.

Terminada la reunión salían juntos Mr. Delavigne y don Manuel, precedidos de la sirvienta de éste con su farol de cuatro luces, que se cruzaba con muchos otros en tan corto trayecto; pues era uno de los espectáculos más divertidos de aquel tiempo el aspecto fantástico con que se ofrecía la ciudad á la hora en que las tertulias terminaban, viendo moverse por entre calles más de quinientos faroles.

Despedíanse y la sirvienta seguía alumbrando la calle á Mr. Delavigne, para, entregado en su casa de la calle de Iñigo-bajo, volver á la suya en la misma Plaza Nueva. Subía la criada, se rezaba el rosario, y se sentaba á la mesa el matrimonio, don Manuel Urbiztondo y su señora doña Asunción Lardizábal, riquísimos propietarios, á quienes acompañaban sus dos hijos: Joshe Mari (1) y Dolores, ésta llamada así del nombre de su madrina la señora de Bengoechea.

(1) Joshe Mari, vascuence, José María.

CAPÍTULO V

Sitios reales

En aquellas tertulias se hablaba de todo: de sucesos políticos, chismes de vecindad, cuestiones personales, asuntos de ciencia ó arte, impresiones de viaje: de todo.

Una de las noches en que no había quizás otra materia á tratar, y eso que entonces no faltaban episodios de guerra que eran tela de que cortar largo rato, ó por una de esas disgresiones de la conversación descuidada y familiar en la que, abandonando el tema principal de que se trata por una ligera indicación, por la menor palabra, sin saber cuándo ni por dónde, se ocupan los interlocutores en asunto ya bien diferente del primero, en esta tertulia del boticario vinieron á deleitarse los personajes de nuestro cuento en alabanzas encomiásticas de los apacibles lugares en que nuestros reyes reposaban; de esos lugares que, en general, los españoles no conocemos todo lo que debiéramos y ellos se merecen.

Como no podemos reproducir exactamente aquella agradable conversación, la trasladaremos con la mayor fidelidad y sólo haciendo notar aquellos puntos salientes que mejor pudieran darnos una aproximada idea de los tres sitios reales.

Mr. Delavigne estaba en el uso de la palabra describiendo el real sitio de San Ildefonso, y proseguía en esta forma: «y tanto se enamoró mi primo de aquellos lugares, que hasta aprendió la historia de la fundación. Yo le oía

embelesado y me comunicó el mismo entusiasmo de que estaba poseído: me refirió que Enrique IV, andando sin duda á caza, se vió en grave peligro acometido por una terrible fiera de que se libró por azar, que achacó á milagro, é hizo construir en el mismo lugar del susto casa y ermita que sus sucesores los Reyes católicos donaron á los monjes del Parral, los cuales elevaron una casa-hospedería para pasar el verano, de donde le vino á este lugar el nombre de la Granja. Por aquí paseó algunas veces sus nostalgias de Versalles nuestro primer Borbón, Felipe V, y se enamoró de aquellos lugares de la provincia de Segovia, al pie de las sierras de Guadarrama y en la falda occidental de la cordillera carpeto-vetónica; que terreno montañoso de nevadas cumbres, poblado de pinos, robles y abundantes pastos, ofrece agrestes y pintorescos sitios, elevados puntos de vista y saludables aires.

El palacio que mandó construir es monumental; y en el centro de su planta rectangular se contiene el antiguo claustro de la casa, la hospedería de los frailes: con bella fachada de un solo orden de columnas que sostiene un simple entablamento sobre el que corre la balaustrada con jarrones de mármol, en cuyo centro superior se eleva el ático con cariátides que representan las estaciones del año, ostenta el palacio en el intercolumnio central las armas de España y Casa de Borbón reunidas por el toisón de oro y cobijadas por la corona Real y en los otros dos, en medallones circulares, los fundadores, Felipe V y su esposa Isabel de Farnesio. Consta de planta baja y principal, y es un riquísimo museo de esculturas, cuadros y frescos de los techos.

Adosada al palacio se halla la Colegiata, en figura de cruz latina, levantándose en el crucero la cúpula, que al exterior produce magnífico efecto con sus gallardas torres; en el coro se halla apoyada en dos columnas la tribuna regia, y en el altar mayor se venera la Santísima Trinidad, así como en planos inferiores se admiran, adorando el santo misterio, las efigies de los titulares de la familia

Borbónica San Luis, San Fernando, San Felipe, Santa Teresa y Santa Isabel.

Con ser agradables estas construcciones, aún lo son en mayor grado los jardines: me decía que están formados, en líneas rectas del dibujo regular, con graciosa simetría; entrelazados con arte y de proporciones magníficas; decorados aquí y allá con obras escultóricas, siendo de admirar sobre todo el gran rectángulo de las ocho calles.

Pero lo que más es de alabar en este sitio y á lo que principalmente debe su renombre, son las fuentes y sus caprichosas combinaciones. Yo no puedo repetir lo que me decía de las fuentes; retuve algunos nombres, fuente del Miño, fuente de la Reina..... pero al hablar de las veintiseis fuentes artificiales, Baños de Diana, Ranas, Dragones, Neptuno..... y las combinaciones de la Cascada Nueva y de la Carrera de Caballos, mi primo perdía los estribos y dejaba correr, suelta y fluída como corre el agua del caño en las distintas tazas, la palabra viva y llena de entusiasmo en las almas de sus oyentes».

Cuando pareció haber terminado, le siguió Urbiztondo diciéndole que todo aquello era verdaderamente admirable; pero que no había punto de comparación en cuanto á maravilla con el Real Sitio de San Lorenzo.

Aprovechó su casamiento para ir á Madrid á ventilar un asunto importantísimo de familia y de intereses, y arreglado satisfactoriamente quiso festejar el éxito con la visita al Escorial para ver de cerca el alabado Monasterio. Con calor de alma más que de frase, siempre mesurado y reflexivo, fué dando una breve pero bien meditada idea de aquella severa y colosal fábrica, que Felipe II hizo construir á Juan Bautista Toledo con su trazador mayor Juan de Herrera Bustamante, á quienes siguió Villacastín, que puso la última piedra á 23 de Junio de 1582, cuando había puesto Toledo la primera á 23 de Abril de 1563.

El católico rey fué llevado á esta empresa por haber conseguido contra los franceses la victoria de San Quintín y rendición de esta Ciudad á los pocos días y por el pen-

samiento conforme á las recomendaciones de su padre el Emperador Carlos V de darle una honrosa sepultura; y ¡vive Dios! que lo cumplió de modo espléndido y majestuoso.

Como para el asalto de aquella plaza se había tenido que destrozarse un monasterio de San Lorenzo, dió este nombre al Real Sitio que eligió para sí en aquel espeso jaral y albergue de pastores, tierra de constitución pétreo y de clima frío, y puso también bajo la advocación del Santo el Real Monasterio, cuya planta semeja una parrilla en que fué tostado el mártir.

De piedra berroqueña, con sus nueve torres, suspende y maravilla aquella imponente grandeza, y al llegar aquí el bueno de Urbiztondo se declaraba impotente para describir los portalones, los atrios, las naves, las cúpulas, los altares, los enterramientos, los oratorios, las estatuas y el atrevido cimborrio con su cruz de hierro. Sólo fulguraban algunos puntos brillantes en su peroración, como la estatua de Carlos V armado y con manto imperial, notabilísima sobre todo por el manto y por el águila; la de San Lorenzo de diácono y en tamaño natural con peso de dieciocho arrobas de plata y dieciocho libras de oro; la gran araña de plata maciza; la habitación de Felipe II con la silla en que se sentaba; para concluir diciendo que era necesario ver el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial para creer en él y para admirarlo.

Y no bien terminó Urbiztondo, tomó la palabra Bengoechea para sobreponer en su opinión á los dos citados el Real Sitio de Aranjuez. Comenzó diciendo que á sus manos había llegado un libro editado hacía cuatro años en la imprenta Real, el año 1804, dedicado al Rey Nuestro Señor por su autor don Juan Antonio Alvarez de Quindos y Baena con el título de «Descripción histórica del Real Bosque y Casa de Aranjuez», y que en este libro se le iba á uno el alma hacia el paraje al ir entreviendo aquel deliciosísimo pensil, de agradable temperatura, de alegres y hermosos campos, tierra feraz de fresas, espárragos, ver-

duras y legumbres de todas las especies, de prados artificiales y naturales, de infinidad de árboles frutales y no frutales, con diversidad de flores, hojas, aromas y maderas.

Mucho le interesó que su nombre primitivo Arauz, villa poblada ya en tiempo de Alfonso VII, proviniese probablemente de la palabra vascongada *arana* ó *aranza*, ciruelo silvestre amargo como la andrina ó el espino, abundante el lugar en espinos silvestres, y que alterada la pronunciación por los árabes fué transformada en Aranzuet, Aranzuel, Aranzuege. Aranjuez; mucho le interesó también que se instalase aquí la Mesa Maestral de la Orden de Santiago, y que su Maestre don Lorenzo Suárez de Figueroa, servidor de Juan II, el primero que se casó y vino á ser tronco de las Casas de los Duques de Feria y del Infantado y de los Condes de la Coruña y de Tendilla, pudiese la primera piedra del edificio donde residieron más tarde los soberanos; no menos le llamó la atención que este edificio viniese á ser el palacio de Fernando é Isabel, Gran Maestre aquél cuando incorporaron estos mismos reyes los maestratzgos á la corona; y fijó bien en su memoria que Carlos V tomase el lugar para descanso y retiro de la Corte, empezando en él el Bosque, y que los reyes sus sucesores fueran dotando el sitio de mayores comodidades y adornándolo de más atrayentes encantos.

Se detuvo algo en la descripción del palacio «obra magnífica, pródica y diligentemente construída», como se lee en la fachada; de la Capilla, del Hospital y del Teatro, en cuyo frontispicio se ha esculpido: «Ruris deliciis urbana adjecta» (1); llamó la atención hacia el Real Bosque con su caza mayor y menor, de corzos y venados, de liebres y conejos, de zorros, gatos monteses, tirones, águilas caudales, milanos, palomas, perdices..... y se detuvo más, mucho más en la pintura de aquellos deliciosos jardines,

(1) Ruris deliciis urbana adjecta, latín, del campo á las delicias las urbanas añadidas.

con calles y cuarteles para flores, y con gran número de árboles de variadas clases, alternados con vides ó parras que, enredadas en los olmos y por lo estrecho de las calles, forman vistosos y diferentes pabellones, difíciles de ser penetrados por los rayos solares, que llegan sólo para clarearlos suavemente con su tamizada luz, y gratuitos por su fresca temperatura en los días calurosos de primavera y aquellos otros más ardorosos del estío.

Pero donde se desbordó su entusiasmo fué al referirse á las huertas, de la Reina, Huerta Nueva, de las Texeras, Vergel..... y aquí se le hacía la boca agua al hablar de las sesenta especies distintas de peras, treinta de manzanas, once de ciruelas, ocho de guindas y cerezas, seis de albaricoques; y al referirse al reservatorio de cristales en donde mediante mantillos preparados y al fuego de estufas se crían plantas exóticas y se adelantan las naturales, sirviéndose á los reyes en meses frígidos fresas y uvas, como por otros varios abrigos artificiales espárragos y alcachofas fuera de su tiempo.

Y para exornar más el relato soltó los siguientes versos de Gómez de Tapia, versos que copiamos, como los demás que siguen, por ser en nosotros irresistible la complacencia en la forma métrica.

En lo mejor de la feliz España,
Do el río Tajo tercia su corrida,
.....
Está una vega de belleza extraña
Toda de verde yerba entretexida.
.....
Si pudo acá en el baxo mundo darse
Retrato alguno de la empírea esfera,
Este es do siempre, sin jamás mudarse,
Se ríe blanda y dulce primavera:
De un tal lugar podría imaginarse,
No sin razón, que el prado Elisío era.

Y estos de Leonardo de Argensola:

Hay un lugar en la mitad de España
Donde Tajo á Xarama el nombre quita
Y con sus ondas de cristal lo baña,
Que nunca en él la yerba vió marchita
El sol, por más que el Etiope encienda
O con su ausencia hiele al duro Scita.

Añadió el boticario que no podía decirse mejor que aquel lugar es paradisiaco sino como lo formula el mismo poeta:

«La hermosura y la paz de estas riberas
Las hacen parecer á las que han sido
En ver pecar al hombre las primeras».

Y arrastrado por la dicción poética y la armonía de los versos, se elevaba el zumbón Bengoechea á moralista; porque después de ponderar la feracidad de aquellas tierras, pues las plantas fértiles no se molestan

«Por ver su fruta en extranjeras hojas»,

continuaba con el poeta:

«Como tú, frágil hombre, que te enojas
Si tener ves al otro lo que es suyo
Y con rabia lo usurpas y despojas.
Comunica el gran Tajo el humor suyo
A cualquier de los árboles, do llega,
Sin atender si es hijo propio ó cuyo.
Al huésped no sus alimentos niega
Ni al natural desecha, y así hace
Corona rica de su hermosa vega».

Y hubiera continuado recitando versos si no caen todos en la cuenta de que se había hecho tarde. Al deshacerse la tertulia dijo con fisga don Manuel al señor Orbezo, quien no había despegado sus labios, que el boti-

cario se había despachado á su gusto; y el oficial del Ayuntamiento le replicó que al día siguiente tomaría su desquite, si algún asunto de actualidad no se lo impedía; porque los tres lugares que tanto se habían ponderado por sus bellezas naturales y por las obras artísticas que en ellos resplandecían, le eran sumamente antipáticos por actos políticos de inmensa transcendencia en dichos **sitios reales** verificados, con especialidad el de San Ildefonso, que entre sus celebérrimas fuentes podía contar una más, la del tratado, fuente de muchas caídas, causa de muchos efectos, germen de todos nuestros desastres y de todas nuestras desgracias.

Pero don Manuel le contestó que más que republicano contra la monarquía, le había tenido siempre por contrario á toda autoridad, monárquica ó republicana; y que así, en este mismo caso, le disgustaba San Ildefonso principalmente, cuando á él, bajo este aspecto político, le repugnaban mucho más por el supremo principio del orden y de la autoridad constituida, los otros dos sitios, que iba á acompañarlos también de su correspondiente frase; el Escorial, panteón de nuestros reyes, donde en el misterio se tramaba el destronamiento de nuestro bondadoso rey Carlos IV por su propio hijo; y Aranjuez, por el riquísimo fresón, el célebre motín de estos mismos conjurados, que al fin consiguieron la realización de sus depravados intentos.

Y terminaron ambos el encuentro con su poquito de calor en estas dos últimas frases:

El Orbegozo:

—La causa de todas nuestras calamidades procede de Godoy.

El Urbiztondo:

—Nuestras desgracias se deben á Fernando y á los conspiradores del Escorial.

CAPÍTULO VI

Causa de muchos efectos

Fué poco á poco formándose la tertulia acostumbrada, que iba haciendo boca con cosillas de poca importancia: se gozaba en la ciudad, aunque bajo la dominación de los franceses y en plena guerra por la independencia nacional, de sosegada paz, que sólo se turbaba de vez en cuando por noticias que del interior traían arrieros, viajeros y soldados.

Así es que después de una cuchufleta de Orbegozo al boticario, al preguntarle seriamente si no recordaba algunos versos más de Argensola, saliéndose Bengoechea con la chanza de empezar á recitar enfáticamente el soneto

«Dime, Padre común, pues eres justo.....»,

lo que le valió ser coreado con protestas de todos los concurrentes; y suspendida un momento la conversación con el descanso de las risas, reanudóla el mismo Orbegozo, que venía indudablemente con ganas de hablar, refiriéndose á la disconformidad del día anterior entre él y el señor Urbiztondo, quien á las primeras de cambio le interrogó si había repasado sus notas políticas para sostener su tesis en contra del maldito tratado de San Ildefonso.

Orbegozo, entre ellos, gozaba fama de muy entendido en las cuestiones que á la política se refieren, apodándosele *el político*; y como tomara pie de esta mal intencionada insinuación, se estiró el hombre, soltó lo que le bullía en el cuerpo, sin dejar de intervenir á nadie de plática y consumió únicamente él las dos horas de la sesión en su

monólogo, que los demás aplaudían á ratos, rechazaban otras veces, y algunas descuidaban para murmurar por lo bajo entablando entre ellos un diálogo aparte; no pareciendo percatarse de ello el probo empleado municipal, porque era de los que se vuelven locos cuando toman por su cuenta los graves problemas del Estado. «Sí, señores:» continuaba; pues como no queremos seguirle desde el principio ni llegaremos con él hasta el final, basta á nuestro propósito tomar algunas notas por lo que tienen de interés para nosotros como españoles, como donostiarras y como guipuzcoanos, y por relacionarse lo que dijo con días próximos á nuestra historia, si no es con la historia misma: «el tratado de San Ildefonso, suscrito por el Príncipe de la Paz y por Perignon el 18 de Agosto de 1796.....

—Este ya ha consultado sus papelotes—dijo don Fermín. Pero siguió Orbegozo sin inmutarse:

—.....tratado de alianza ofensiva y defensiva, en el cual se lee tantas veces la *potencia requerida*, que no iba á ser otra entre las dos que nuestra desgraciada España, para vernos ligados á los conflictos en que ya estaba envuelta Francia en guerra con el continente y deseosa de algún otro recurso fuera de ella misma; este tratado ha sido **causa de muchos efectos**, fuente inagotable de todas nuestras desgracias. Vino en seguida en Octubre una de éstas: la declaración de guerra contra Inglaterra.....

—Hasta habla en verso: lo que es la inspiración: guerra contra Inglaterra—dijo en chungá el boticario; pero el otro continuaba:

—.....No diré yo que los ingleses cuando eran nuestros aliados contra Francia á la muerte del rey, se portaron bien en Tolón, donde el almirante Hood, sin decir una palabra á Lángara, nuestro almirante, mandó evacuar la ciudad puesta en aprieto por un joven oficial de artillería, que ahora es el emperador de los franceses, y donde dos mil españoles, avisados muy tarde, se salvaron por milagro; pero había que considerar mucho la importancia naval y la hábil política de tan poderoso enemigo.

Si los políticos en sus covachuelas no lo consideraron, bien se penetraron de ello marinos españoles y franceses en sus buques; Córdoba con veinticinco navíos no puede sostenerse contra quince del inglés Jerwis, que apresa cuatro de los nuestros y desmantela el *Santisima Trinidad*, considerado el mayor de los de Europa con sus ciento treinta cañones.....

—Aquello fué una torpeza de Córdoba, que bien de puesto fué;—dijo Urbiztondo con bastante calor.

—En cambio los ingleses le hicieron á Jerwis Conde de San Vicente—añadió el boticario;—por mí hubieran podido hacerle de Santa María.

—Pero es de San Vicente porque en el cabo de este nombre se dió el combate naval—repuso gravemente Orbe gozo; y sin atender á Bengoechea, que le chuleaba por esta corrección, prosiguió en la siguiente forma:

«Ni valió que se encargara del mando de la marina Mazarredo, con la ayuda, á petición suya, de marinos tan acreditados como don Antonio Escaño, don Cosme Churruca, Espinosa y Moyua. Ciertó que Nelson no se apoderó de Cádiz; pero el almirante Harvey, á los dos días de haberse aquí desmantelado el *Trinidad*, se adueñaba de la isla de este nombre allá por Venezuela.

Esta aliada, España, ya no fiel, sino sumisa á la República, se encuentra, por esta unión, con la declaración de guerra hecha por Rusia y con la breve y casi cómica de Portugal, la que á nuestro generalísimo el Príncipe de la Paz debe el feliz cognomento de *guerra de las naranjas*, dos ramos de los jardines de Yelves que presenta á la reina; se encuentra con la pérdida de Menorca; con ataques á nuestras posesiones de Puerto Rico y de Canarias, donde Nelson pierde un brazo; con el combate al que se entregaron los nuestros, el *San Carlos* y el *San Hermenegildo*, por la hábil maniobra del navío inglés el *Soberbio*, que pasó de noche entre ambos, ofendiéndolos con la descarga de sus dos andanadas; y todo esto para que nuestra aliada, sin dar la menor explicación, celebre la paz en Londres

con su rival y á ella tenga que suscribir nuestro plenipotenciario, el bien afamado José Nicolás Azara, en la paz de Amiens, aun perdiéndose para siempre la Isla de la Trinidad, que cubre el nuevo pabellón».

—Lo que sabe este señor—dijo á este punto Delavigne, sin que pudiera traslucirse si se admiraba en serio ó en broma.

—Más que usted—replicóle Orbegozo, que no guardaba con el relojero aquellos respetuosos miramientos que con los otros dos señores matriculados, los cuales habfan sido sus jefes y podían volver á serlo.

—Seguramente, al menos de estas cosas; yo es la primera vez que oigo esta paz de Amiens—repuso modestamente Mr. Delavigne, que no reñía fácilmente por nada.

Y halagado por este reconocimiento de su superioridad en materia para él de todos sus amores, prosiguió Orbegozo:

«Pues..... (y le costaba salir del baño de vanidad en que se esponjaba)..... Pues..... Pues á poco más de un año, rota esta paz y por el lado de Francia, que aún nos exige el cumplimiento de obligaciones en mal hora contraídas, después de muchos incidentes del negocio, conseguimos una aparente neutralidad, por transformación de los anteriores servicios en el nuevo de afrontar un subsidio de seis millones mensuales, que no podíamos pagar; pero los ingleses, para quienes nuestra actitud en contra suya era más que sospechosa, nos sorprendieron en el cabo de Santa María cuatro fragatas que venían de Lima y Buenos Aires, apoderándose de cuatro millones de pesos».

—Ahí está mi Conde de Santa María—exclamó risueño don Fermín;—ó el Conde de los cuatro millones. Buena sorpresa, Manuel, y buena presa.

—No podía considerarse como buena presa—continuó Orbegozo tomando la frase en sentido de derecho;—y nuestro rey declaró la guerra á la poderosa potencia naval.

—¿Eh? ¿Qué tal? Ya ha corregido aquello de guerra contra Inglaterra, frase que se la recomiendo á Delavigne;

—dijo así Bengoechea por la pronunciación que el francés daba á las erres.

Refirió á continuación el político empleado la nueva inteligencia escriturada en París por Gravina y Decrés, referente exclusivamente á la marina, quedando la nuestra aún mucho más ligada que antes á la francesa; la expedición de la escuadra aliada á la Martinica; su retorno por nueva orden allí recibida; y su desgraciado encuentro con la inglesa en Finisterre, donde los españoles se batieron como leones y se distinguió Gravina por su intrepidez en acometer el navío del almirante Calder.

Y aquí y allí había ido apuntando con espíritu crítico que Villeneuve, jefe de la escuadra, aunque personalmente valeroso, llegó á formarse un concepto demasiado ventajoso de sus enemigos en el mar, hasta tal punto que se le había oído decir, delante de sus mismos oficiales, que no querría verse en el caso de combatir contra catorce ingleses con veinte navíos franceses y españoles.

Pero en este pasaje de su perorata se transformó Orbegozo en orador cálido y sugestivo, al compás de la mutación experimentada por el almirante francés y conforme iba entrando en el desenvolvimiento del grandioso cuadro histórico que evocaba.

Presentó á la atención suspendida y grave de sus amigos la figura del mismo Villeneuve, ya no excesivamente prudente, sino decididamente animoso, dispuesto á jugarse el todo por el todo para recobrar el crédito perdido y hasta el honor ya puesto en duda; y en este supremo momento, á pesar de la oposición de los jefes españoles, sobre todo la del ilustrado brigadier Churruca, que adquirió precisamente en este combate todo el relieve brillantísimo de héroe admirado por amigos y adversarios, sale él mismo al encuentro de la escuadra inglesa mandada por Nelson, á quien siempre en su pavorosa imaginación se lo representaba como una fuerza incontrastable.

Así fué desgraciadamente para él y para la marina española en aquel día 21 de Octubre de 1805, en que los

luchadores, soldados y jefes, ingleses, franceses y españoles, tocaron bizarramente las más elevadas cumbres del heroísmo, héroes hasta el punto que fué á poco más de un mes aplicado á Austerlitz la frase que debió sugerir quizás esta sin igual hazaña: «Es un valiente; estuvo en Trafalgar».

Nelson, á quien

«Inglés te aborrecí, héroe te admiro»,

supo momentos antes de expirar la victoria y entregó su vida con estas hermosísimas palabras: «Bendito sea Dios; he cumplido con mi deber». Y con su deber cumplieron Villeneuve, modelo de serenidad y valor, pero tan desgraciado que no encuentra allí su muerte y tiene que forzarla, arrastrado por su infortunio, en Rennes; y Galiano, que sucumbe en el *Bahama*, fijos sus ojos en la bandera clavada; y Churruca, que, herido mortalmente, continúa dando órdenes; y Gravina y Alava y Alcedo y Moyua y Castaños y..... todos; en una palabra, todos.

Pero bajando ya de tono por haber descendido á las menudas cuestiones de partido, terminó Orbegozo afirmando que éste era el tristísimo resultado de nuestras inexplicables complacencias en los apacibles lugares de San Ildefonso con la nación vecina; después de haber puesto toda nuestra marina á servicio de la República sometién-dola á sus planes, pagándola, alimentándola, vímosla desaparecer con mucha gloria, con muchísima gloria, sin que nunca se apercibiera el Príncipe de la Paz de que Francia no defendía nuestros intereses sino los suyos propios.

—Pero, hombre—dijo don Manuel levantándose al ver aparecer á su doméstica con el farol;—si no estuvo todo ese tiempo Godoy de ministro; ministros fueron Saavedra, Urquijo, Caballero.....

—Lo mismo me da—replicó Orbegozo, saliéndose de la tienda;—estos no disponían nada que el otro no aprobase. Ya sabe usted que el querido Manuel, querido del rey y querido de la reina, estuvo siempre detrás de la cortina.



CAPÍTULO VII

Un efecto más

Ya nos hemos metido en esta tertulia del señor Bengoechea con sus íntimos amigos y no acertamos á salir de ella. No por ser todos ellos muy simpáticos y, como hemos visto ya, personas cultísimas en los temas y en los vuelos de sus conversaciones y de excelente gusto en el giro de sus intencionadas frases, vamos á ocuparnos ahora de los mismos; sino por seguirle á Orbegozo en sus tiros contra Godoy; porque fuera de que siempre á los humildes como nosotros les gusta oír hablar mal de los poderosos y además de esta manera completamos el cúmulo de cargos con que abrumaba la elevada figura del favorito, lo hacemos también por otra razón, cual es que nos viene á explicar la entrada de los franceses en nuestro pueblo.

A poco de entrar en la tienda el político de la reunión, llegó Mr. Delavigne, á quien don Manuel le recomendó que hablara á alguno de los jefes franceses sus conocidos en favor del desgraciado marino Pello; porque era hermano de la Andre Joshepa la tabernera, su inquilina, muy apreciada por él y la cual le había suplicado aquella misma mañana su intervención con lágrimas en los ojos. A esta recomendación se añadió la del boticario, quien dijo que aparte de que él mismo tocaría también sus propios recursos, estaba interesado en el asunto por don Ramón, que se le había presentado en la botica para impetrar su ayuda al objeto de hacer en lo posible menos penoso el castigo que pudiera infligírsele al marino por su tontería.

Quedó en ello Mr. Delavigne que nada hubiera negado

á sus excelentes amigos; y por haberse referido la acometida de Pello contra los dos soldados franceses, fué desliziándose por aquí la conversación, hasta engranarse con la del día anterior, y pudo entonces Orbegozo desembuchar lo que se le había quedado en el alma por falta de tiempo.

No valió la protesta de don Fermín, quien al apercibirse de que estaban metidos de hoz y de coz en el mismo asunto y temeroso sin duda de que no podría charlar como era su costumbre, expuso mal humorado que ahora los ingleses eran ya nuestros aliados y nuestros enemigos los franceses, y que todas aquellas inteligencias y guerras habían pasado ya para ser juzgadas serenamente por la historia.

—Pues juzgándolas estamos—dijo Orbegozo, temeroso á su vez de que se le escapara la presa de su boca;—y no es sin duda ninguna, por más que se diga apasionado, el menos importante el juicio que de los hechos se forman los contemporáneos.

Y en el uso de la palabra ya, apagado el único fuego que para inutilizar el suyo se había hecho, porque es de advertir que á Mr. Delavigne le gustaba estar entre los suyos, importándole muy poco el asunto de la charla; á don Manuel le interesaban mucho las cuestiones políticas; y al mismo don Fermín no le disgustaban sino en tanto que Orbegozo abusaba de la peroración, sin dejarle meterse á plática, corría Orbegozo á sus anchas por el extensísimo campo en que tan á gusto pisaba.

Y encarándose con don Manuel le volvió á recordar su frase del día anterior que Godoy, subido á las alturas del poder tan rápida y tan injustificadamente, había movido por medio de los reyes como á muñecos los ministros que citó; pero que aun dándole esto de ventaja y suponiendo mucho de lo acaecido fuera de su inspiración y de su consejo, se revelaba á las claras desmedidamente ambicioso en sus tratos como ministro universal con el emperador de los franceses para la conquista y el reparto del reino de Portugal.

«No podía ser más humillante ni más peligrosa la si-

tuación de nuestra querida España—continuaba;—Francia, cuando el Directorio, había conseguido construir sus buques de guerra en Pasajes, y llegó á más el atrevimiento de los franceses, hasta pedirnos nuestros mismos buques para comandarlos ellos; y el emperador sin consulta ni defensa de nuestros intereses, entrega aquí la Isla de la Trinidad, y ofrece allí en tratado secreto con Rusia las Baleares como posesión propia; esto y más en cuanto á humillaciones; y en cuanto á peligros, por nuestras colonias americanas intentaban los ingleses, cuando no la sedición con aquel famoso Miranda en Colombia, en la Margarita y en Cozo, la conquista de Buenos Aires, en que tan gallardamente se defendió Santiago Liniers, que obligó al comandante inglés Beresford á izar él mismo la bandera española y en nueva intentona á capitular á Whitelock, lo que fué acompañado del pláceme sincero ó no de Napoleón á Carlos y del canto entusiástico de nuestros poetas».

Aquí pudo colarse don Fermín y citó á Gallego, recitando á saltos algunas frases que se le habían quedado esculpidas de la oda de este eximio poeta: «A la defensa de Buenos Aires».

Patria, deidad augusta,
Mi numen es tu amor.....
.....
De allí no lejos las britanas proras
Viera el indio pacífico asombrado
Sus costas invadir, y furibundo
Al hijo de Albión que fatigado
Tiene en su audacia y su soberbia al mundo.....

Quiso proseguir Orbegozo, pero se lo impidió el boticario, dejando oír apresuradamente y con fogosidad los siguientes versos:

Y al bronco estruendo del cañón britano,
Que muertes mil y destrucción vomita,
Impávido el esfuerzo castellano
Lluvias arroja de letal metralla.
No hay ceder; no hay ciar. De nuevo estalla.....

Y ahora sí que Orbegozo, con una exclamación al parecer sincera de entusiasmo expresada en esta frase: «Eso; muy bien, don Fermín», le cortó y pudo continuar su cháchara.

—«Pues por estos mismos tiempos—prosiguió Orbegozo—nuestro Príncipe se prosternaba á las plantas de Napoleón, cuyos sucesos que asombran al mundo, le decía, no aumentan la idea que tenía formada de las concepciones guerreras de la V. M. I. y R.....

—No entiendo—dijo á esto Delavigne.

—Son las iniciales de las palabras con que se honra al emperador: Vuestra Majestad Imperial y Real—explícole don Manuel, en tanto Orbegozo seguía:

—.....y para él, las hazañas de Alejandro, de César, de Carlo Magno se han convertido en sucesos históricos comunes; suelta á su favor, y aun al parecer nos da Napoleón una prueba de su amistad contentándose con poco, veinticuatro millones de francos; y aunque alguna vez parece que se le opone, como en la proclama de llamamiento á las armas, en que no se cita al enemigo, sino sólo se habla de las urgencias actuales, sucumbe en seguida ante el inmenso poder y la hábil política de este hombre extraordinario, que parece tener aherrojada á la voluble diosa, la cual le otorga sin la menor interrupción los más señalados favores».

—Mire usted que ha sido vuelo el de ese señor privilegiado—dijo Urbiztondo dirigiéndose á Mr. Delavigne.

—Es que hay pocos como él—contestó éste.

—No diré que no—dijo el político,—porque su grandeza se impone á todos; pero le han ayudado mucho las circunstancias.

—Déjese usted de explicaciones—intervino don Fermín;—ha habido circunstancias para todos; y es preciso reconocer que sólo el genio las crea, las modifica ó las contrasta.

—Muy bien, Fermín,—dijo don Manuel.—¿Qué circunstancias sino el talento extraordinario de él se requiere para todo lo que ha hecho?

—Indudablemente,—contestó Orbegozo con pensamiento de cortar el diálogo.—Y así ha dispuesto de nuestra marina y últimamente del ejército, pues pidió un cuerpo auxiliar de quince mil hombres y allá se fueron, mandados por el Marqués de la Romana, á las márgenes del Elba. Pero hay que reconocer también que en España al menos le ha secundado admirablemente la desmedida ambición del favorito de nuestros reyes.

—Ya hablaremos de eso —le interrumpió don Manuel.

—No hay que hablar —repuso Orbegozo;—ahí está á la vista hecho el año pasado, 27 de Octubre de 1807, el incalificable tratado de Fontainebleau de conquista y reparto de Portugal, para dar un pedazo de tierra á Godoy, con el título de Príncipe de los Algarbes; por cuyo tratado, y aun antes de firmarse, pasa Junot con tropas al vecino Reino, junto con las del general don Juan Carrafa, y enarbola aquél el 15 de Diciembre la bandera tricolor en Lisboa.

Pero en vez del principado de Portugal se ha encontrado nuestro infatuado y candoroso extremeño con **un efecto más:** con que Napoleón se ha quedado como el león de la fábula, con toda la caza, con Portugal y con lo que menos podía sospecharse. ¡con España! Porque á pesar de la conquista y de que ya en Febrero disuelve Junot la Junta de Gobierno y nombra otra propia que preside, dominando en nombre de su señor, pasan y pasan la frontera cuerpos y cuerpos de ejército, que ocupan arteramente nuestras plazas fuertes, Pamplona, Montjuich, Figueras.....

—No ande usted por esas partes; esta misma de San Sebastián les fué entregada por el Duque de Mahón—cortó don Fermín.

—Por cierto que bien se resistió nuestro pundonoroso comandante general de Guipúzcoa á la pretensión de Murat de trasladar aquí los hospitales y el depósito de Bayona—aclaró don Manuel;—y hubiera continuado en la misma actitud, á pesar de la altiva y casi insolente carta

que escribió el Gran Duque de Berg el 4 de Marzo, si no recibe órdenes del Príncipe de la Paz para efectuar la cesión.

—Pero este don Manuel es tan partidario del Príncipe —reparó Orbegozo—que se calla lo mejor. A la consulta del Duque de Mahón, tan digno con Murat, respondió el de la Alcudia casi con una soflama; vino á decirle que ya la podía ceder, como se habían cedido otras plazas, sin andar en tantos miramientos.

—Yo ví la entrada de los franceses; mandábalos el general Thouvenet—intervino Mr. Delavigne.

—Ya ve usted, amigo Orbegozo—se metió en esto don Fermín,—qué le importaron á Napoleón para sus fines las alianzas, los tratados, los pactos ni los convenios; y se llevó á Bayona á reyes y príncipes, á ministros y consejeros; y allí, después de lastimosas escenas en aquellos primeros días de Mayo, en los mismos en que se alza fiero el noble pueblo español, depositan padre é hijo la corona de España en manos del emperador.

—Ya está ahí mi criada—dijo don Manuel dejando su asiento.

—Diga usted después que las circunstancias lo han hecho. Lo ha hecho todo Napoleón, él solito; y le ha costado menos apoderarse de las dos naciones que á usted ser empleado municipal.

—Mire usted que se ha levantado España y todavía no sabemos lo que le costará—le repuso Orbegozo.

—No; yo me referí—replicó don Fermín—á llegar á ser; ahora es otra cosa; eso ha venido después. Conformes: nadie contaba aquí con el pueblo y el pueblo ha sorprendido á todos diciendo: *aquí estoy*. Y, vamos, que se le va viendo.....

CAPÍTULO VIII

Una gran influencia

A Juanito le costó dormir aquella noche; pero con la excelente salud de sus trece años, en cuanto pudo pegar los ojos, le costó más volver á abrirlos por la mañana á la hora de costumbre, á fin de desempeñar las cotidianas tareas de la Parroquia. Para despabilarse mejor, fué el que le tocó uno de los días de más trabajo; ayudó varias misas; encendió el incensario para una cantada; pidió limosna; hizo el recado á don Félix, que había dejado olvidada en casa la botellita de su vino rancio y no quería ningún otro; corrió á Santa María para avistarse con otro monago muy amigo suyo y ponerse de acuerdo á fin de subir juntos á San Bartolomé.....

Porque además de las dos Iglesias Parroquiales y el Convento Dominicano de San Telmo, sin contar el de San Francisco que era muy capaz, con buena iglesia y buen claustro, para llegar al cual se había de pasar el puente de madera sobre el río y estaba á pocos pasos de él, se levantaba á orillas del mar, por el lado del poniente, la primitiva Iglesia de toda esta comarca, la de San Sebastián, que se denominó el Antiguo cuando comenzó á existir la nueva ciudad con su patronato y bajo su mismo nombre.

Esta Iglesia, mencionada ya en el instrumento de votos del Conde de Castilla Fernán González, otorgado, según se cree, en el año 939, y en la escritura de donación hecha al Monasterio de Leyre por el rey don Sancho el Mayor de Navarra en 1014, fué cedida á los dominicos, cuya comunidad elegía el vicario ó cura á perpetuidad sin

que le pudieran remover, quien cuidaba de sus feligreses los caseros de las inmediaciones; y el día del Santo, si no lo impedía el tiempo, en cuyo caso se verificaba el primer día hábil, la Ciudad y Cabildo acudían en procesión á aquel lugar que fué, sin duda, la cuna en que se meció el pueblo, el cual más tarde, con la retirada de las aguas y el saneamiento del terreno, había de cobijarse al abrigo del elevado monte. Allí mismo, contiguo al edificio, se hallaba el Convento de las monjas de la Orden, de bastante comunidad, que se servían de la iglesia, aunque sin tener intervención ninguna en ella.

Y sobre todo existían otras dos comunidades, en cuyo número y dentro de las paredes de sus conventos han vivido muchas donostiarras, que abandonaron sus comodidades, sus regalos, los encantos de la vida mundana, para seguir la voz del salmista: «Haec requies mea in soeculum soeculi: hic habitabo quoniam elegi eam» (1); y la de Cristo en el sermón de la montaña: «.....cuum oraveris, intra in cubiculum tuum, et clauso ostio, ora Patrem tuum» (2). Estos dos Conventos eran: el de Santa Teresa dentro de los muros y fuera de los muros el de San Bartolomé.

El primero era más moderno: de patronato de la Ciudad, que proveía dos sillas, y sujeto al ordinario de Pamplona, estaba en el mismo monte á bastante altura, como que después de salvar una cuestecita de algunos pasos, había que subir una larga escalera de unas cincuenta gradadas, con mucho arte por cierto dividida en dos, una ancha y otra más estrecha, para que las mujeres subiesen y bajasen con decencia y honestidad. Hacia su mitad se abría en el muro la puerta de la ermita ó basílica de la Cofradía de la Cruz. En la iglesia, muy espaciosa y ricamente decorada, tenían las Carmelitas Descalzas que habitaban el

(1) Haec requies..... latín, Este descanso mío para siempre: aquí habitaré porque lo elegí.

(2) Cuum oraveris..... latín, Cuando ores, entra en tu dormitorio, y cerrada la puerta, ora á tu Padre.

convento dos grandes tribunas para asomarse á ella tras las rejas que las ocultaban, una en el alto coro y otra sobre el altar mayor, dedicado éste á Santa Teresa y á Nuestra Señora del Carmen; y desde su huerta, elevada que casi tocaba en lo superior del monte y parecía pendiente de él, descubrían las monjas toda la ciudad y sus alrededores, sin que pudieran ellas ser vistas por la espesura de los árboles.

De origen remotísimo, que se pierde en las brumas del tiempo, era el otro Convento de fuera de la ciudad, el de San Bartolomé, también en una elevación de terreno con magníficas vistas, del mar, del río, de los montes, de la ciudad en frente; para subir al cual tenía que dejarse atrás el barrio de San Martín, doblar á la izquierda el camino real para Pamplona y Vitoria, y salvar dos largos tramos de escalera. Era de canónigas seglares sujetas al mismo Obispado de Pamplona; vestían mantos azules de mucha falda con velos que, echados, llegaban hasta la cintura; tenían fama de muy ricas así de comunidad como de particulares; y les pertenecía la isla de Santa Clara, en cuya ermita se decían misas, cuyo estipendio solía ser un peso fuerte, desayuno y barco pagado. El Cabildo las visitaba procesionalmente el día del titular, en que se cantaba una misa solemne, y descendía también en procesión hasta la Parroquia.

Su iglesia, con sus nueve lámparas de plata y una especialísima donde podían ponerse hasta ocho luces, presentaba en el altar mayor un frontal, de plata también, muy rico, con el apostolado en tarjetas doradas; y á más de las lámparas, despedían las mechas sus luces desde los candelabros de más de vara de alto y de mucho peso, con la particularidad de que algunos de ellos habían sido hechos en Indias y de Indias regalados por uno que había sido monago en el Convento.

Pero más que los candeleros, más que las lámparas, más que el frontal, más que todo, en esta Iglesia atraía las miradas un nicho en el grueso de la pared, al lado de la

epístola, dentro del claustro y con ventana á la iglesia, el cual envolvía á los espectadores en una atmósfera misteriosa y fantástica. En aquel nicho se conservaba el cuerpo incorrupto de la venerable madre Leonor de Calvo, fundadora del Convento, ya escondida en el mismo sitio el año 1325, en que sin duda por casualidad fué descubierto, y de cuyo hecho puede colegirse la antigüedad de dicho Monasterio. Cualquiera podía ver á la venerable; y acercándose á ella se la contemplaba vestida como las demás monjas de la comunidad, teniendo al descubierto el rostro, los pies y las manos, en los que se admiraba la carne, aunque seca; la cual, apretándola con un dedo, se hundía.

Pues á este convento se dirigieron Juanito y su colega á prestar sus servicios en el lúgubre ceremonial que iba á celebrarse con asistencia de muchos sacerdotes de ambas Parroquias y no pocos frailes; se verificaba aquí la función religiosa más solemne del día; los funerales y el entierro de Margarita la Tornera.

Era una de las muchas donostiarras que se han encerrado entre aquellas paredes. De la conocida familia de Altuna, joven y hermosa, era más alegre que unas castañuelas; pero un día cambió completamente su carácter; ya no acudía á las tertulias; huía de sus amigas; no podían sus padres llevarla ni al teatro ni á los toros; y se encerraba, en su casa, dedicada principalmente á labores de aguja, y en el templo, rendida completamente á sus pensamientos religiosos.

Hubo quien achacó este cambio repentino á desengaño amoroso: se dijo que en algunas de las tertulias, á que acudía, conoció á un oficial del ejército, perteneciente á linajuda casa; que intimaron ambos, si bien muy honestamente, y que ella concibió fundadamente ó sin fundamento la idea de unirse á él en tiempo no muy lejano; pero que habiendo aquél cambiado de residencia y de regreso en Madrid, volvió á sus relaciones anteriores con la hija de unos marqueses, é hizo por fin una vez más verdadero el adagio de que «cada oveja con su pareja».

Fuera lo que fuese de estas murmuraciones, ello es que Vicenta Altuna se dedicó á sus prácticas religiosas con una unción que imponía á la par admiración y respeto; iba de una Parroquia á otra; visitaba San Telmo; subía á Santa Teresa; y alguna vez que otra, alguna tarde de verano, se atrevía á apechugar la cuestecita del alto de San Bartolomé.

De dos ó tres libros que generalmente llevaba se le extravió uno; y habiéndolo echado de menos en su casa creyó que lo habría perdido en aquel convento. A la mañana siguiente, muy de mañana, se dirigió al monasterio, donde habiendo entrado en la iglesia para rezar una oración, y estando rezándola, con un golpecito en el hombro, dado por mujer que servía en el convento, se le indicó que pasara á la portería, donde quería hablarle la tornera.

Y en efecto, aquí ésta le dijo que el día anterior, estando una de sus compañeras en el coro, advirtió que dejaba ella olvidado su libro de oraciones; que inmediatamente, pues la sirvienta del convento había ido á algunos recados, y de vuelta ya, pudo recogerlo, pensaron mandárselo durante la mañana, pero que tenían la satisfacción de entregárselo en sus propias manos. Vicenta agradeció vivamente el cuidado y la diligencia que las monjas habían puesto en ello; y ya iba á despedirse, cuando se acercó otra monja, á quien la joven había conocido en la ciudad y cuya toma de hábito había presenciado. Charlaron un poquito más, se le ofrecieron las dos religiosas con mucha amabilidad y bajó la cuesta regocijándose interiormente de tan excelente acogida.

Fué desde entonces menudeando sus visitas; le preparaban sus libros con los salmos que habían de cantarse; y entre el misterio del latín, del que no entendía una palabra, y el misterio del coro, de donde bajaban las voces sin que pudiera verse, sino á través de las rejas, á las encubiertas religiosas que las emitían, fué preparando su alma para dejarse ganar, última y definitivamente, por aquella paz, aquel sosiego, de que tan necesitada, sin duda, se en-

contraba. Y un día, en casa, manifestó su resolución irrevocable, que nada extrañó á sus progenitores, pues la tenían descontada como no se verificara un milagro en contrario; y tras unas palabras graves de su padre y unas lágrimas de su madre, se preparó todo lo necesario para su ingreso.

Entró, pues; y aun en esto siguió aquella murmuración, debido á que á ella misma le habían oído algunas amigas un cuento que su galán le contara, conociendo sin duda los sentimientos piadosos que animaban siempre el fondo del alma de Vicenta. La protagonista de esta narración era una monja llamada Margarita, devotísima de la Virgen, y cuyo oficio en el convento fué el de estar atenta al torno: habiéndola seducido, á pesar de los muros, un joven calavera para abandonarla después, volvióse arrepentida y halló otra monja idéntica á sí misma que arreglaba el altar de su Virgen adorada; púsose por movimiento irresistible en su lugar y notó que en la comunidad nadie le había echado de menos. Adoptó Vicenta, al profesar, este nombre de Margarita; y como después vino á ser muchos años la tornera, he aquí que en las lenguas murmuradoras significaron, por lo del cuento, el nombre y sobrenombre de *Margarita la Tornera*, el único lazo que le sujetaba á la tierra, si bien, aun este mismo, muy espiritual y delicado.

Por su oficio conocía á cuantas personas se acercaban al convento, y no es de extrañar que á sus funerales acudiera un inmenso gentío. Allí fueron también las dos amigas íntimas, inseparables, más que hermanas, Dolores y María, á quienes el hermano de aquélla, Joshe Mari, pudo ofrecerles un caballo con dos *artolas*, silletas á uno y otro lado del bruto, de las que salen cuatro pilares sustentáculos de una cubierta encerada, que cae por todas partes menos por el frente, donde cerraba una cortina con cristal. No faltaban clérigos, á cada uno de los cuales daba la comunidad en estos casos doce reales con encargo de la misa, ni faltaban músicos, por los seis reales de vellón que cada uno percibía.

Se cantó el nocturno; se dijo la misa de *requiem*; y por la puerta del claustro, que da á la iglesia, penetraron en él con luces clérigos y seglares hasta el coro, donde estaba el cadáver. Dicho el responso, cargaron con la muerta, llevada en andas por cuatro sacerdotes; y llegados al lugar del enterramiento, á que asistió toda la comunidad con los velos echados, dos de ellos desataron de las andas el cadáver, yacente sobre rica sábana, y consumaron la inhumación sin poner en él sus manos.

Concluído el acto salieron de la iglesia los concurrentes á la fúnebre ceremonia, saludándose unos á otros, todos conocidísimos entre sí, y formándose por breves momentos animados corrillos.

En uno de estos, donde estaba su confesor, se detuvo María y esperóla un poco apartada Dolores, momento que aprovechó Juanito para acercarse á ésta, la señorita hija de los propietarios de la tienda en que su madre despachaba vino, á suplicarle rápidamente que intercediera por su tío detenido el día anterior.

Dolores quedó sorprendida y contestóle que con mucho sentimiento veía no poder hacer nada en el asunto, á lo que contestóle Juanito con muchísimo respeto que, si la molestaba en la ocasión, era porque creía firmemente que, como ella se empeñara, pronto saldría su tío Pello del calabozo.

—«Pero ¿qué es lo que puedo hacer?»—preguntóle Dolores;— y Juanito respondió que ella podía conseguir que María, la cual era **una gran influencia** para el caso, se interesara en esta desgracia y con calor la recomendara al oficial francés Mr. Delavigne, quien pudiera lograr de sus jefes la excarcelación de su tío.

Con tanto despidióse el chicuelo, cuando, no habiendo ni un instante despegado sus ojos de María, vió que se aproximaba; y juntas las dos amigas bajaron la cuesta, atravesaron el campo y entraron en la ciudad riéndose picarescamente.

J 24

CAPÍTULO IX

Un afluente caudaloso

Pero ahora no somos nosotros ni nuestro propio gusto ó conveniencia lo que nos lleva á meternos otra vez en la botica para sorprender á los entendidos y amables contertulios en sus pláticas políticas. Hay un principio axiomático de justicia; por el cual, en toda contienda, debe oirse á la parte contraria para afinar el juicio y dar á cada cual lo que es suyo; y queda por otro lado tan mal parada la figura de Godoy, que sublevándose ahora nuestros sentimientos nobles y generosos, nos impulsan á mirar el anverso ó el reverso, pero aquel aspecto en que su efigie nos atrae con viva simpatía, ó por la difusión de las luces, ó por la elevación de las intenciones, ó por la gravedad de las desgracias.

El cumplimiento, pues, de aquella máxima de oír á las dos partes y este propio movimiento que se observa muchas veces, y no nos atrevemos á decir en todos, pero sí en los más, de abatir al poderoso para compadecer después al caído, nos obligan, gústenos ó no, y así nos aparte de nuestro verdadero objeto, á oír esta noche, que fué la del día en que se verificaron los funerales de Margarita la Tornera, á don Manuel Urbiztondo, defensor de Godoy y enemigo de los conjurados del Escorial y de los amotinados de Aranjuez.

Delavigné expuso que ya había dado sus pasos en el asunto que sus amigos le habían recomendado, y mani-

festó don Fermín que tenía otra nueva indicación á este objeto, la de su propia hija, á quien en la función de San Bartolomé le habló de Pello Dolores, influenciada á su vez por Juanito, un arrapiezo que le hacía muchísima gracia al boticario por su despejo, prontitud y gracia en ayudar á misa.

A poco estaban ya dándole vueltas al tema político y se vió desde luego que Orbegozo quería volver á abusar de la palabra; pero don Manuel, á quien todos respetaban profundamente por su posición social y por su inteligencia, y entrañablemente querían por sus bondades, fué al encuentro del modesto empleado, diciéndole, entre serio y broma, pero poniendo en la frase más de lo primero que de la segunda, que allí aquella noche no iba á hablar más que él solo y que ni siquiera iba á permitir á nadie la menor interrupción.

Y encarándose con el politiquillo, así le llamó de buenas á primeras, díjole que le había presentado entre sus amigos como sectario de Godoy por haberse callado, á causa de la mayor brevedad, la contestación de este ministro al comandante general de Guipúzcoa en el asunto de la entrega de la Ciudad de San Sebastián; pero que tuviera entendido para siempre que nunca se había movido, en el juicio y en la calificación que los políticos le merecieran, de afectos personales, sino de consideraciones relativas á la posición de los mismos, á la gravedad de los asuntos en que intervenían y á las circunstancias en que se vieran envueltos.

Tomando, pues, este punto de vista, nunca le pareció á don Manuel odiosa, ni mucho menos, la figura del encumbrado favorito; reconocía que su rápida carrera de guardia de Corps á los diez y siete años, y luego ayudante de su compañía, ayudante general del cuerpo, brigadier, mariscal de campo, Grande de España con el ducado de la Alcudia, y por último, secretario del despacho á los veinticinco, había agraviado justamente á bizarros militares que guerrearon sin conseguir mucho más modestos honores; había

ofendido en sus claras prosapias y en sus antiguos linajes á las nobles familias aristocráticas; había sorprendido y disgustado á la plebe por la instantánea acumulación en su persona de cuantísimos sueldos; y había, en una palabra, irritado á todos por entender que tales distinciones provenían, ni de talentos ni de méritos ni de sacrificios, sino del favor dispensado principalmente por la reina y de la excesiva complacencia con su esposa del bondadoso rey.

Murmurábase y quizás con sobrado fundamento de las relaciones de la reina y de su protegido, las cuales, aun en público, parecían demasiadamente íntimas y familiares para ser sostenidas con decencia entre la soberana y su súbdito; pero hay que reconocer que con esto y con todo procuró en circunstancias tan difíciles para todos los Estados sortear de la mejor manera las graves situaciones por que en tal fluctuación tenía que ir atravesando España.

—Estuvo muy bien en concertar la alianza con la naciente República nación vecina y poderosísima—segufa don Manuel—sin que obsten en daño del Príncipe, ni la desconsideración de esta para su aliada, ni la destrucción de nuestra marina; y estuvo muy bien desde el principio de su gobierno, porque son de alabar las representaciones y cuantiosas cantidades destinadas á salvar la vida de la regia víctima francesa, hasta el final, cuando, el único que llegó á entrever la ambición de Napoleón, aconsejó el viaje á Andalucía, para oponerse desde aquí á sus proyectos si respondía el país ó trasladarse con la protesta á América.

—¿Y el Tratado sobre Portugal?—le preguntó á esta sazón Orbegozo.

—Aún esto se entiende admirablemente—contestóle don Manuel sin desconcertarse;—no le representaré tan sin tacha que no entrara en esta posesión el cálculo de su mayor encumbramiento á posición más elevada é independiente; pero también ganaba España su buen territorio y el feudo de rey y príncipe. ¡Ah! Y por enemigo que sea usted de él no podrá menos de convenir en que ha sido

muy patriota no queriendo ceder Pasajes y más tarde mayor parte de esta porción de España á Napoleón, que tanto interés mostró siempre en anexionársela á Francia.

—Que Guipúzcoa se hubiese dado á Francia le hubiera tenido muy sin cuidado al Príncipe de los Algarbes, —dijo Orbegozo.

—No se puede discutir nunca con gente obcecada y..... —dijo enfadado el señor Urbiztondo.

—Don Manuel—se atrevió á interrumpir Orbegozo en tono y actitud á un tiempo de protesta y de súplica.

Pero aquel siguió su defensa increpándole á Orbegozo con todas las reformas y medidas de buen gobierno debidas á Godoy, sobre todo referentes á instrucción pública; creación de muchas escuelas y del Instituto pestalozziano, y la de otras especiales, como la de Ingenieros cosmógrafos, la de los de caminos y canales, la de veterinaria y la de sordo-mudos; la institución del jardín de aclimatación de San Lúcar de Barrameda; la protección dispensada á interesantísimas publicaciones.....

Todo esto lo dijo rápidamente; pero encarado más todavía con Orbegozo, le recriminó que no supiesen él y otros como él, que querían figurar como defensores del pueblo y de los menesterosos, alcanzar la importancia y sentir los resultados de medidas como la que había dictado el Rey bajo su inspiración, en protección de los expósitos.

—Pero—díjole Orbegozo—¿qué tiene que ver eso?....

—Ya salió el politiquillo por donde me figuraba—contestó don Manuel;—no es nada eso ante tratados, conspiraciones, golpes de estado, batallas y asaltos. ¿Esta es la política, no? Pues para mí tiene mucha más importancia este sencillo, noble, humano decreto que me lo sé de memoria: «Todos los expósitos actuales y futuros quedan y han de quedar, mientras no consten sus verdaderos padres, en la clase de hombres buenos del estado llano general..... Y mando que las justicias de estos mismos vecinos y los de Indias castiguen como injuria y ofensa á cualquiera persona que intitulare y llamare á expósito alguno con los nom-

bres de borde, ilegítimo, bastardo, espúreo, incestuoso ó adúlterino, y que además de hacerle retractar judicialmente, le impongan la multa pecuniaria que fuere proporcionada á sus circunstancias.»—Y en el colmo de su entusiasmo, exclamó el bueno de Urbiztondo:—«Esto es escribir, esto es ordenar, esto es mandar, esto es gobernar, esto es..... esto es..... timbre de gloria mayor que duque de la Alcudia, príncipe de la Paz, generalísimo de los ejércitos y Almirante de España y de las Indias.»

—Este título—dijo aquí Orbegozo—solo lo han llevado muy pocos; Colón, los hijos naturales de los dos primeros Austrias y el tío del Rey; á los que ahora se agrega Godoy, por este honor Alteza Serenísimá.

Íbale á contestar fieramente don Manuel, cuando se interpuso don Fermín desarmándole:

—Déjale, Manuel, que no te entiende. Tú te entusiasmas con las buenas voluntades y con las acertadas medidas de gobierno, y nuestro buen amigo, el político, solo se complace con hablar de las personas, de los títulos y de los honores.

—Por cierto,—intervino en esto don Carlos Zabala, beneficiado de Santa María, el cual aquella noche estaba en la reunión;—que este título dicen que molestó á Fernando, quien exclamó la noche de la serenata al almirante: «Yo nada soy en el Estado y él es omnipotente; esto es insufrible.»

—Ya venía de tiempo mucho más atrás no pudiéndolo sufrir—contestó Urbiztondo.—¡Buen preceptor le dió al príncipe Fernando, sin duda muy equivocadamente, el mismo Godoy!

—Ah, vamos—dijo Orbegozo;—ya confiesa don Manuel que se ha equivocado el de la Paz; pero es porque ahora la equivocación le favorece.

—Creo que le ha favorecido mucho la equivocación—repuso graciosamente don Manuel, produciendo la hilaridad de todos, incluso la de Orbegozo. Y prosiguió: «Pero ¿quién no se equivoca con un hombre como el canónigo de

Zaragoza, don Juan Escoiquiz, al parecer humilde pero solapadamente ambicioso, que pervierte el corazón del joven príncipe, hasta el punto de que, ya viudo de María Antonia de Nápoles, pida á Napoleón, á espaldas de su padre el rey, para enlazarse con ella, una princesa de su augusta familia?»

—Pues no le ha censurado poco este paso el mismo emperador—dijo don Carlos.—Se acordará usted de aquellas frases, don Manuel: «V. A. no está exento de faltas; basta para prueba la carta que me escribió y que siempre quiero olvidar. Siendo rey sabrá cuán sagrados son los deberes del trono; cualquier paso de un príncipe hereditario cerca de un soberano extranjero es criminal.»

—Cómo que me acuerdo—repuso don Manuel;—y en esta misma carta decía lisonjearse por haber contribuído al buen éxito del asunto del Escorial. Pero nuestro político, á quien siempre le place la rebeldía y lo que corre por caminos tortuosos, alabará las maquinaciones del nuevo partido del príncipe heredero; aquellos escritos, en uno de los cuales se consignaba que la tempestad cayese sobre la reina y el privado, figurados con los nombres de *Sisberto* y *Goswinda*, atrayéndose al rey *Leovigildo* con vivas y con aplausos, documentos sorprendidos por el bondadoso Carlos en el cuarto de Fernando, cuando este de noche tramaba los hilos de la conjura.....

—Ya nos la dió á conocer el mismo rey—le interrumpió aquí don Carlos—con aquellas tremendas palabras de que una mano desconocida, se refería á la que formuló anónimamente la denuncia con los tres *luegos*, le enseña y descubre el más enorme y temerario plan que se trazaba en su mismo palacio contra su persona.

—Pero ya vió usted que aun en esto reyes y favorito dieron una prueba inequívoca de su innegable generosidad, no sólo con el sucesor, para quien la vida del rey era ya una carga, y contra quien, después de su humillación inmediata, no dejaba de ser muy difícil un castigo ejemplar; sino con los ambiciosos, sus partidarios, que le hacían

juguete de sus intrigas y de sus locas esperanzas, Escoiquiz, el duque del Infantado, el de San Carlos, el marqués de Ayerbe.....

—Es que —interrumpió Orbegozo, —no fué generosidad el solo castigo de la prisión de estos señores, uno de ellos en nuestro Castillo, don Manuel González; la calidad de estos personajes, el partido ya fuerte y numeroso, el temor de la complicación del mismo Emperador.....

—No quiero discutir, —continuó Urbiztondo; —pero la falta de rigor en sostener la autoridad á toda costa, provocó á los pocos meses el tumulto de Aranjuez, cuyas consecuencias estamos tocando; pues no sólo fueron aquellas que desde luego se vieron, la destitución y la prisión del Príncipe de la Paz y la abdicación forzada de Carlos IV en su hijo Fernando VII, sino la intromisión, á favor de los disturbios, del emperador en nuestros propios asuntos, halagado por ambos partidos, que buscaban su poderosísima protección, y favorecido, por los dos partidos también, en su proyecto de la posesión de España, para conseguir el sueño de su imperio de Occidente.

—Es que, don Manuel —dijo el cura levantándose de retirada, como lo hicieron todos por haber sonado la hora; —faltando la autoridad.....

—Buenos dos días pasó su ídolo en Aranjuez —dijo de despedida Orbegozo.

—Cuando digo yo —le contestó don Manuel —que todo lo anormal halla en usted su más entusiasta defensor..... Y le vuelvo á repetir que no tengo ídolo ninguno; pero no soy como usted. Yo no quisiera ver á mi mayor enemigo en el trance amarguísimo de Godoy, asaltada su casa, encerrado por su fiel criado en el cuarto de un mozo de cuadras durante dos noches horribles, y entregado á sus enemigos, para llegar, arropado por los guardias, al cuartel, muy maltratado y con una herida peligrosa.

—A eso se exponen los grandes políticos —replicó Orbegozo con sorna.

—Pues gran político ha sido, aunque usted no lo

quiera—dijo calurosamente don Manuel:—y aunque usted no lo quiera, le vuelvo á repetir, que ese tratado de San Ildefonso, de que usted abomina, habrá sido causa de muchos efectos y fuente de todas nuestras desgracias; pero que la conjura del Escorial y el motín de Aranjuez han formado **un afluente caudaloso**, cuyas aguas juntas han pasado de nuestros sitios reales á regar humildes la quinta de Marac, residencia de Napoleón aquí en Bayona.

—La verdad es—dijo don Fermín que apenas intervino esta noche en la conversación atareado en llevar sus libros de cuentas,—que todos estos sucesos de San Ildefonso, del Escorial, de Aranjuez y de Bayona son, con ser verdaderos, más fantásticos que reales y sobre los cuales aun el magín menos inventivo tiene materia sobrada para una interesantísima novela.

Y se marcharon todos con una sonora carcajada que les hizo soltar esta última frase del boticario:

—¡Estoy por hacerla yo.....!



CAPÍTULO X

María del Coro

¡Virgen del Coro sagrada, líbranos de todo mal!

A tus pies has visto prosternados á todos los donostiarras de fe vivísima, de corazón levantado, de nobilísimas aspiraciones; á tí han acudido para pedirte remedio á sus necesidades; á tí para rendirte gracias por algún favor impetrado; á tí, llevados por piadosísima adoración, para saludarte con Aves, para rogarte con Salves, para aclamarte en el Santísimo Rosario madre de Dios, Virgen poderosa, refugio de pecadores.

Ocultas á las miradas en tu camarín tras de riquísimo cortinaje; apareciendo á los ojos de los fieles adornada con preciadísimas joyas; descendiendo de tu asiento para acercarte más al pueblo; en todo momento has iluminado las inteligencias, *sedes sapientiae*; has encendido los corazones, *stella matutina*; has enderezado las voluntades, *consolatrix afflictorum* (1).

Tú eres la imagen bajo la cual adoramos á la causa de todas nuestras delicias; á la rosa mística; á la que nace, sin pecado, en Nazareth; se desposa, espiritualmente, con José; pare, virgen, á Jesús; lo pierde, por tres días, en el Templo; le ruega, su primer milagro, en Caná; óyele, triste, que aquellos á quienes predica son su madre y sus hermanos; contéplale, aterrorizada, cuando los fariseos inten-

(1) *Sedes sapientiae*, *stella matutina*, *consolatrix afflictorum*, latín, asiento de sabiduría, estrella matutina, consuelo de los afligidos.

tan despeñarlo; recoge su último suspiro, madre dolorosa, al pie de la cruz; y se nos ofrece, amarguísima, en su espantosa soledad, y hermosa como la luna y elegida como el sol en su gloriosa ascensión á los Cielos.

Tú eres la que nos representamos siempre, y especialmente á la hora del crepúsculo, cuando en medio de los campos que van quedando solitarios, se oye el tañido de la campana evocadora de la salutación angélica, como te hemos visto y adorado, con tu manto azul, con tu corona de plata, con los resplandores de las luces en nuestras retinas, con los sonos armoniosos del órgano en nuestros oídos, con los efluvios deliciosísimos del incienso y de la mirra en nuestras fosas nasales, con las flores vistosísimas de los campos en nuestras manos, cogidos en todos nuestros sentidos y potencias, para entonar á coro el cumplimiento de las alabanzas en tu *Magnificat*..... *Dominum*, que *deposuit potentes de sede et exaltavit humiles*, que *esurientes implevit bonis et divites dimisit inanes*; porque Él lo ha querido poniéndolo en tus labios. *Beatam me dicent omnes generationes* (1).

Sí; eres tú, la única, que á los sentimientos grandiosos de la comunidad en la adoración añades todavía para penetrarnos más de tu divino espíritu, de la bondad virginal de los encantos pueriles, de algo que lleva el pedazo de cielo de sobre nuestras cabezas y el pedazo de tierra de bajo nuestras plantas, el hogar con los besos de nuestros padres y la ciudad con el amor de nuestros convecinos, la adoración especial de cada pueblo: Virgen de Iciar, Virgen de Aránzazu, Virgen de Begoña para los vascos, Virgen del Pilar para los aragoneses y para los españoles todos.....

¡Virgen del Coro sagrada, líbranos de todo mal!

.....
.....

(1) *Magnificat*..... latín, Engrandezca (mi alma) al Señor, que á los poderosos depuso el asiento y exaltó á los humildes; que á los hambrientos llenó de bienes y á los ricos despidió vacíos..... Bienaventurada me dirán todas las generaciones.

Todas estas imágenes suelen ir acompañadas generalmente de la correspondiente tradición, algo milagrosa y demasiado lejana para poder sujetarla á comprobación histórica; pero siempre muy conveniente para agrandar la imaginación y cautivar el sentimiento por reunir en uno, con la advocación religiosa, poderosísima, dos caracteres que seducen al hombre cada uno de por sí y con mayor motivo entrelazados: la atracción del misterio y la pátina del tiempo. Pues no podía faltar tampoco esta tradición milagrosa á nuestra venerada imagen.

Cuéntase que le vino su nombre por ser en efecto la Virgen del Coro: en el coro el facistol tenía por remate tal efigie, la de una virgen, de una tercia de alto, morenita, y que sostiene en la mano izquierda un niño con los dedos en la boca. Un religioso que subía frecuentemente al coro empezó por fijarse en ella; luego le oraba á la terminación de sus rezos; después comenzó por dirigirle sus primeras palabras; y por último cobróle tanta devoción que á ella sólo dirigía sus más fervorosas oraciones. Y he aquí que la tal imagen vino á ser una verdadera preocupación, una obsesión del venerable sacerdote, hasta el punto de concebir el atrevido proyecto de separarla de su pedestal y llevarla para más comodidad suya y para más frecuente devoción á su propia casa. Tomó vuelos la idea, se le metió esto muy adentro y decidióse por fin á su ejecución; y como conocía al dedillo las costumbres de la iglesia, fijó el momento favorable á su proyecto, preparándolo anticipadamente con repetidas visitas á esta hora de la menor concurrencia, cual era el tiempo que se dedicaba en la ciudad á comer y á la siesta habitual.

A dicha hora pues, y sin que chocara á la persona encargada de la custodia del templo, entró el religioso en Santa María y subió al coro; resuelto puso manos en la obra y se encontró por fin en las suyas el precioso objeto de sus místicos amores; y entonces, ocultando la imagen en la manga, bajó las escaleras. Pero no pudo salir de la iglesia; llegó á la puerta colocada al pie de la escalera que al

coro conducía, y ni acertó á abrirla, ni pudo dar un solo paso; aturdido se dirigió á la puerta principal, donde ocurrióle el mismo suceso; volvió atrás, retornó á esta....

Y como llevara ya más tiempo del calculado, en la obtención de la imagen por no querer descubrirse y trabajar con mucho tiento y luego en esta detención inesperada, llegó la hora de vísperas y entraron algunos beneficiados, que repararon en la agitación del fraile, sudoroso y descompuesto, á punto de desmayarse. Acercáronse á él con ánimo de socorrerle y le preguntaron la causa de su alteración, á lo que repuso no ser otra que la que nosotros acabamos de referir.

Entonces infundió en todos el mismo espíritu que le animaba de veneración y religiosidad á dicha imagen y determinaron de común acuerdo colocarla con todos los honores en el sitio más visible y respetuoso de la iglesia, encima del altar mayor. Se le hizo inmediatamente objeto de culto especial; pronto comenzaron á adorarla y á pedirle mercedes; acudíase á ella en todas las necesidades; é inspiró tal fe que la misma Ciudad y la comarca entera se acercaba á impetrar su protección en casos difíciles, en aquellos en que ya el hombre, agotados todos sus recursos, pone sus esperanzas en lo alto.

Pronto adquirió fama de milagrosa; y los devotos donostiarras la colmaron á su vez de ofrendas valiosísimas; cadenas de oro; joyas; como coronas y collares, de diamantes, esmeraldas y perlas; vestidos de seda bordados en oro y plata con galones finos; y para llevarla por el templo ó sacarla por las calles se construyeron en Huesca unas andas de plata con adornos de serafines. Sobre estas andas contéplala de cerca el pueblo; pues cuando su sincera oración se lo permite, abre sus ojos para admirar el tronco de un árbol, que es Abraham, padre de las naciones, en cuyas cuatro ramas se asientan cuatro reyes de plata con coronas y cetros dorados, y en el centro del tronco se levanta el trono, de plata también, donde está colocada la prodigiosa y venerada imagen.

Bajo su advocación pusieron los señores de Bengoechea á su única y adorada hija. Fruto algo tardío de su matrimonio, creyó Dolores que había concebido por favor especialísimo de la Virgen, á quien pidió su intercesión en oración callada y profunda que fué regada con piadosas lágrimas; y llevó más adelante su creencia al enterarse del sexo á que la criatura pertenecía. A don del Cielo lo atribuyó en sus místicos pensamientos; y se impuso á todos cuando se trató de darle nombre, diciendo que no podía llevar otro que el de su Virgen idolatrada: **María del Coro**. Con este encargo fueron los padrinos á bautizar á la recién nacida.

Y se crió fuerte; amamantóla su misma madre, que no se apartaba de ella un momento; casi encerrándola en casa, como planta en invernadero, durante la época más cruda del año, y entregándola al campo, en un caserío poco lejano de la ciudad, pero muy agreste y casi selvático por la cantidad enorme de árboles, uno de sus bienes, donde hacía dos tandas, una por la primavera y otra por el otoño; baños de mar y largas estancias en la playa cuando el calor estival: buena mesa y sueño jamás interrumpido; condiciones fueron de su existencia en los primeros años que ayudaron á su naturaleza á gozar de perfecta salud y á mantenerse en el debido equilibrio. Acudió á una de las muchas escuelas dirigidas por maestras en que se enseñaba á leer, escribir y coser; á los quince años se retiró de ella, y su madre la dedicó á las labores de casa, y á los diez y nueve que tenía en estos momentos de su presentación era una moza hecha y derecha, hábil para los menesteres de la vida en el desempeño del papel que á la mujer se le ha confiado, envidia de las casaderas y admiración de los jóvenes.

Considerándola bien, desde luego se descubría que tanto de cuerpo como de alma reunía en su ser las dotes más relevantes de sus progenitores; alta como su padre se inclinaba más á la abundancia de carnes de su madre; tenía de aquél los ojos pequeños, pero vivos, que despedían lucecillas brillantes en fondo de cristal de color azulino; y la

boca también, también pequeña, con labios finos y sonrosados en los que á la continua se deslizaba una sonrisa agradable, que tomaba á veces las proporciones de una mueca burlona; en cuanto á nariz, bastante larga y gruesa, y orejas grandes, aunque bien conformadas, retrataban las mismas partes del cuerpo de doña Dolores, como el andar majestuoso, si bien algo más ligero á causa sin duda de la edad.

Pues en cuanto á espíritu allí se iba con los dos y era lo verdaderamente atrayente de su persona, pues bastaba que una sola vez se hubiera hablado con ella, tenía el don para hombres y mujeres, para jóvenes y viejos, de no poder olvidarla jamás. El cuerpo en su conjunto era bello; pero el alma era más bella aún. Tenía un fondo de candor, que lo mantuvo en toda su vida, sin dejar de ser previsora y cauta; esa mezcla difícilísima que fué recomendada por el Maestro cuando nos enseñó que fuéramos cándidos como la paloma y astutos como la serpiente y que no puede resultar sino en seres dotados de un sentimiento exquisito y una inteligencia penetrante. María del Coro poseía estas dos facultades superiores; allá, en lo más íntimo de su ser, era profundamente religiosa, sinceramente religiosa, con aquella religión que sublima el sentimiento y eleva los corazones; pero después de sus éxtasis, de los que salía armada de la mayor limpieza y con la fortaleza de sufrir cualquier adversidad, perdonar toda injuria, y amar siempre al prójimo, se colocaba fuera de las puertas de la iglesia en el campo de la vida y preveía los golpes, cortaba las murmuraciones, trataba á cada cual según era y salía airosa de cualquier empeño difícil por la pronta clarividencia de la situación y por la energía suficiente de su altivo carácter.

La manifestación principal de este carácter, en esto también resultante prodigioso de los de sus padres, ya por nosotros conocidos, era una sana alegría con fondo de gravedad, como asimismo por otra parte, en ocasiones, grave con ribetes y adornos de alegría.



CAPÍTULO XI

Dios nos la dé buena

Y allí seguía encerrado Pello muy á disgusto suyo, pues aunque no estaba acostumbrado á grandes espacios para moverse, sentía en su interior la diferencia no pequeña que va de lo querido á lo que se impone; acompañada de aquella otra nada despreciable de nave á cárcel, «donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitación.»

Profundamente abatido se abstuvo de salir al patio el primer día; pero ya al otro, resignado con su suerte, bajó á hora en que los reclusos se juntaban en aquel lugar del edificio y lo recorría de uno á otro lado con la cabeza gacha, cuando á las pocas vueltas fué detenido por Agustín Soroa, gran amigo suyo y un donostiarra de los de cepa, dicharachero agudísimo y festivo hasta en las más graves ocasiones.

Contándose estaban sus desdichas y se llegó á ellos un hombre como de cuarenta años, muy bien parecido, vestido sencillamente y con elegancia, de modales muy señoriles y de palabras corteses y bien colocadas. Este conoció al donostiarra en la misma prisión y se entendieron desde un principio admirablemente, sin que en los tres meses que llevaban juntos hubieran tenido la menor diferencia, sino antes al contrario intimaran más de día en día.

Fué presentado á Pello por Soroa con el nombre de don Julián Ugarte, natural de Bilbao, y con la causa de su

prisión, que fué haber peleado contra los franceses en el alzamiento de los bilbainos el 6 de Agosto, sofocado á los diez días á media legua del pueblo con pérdida de mil doscientos hombres, gente inexperta que no pudo resistir el empuje y la táctica de la división del general Merlín; y entre los prisioneros éste, por creerlo de cuidado en la cárcel de la Villa, fué trasladado por tránsitos al depósito de esta Ciudad.

Bastó esto para que nuestro marino, bien parco en la manifestación de sus quereres, fijara en él sus ojos llenos de júbilo y le extendiera la mano en señal juntamente de admiración y de amistad; y enterado á su vez Ugarte de la situación de Pello, extrañóse de que le sorprendiera á su llegada aquí á fines de Septiembre la posesión de esta plaza por los franceses.

Disculpóse diciendo que algo había oído para cuando desembarcó en nuestro puerto; pero siempre sincero manifestó inmediatamente que era muy poco y se alegraría de conocer mejor la guerra de que le hablaban.

En esto intervino Soroa para decirle que á buen maestro se acogía, pues que Ugarte era persona cultísima y muy bien enterada de los acontecimientos; y pagado este juicio con una ligera sonrisa del interesado, entró éste á referirles el alzamiento general de España.

—¡Qué cosas han pasado en este año de 1808! Y en este alzamiento se debe la gloria á Madrid—díjoles Ugarte,— gloria que perdurará por los siglos en todas las almas españolas. Las turbulencias y debilidades de nuestra Corte se ventilaban en Bayona ante el Emperador de los franceses, y éste en sus cálculos había dispuesto ya de la corona de nuestros reyes, cuando la mañana del 2 de Mayo, y agolpadas numerosas gentes en las cercanías de Palacio, salió á las nueve el coche en que iba la reina de Etruria y sus hijos.....

—¿Qué es eso de Etruria?—interrumpió Soroa.

—El nombre antiguo de una región al centro de Italia, muy celebrada por sus artes, sobre todo en el manejo de la arcilla, con la que han hecho obras primorosas.

—¡Ah! Yo he oído alguna vez esa palabra. Sí: ¿no se suele decir vasos etruscos?

—Justamente: trabajos admirables y deliciosamente pintados. Pues este país de Etruria ha servido de vara mágica en mano de los políticos franceses para valerse de él en sus tratos ventajosísimos con España y hacerlo después desaparecer por su propia conveniencia. Constituyeron los franceses este reino á favor del hijo del Duque de Parma, hermano éste de nuestros reyes, casado aquél con la hija de éstos, la Infanta María Luisa, á cambio de la Luisiana, pedazo del continente americano que da al golfo de México, vendida á poco por Napoleón á los Estados Unidos en cincuenta millones de francos, á pesar del tratado que exigía la retroversión á España».

—Cincuenta millones—exclamó Pello que seguía con atención el relato, aunque es de creer que sólo comprendiera esto mismo que le hizo exclamar.

Y siguió Ugarte:

—Pero hecho el nuevo tratado del reparto de Portugal, por el que el rey de Etruria venía á ser rey de la Lusitania septentrional, Napoleón intimó á la reina regente María Luisa su venida á España para el cumplimiento del convenio que ésta desconocía; y llegó á tiempo para hacerse cargo de la situación de sus padres y de su hermano y para irse como todos ellos á Bayona á la boca misma del lobo.

Salió, pues, de palacio y no hubo nada por tenerla ya como á princesa extranjera; pero corre la voz de que el niño Infante don Francisco llorando á lágrima viva no quiere dejar Madrid; grita una mujer:—«¡Válgame Dios, que se llevan á Francia todas las personas reales!», y entonces airados los hombres se lanzan sobre Lagrange, ayudante de Murat, que pasaba por allí, y á duras penas se salva; sufren la metralla que el enemigo les arroja sin previa intimación; y se desparraman por las calles de la villa llevando á todas partes en el airado semblante, en las crispadas manos, en los espumaderos de la boca, en el erizamiento del pelo, en el calor de

las palabras, el fuego de rebelión en que ardían contra el francés. Se aprestan á resistirlo todos; corren los paisanos por los cuarteles, pidiendo la cooperación de las tropas sujetas á disciplina y con orden de permanecer encerradas; y sólo allá en el parque de Artillería dos oficiales, Pedro Velarde y Luis Daoiz, con un piquete de infantería mandado por Jacinto Ruiz, nombres excelsos que empieza á adorarlos España y vivirán eternamente en el templo de su gloria, primero sacrificaron la disciplina en el altar más elevado del honor; después sacrificaron la vida en el altar más elevado de la patria.

—¡Sus nombres! ¿Murieron, eh?—preguntó Pello enternecido.

—Murieron,— prosiguió Ugarte:—que desgraciadamente no podían oponerse mucho tiempo el entusiasmo irreflexivo y la indignación airada, por justificadísimos, á la organización militar y á la táctica de superiores generales. Toda aquella noche, conforme al bando publicado por Murat de que serían arcabuceados los que durante la rebelión fueran cogidos con armas, no se oyeron otros ruidos que el estampido de los cañones, la descarga de los fusiles junto al Salón del Prado sobre los presos y los desgarradores ayes de las desgraciadas víctimas.

—¡Qué horror!—exclamó Soroa.—Y ¿querrán que nos sometamos? Antes emigro.

—¡El francés!..... Si todos le quisieran como yo—dijo á esto Pello.

Y después de este breve descanso, prosiguió Ugarte:

—Pero el golpe estaba dado; el 3 salió el Infante; y al día siguiente 4, su tío, don Antonio Pascual, que era presidente de la Junta de gobierno, escribió una carta en que viene á decir ahí queda eso, concluyendo con estas palabras: «Dios nos la dé buena. Adiós, señores, hasta el valle de Josafat.»

—Ja, ja, ja..... Tenía gracia el señor.....—dijo Pello.

—Mucha—siguió Ugarte;—pero, como les digo á ustedes, el golpe estaba dado, y fueron respondiendo al llama-

miento todas las provincias: Asturias, que había de ser, como fué antes, la primera, pues por algo es nuestro *Principado*; León, La Coruña con el batallón literario de Santiago, Castilla, Extremadura, Andalucía, Valencia, Cataluña, Aragón..... en todas partes se conmovió la tierra española, para que nunca pudiera pisarla en firme el soldado francés.

—Pero no he oído—se atrevió á indicarle Pello—entre esas provincias, las nuestras.

—No; las nuestras y Navarra, como comprenderá usted—le contestó Ugarte—estaban completamente dominadas, en posesión los franceses de sus castillos, próximas á Francia, y cubiertas casi por entero de soldados. Y después de esta general protesta, que sin anterior inteligencia pronuncian todos, poniéndose en pie y en actitud guerrera el noble pueblo español, se constituyen las juntas locales; se organizan los ejércitos; se sorprende á los franceses en el Bruch, porque uno de los somatenes tenía por jefe al tambor y creyó el francés al oírlo que venía tropa de línea; hemos sufrido los desastres de Cabezón y Rioseco; pero nos hemos repuesto del todo y hemos alcanzado la inmarcesible palma de Bailén.

—Cuenta usted, cuenta usted—prorrumpió Pello abalanzando el cuerpo, extendiendo su mano derecha y con repetidos movimientos de cabeza.

—Ha sido inmenso el triunfo de nuestras armas en este pueblo de la provincia de Jaén. Por ella y muy cerca unos de otros andaban con sus divisiones el francés Dupont, general de los más acreditados, con Vedel, Gobert, Dupré y otros oficiales superiores, y los nuestros con Castaños, á quien acompañaban Reding, suizo, el Marqués de Compigny, que fué oficial de guardias valonas, el irlandés don Félix Jones, don Manuel de la Peña, y otros altos graduados. Después de algunos pequeños encuentros y varias escaramuzas, Reding acometió á Ligier-Belair, que guardaba el paso de Menjibar, y le envuelve de modo que tuvo por fortuna poder retirarse á Bailén, de donde en mala

hora salió á socorrerle el general Gobert, que de un balazo quedó sin vida, sucediéndole Dufour.

Dupont, enterado, manda á Vedel que los socorra; pero como aquellos por precaución se retiraron de Bailén, los encuentra y marchan á la Carolina; mientras el generalísimo deja su posesión de Andújar y camina en la esperanza de cargar entre dos fuegos al ejército de Reding, que había entrado en Bailén, unido ya con Compigny, y de donde salía para intentar el mismo juego del general francés, estrecharle entre su división y la del general Castaños. Y se encuentran sorprendidos los dos y temerosos á un tiempo de sus espaldas, pues creían poder ser atacados, el uno por Castaños y el otro por Vedel; y en cuanto se avistaron las avanzadas, se dispuso la batalla, que dió comienzo á las cuatro de la mañana del día 19 de Julio.

¡Grandioso espectáculo! Los franceses atacan briosamente á los nuestros, con sus infantes, con sus dragones, con sus coraceros, con sus cazadores á caballo, en muchas y sostenidas tentativas para romper nuestra línea; pero los españoles no cejan; reclutas y veteranos se ayudan unos á otros y á todos animan, impávido y enérgico Reding, inteligente y prudentísimo Abadía, firme y sereno Compigny. Un sol abrasador llega á su cénit: Dupont se pone con todos los generales á la cabeza de todos los soldados; entra en batalla hasta el último cuerpo de su reserva, el terrible batallón de marinos; pero vuelve á chocar con todo su ímpetu en la misma obstinada resistencia y en la misma insuperable fortaleza de los guerreros españoles.

Ya no puede más; ha sido su último esfuerzo; dos mil franceses yacen sobre el campo de batalla, entre ellos el general Dupré; él mismo había sido herido; sus soldados, no acostumbrados al clima, devorados de sed y fatigadísimos de pelear, apenas pueden manejar las armas; en vano invoca á Vedel que no llega; y en esta situación angustiosa se ve obligado á proponer una tregua á Reding, que acepta.

Y es entonces cuando llega Vedel, que á pesar del

aviso de Reding de estar suspendidas las armas, ataca á nuestro ejército, hasta que recibe orden de su mismo general; y, mientras los tratos, intenta también la fuga de que desiste por Dupont, amenazado éste de que todos sus soldados serían pasados á cuchillo.

—El tal Vedel debe ser muy desahogado—exclamó Soroa.

—Y ¿cómo concluyó todo esto?—preguntó Pello.

—Pues por la capitulación de Andújar firmada el 22, en cuya virtud las tropas de Dupont, excepto las de Vedel y otras que evacuarían la Andalucía, se declaran prisioneras de guerra, y aun aquellas exceptuadas habían de dejar sus armas, devolviéndoselas á su embarque. Y ahí tiene usted, Pello, rendidos, por una sola batalla, diecinueve mil hombres, á los que hay que añadir los dos mil que en el campo dejaron su vida.

—También—dijo Pello—tendríamos nosotros muchas pérdidas.

—Conseguimos tan grandioso éxito con doscientos cuarenta y tres muertos y setecientos heridos.

—¡Bravo por los españoles!—prorrumpió Pello, añadiendo á continuación:—se han lucido los franceses; y todavía lo que se van á lucir.

—Sí—dijo á esto Ugarte;—en Bayona lo arreglaron muy boníticamente; tuvieron su Asamblea de Notables, su constitución, su rey José.....

—Ese rey intruso—le cortó Soroa;—ese Pepe Botellas..... Yo le ví cuando estuvo aquí en nuestro pueblo de paso para Madrid. Dice usted bien, *su rey*, el rey de ellos, de esos notables; pero no lo que es rey del pueblo español.....

—Ya él ha debido verlo muy difícil, á pesar de la confianza con que entró en medio de nosotros, según nos lo contó en su famoso manifiesto de Vitoria. Enterado del levantamiento general, al dormir la primera noche en el real palacio de Madrid, debió arrebuajarse entre las sábanas, con la frase del infante: **Dios nos la dé buena;**

pero, después de lo de Bailén, ha huído de Madrid y se ha establecido aquí por Miranda, á este lado del Ebro, y debe á estas horas estar completando el dicho de nuestro Antonio Pascual para soltárnoslo á los españoles: «Adiós, señores; hasta el valle de Josafat».



CAPÍTULO XII

Efectos sin causa

Su amiga íntima, la amiga íntima de María del Coro, era la ahijada de su madre, la simpática y cariñosa Dolores Urbiztondo. Era más guapa que María; era excesivamente, si en esto hay exceso, bondadosa y tierna; era bastante inteligente, nada boba; pero no es como se achaca á la suerte que pareciendo tener mayores calidades sea uno pospuesto á otro de menores, por lo que apenas era solicitada, y en cambio María, como el imán atrae al hierro; tuvo siempre adoradores: Dolores había nacido para que nadie se fijara en ella de puro buena; María traía en seguida la guerra á los espíritus; aquélla estaba siempre dominada por sus padres, por su hermano Joshe Mari, por su amiga del alma María, por el último que se le acercara y el cual, después de su entrevista, seguía el mismo con sus ideas y con sus sentimientos; pero no así la de Bengoechea, que á poco mandaba á los padres, que se caían de mimosos por sus caricias, y á Dolores por sus bondades, y á la de Delavigne por sus naturales gracias, y al primero que le hablara por su espíritu altivo y dominador, que al chocar con otro le imprimía movimiento en dirección simpática ó antipática, de sumisión ó de rebeldía á él, pero que ya entraba dentro de la esfera de su acción á removerle pensamientos y á provocarle inclinaciones.

Se conocieron bien niñas: en la intimidad de las familias acudían con facilidad á las diferentes casas; juntas

asistieron á la misma escuela; al mismo tiempo hicieron su primera comunión; cuando María estaba en el campo, allí pasaba también con ella muchas veces larga temporada Dolores; y agradándoles á los padres de ésta el método higiénico de sus amigos y queriendo también á su turno corresponderles, pues la buena amistad se conserva con tomas y con dares, preparaban para las chicuelas una estancia en Pasajes, donde los señores de Urbiztondo tenían muchas casas y campos de su propiedad; y en la vecina villa se divertían varios días, especialmente, era su delicia, embarcadas en aquellos bateles, empujados á remo por mujeres, ya atravesando el canal para ir de uno á otro Pasajes, ya llegándose hasta Lezo, ya tomando rumbo á la Herrera.

Llegaron á mayores y con la conciencia de la propia personalidad aún estrecharon más los lazos existentes; ya no eran los padres y las circunstancias exteriores los que las unían; era su mismo afecto, el mutuo aprecio, la consideración recíproca de sus envidiables cualidades. Y así aparecían siempre juntas, en la iglesia, en las tertulias, en los paseos, viviendo la misma vida y comunicándose sus impresiones más íntimas.

Trató María mucho menos con el hermano de Dolores, con Joshe Mari, que llevaba á ésta unos tres años más y tendría por este tiempo unos veintitres. Pero en aquellos primeros de su vida, á pesar de las relaciones familiares, más parecía tenerla ojeriza; difícilmente la saludaba en la calle, si tropezaba con ella, frunciendo el ceño y levantando muy poco la cabeza; y si estando en casa entraba María, apresuradamente se escapaba echándose á la calle.

Veíase obligado á mayores cortesías en aquellas giras al campo, que por lo menos eran dos ó cuatro al año, de las tres familias amigas; salían muy de mañana y en breve sin darse cuenta se formaban instintivamente los mismos grupos: el primero lo constituían los chicos con madama Delavigne que gustaba ir con ellos; á este seguía el de las dos respetables matronas con el relojero; y detrás los últi-

mos y que por cierto siempre quedaban muy rezagados con sus conversaciones y eran llamados frecuentemente por sus señoras, el boticario y el señor Urbiztondo.

Llegaban al paraje elegido; sobre la verde yerba se echaba el mantel, se sentaban incómodamente los mayores en el suelo y despachaban las escogidas provisiones que para tal fiesta se disponían. Correteaban los jóvenes por el campo, admiraban los señores las excelentes vistas que desde aquel lugar se descubrían y que por esta razón se había elegido, y á media tarde se emprendía el retorno para llegar á la ciudad á la hora en que encendían los faroles.

En estas fiestas la cosa no tenía remedio; el primer movimiento, de brusquedad siempre en Joshe Mari, se mantenía durante un largo trecho; conversaban las mozelas con Madama, y aquél parecía apartarse del grupo, ya mirando á una y otra parte del camino, ya quedándose contemplando lejanías; pero esta pregunta de su hermana, aquel recuerdo de María, alguna observación de la de Delavigne, iban acertando más y más el radio de sus revoloteos y encajándole blanda y suavemente en el delicioso grupo; pues desarrugaba el ceño, empezaba á balbucear palabras, miraba á sus compañeros de viaje, le hacía gracia alguna palabra y sonreía, y hacia la mitad del camino intervenía con desembarazo y con soltura, figurando en el número de los interlocutores.

Pero á la tarde nadie podía con él; ni sus padres, ni los boticarios, ni los Delavigne, mucho menos su hermana y aún menos si se quiere María, que ni lo intentaba siquiera: locuaz, enredador, saltarín, tiraba de los vestidos á su madre, empujaba cuando estaba distraída á doña Dolores, cogíala por detrás y le hacía dar dos ó tres vueltas á su hermana, le hablaba en gabacho á Madama Delavigne, le tiraba el sombrero á su esposo, á su propio padre le daba el susto de pasársele por entre piernas, y saltaba á la espalda del boticario quien de fiesta corría por el campo con él; con todos se atrevía, para todos tenía alguna gra-

cia menos para María, á quien alguna vez fué por detrás y le tiró del moño; mas debió hacerlo tan brutalmente, hubo sin duda en ello tal torpeza, demostrativa mejor de mala intención que de mimosa fiesta, que una mirada severa de la niña le cortó en tales términos, que jamás volvió á intentar con ella la menor broma.

Ya más hombre seguía en gran parte como fué de niño, que aquel era su genio, el cual tarde se cambia y nunca según el refrán; pero ya iba aprendiendo á hacer de vez en cuando algunas galanterías, como fué la que, aprovechando la ocasión de tener que ir á Hernani un caballo con dos artolas y conocido el hombre del alquiler, concertó con él que llevara hasta San Bartolomé á su hermana y á su amiga; aunque, en general, continuaba huraño y casi hostil á María.

Esta ni se fijaba en ello; como que por estos días de nuestro cuento su única preocupación era la de la cocina. La señora de Delavigne sabía confeccionar algunos platos sabrosísimos, la tortilla con puntas de espárragos, la pierna de carnero con habichuelas, algunas salsas especiales; y María, después de sus devociones de la mañana y haberse desayunado, se dirigía á casa de Madama y se metía en la cocina, ayudándole en sus tareas y aprendiendo lo que le interesaba, para preparar un día en su casa el plato y servírselo á su padre, quien le agradecería el obsequio, saboreando el manjar delicioso con muchos donaires y con calurosas felicitaciones.

Mas con este motivo también se le iba la lengua al bueno de don Fermín y le calentaba las orejas á su hija, que se ponía encendida como la grana, discurriendo sobre el porvenir que la esperaba; manifestábale su deseo como el de su madre, de verla bien colocada; añadíale que á ello podía aspirar por sus prendas personales y por su posición social; y venía á concluir casi siempre por animarla á proseguir en la honrosa senda que había emprendido de dedicarse seriamente á las labores propias de una buena mujer de su casa, no entregada únicamente al manejo de la aguja,

sino dispuesta también á acercarse en todo momento al fogón, para tener embobado, así como ahora á su padre con la cocción y con los condimentos de tan sabrosísimos bocados, el día de mañana á su idolatrado marido.

Pero nos hemos apartado de lo que teníamos que decir: no era esto lo que le sacaba á María los colores á la cara, cuando á su padre le daba por lo grave y se interesaba seriamente por el porvenir de su hija; así en abstracto y generalizando la teoría, María estaba serena y aun diremos que escuchaba con agrado á su padre; no, no era esto; es que otras veces soplabá el aire zumbón del boticario y le preguntaba, como dejándose caer sencillamente, si no había presenciado el aprendizaje Mister Gladstone, un sobrino de los Delavigne, que con ellos vivía. Entonces María se ponía hecha una amapola; bajaba sus ojos al suelo; quedaba como clavada en la silla; y sólo á favor de que el mismo padre, penetrando el vuelco de su alma, ocurría graciosamente con el remedio, pintándole, por ejemplo, ridiculamente á Gladstone de cocinero, ó con otra salida saladísima, se reponía su hija en su estado natural, y la cosa no iba más lejos.

Más lejos fué, porque su madre, la grave boticaria, no gustaba bromas en asuntos serios, un día que al salir doña Dolores de una tienda de comestibles de la calle de la Trinidad, atisbó cerca de San Vicente en plática animadísima á su hija María con un oficial francés.

Cuando esta llegó á su casa, con cara fosca recibíola su madre, y se encerró con ella en su cuarto, pidiéndole severamente explicaciones del hecho que había presenciado. María se las dió cumplidas: díjole que aquel oficial era sobrino de los Delavigne, á quien todavía su madre no conocía, por ser breves los días de su residencia, pero muy conocido ya de María en casa de aquellos; le refirió el interés de Juanito por su tío Pello y la transmisión del encargo hecho por Dolores; le aclaró, por último, hasta con testigos que su encuentro había sido casual y lo había aprovechado para la recomendación; pues habiendo salido de casa

para ir al rosario á San Vicente y no habiendo tomado por la Plaza, á causa de haberse encontrado con doña Juana López, habitante en la calle de la Trinidad, á quien acompañó á su domicilio, después de despedirla y proseguir su camino, ya cerca de la iglesia se encontró con Mr. Delavigne, el oficial francés, quien de casa de sus tíos se dirigía sin duda al castillo á recogerse.

Satisfizo, á costa de algún esfuerzo todavía, la explicación á su madre, que concluyó diciéndole que en cualquier tiempo que iniciara relaciones amorosas, con quien fuere, no había de tardar ni medio minuto en ponerlo en su conocimiento, para aprobarlas, si le parecían convenientes, y dirigirla acertadamente en tan peligrosa senda, lo que María prometió con toda solemnidad; y en este punto la grave doña Dolores dió por terminada la conferencia.

Y ya los hemos citado: Joshe Mari, Gladstone y Delavigne; he aquí los nombres de tres jóvenes de casi la misma edad; de veinte á veinticinco años, español el primero, inglés el segundo y el tercero francés, que conocían á María del Coro, y que pronto se repelieron sin causa justificada; porque contra lo que los filósofos afirman con toda seguridad que no hay nada sin su razón suficiente, que quitada la causa se quita el efecto y que hay una relación necesaria entre este y su causa, estos jóvenes nos van á demostrar con la mayor evidencia que hay efectos sin causa, ó al menos que nosotros no podemos encontrársela.

Joshe Mari miraba de reojo á Gladstone y Delavigne; ya ni saludaba al inglés; se le había hecho completamente antipático; además de no poder entenderse con él por la dificultad de la lengua, un castellano proviniente en el uno del inglés y proviniente en el otro del vasco, creyó que se le burlaba cuando le sonreía; y además le descomponía la sola idea de que viviera en casa de los Delavigne y que frecuentara esta casa María..... que antes también solía ir á ella sin este empacho del hermano de Dolores. En cuanto al francés le odiaba por ser francés y porque domi-

naban los franceses en la ciudad y porque.... también hablaba con María.

Gladstone, en cuanto se apercibió de la actitud de Joshe Mari, le pagó en la misma moneda y aun procuró que la distancia se alargara; le hallaba brusco é intolerante y si al principio no, después bien puede decirse que en mal español lanzaba sus indirectas y sus directas contra él en presencia de María y Dolores, tendiendo sobre todo á desprestigiarle en el concepto de aquella. Lo mismo hizo con el oficial francés.

Mr. Delavigne, nuevo en la plaza, se hizo pronto cargo de su situación; al principio, cuando fué presentado, se mostró cariñoso con el español y con el inglés; pero pronto advirtió que le miraban como adversario y les correspondió declarándose francamente enemigo de ambos; su única preocupación desde entonces, y sabiendo la amistad de aquéllos con María, fué hacerse agradable á ésta, á quien hablaba en vasco, por ser también, como su tío, vasco-francés, de Bayona, y hacer para ella odiosos á sus dos afortunados antagonistas, que la conocían de mucho antes.

De modo que los tres se repelían, bajo alguna forma de cortesía, sobre todo los extranjeros, pero por de dentro ferozmente; y, sin embargo, no había nada, al menos en el único asunto que pudiera á nuestro parecer indisponerlos, la posesión de María del Coro; á preguntarles si la quisieran para sí, Joshe Mari hubiera puesto una cara de brutal protesta, hubiera levantado bruscamente sus hombros y hubiera dado una vuelta rápida sobre los talones, poniéndose en marcha; Gladstone habría hecho repetir tres y hasta cuatro veces la pregunta para enterarse de ella y respondería gravemente que era un asunto propio en el cual no había aún fijado su atención, ni con María ni con ninguna otra; Mr. Delavigne se haría cargo inmediatamente de la pregunta, y, poniendo en sus labios la más picaresca sonrisa, jugaría con la frase para dar á entender que en todo caso no sería él quien rehusase la posesión.

¿Quién puede explicar los fenómenos humanos? Al menos á nosotros estos de que nos hemos ocupado se nos aparecen como inexplicables: estas relaciones de los tres con María y estas relaciones de los tres entre sí, son verdaderamente para nosotros **efectos sin causa.**



CAPÍTULO XIII

El Emperador

Fué una sacudida, la más terrible, que en sus páginas registra la historia del hombre. En aquel cuerpo social gangrenado por todas las miserias: arriba, hasta en el mismo trono, se adquiría por medio de una carta falsificada collar valiosísimo para vender sus piedras preciosas; abajo dirigían á las muchedumbres la opresión y el hambre; allí se preocupaban del lujo y de los placeres; aquí de su servidumbre y de sus cargas; en este cuerpo iba infiltrándose una nueva alma que había de aparecer en su día horrorosa en sus crímenes, osada en sus empresas, imponente en sus victorias, gloriosa en sus leyes y magnífica en sus hijos.

Veíanse los heraldos de la rebelión; hasta el mismo Lafayette, perteneciente, no á las clases humildes, sino á las privilegiadas, sintió la necesidad imperiosa de reformas; el parlamento se negaba á autorizar los impuestos, y pedía la convocación de los Estados Generales, de los representantes del país; el rey se opone al parlamento reclamando su poder absoluto, sin duda en litigio ya, y el parlamento, sin duda ya dominante, se opone al rey limitando su soberanía; se oye estruendo de armas en el Delfinado y en la Bretaña, y en el mismo París el populacho saquea é incendia los palacios de los ministros; y en esta situación, para remediar los males del país, se congregan sus apoderados el 1 de Mayo de 1789.

Y aquellos primeros días en que se quiere negar á los

representantes del Estado llano el voto por individuo para seguir manteniendo la separación y el predominio de las clases, y en que acude la corte á frívolos pretextos para impedir la celebración de las sesiones, se va formando en la capital aquel hervidero de las pasiones más exaltadas en los muchos clubs que se abrieron, en los cafés, en las calles y en las plazas.

Llegó así el 12 de Julio, en que salió de uno de los cafés del Palacio Real aquel espíritu á un tiempo enérgico y delicado, Camilo Desmoulins, quien encaramado sobre una mesa, prende la chispa de la rebelión sobre toda aquella masa inflamable, que, secundando su ejemplo, desprenden á los árboles del jardín de sus verdes hojas para colocarlas en su sombrero y llevar este signo de patriota revolucionario.

Y, por fin, chocan el 13 sangrientamente tropas y pueblo; que todos estos albores preceden á aquel día terriblemente apocalíptico, 14 de Julio de 1789, en que las turbas, hambrientas de pan y de libertades y con sed espantosa de venganzas, asaltan la temible y temida prisión de la Bastilla, desencadenando sobre la Francia toda y sobre toda la Europa aquella nube cargada de llamas y de dolores, y de cuyo seno había de fulminarse el rayo que así tronchaba el cedro de la más alta cumbre como separaba de su tallo delicadísimo la flor humilde de la violeta.

Sí, venía preparándose la revolución; filósofos, con sus pensamientos, la inculcaron en las mentes; políticos, con sus torpezas, la hicieron deseable; el tiempo con el misterioso engranaje de sus instantes le señaló su hora; y estalló, como hemos visto, precipitándose desde el Parlamento hasta la Asamblea, y desde la Asamblea hasta el jardín del Palacio Real, y desde este jardín hasta la aborrecida fortaleza, para encontrarse el tercer estado, que no era nada, con que era todo; soberano para dictar las leyes por medio de sus diputados de la *Asamblea Nacional* y soberano para hacerlas cumplir por medio de sus soldados de la *Guardia Nacional*.

En la confusión de dos soberanías cede la más débil: en vano el bondadoso Luis XVI, después de las escenas brutales de Versalles, en su mismo palacio, accede á las imposiciones del populacho viniéndose á París; en vano acude al campo de Marte donde es aclamado en la *fiesta federal* al jurar en el altar de la patria fidelidad á la nación y á la ley; en vano, por último, trata de evitar su destino huyendo calladamente y á favor de las sombras de la noche con toda su familia de París á país extranjero; es detenido en Varennes; se ve asaltado en el palacio de las Tullerías y constreñido á ponerse el gorro encarnado; en nuevo asalto cobijase en la Asamblea que le depone; se le encierra con toda su acongojada familia en el Temple; se le forma proceso; se decreta que Luis Capeto es reo de conspiración contra las libertades nacionales y de atentados contra la seguridad general del Estado; suena por fin su sentencia, y el hijo de San Luis sube las horrosas gradas del cadalso en 21 de Enero de 1793.

Y allá en el fondo la cocarda (1) de los tres colores; cabezas ensangrentadas sobre largas picas; reuniones efervescentes en el Club de los jacobinos con Robespierre y en el Club de los franciscanos con Danton; declaración de guerra contra el rey de Hungría y de Bohemia, la cual subvertirá todo el continente, repetidas veces coligado contra esta sola nación apoderada de epilepsis; anuncios de implacable lucha entre la Gironda y la Montaña; la Constitución dada por la Asamblea y los enérgicos decretos dados por la Convención; matanzas de Septiembre; palabras de Mirabeau.....

Él ve del polvo, que arroja al cielo el último de los Gracos herido, nacer á Mario, menos grande por sus victorias sobre los cimbros que por haber abatido la aristocracia de la nobleza; mide en un solo paso la distancia del Capitolio á la roca Tarpeya; denuncia á Sieyes por su silencio, que es una calamidad pública; enseña que la

(1) La cocarda, en francés *cocarde*, la escarapela.

fuerza no restablece nunca más que la paz del terror y el silencio del despotismo; recrimina que ante la bancarrota se continúe deliberando; halla medio entre un profundo silencio y una denuncia sanguinaria, porque advierte antes de denunciar y recusa antes de castigar; descubre desde la misma tribuna la ventana del palacio de donde un rey de los franceses, movido por los facciosos que unen los intereses temporales á los eternos, disparó el arcabuz en señal de la matanza de los hugonotes; y él que impone á la Asamblea un melancólico respeto para recibir al monarca, porque el silencio de los pueblos es la lección de los reyes, despacha al gran maestro de ceremonias de la corte con el encargo para su amo el rey de decirle que están allí congregados por el voto de los pueblos y que no saldrán sino por la fuerza de las bayonetas.

Después de la muerte del rey..... cunde la intranquilidad por todas partes; domina la desconfianza á todos; tiene que constituirse el comité de *Salud Pública* para velar por la seguridad de la República y el *Tribunal Criminal extraordinario* para castigar á los denunciados, que llenan las cárceles, bajo aparentes formas legales y con la terrible guillotina; es la época del terror y de la locura; Carlota Corday asesina á Marat; se adora á la Diosa Razón y se rehabilita á Dios; se canta la Marsellesa lo mismo en los campos de batalla que en torno del patíbulo; y cae la reina, y caen los girondinos, y caen los montañeses..... se van devorando unos á otros los terroristas, hasta que sube el último Robespierre, á quien la sangre de Danton le ahoga; y después de aquellos estertores de 12 de germinal y el 1 de pradial (1), en que todavía se

(1) Germinal y pradial, ó prairial ó prerial, como otros que vienen después, son nombres de meses en el calendario de la era republicana, que reemplazó á la gregoriana el 23 de Septiembre de 1792: las fechas á que se refieren concordadas son: 12 de germinal, 1 de Abril; 1 de pradial, 20 de Mayo; 13 de vendimiario, 5 de Octubre de 1795; 18 del fructidor, 4 de Septiembre de 1796; 30 de prairial, 18 de Junio; 18 y 19 de brumario, 8 y 9 de Noviembre de 1797.

alza sobre la punta de una bayoneta la cabeza del diputado Feraud y se convierte en campo de combate el salón de la Convención por los *asesinos, bebedores de sangre, ladrones y agentes de la tiranía anterior*, cuyo desarme se decreta, éntrase en el nuevo orden con la nueva *Constitución, de los Quinientos, de los Ancianos, del Directorio*, salvada el 13 de vendimiario, socavada el 18 del fructidor, y tras el golpe del 30 de prairial, destruída en los días 18 y 19 de brumario, acabándose con los cinco directores y empezando con los tres cónsules, por cuya senda llegará á *primer consul* y escalará el *Consulado Vitalicio* un soldado de genio y fortuna, para ser proclamado, el 18 de Mayo de 1804, **Emperador** de los franceses.

¡Napoleón Bonaparte! Sí; admirémosle, porque fué grande en sus batallas, fué grande en sus decretos, fué grande en sus palabras, fué grande en sus trastornos.

¡Grande en sus batallas! ¡Él, que atraviesa los Alpes; que trasporta su ejército de las playas del Océano á las orillas del Danubio; que pisa las abrasadoras arenas del Desierto; vencedor de Arcola, de Marengo, de las Pirámides, de Abukir, de Ulma, de Austerlitz, de Jena, de Friedland, con su ejército, que es el *Grande Ejército!*

¡Grande en sus decretos! Que es un coloso en la lucha y llega hasta lo inconcebible el que firmó el bloqueo continental; que es un enemigo generoso el que otorga á unos y otros adversarios la amnistía; que es gobernante sagacísimo el que establece en aquellas circunstancias el concordato de las potencias civil y eclesiástica; que es legislador supremo el que otorga el código de su nombre; que es soberanamente delicado el que instituye la Legión de Honor!

¡Grande en sus palabras! Porque acostumbra á dormir en el campo de batalla; la Francia es como el sol y ciego quien no la ve; marcha acompañado de la fortuna y del dios de la guerra; en una de las batallas va á decidirse si la infantería francesa es la primera ó la segunda de Eu-

ropa; y allá en Egipto, dirigiéndose á sus soldados, les dice: «¡Desde lo alto de esas pirámides, cuarenta siglos os contemplan!»

¡Grande en sus trastornos! Porque viola el territorio germánico en Ettengheim para apoderarse del joven duque de Enghien y sacrificarlo á su ambición en el foso de Vincennes; hijo de la Revolución consigue que el Papa le unja sagrado é inviolable, no en Roma, sino en París, y que le corone por su ministerio, mas no por su mano; tiene que coligarse toda Europa contra él, que vuelca tronos, crea repúblicas, ducados y nuevos reinos; ensancha y estrecha límites y ciñe las coronas en las sienas de sus hermanos.

¡Así la de España en las sienas de su hermano José!

Viéndose metido en medio de las disensiones de nuestra Corte, habiendo ya abdicado Carlos en su hijo Fernando el 19 de Marzo y recibido los pliegos con esta estupenda noticia en Saint Cloud el 26, concibió entonces, si no procedía este pensamiento de tiempo atrás, la idea de aprovecharse de su situación y apoderarse de tan vastos territorios; y obsequió el 21 en Bayona, en su quinta de Marac, al nuevo rey, llevado allí blanda y suavemente, so pretexto de salir al encuentro del emperador, que no llegaba nunca, por el hábil diplomático á quien esta empresa se había confiado.

Allí acuden también los reyes y el Príncipe de la Paz; y allí mismo en extranjera tierra y en los primeros días de Mayo, del 2 al 6, pasa la corona de España y de las Indias de Fernando á Carlos y de Carlos á Napoleón, de cuyas sabias disposiciones debían esperar su felicidad los nuevos súbditos.

El primer uso que hizo de su nueva autoridad fué llamar á su hermano José, rey de Nápoles desde Marzo de 1806, para que viniera á entronizarse en este reino, aparentando sin embargo condescender con los deseos de la Junta de Gobierno, del Consejo de Castilla y de otras corporaciones que le habían designado, todas las cuales secundaban de modo admirable sus atrevidos proyectos.

Pero aunque en Bayona y en aquella Asamblea de Notables fué reconocido y proclamado Rey de España, José I debió ver, en cuanto pisó tierra hispana, que no había un solo español que se le mostrara adicto, á excepción del corto número de personas que asistieron á la Junta y que con él viajaban; llegaría á comprender que solo por la fuerza podría conquistar el cetro, en posición casi única en la historia de no contar con un solo partidario; y aún más adentro se confirmarían estas sus primeras impresiones, al entrar en Madrid, el 20 de Julio, por calles casi solitarias.

Pero un suceso fausto para la causa de la independencia, acaecido á los dos días de su llegada á la coronada villa en la región andaluza, allá por Jaen, debió desvanecer en su pecho aun esta última esperanza de la fuerza; adoptado el plan de Savary, sale el 30 del mismo mes de la Capital y no se cree seguro sino en el cuartel general de Miranda, del lado acá de este río, rodeado de poderosísimo ejército y con paso libre para la nación vecina.

Enterado Napoleón se resuelve á venir personalmente á España, porque comprende entonces que Savary, su hábil diplomático, le había informado bien, como siempre, al escribirle que la cuestión en España no era ya reprimir descontentos y castigar revoltosos, sino sostener guerra formal con los ejércitos y otras de guerrillas con los paisanos. Llega á Bayona el 3 de Noviembre, duerme en Tolosa, pasa á Vitoria, exagera la fácil victoria de Burgos, ábrese paso por el puerto de Somosierra merced á los intrépidos lanceros polacos y cazadores de la guardia, acción de las más brillantes y más atrevidas que el arma de caballería cuenta en sus gloriosos fastos, y ya sin otra resistencia, sino la débil de Madrid, entra en la capital su ejército y él una sola vez, muy de mañana, por el deseo de conocer el Palacio Real.

Suscribió en Chamartín notables decretos, como el de la abolición del Tribunal de la Inquisición, el de la del derecho feudal, y los demás que cubrieron de vergüenza

la frente de José, por legislar otro que él en donde se nombraba rey; acudiendo á este reparo de su hermano, procuró que le prestaran todos sus súbditos el juramento de fidelidad; y creyéndole repuesto, á más que le urgían á presentarse en otros lugares los asuntos en que se veía envuelto, franqueó el Guadarrama con intensísimo frío, llegó á Astorga, se detuvo en Valladolid y salió la noche del 17 de Enero de 1809 en carrera velocísima de caballo para Francia.

José volvió á entrar en Madrid el 22 para defender la unidad de la religión y la integridad del territorio.....

.....

Don Manuel y don Fermín resolvieron ir á pasar unos días á Irún con ánimo de ver al Emperador á su regreso de Madrid y allí se fueron en los primeros días del año entrante, pero en poco estuvo que todas estas molestias no hubieran logrado el éxito que se prometían. Porque apenas le vieron; pasó por la carretera, hacia Behovia, como una exhalación, con su capote gris, su famosa redingote, y el sombrero de dos picos.

En la primera tertulia á que acudieron los dos viajeros dieron cuenta de sus impresiones y como siempre don Fermín dejó también caer aquí su gracia más ó menos sazónada.

«Señores; les dijo: lo que me parece á mí es cosa chocante; me parece imposible que un hombre tan pequeño sea un hombre tan grande».



CAPÍTULO XIV

María y Gladstone

Era lo que se llama un chico guapo Arturo Gladstone: un tipo del norte, alto, ancho, fornido, de ojos azules y de pies largos. Llevaba mucho más tiempo del que él y sus padres habían calculado para su residencia en San Sebastián: tres meses; pues llevaba ya cerca de dos años.

Era sobrino carnal de Carlota Lafontaine, Madame (1) Delavigne. Ella y su hermana única y mayor, Josephine, la llamaremos Josefa, bordelesas, quedaron huérfanas cuando se aproximaban á los treinta años, y en posesión de una modesta fortuna; y aunque ya para entonces tuvieron una y otra sus escarceos amatorios, no había sonado aún la hora de su matrimonial enlace. Pero todo llega en este mundo; y Carlota flechó á un inglés que por acaso se encontraba en Burdeos, y ella se interesó también grandemente por el hijo de la nebulosa Albión.

Partió él para Inglaterra, pero resuelto ya á casarse y contando con la aquiescencia de su compañera; llegó el tiempo en que pudieron verificar el matrimonio, y, en efecto, se presentó en Burdeos el inglés Mr. John Gladstone (2), para llevarse una francesa al otro lado del Canal.

Y no se llevó dos, porque ya para este día de la boda se había enredado en amores la que iba á ser su cuñada,

(1) Madame, francés, mi señora, Señora.

(2) Mr. John, Mr. abreviatura de Mister, Don Juan.

Carlota, que había empezado sus relaciones con el relojero, Mr. Delavigne, y veía en perspectiva el nuevo hogar de sus futuros destinos: como que los dos asistieron ya á la ceremonia sagrada de la unión de Josefa con Gladstone, acompañándoles en uno de los días siguientes al puerto, donde embarcaron los recién casados en buque que partía de Burdeos para Londres.

Con abrazos y lágrimas se separaron las dos hermanas que hasta entonces habían vivido bajo el mismo techo y como que presentían no volverían á verse jamás; los hombres, conmovidos por sus respectivos afectos hacia ellas y porque estas escenas se imponen con toda la fuerza de la naturaleza irresistible, propendían á hacer menos dolorosa la separación, con palabras entrecortadas por los sollozos, con apartamientos suaves, en sus brazos, de las dos hermanas, con promesas calurosas de constantes noticias; y por fin allá se fué el buque llevando á Josefa á las orillas del Támesis, mientras quedaba llorando Carlota en las márgenes del Garona, para venir un día, como lo hemos visto, á las del Adour, y otro, ya para toda su vida, á las del Urumea.

En Londres tuvieron sus vicisitudes de familia los señores de Gladstone; dos niños preciosos y al parecer robustos, sucumbieron dentro de la primera decena de sus años; el tercero llamado John como su padre, vino á ser, por estas sensibles pérdidas, el mayorazgo; y á este seguía el cuarto, ahora el segundo en vida, el personaje de esta historia, Arturo, que en la fecha en que le presentamos tenía sus veintitrés años cabales y gozaba de la salud, fuerzas, alegría é inclinaciones que acompañan ordinariamente á esta edad.

Aunque con dificultad se comunicaban de tarde en tarde las dos familias; primero los azares de los Delavigne y después el mucho trabajo que les entró por puertas, les tuvo ocupados en sí mismos hasta ponerse de pie y haber asegurado la vida; pero como tuvieran la desgracia de no haber tenido hijos, y Carlota se acordara de que su her-

mana se hallaba rodeada de seis, hízole la súplica de que le enviara uno de ellos para conocerlo y para que entrara en su hogar, con su propia sangre, siquiera la ilusión, por breve que fuera, de la alegría y de los encantos de los hijos.

No fué mal recibida esta cariñosa indicación de Carlota en casa de Gladstone; pues, aunque los dos esposos miraran el asunto desde muy diferente punto de vista, convergían al mismo centro, en que se descubría claramente la resolución favorable á la pretensión formulada.

Josefa no vió en la súplica más que á su queridísima hermana; no oyó otro sonido que el de la voz maternal, emitida por quien el cielo no quiso que fuera efectivamente madre; no circuló por todo su ser más que aquella sangre de los Lafontaine, que en sus venas llevaba, como corría por las de Carlota y como se había infundido, mezclada con la de Gladstone, á las de Arturo, ni por toda su alma más que aquel vivísimo afecto fraternal que llenaba la primera y florida edad y á cuyo recuerdo gratísimo aún el corazón vibraba y aún se humedecían los ojos.

Gladstone vió la llamada desde el punto de vista utilitario; él estaba muy bien económicamente, dueño de una tienda de calzado de regulares proporciones. Colocó en seguida que pudo de ayudante á John; y á Arturo, aunque le enseñó el oficio y también le dedicó á la tienda, quería abrirle otro porvenir por temor de que los dos hermanos un día no pudieran entenderse, además de que venían también otros hijos empujando en su marcha. En estos pensamientos estaba cuando llegaron noticias de Carlota; y como sabía que se habían labrado una regular posición, que tenían bastante dinero y que todavía podía seguir proporcionando rendimiento la acreditada relojería, si se ponía al frente un muchacho joven, entendido y con deseos de trabajar, le sugirió todo ello la idea de explorar al menos el terreno y ver de cerca si el negocio valía la pena.

Cogió, pues, á Arturo una mañana; en la misma tienda le hizo pasar del taller á su escritorio; comenzó por plan-

tearle sin rodeos. lisa y llanamente, la cuestión que le preocupaba; procuró cerciorarse, exponiéndole todas las dificultades de la empresa, de las buenas disposiciones que para acometer el asunto había manifestado su hijo desde el principio de la conferencia; y dióle, ya seguro de su buen ánimo, aquellas instrucciones convenientes que parten de una experiencia añeja y llegan bien á la juventud por reflexiva que sea. Fijaron ambos por término de estas tareas el plazo de unos tres meses, al cabo de los cuales retornaría Arturo si no congeniaba con los tíos, no poseyeran lo que se figuraban, ó la tienda hubiera venido muy á menos; porque en cuanto á aprender el nuevo oficio y gustarse de él se descontaba por padre é hijo, como pudiera llegar á tener la consideración de medio de vida, fuente de riqueza, mina que explotar.

Decidióse, pues, el viaje; visitó de despedida á sus parientes y á sus demás relaciones; recibió con este motivo pruebas inequívocas de la alta estimación que por sus prendas naturales entre sus amigos se había granjeado, siendo agasajado con muy delicados obsequios; su madre le colmó, primero de saludables advertencias y de muchas ofrendas para su hermana, luego en el instante de la partida de lágrimas y besos; su padre gravemente le recordó en muy pocas palabras la obligación que contrajo en la conferencia habida; y salió de Londres en un buque que llegaba hasta Bayona, donde tomó asiento en un coche de postas que hasta San Sebastián venía y aquí fueron indicándole varios el camino que había de seguir para llegar á la calle en que estaba la tienda de sus tíos, tan conocidos en la ciudad.

Y pasaron los tres meses, y pasaron otros tres, y tres más y Gladstone iba siendo de los que autorizaron la frase de que nadie que toca en esta ciudad la deja ya, y si la deja, vuelve; ó le pareció bien el negocio, ó le gustó el género de vida, pues esta se deslizaba tranquilamente; aunque á nuestro parecer contribuyó en mucho á su permanencia el deseo de aprender el oficio de relojero, las

ganillas que se le despertaron de conocer el español, y el agrado con que le retenía suavemente María del Coro.

No llegó á ser una vez tan solo cocinero en casa de Mr. Delavigne, como se lo figuraba intencionadamente el padre de María; no fué él quien debía procurarse estos medios indirectos para tener la satisfacción de encontrarse junto á su hija; nosotros que nos hemos dedicado á desenvolver los más recónditos pliegues del delicado corazón de aquella idolatrada joven donostiarra, nos vemos obligados á confesar que era ella, esta misma, la incomparable María del Coro, la que, gustándole la presencia del mozo y sobre todo su carácter grave, entraba al subir en la tienda, entraba al bajar en la tienda y pasaba largos ratos en la tienda. Y ¡casualidad repetida! frecuentemente se encontraban solos: ¡ni que María escogiera de propósito los momentos en que no estaba Mr. Delavigne en la tienda!

Nosotros sí que de propósito repetimos esta palabra como habrá advertido el más descuidado lector: *la tienda*; porque esta tienda fué donde por primera vez sintió María cierta atracción al hombre, aunque todavía algo confusa, por disimularse con lecciones de español é inglés y con pláticas inocentes. Allí fué donde se cruzaron sus miradas, llenas de simpatía amorosa, con las del joven, que despedían rayos suaves de interna melancolía; allí una sonrisa tuvo su correspondencia en otra; allí una frase galante no pasó sino devuelta; allí alguna vez quedaron ambos, **María y Gladstone**, sin advertirlo, faltos de conversación, en delicioso éxtasis.

Pero estos deliquios, estos arrobamientos con ser espirituales, y quizás por lo mismo, fueron dando al ser íntimo de María otra visión de la realidad; transformóse de niña pudorosa en mujer fuerte, al contacto sin duda de la fortaleza del varón; y ella, que hasta entonces se inmutaba por la menor insinuación de las relaciones sexuales, ya las oía con serenidad y hasta las provocaba con valentía.

Así sucedió un día en la tertulia de los Delavigne. Era domingo de fines de Noviembre y los domingos, después

del paseo, se congregaban todos los que conocemos íntimos amigos en casa de estos señores; se jugaba unas veces á las cartas y otras veces se conversaba en común ó se entretenía la velada con ambas cosas.

El día á que nos referimos se pasó toda la tertulia en agradabilísima charla con sólo dos temas, á cada cual más diferentes, y en los cuales entraron por cada ligerísima indicación de la misma conversación familiar. Se hablaba del síncope que había sufrido en San Vicente, en misa mayor, la joven Petra Zabala, la cual andaba hacía algún tiempo delicadilla; se murmuró de que, estando en esta situación, no debiera acudir á misa tan larga y á concurrencia tan crecida; y como cuando ocurrió el accidente estaba junto á ella doña Asunción Lardizábal, la señora de Urbiztondo, y manifestara el susto grandísimo que había experimentado, á lo cual se añadió la declaración de su hija, quien dijo haberla visto palidecer en términos que temió por su madre, don Manuel alabó las energías de su mujer y la comparó, con gran regocijo de los circunstantes, que estaban penetrados del carácter apocado y pusilánime de doña Asunción, á Agustina de Aragón, la célebre heroína del sitio de Zaragoza, joven de veintidós años que en la puerta del Portillo, entre heridos y muertos y viendo avanzar al enemigo, coge mecha de un artillero caído en tierra, la aplica á un cañón de veinticuatro cargado de metralla, y hace con el disparo mortandad horrible.

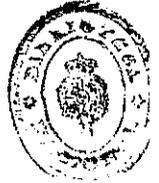
De aquí, pues, se pasó á tratar de este heroico sitio que duró justamente dos meses, 14 de Junio á 14 de Agosto, y en que tantas y tan grandes proezas se admiraron. Se hicieron lenguas los contertulios de la batalla de las Eras, triunfo conseguido sin jefes, sino obedeciendo en cada momento á aquel que las circunstancias designaban; se conmovieron al recuerdo de aquella imponente manifestación cívico-religiosa, en que todos, militares y paisanos, hombres y mujeres, juran no consentir jamás el yugo del infame Gobierno francés, ni abandonar la bandera protegida por la Santísima Virgen del Pilar su patrona; se

asombraron que por la pérdida casi irremediable del Monte Torrero, y fallo del consejo, fuese arcabuceado el comandante Falcó.

Pero colmaron el entusiasmo que en sus nobles pechos despertaban tan grandiosos sucesos al referir las resistencias inconcebibles de los valientes aragoneses, cuando después de un horroroso bombardeo del día anterior, se descubre al siguiente la formidable batería de Santa Engracia con veintiseis bocas de fuego; penetran los franceses por las brechas en la población y se sigue luchando fieramente; *Paz y capitulación*, propone Verdier, y Palafox le contesta, *Guerra á cuchillo*; aquí se avanza; allí se huye; andan revueltos franceses y españoles; ciega la noche á los combatientes; pero vuelven á encontrarse al otro día en las mismas plazas, en las mismas calles, en las mismas casas; y al otro día..... y al otro..... y al otro.....

Hasta que sin haber podido adueñarse de aquel pedazo de tierra española, noticioso el mariscal Lefebvre, duque de Dantzig, de la derrota de Bailén y de la retirada de Madrid, y con orden él mismo de retirarse, abandona humillado aquella inmortal Ciudad, que rinde gracias á Dios y á su Virgen del Pilar y se acuerda de sus muertos rezándoles una plegaria.

Pues por otra insinuación de la amena charla tocóse el segundo tema, bien diferente del primero. Fué el caso que se puso sobre el tapete la cuestión delicada de la cocina; si no recordamos mal quien tocó este otro asunto fué don Fermín, trayendo á cuento ó no, que no vamos á explicarlo todo, la frase de los nabos en adviento, y tiempo de adviento era; por donde se enredó la conversación, á gusto de todos los presentes, hablándose de los frutos de cada época y pasándose por aquí con mucha facilidad á su arreglo y compostura por las cocineras. Todos ponderaron á la Madama, cuyos platos habían saboreado y sobre todo en días de santos, que los hacía especiales y conocedora de los gustos exquisitos del obsequiado; y Madama, después de agradecer los elogios, alabó con toda clase de



encomios á su discípula María del Coro. Como ésta se encontraba en igual caso que Carlota, aunque salvando distancias, pues había trabajado para las tres casas, también las alabanzas fueron unánimes; y entonces María, aprovechando aquella ocasión, devolvió á su padre de una vez todos los golpes que continuamente había éste descargado sobre ella.

—Pues hay en la reunión—dijo fijándose en su padre—quien á pesar de conocer mis adelantos y saborear mis exquisiteces, cree que solo vengo á esta casa por ver á Gladstone.

Dicho así, ingenuamente, y con una sencillez encantadora, provocó la risa de todos, menos de Gladstone, que quedó algo confuso, y del boticario, que realmente se puso colorado, con aquel color que él había puesto tantas veces á su hija.

—¡Demonio de chiquilla.....! ¿Y por dónde ha salido ahora.....? No digo que no se lo haya dicho alguna vez en broma.....—dijo todo esto don Fermín tartamudeando y andando en ello como quien no encuentra tierra firme donde asentar el pie.

Mas su hija no le dejó respirar; entró en seguida con el cuento de su padre en que ridiculizaba á Gladstone transformado de cocinero, añadiendo preciosísimas exageraciones al cuadro, y sazonzando, pues de cocina se trataba, el manjar que servía, con mucha sal y mucha pimienta.

Por cierto que pasado este incidente y repuesto Gladstone de su aturdimiento, dijo que, aunque se burlara don Fermín, iba á decirle que en su opinión el hombre debía saber de todo, siquiera fuese con poca perfección, con perfección un oficio ó una profesión determinada; que uno debía bastarse á sí mismo para afeitarse, para coser, para cocinar..... y que él sabía freír un par de huevos, asar un pedazo de carne y cocer patatas.

—También sé hacer yo todo eso sin haberlo hecho nunca—dijo don Fermín despertando la hilaridad de los circunstantes.

Pero hablando, hablando, como viniera á citar Gladstone que por el Christmas ó sea la Navidad había costumbre en su país de hacer en todas las casas un plum-pudding, interesó á la reunión en su conocimiento, y después de enterarse, tomándolo á fiesta, acordaron que el domingo y jueves de la semana siguiente, que era el 8 de Diciembre, se reunieran todos á desgranar las pasas con que se confecciona el celebérrimo pastel.

E hicieronlo así; trajeron una gran cantidad de pasas de Corinto y de Málaga, de las que fueron desprendiendo los granillos en medio del mejor humor; cortaron naranjas, trajeron manteca de buey, prepararon nuez moscada y polvo de canela, huevos y pan; y echado todo en una gran cazuela lo rociaron con ron y con leche, dándole vueltas con un cucharón inmenso, uno por uno y pensando allá en su interior cada cual en el deseo más vehemente, cuyo logro había de ser conseguido dentro del próximo año.

—Ya sé lo que habrás pedido—dijo don Fermín, dirigiéndose á su mujer.

—Eso está *defendido*—interrumpió Gladstone, por decir que estaba prohibido, pues ya se había hecho su jerga del propio inglés, del francés de sus tíos y del español de sus relaciones.—No debe decirlo el interesado ni nadie debe penetrar en sus intimidades.

—¡Eh! Eso allá, entre los ingleses, que son muy tiosos y muy suyos—replicó don Fermín.—Acá lo arreglamos de otra manera: lo decimos todo; lo nuestro y lo de los demás.

Y dirigiéndose á su mujer, continuó á soltar el dicho malicioso y picaresco que en aquel momento le urgía:—Insisto en que sé lo que has pedido. Lo de antes: pero lo que es ahora no te oyen ya.

Riéronse un poco á la fuerza, como de cortesía, los oyentes, excepto doña Dolores que, algo sofocada, miróle con aire de desprecio y le enderezó, entre insulto y respuesta graciosa, esta palabra, que fué á dar en su marido como flecha en el blanco:

—¡Vegestorio!

De allí á pocos días llegó á casa del boticario la parte correspondiente del pastel. Al principio le disgustó á don Fermín, diciendo que aquello solo podía ser bueno para Gladstone y todos los ingleses que no tienen cosa buena, é inclinó á su parecer á madre é hija; pero en otra segunda probatura, ya á punto de dejarlo, le pareció mejor, continuó gustándolo, y en tres ó cuatro días que duró el pastel se encariñó con él en tales términos, que dijo á su hija que aprendiera á hacerlo, y que todos los años por Navidad había de ponerle á él en su casa el *ponbudiñ*.

CAPÍTULO XV

María y Delavigne

Muy de otra clase que las relaciones de María y Gladstone fueron las que ligaron entre sí á **María y Delavigne**, aquel oficial francés que tanta alarma había producido en los cuidados maternales de la honorable doña Dolores.

Había llegado unos veinte días antes del agravio inferido á dos soldados franceses en la calle de Narrica, esquina á la de Iñigo-bajo, por un marino que acababa de desembarcar, y conocíale María por haberle sido presentado en casa de los Delavigne sus parientes, trabando desde luego una buena amistad, que no pasó desapercibida á Juanito, el monago de San Vicente.

Se llamaba Francois Delavigne, Francisco Delavigne; era hijo de Pierre (1), primo hermano que decimos nosotros de nuestro gran conocido Martín, todos de Bayona, en uno de cuyos caseríos, pues sus padres eran labradores, había visto la primera luz haría ahora unos veintidos años. Su figura era muy agradable y su trato, aunque no muy distinguido, no dejaba por esto de ser bastante cortés y sumamente simpático; de negro y encrespado cabello, ojos claros hermosos, nariz griega, labios gruesos en boca grande y siempre entreabierta, que dejaba al descubierto las filas de blanquísimos dientes, estatura regular aunque

(1) Pierre, francés, Pedro.

propendiendo á lo alto, y de andares sueltos y garbosos, ofrecía un bello conjunto, que se hacía más de apreciar por su mirada inteligente y apasionada, por su graciosísima sonrisa y por su interminable y animadísima conversación.

Y permaneció en esta ciudad durante mucho tiempo. Aquí se enteró, entre tantos y tan sorprendentes hechos pasados, de uno que más que ningún otro había prendido en el espíritu patriótico y aventurero del oficial francés.

Cuando estaba en la intimidad de los camaradas de confianza y discurrían sobre los graves asuntos de la guerra, empezaba ó concluía siempre Delavigne por contarles, con el mayor entusiasmo, el arribo á las costas españolas de aquel ejército, que, mandado por el Marqués de la Romana y á las órdenes superiores de Napoleón, fué destinado al Norte de Europa.

Hay que reconocer que tenía grandes motivos para entusiasmarse; aquellos miles de hombres que esparcidos en Langeland, la Fionia, la Jutlandia y la Finlandia, sin noticias de su patria, y solo cuando reciben la orden del reconocimiento del rey José, sospechando la imposición que aquí se verificaba, pero enterados mejor y más detalladamente por el oficial de marina don Rafael Lobo, se concentran en Langeland, é hincados de rodillas alrededor de las banderas clavadas en tierra extranjera y tan apartada juran no abandonarlas y sacrificarse para volver á su patria, á cuyo puerto de Santander llegan nueve mil españoles, para combatir ahora con sus paisanos el mismo poder que antes inconscientemente sostenían contra ellos, son verdaderamente admirables y dignos de la eterna recompensa de la historia.

También le entusiasmaba por este tiempo de nuestra narración, sin que apenas se lo oyera más que algún íntimo amigo, dicho en la mayor reserva y casi al oído, el heroísmo espantoso, abrumador, inconcebible de Zaragoza en su segundo sitio, de 20 de Diciembre á 20 de Febrero de este año de 1809, fecha de su capitulación, y que excedió en

sublimidad á los justamente ponderados sitios de Numancia y de Sagunto.

Volvieron á reproducirse los horrorosos combates en las calles, las luchas personales, los tiros en las habitaciones, las minas en los sótanos, las voladuras de edificios enteros..... se minaba y se controminaba..... á esta lucha acompañaba la carestía de los alimentos..... lo espantoso de la epidemia..... la falta de medicinas, de hospitales, de tierra para sepultar..... ¡Basta!

Digamos lo que el mariscal Lannes decía el 28 de Enero, y recordemos que se capituló el 20 de Febrero, en su comunicación al Emperador:

«Jamás he visto un encarnizamiento igual..... las mujeres se dejan matar delante de la brecha..... Para tomar las casas nos vemos precisados á hacer uso del asalto ó mina..... En una palabra, Señor, esta es una guerra que horroriza.....» ¡Basta!

Bien disculpable fuera, si hubiera culpa, esta exposición sucinta de tan grandiosos ejemplos en la historia gloriosa de nuestra patria, á los cuales no podemos sustraernos por verificarse en el tiempo en que nuestros personajes viven; máxime cuando hemos sido empujados al cuidadoso descuido por tan poderosa causa, como la de dar á conocer, mediante el amor á tales hechos, el temple de alma heroica, de espíritu aventurero y de sentimiento patriótico del oficial francés, por lo que, á nuestro parecer, no habemos pecado con la digresión en lo más mínimo.

Vino, pues, Francisco Delavigne á este depósito de San Sebastián; y en cuanto se vió libre de la disciplina, el mismo primer día de su llegada, corrió presuroso á casa de sus tíos, que no le conocían; diéronse mutuas albricias y noticias respectivas y en aquella casa fué presentado á Dolores y á María, á Joshe Mari y á Gladstone y á los señores mayores los Bengoecheas y Urbiztondos.

Pronto se dió cuenta, con esa rápida percepción del espíritu francés, que el inglés, á pesar de su carácter frío y disimulado descubierto, le miraba hostilmente; que el

vasco, sin disimulo ninguno y estaba demás aquí la perspicacia, era con él hurafío y receloso; que Dolores parecía estar satisfecha de él y que María había fijado en él sus ojos y le había gustado, si no la figura, el traje militar con que la vestía.

Mas también un deber de estricta justicia nos conduce á exponer el movimiento de ánimo de Francisco ante los demás personajes: Gladstone le pareció un excelente muchacho; Joshe Mari brutal; Dolores simpática y bonachona, y María muchacha muy hermosa..... y de muchísimo cuidado.

Por deferencia á los Delavigne, á poco tiempo de ser presentado, fué el oficial invitado á comer en casa del boticario, donde hizo las delicias de todos con sus frases llenas de viveza y gracia, que reía á mandíbula batiente don Fermín, más reposadamente María y aún lograban desarrugar el ceño, un tanto severo siempre, de doña Dolores.

Como si con todo intento hubiera arreglado Francisco la escena para encontrarse solo con María, fueron llamados, al mismo tiempo, don Fermín á la botica por su ayudante, para preparar inmediatamente una receta que no la entendía, y doña Dolores por una vecina que venía á ponerse al habla con ella sobre algún asunto interesante; y dando órdenes la señora á su sirvienta de vigilancia discreta, dejó solos á los dos jóvenes que quedaron en suspenso muy breves momentos; porque Francisco no era de los que dejaban desaprovechar las ocasiones. Como ya en casa de los Delavigne la había tratado bastante y tenía alguna confianza, comenzó en seguida por pintarse enamorado más que los otros dos y más que nadie; dijo que él tampoco, pero que los otros no la merecían; que por ella sería capaz de coger la luna y ponérsela á sus pies; que tenían que entenderse mientras él estaba en este pueblo y que le extendía la mano en señal de verdadera amistad.

María oyó al principio confusa y sofocada las primeras palabras amorosas que sonaban en sus oídos; fué poco á poco serenándose; ya le escuchó con agrado, pues ni la figura le repugnaba ni le disgustaba aquella música rega-

lada, que iba metiéndosele muy adentro; y cuando le ofreció la mano, se disculpó de no extender la suya por la presencia de la sirvienta, lo que obvió Francisco interesándole el disimulo, y consiguiendo, por fin, estrechar con su mano la de María. Todo fué rápido, pues vino en seguida doña Dolores y á poco su esposo, reanudándose el servicio y disculpándose los dos con Delavigne, que estaba más contento que unas pascuas y hubiera en aquel momento querido extender otras disculpas.

Terminada la comida, retiróse Francisco á casa de sus tíos para referirles las atenciones de aquellos señores, con el fin de que cuando con estos se avistasen se las repitieran; que es del mejor efecto para los generosos que se les repitan las gracias de algún obsequio por persona que no tuvo nada que ver en él ni como donante ni como agasajado; pero se reservó para él la íntima satisfacción de su conquista.

Porque ya creyó que, con aquella manifestación de María, ésta se inclinaba decididamente á su lado, y desde entonces buscaba de propósito todas las ocasiones de acercarse á ella; en casa de Delavigne, en la relojería, con su amiga Dolores ó sola; y María iba notando que cada vez se le atrevía más, ya con la frase equívoca, ya tropezando á la continua su mano con la de él, ya viéndose cogida del brazo con el pretexto de abrirse paso ó de dar más calor á la locución, y de mil maneras, sintiéndose siempre dentro de un ambiente de miradas, de palabras, de gestos y de acciones, en que se excitaban los sentidos y en que el corazón latía más de prisa.

No; y hay que declarar que no le disgustaba á María este ambiente. En la plenitud de la vida y delante de un hombre ardoroso, se incendiaba en la misma llama; y si al entregarle la mano en su casa lo hizo por cortesía, por atracción cariñosa al huésped y por llamamiento á su amistad, ya más tarde y en otras ocasiones facilitaba los atrevimientos del galán, que cada día iba insinuándose más, y ganando mayor terreno.



María y Joshe Mari

Pues con existir lazos familiares tan antiguos y tan firmes, puede decirse que apenas por esta época había relaciones entre **María y Joshe Mari**, y aun si hubiera ido alguno á fijarse en ellas, pronto hubiera advertido una gran indiferencia por el lado de María y por el de Joshe Mari una gran hostilidad, al menos aparente.

Ya le conocemos á éste, el hijo mayor de los señores de Urbiztondo; el que, niño, había tirado del moño en una gira campestre á María del Coro y se escapaba de casa, cuando, estando en ella, entraba la de Bengoechea en busca de su mejor amiga.

Pero no le conocemos de hombre: con sus veinticinco años, de ojos pequeños y vivaces, nariz larga y recta algo achatada en su extremidad, cara perfectamente ovalada, con la barba alargada hasta la punta, que era su característica la *cococha* (1), ancho de espaldas y levantado el pecho, piernas altas y plantas grandes, *pies de vasco*, aparecía su figura de un *gizon* (2) de extraordinaria corpulencia, pero proporcionada en sí misma y armónica en todas sus partes, que llamaba la atención por su sólida robustez y por la cantidad de fuerza que se le suponía. De alma era un *gishajo* (3); con su poca escuela participaba

(1) *Cococha*, vascuence y en pronunciación local de cocotza, la barba.

(2) *Gizon*, vascuence, hombre.

(3) *Gishajo*, vascuence local gishajúa, pobrecito.

de la cultura general, que no era ni extensa ni profunda; y como hijo de ricos propietarios presumía de su brillante posición entre sus amigos y aún delante de las jóvenes.

Pocas veces, como sucede afortunadamente por lo general con estos forzudos, se le había visto usar de sus grandes manos en riña con alguno; fueron dos, pero bien señaladas por los desastrosos efectos que se siguieron para sus víctimas. Sobre sí había contribuído con su parte ó no en una de las meriendas, pues aunque muy rico era tachado de egoísta y de guardoso, intervino otro de los comensales, no el que cobraba, y le dirigió de pronto algunas lindezas con desabrimiento y con groserías; mas á poco, sin devolverle palabra, Joshe Mari le soltó dos ó tres puñetazos, que le saltaron al desgraciado dos dientes y una muela, dejándole chorreando sangre de boca y de narices.

Pues otro día fué en el juego de pelota; ya hacía muchos días que venía molestándole con sus dicharachos y con sus entrometimientos un hombre que al frontón iba; pues así como los poderosos se encuentran frecuentemente con la masa general que se humilla ante ellos, se prosterna y los halaga, se desprenden de ella algunos pocos que toman por el camino contrario, de meterse con los ricos sólo porque lo son, para menospreciarlos y ponerlos en ridículo; de estos era nuestro hombre; y jugaba un partido muy interesante Joshe Mari, él solo contra dos, en que se atravesaba con el amor propio una buena merienda para cuatro, los tres jugadores y el amigo á quien se había confiado el papel de juez, cuando á una pelota dudosa lanzada por Joshe Mari, y que remató el tanto, gritaron los dos que era falta y pidieron la intervención del juez; sostiene Joshe Mari que era buena y pide también que el juez decida; però antes de que pueda dar éste su fallo, interviene aquel entremetido, levantando el brazo izquierdo con un movimiento despectivo y declarando á grito que era falta la pelota. Oir esto Joshe Mari y lanzarse á él como una fiera y darle un golpe terrible en el pecho y caer al suelo el otro y separarle á él y ver que el hombre había quedado sin

sentido, todo esto pasó en menos tiempo del que se necesita para contarlo por rápido que uno sea; y allí fué el susto y la confusión de todos, menos de Joshe Mari, que se apartó del grupo para acercarse á la pared del juego y apoyarse en ella completamente solo. Fueron algunos corriendo á llamar á un médico, y al aproximarse éste, el hombre volvía en sí pesadamente; prescribióle el doctor lo que hacía al caso, se suspendió el partido, y, para cuando se acordaron sus amigos, ya Joshe Mari se había arreglado y solo y cejijunto había entrado en la ciudad. Al día siguiente, muy de mañana, visitó Joshe Mari á la víctima que ya se encontraba mejor; dió en su casa alguna cantidad para que pudiera tener la debida asistencia; y al marcharse, aún exigió al encamado que en la vida viniera á meterse con él, cosa que al volver en sí ya la tenía bien decidida nuestro hombre.

Y he aquí expresadas, sin habérselo propuesto, pues nuestro objeto primero fué dar á conocer el genio pronto y las fuerzas vivas del hijo de Urbiztondo, las dos diversiones más agradables de Joshe Mari y que son las dos principales delicias de todo vasco: el juego de la pelota y las sidrerías. Si á ellas añadimos ahora los otros dos sitios, gratísimos también, pero por el lado serio, la iglesia y la casa, que es á un tiempo centro de los afectos más caros y banco de trabajo y de economía, habremos dado á conocer toda el alma vasca, todo el ser grande y poderoso del *euskaro*, con la exuberancia de sus fuerzas musculares que desarrolla en su juego favorito, con sus pocas relaciones sociales que se manifiestan en la sidrería, adonde acude con sus contados amigos y separado de los demás, con la elevación de su conciencia religiosa que le conforma profundamente serio y claramente honrado, y con sus entrañables afectos á su familia y á su caserío.

Este aparece fijo en la alta cumbre ó colgado de la pendiente ladera, blanquísimo como el ampo de la nieve; los que están al pie de la montaña y en las encrucijadas de los caminos, y algunos bajos de casas en los pueblos,

despachan el agradable néctar de la manzana, esa deliciosa sidra, tan grata al paladar de todo vascongado, que ya es pura, ya se la confecciona con una proporcionada cantidad de agua y cambia, como de color y de gusto, así de nombre, la famosa *pitarra*, servida á pasto en las mesas aun de las casas más acomodadas; y los otros dos lugares se descubren pronto por el espacioso terreno que ocupan y por la espléndida construcción que ostentan.

La iglesia, obra del espíritu religioso del país vasco, cuya característica, en nuestra modesta opinión, es el mismo culto familiar trasladado al recuerdo santísimo de los difuntos, con intervención, sin duda, del supremo misterio de la vida, suele ser un gran edificio de una sola nave en los pueblos pequeños y de más en los pueblos grandes, con pocos ó muchos altares según su importancia, coro alto y presbiterio, junto al cual, y muchas veces en él, se abre la sacristía. Las funciones solemnes del vasco, fuera de la obligación ordinaria de la misa en los domingos y días festivos y la comunión pascual, son las que tienen íntima relación con el carácter que á su religión hemos asignado, el culto familiar; *las rogativas*, en que se pide el pan para casa; *las romerías*, que suelen ser su día, no diremos de campo, sino de viaje en familia; y exacerbado este sentimiento por la muerte del ser querido, diversidad de prácticas religiosas para endulzarlo: *funerales*, *aniversarios*, *misas rezadas*, *ofrendas de pan y cera* en la misa mayor de todos los domingos durante el año, y las *misas solemnes en común* del lunes que sigue al domingo de la Santísima Trinidad y del día de la Conmemoración de los Difuntos, en que, dicha la misa conventual, se dirigen los sacerdotes sueltos y los revestidos acompañados de ciriales y cruz alzada á rezar responsos, aquellos callados y estos cantados, ante cada cirio colocado sobre un alto soporte, detrás del cual se coloca la persona de la familia, cuya es la sepultura, para echar en los bonetes de curas, monagos y cantantes, según su importancia, monedas de plata, champones y cuartos.

El juego de pelota, diversión favorita del país, producto del cuerpo ágil del vasco y de sus saltos y andaduras en los montes, donde los jóvenes en sus bajadas y subidas se entretendrían lanzándose piedrecillas que, recogidas, serían devueltas, suele ser un lugar espacioso y bien cuidado, con suelo de buena tierra y más generalmente cubierto de baldosas, en que se levantan dos paredes, una en donde se hace el juego y á la que ha de mirar de frente el jugador, llamada por esta razón *frontón*, y otra, en la misma posición indicada del que juega, á su mano zurda, designada por esto con el nombre de pared de la izquierda; construyéndose á la derecha y á regular distancia del terreno que tienen que ocupar los jugadores, cuando los partidos son de importancia, las barreras para los que asisten á presenciarlos.

Siempre hay gente desocupada para jugar y para mirar á los que juegan: pescadores recalados, soldados que han roto filas, chicos que aún no han comenzado oficio, jóvenes ricos á matar el tiempo, zapateros en lunes.... y entre los espectadores, médicos y abogados, boticarios y curas, propietarios y vejetes que allí toman el sol.

Pero también el juego de pelota tiene sus fiestas solemnes; aquellos en que, como hemos dicho, se construyen las barreras, vendidas á buen precio, para presenciar cómo contienden la victoria afamadísimos *pelotaris* (1), en partidos concertados con bastante anticipación y para los cuales se determina la plaza del pueblo en que ha de jugarse, la clase de pelota, de la cual se considera especialmente el peso y el bote, pero una vez elegida se deposita un número de ellas con todas las formalidades apetecibles para servir las en su día y se firma escritura pública en que se consignan con la mayor claridad las condiciones, constituyéndose por ambas partes el fondo que ha de levantar la vencedora; y cuando se dan todas estas circunstancias, circula la noticia con la mayor rapidez por todos los ámbitos del país, y el lugar elegido puede proveerse de vituallas,

(1) *Pelotari*, vascuence, jugador de pelota.

porque el día señalado, por varias y diversas partes, han de asaltarlo los aficionados para satisfacer el gusto de ver una reñida competencia en su juego favorito.

Y admira todo: la extraordinaria concurrencia, la animación de las conversaciones, la cuantía de las traviesas, la apostura y serenidad de los jugadores, y sobre todo la autoridad respetadísima de que se reviste á los jueces. Y por mucho que repitiéramos el respeto con que se aceptan los jueces y sus interesantes fallos, creemos ser muy difícil llevar al ánimo de quien no fuere del país este punto en donde toca tal acatamiento; pues jugándose tanto dinero, porque el nombre del jugador va unido al de su pueblo, y estas competencias, por último, se establecen más que entre los jugadores entre los mismos pueblos que los adoran, y hay quien pone en la traviesa hasta los aperos de labranza, no se ha dado un solo caso en que, dudosa la pelota si era buena ó mala y decidida por los jueces en cualquiera de los dos sentidos, no haya sido acogido el fallo con el mayor silencio del público. Podrá murmurarse por lo bajo entre los circunstantes del mayor ó del menor acierto; discutirán después en la taberna sobre si se falló bien ó mal, y hasta llegarán á las manos en la disputa de su parecer contrario; pero allá en la plaza el fallo habrá sido unánime; jamás, volvemos á repetirlo, porque honra el sentido del pueblo vasco, jamás se ha levantado la menor protesta.

Joshe Mari era uno de los *pelotaris* más renombrados; ordinariamente, entre amigos, tenía que jugar contra dos ó contra uno limitando mucho su juego, ya dándole el saque, ya no pudiéndose valer de la izquierda ó jugando con ésta sola, ya sacando de mucho más atrás, ya concediendo muchos tantos al contrario. A mano era su juego: entraba á bolea como á sotamano, á bote largo como á bote pronto, alargaba mucho la pelota como apenas la hacía salir de la pared con una atrevida dejada, y cuando menos podía esperar lo contrario, desde lejos, despedía una rápida de dos paredes que causaba la admiración de los que la veían; era su jugada favorita.

Y tomaba parte también en los partidos de empeño: no se miraba con malos ojos que el hijo de una poderosa ó ilustre casa luciera sus facultades y sus conocimientos en este juego, aun atravesándose mucho dinero; los curas, que eran muy respetados y muy bien queridos, lo hacían muchas veces, y de ellos para abajo podía hacerlo cualquiera.

Pero por estos días nadie podía cerrar partidos con él, ni de pasatiempo ni otros más serios; parecía preocupado y presa de alguna pesadilla; se le veía frecuentemente solitario, y acudía tarde á la sidrería y salía pronto á la calle, sin apenas haber despegado sus labios en la alborotada tertulia de sus amigos.

Uno de estos, el más íntimo, Carlos, de muy buena familia y él sencillo y cariñoso, se encontró con Joshe Mari por casualidad, ya muy cerca del mediodía, por la Plaza Vieja; y á las pocas palabras, con timidez le preguntó la causa de sus tristezas y de sus soledades. Él clavó sus ojos en Carlos; pareció querer abordar su alma; y satisfecho sin duda de su examen, rompió á hablar exigiéndole el más escrupuloso silencio; mas advirtiéndole de pronto que eran las doce y ya le esperarían en su casa para comer, quedaron citados para el siguiente día á las diez en el mismo sitio, como así lo efectuaron. Salieron por la puerta de tierra, caminaron despacio hasta el puente y volvieron á la ciudad á punto de la misma hora que el día anterior en que se separaron. Y durante el paseo casi se puede decir que el único que habló fué Joshe Mari.

Empezó por decirle que así no podía seguir; que iba á hacer una barbaridad, pues necesitaba hacerla para desahogarse; que la rabia se había apoderado de él..... y así, aunque en distintas formas, iba repitiendo el mismo pensamiento, el de su situación, con la color encendida, los ojos saltones y espumajeando, mientras movía los brazos como aspas de molino. Carlos interrumpió su silencio sin interrumpir á su amigo, repitiendo también el mismo pensamiento bajo diferentes formas:—Pero, ¿qué te sucede?..... ¿Qué tienes?..... Cálmate..... Serénate.....

Así andúvieron un gran trecho; y, en efecto, ya serenándose poco á poco, vino á decirle que tenía aquel coraje contra Gladstone y contra Delavigne. Carlos esta vez le interrumpió con mayor vigor, llevado de su mismo asombro, diciéndole:—¿Contra los dos?—Pero Joshe Mari no se desconcertó; afirmó aún con más entereza:—Contra los dos.—Y empezó por separarlos, refiriéndose primeramente á Gladstone.

Dijo que en un principio le recibió muy bien y fueron amigos hasta donde pueden serlo dos individuos que hablan lenguas tan diferentes como el inglés y el vasco, pero después cayó en cuenta de que, sobrino de Mr. Delavigne, sin hijos, aunque era natural que se alojara en su casa, ya no lo era tanto que siguieran frecuentándola su hermana y la María, y pasó á hacer á aquella algunas observaciones; pues en cuanto á esta última le tenía sin cuidado y allá sus padres que la celaran y ordenaran sus movimientos.

Conque á los pocos días de estas palabras prudentes y previsoras, notó que María le miraba con enfado y que Gladstone se le sonreía mofándose de él; vamos, que advirtió como si éste se burlara de sus palabras y de sus consejos, transmitidos sin duda por su hermana á María del Coro y trasladados en seguida por ésta á Gladstone. Cogió, pues, á Dolores y quiso averiguar la verdad; pero ésta le negó que nada le hubiera comunicado á María; y aunque por primera vez no le dió crédito á su hermana, porque veraz era Dolores, y fuera de esto lo que fuese, á él nadie le sacaba de la cabeza que María estaba enfadada con él por sus continuas charlas con Gladstone, y que éste se las había de pagar por haberle indispuerto con aquélla; pues aunque esto no le importaba mucho, quería castigar la mala intención de Gladstone y su sonrisa burlona.

No quedó del todo satisfecho Carlos; le dijo que no había mayor motivo para tal indisposición de ánimo; que quizás interpretara mal la sonrisa de Gladstone y aun el enfado de María; que se contuviese sin hacer una barbaridad y que tuviera siempre mucho cuidado de que su mano

era muy dura. Insistió Joshe Mari en que no iba á perdonar á Gladstone su mala acción, pues aunque todo lo que le había contado le pareciera poco á Carlos, á él le venía haciendo sufrir horrorosamente y prosiguió de esta manera:—¿Tampoco te parecerá nada lo de Delavigne?

Y en seguida empezó á ensartarle que era francés y él odiaba á todos los franceses, y aun le pintó más francés que todos los demás, porque se le aparecía más figurín y ufano de su persona: que creían todos ellos que este era un país de conquista, cuando habían entrado traidoramente; que trataban como dominadores á los vecinos y como á esclavas á ellas, y á una manifestación de extrañeza que hizo Carlos al oír esto, atenuó el pensamiento diciendo:—como á esclavas, sí, ó poco menos;—y que era insufrible ver siempre á Delavigne cortejando á María, al igual de otros oficiales que se hacían amigos de las muchachas del pueblo.

Esto lo entendió admirablemente Carlos, quizás lo único que le había entendido hasta este momento; porque una joven, que había despertado ya en él vivísima inclinación hacia ella, coqueteaba de lo lindo, poniéndole en desvelos y zozobras mortificadores, con un oficial francés.

Siguió con esto y otras cosas Joshe Mari hasta que llegó por fin á dejarse ver algo más claro, cuando dijo que tenía muy fundadas sospechas, por algo que se había descuidado en decir su hermana, de que el tal Delavigne hablaba muy mal de él con María y Gladstone. Y acabó el relato como lo había empezado, dirigiendo la misma pregunta, muy poco modificada, á su amigo Carlos:—¿Tampoco te parecerá nada *todo esto* de Delavigne?

Contestó Carlos como suele contestarse entre dos interlocutores, respondiendo á sus propios sentimientos en primer término; de todo el relato se le ahondó aquello de que las muchachas gustaban siempre del trato de los forasteros; é hizo hincapié en esto y aún empezó á contar algo de lo que á él mismo le pasaba; pero le interrumpió Joshe Mari, á quien á su vez nada le importaba esto

último, para repetirle la pregunta, que fué contestada satisfactoriamente.

Despidiéronse hasta la tertulia de la tarde en la sidrería, y desde que se despidieron hasta que volvieron á reunirse, le dió Carlos muchas vueltas en su cabeza á las explicaciones de su amigo, sin poder convencerse de los fundamentos de aquella rabia, de aquel coraje de Joshe Mari, puesto de relieve en el color encendido del rostro, en las chispas fulgurantes de los ojos y en los espumajos continuos de la boca.

Pero en la sidrería ocurrió un incidente que le aclaró todo el misterio. Como de costumbre empezó después de la merienda, que era un pretexto para beber tres ó cuatro vasos de sidra, la conversación que versaba sobre los asuntos, que entonces no faltaban; y charlotteando, vino á parar la conversación en notar que otra de las muchachas del pueblo había empezado en amoríos con un oficial francés. Los más hablaban mal de estas relaciones, y generalizando luego en ella y con ella hablaron de la misma manera de todas las que en igual caso se encontraban; pero, aunque pocos, había quienes las defendían, porque decían ser esos movimientos libres del gusto de cada cual; que el amor es algo misterioso ó por lo menos le place el misterio, por lo que siempre propende á unir más á los desconocidos que á los que ya se conocen, y entre sí mejor á los de diferentes pueblos que á los de la misma ciudad; y que harta razón tenían las muchachas en prestar oídos á las palabras amantes de los extranjeros, pues los chicos del pueblo eran desabridos, huraños y demasiado egoístas, no fijándose en ellas, sino en sus juegos de pelota, de cartas ó de billar y en sus meriendas.

Defendíanse los atacados, y entre ellos se distinguieron, por el calor que ponían en sus palabras, Carlos y Joshe Mari; mas cuando ya iba alargándose la plática y parecía uno de sus contrarios apabullado, salió con un ataque personal doble que los dejó confusos y anonadados, dicho lo cual se marchó de la sidrería.

Dirigiéndose á Carlos le dijo:—Tú no tienes, al hablar mal de las muchachas del pueblo, más que celos y una pena que te consume; que á tu novia le gusta más el oficial francés, y hay que aguantarse.—Y volviéndose á Joshe Mari y encarándose con él, le espetó la siguiente frase:—Y tú..... con María del Coro..... eres el perro del hortelano; ni comes ni quieres dejar comer.

Carlos, después de reponerse, miró á Joshe Mari. Al salir juntos le dijo á éste:—Lo que te ha dicho..... Pues mira, en pocas palabras me he enterado de lo que no pude entenderte toda esta mañana. Y es que tú te referiste á tus relaciones con Gladstone y Delavigne: y este..... este me ha hablado de tí y de María del Coro.

CAPÍTULO XVII

La alegría de Juanito

Delavigne, á quien había hablado María de la detención de Pello, acogió el encargo con la mayor solicitud, y bien querido por sus nobles prendas de oficiales y soldados, gozaba de una decisiva influencia en su modesta escala, pues no pedía cosas injustas y abusaba pocas veces de sus amistades.

Pidió al general que mandaba la fuerza una entrevista, que le fué concedida inmediatamente, y planteó el asunto con la mayor claridad, de frente y con todas las circunstancias que le acompañaban. Que era sobrino de los Delavigne, relojeros en la plaza; que por elio había conocido á una de las principales señoritas del pueblo; que ésta se le había acercado, suplicando su mediación, para que se libertara á un marino, Pello, detenido porque, borracho, había pegado á dos soldados franceses; y que cumplía su cometido acercándose á su bondadoso general, por si le parecía posible y conveniente decretar la libertad que se solicitaba.

Gustóle al general la manera lisa y sincera, al mismo tiempo que humilde y respetuosa, con que Delavigne se había expresado; pero ocultando todo lo que pudo esta bien fundada impresión, se mostró poco benévolo en favor de la concesión; pues hizo notar que había de considerarse que se estaba aún en país enemigo y que toda energía era poca para velar por el orden, el cual muchas veces empieza á ser alterado por un simple pescador borracho y se

convierte en una rebelión formidable; á lo que añadió que él ya sabía que el soldado no era un hongo y tenía relaciones familiares y amistosas, pero que debía tener presente siempre que era militar, para no verse comprometido en trances difíciles y para defender en cualquier momento por encima de todos y de todo el propio honor y el honor de la bandera. Despachóle, sin embargo, con una amable sonrisa; pero Delavigne, á quien bien á su pesar habíanle sonado las palabras del general á cariñosa sofrenada, salió sin ninguna esperanza del buen logro de sus gestiones.

Pero de allí á tres horas se encontró sorprendido con la llamada del general; y habiéndose presentado, éste puso en su conocimiento que primeramente había pedido noticias respecto de su persona, las cuales no podían serle más favorables, por lo que se felicitaba él mismo de tener tales oficiales bajo su mando y le felicitaba á él calurosamente para que continuase en la misma senda, por entender que la virtud de los inferiores debe ser sostenida con el aplauso y la alabanza de los superiores, á fin de que no desmaye y se pervierta; díjole después que, enterado minuciosamente del caso, aunque las circunstancias del hecho eran muy graves, pues se había realizado en la calle con el mayor escándalo, por confirmarse la ninguna significación de la persona, un pobre marínero, otras veces suele ser la mucha, dijo interrumpiéndose sonriente, y por estar la ciudad completamente tranquila sin que se vislumbrara el menor asomo de inquietud, á todo lo cual añadía su intervención amistosa, y entonces le colmó de elogios por la forma en que la había llevado á efecto, se decidía por todo ello á decretar la libertad del detenido, poniéndolo primeramente en su conocimiento, á fin de que tuviera la satisfacción de transmitírselo á la señorita principal del pueblo antes de que produjera sus efectos la providencia, para que la que había buscado su intercesión se penetrara de su gran influencia con él como la que gozaba éste, mercedamente, entre sus colegas en el ejército francés.

Muy agradecido Delavigne salió apresuradamente de

casa del general á la de María, á quien comunicó la fausta nueva; diéronse mutuamente las gracias, pues Delavigne estaba satisfechísimo de su intervenció n por las palabras lisonjeras que de su general había oído y por el resultado feliz de sus gestiones; despedidos, María fué á casa de Dolores, y juntas las dos amigas alegraron el alma de la Andre Joshepa y de Juanito que estaba presente; y éste, contentísimo, después de oír la relación, recordó graciosamente la escena del alto de San Bartolomé á Dolores, preguntándole si se había equivocado al acercarse á ella para que recomendara el asunto de la detenció n á su amiga María del Coro.

Y en seguida corrió Juanito hacia la cárcel, á donde su tío había sido trasladado desde los sótanos de la Casa Consistorial, y allí esperó su salida. Al poco tiempo de haber llegado y estando mirando á la cárcel desde la misma esquina de la calleja, que partía de la calle de la Trinidad para conducir por unos pocos pasos á la puerta de aquel lóbrego edificio, se detuvieron junto al muchacho y sin que en él se fijaran dos soldados en reposada conversació n, sostenida en lengua vasca, en esa lengua antiquísima, cuyo origen se pierde en la obscuridad de los tiempos.

Es esta lengua de alfabeto enteramente completo y nada redundante; de silabario dotado de inexplicable perfecció n; de radicales de propio y peculiar significado, significado no arbitrario, sino prescrito y delineado por la misma naturaleza; y de sintaxis tan admirable que conocemos sin dificultad alguna el primero, segundo, tercero..... móvil que ha tenido nuestro socio en el pensamiento que nos ha querido comunicar, sin que tengamos, como sucede en la mayor parte de los idiomas, necesidad de valernos de aquellas pesadas preguntas con que se desentrañan las ideas de los conceptos comunicados. Añádase á todas estas perfecciones que si como los antiguos filósofos colocaban el alma de los vivientes en una cierta interior armonía música se hablara del alma de esta lengua en que venimos ocupándonos, no sería impropio su concepto; porque no se

hablará lengua de construcción más armoniosa, ni de artificio más consiguiente y más libre de anomalías en la variedad con que maneja todos sus verbos y en la uniformidad con que sabe dar á la expresión muchas diferencias; todo con una suavidad y dulzura innata, que apuesta primores á la mejor armonía de la música.

Pues esta lengua tan significativa y tan armoniosa no la desconocía nadie del país por estos días de nuestra narración; la aprendían algunos castellanos que en él vivían; y era la que se hablaba por los señores más linajudos y de más alto copete como por las humildes criadas de servicio. Nuestros boticarios, su hija, los señores de Urbiztondo y sus hijos, y los Delavigne no hablaban entre sí otra, y era también la que hablaban muchos soldados franceses del depósito de San Sebastián, reclutados desde el Garona hasta el Bidasoa y entre los cuales por consiguiente había muchos vasco-franceses.

De éstos eran los dos cuya conversación oía Juanito; y deseoso de comunicar la noticia á su tío, tuvo el atrevimiento, ya hemos visto antes de ahora su temple de alma, de interrumpirles y dirigiéndose á ellos les suplicó que, si podían y si quisieran, le hicieran un favor. Ofreciéronse los soldados á hacérselo y entonces Juanito les refirió en pocas palabras lo que quería: participar á su tío Pello, preso por haber pegado á dos soldados franceses, la libertad que el general le había concedido ya, pero cuya noticia no habría llegado aún á su conocimiento.

Ni que fuera una invención novelesca; dió la rara casualidad de que uno de los dos soldados era el que había sufrido el derrame de sus narices por el encontronazo con Pello; pero después de desahogarse breves momentos del disgusto que aún el recuerdo revivía, quedaron en complacerle por ser cosa pasada, satisfacer al muchacho y secundar en su esfera las órdenes de su general.

De manera que desde esta hora á la que transcurrió entre llegar la orden y cumplimentarla siguiendo los establecidos trámites, Pello estuvo gozoso en su prisión; no

así Juanito, que ya se impacientaba por la tardanza, cuando apareció su tío en la puerta de la cárcel y corrió el muchacho por la calleja á su encuentro.

Esta vez más expresivo que de ordinario Pello y profundamente agradecido á las atenciones de su sobrino, lo cogió con sus hercúleas fuerzas al mozalbete de catorce años, lo levantó con la misma facilidad con que se maneja un niño de pecho y le colmó de besos mientras se le desprendían de los ojos sobre las mejillas gruesos lagrimones. Lo bajó después al suelo; se secó la cara con el revés de la mano; apretó con el pulgar y el índice la nariz al sonarse, limpiándosela con la manga de la elástica; agarró con su mano derecha la izquierda del muchacho, y ambos alegres, tomaron por la calle de la Trinidad hacia San Vicente, para doblar por la de Narrica á la de Iñigo bajo. Aquí le recibió su hermana con unas palabras amarguísimas, de las que Pello, al parecer, no se dió por molestado, y con una comida espléndida, que despacharon muy á su sabor el tío Pello y su sobrino.

Nadie podría pintar **la alegría de Juanito**; no cabía en sí de gozo; el júbilo le reventaba por todas partes; abría sus ojazos más y más para clavarlos en su tío, y le contó con todos sus detalles cómo se enteró y cómo le pudo pasar la noticia de su liberación. Por cierto que al hablar de esto le contó el incidente del militar desnari-gado, y se echó á reir con sus mejores ganas Pello.

Quién le habló de que la tal cárcel era un buque que hacía agua por todas partes; porque, en efecto, entraba el agua por los cuatro costados; pues se desprendían gotas del techo, y del suelo brotaban fuentes, y chorreaban las paredes de su destartelado camarote; que era el camastro, en que se dormía, insoportable; y que el rancho se lo regalaba á cualquiera, acostumbrado como estaba al más sustancioso y mejor condimentado de su querida fragata.

A ésta se dirigieron después de comer, aumentándose la alegría de Juanito, que era algo aficionadillo al mar, aunque no usaba mucho de sus aficiones, porque andaba

siempre tierra adentro en sus cambalaches, razón de más para que de tarde en tarde le produjera la navegación aquella sensación gratísima, que él traducía en expresión viva, diciendo que á pocas vueltas como aquella, la última que fuera, había de acabar por ser marinero para in sécula seculorum (1), palabras latinas estas que no tanto se le habían pegado de su oficio, como por haberse las oído frecuentemente á su madre. Pello se encontró en el buque con su capitán, que enterado de lo sucedido le reprendió, aunque suavemente, y volvió á tierra con su sobrino.

De allá á pocos días se embarcó para ir á Cádiz, de donde había de zarpar su buque para América, último viaje de Pello, al decir suyo, pues con él pensaba redondearse y pasar los postreros años de su vida gozando del sol y del mar, los solos encantos de ella, desde la muralla de Cai-arriba.

(1) In sécula seculorum, latín, en los siglos de los siglos.

CAPÍTULO XVIII

Un mal paso

Y fué un mal paso dado con la mayor inocencia y con la mejor intención por María del Coro, objeto de muchas murmuraciones, manzana de discordia entre Joshe Mari y Delavigne, motivo de una lección moral dada á joven casadera como María por su inteligente y virtuoso confesor, y aún tuvo otra consecuencia quizás más importante que todas las apuntadas, la conversión de la misma María del Coro á otra vida nueva, la de la mayor cordura y reflexión, considerando, como hasta ahora no, el móvil de sus acciones y los medios de conseguir el fin que se propusiera.

Era allá hacia fines del mes de Marzo, en que casi coincidían la puesta del sol, el toque del Angelus (1) y el cierre de la puerta de hierro, las siete de la tarde; y no decimos de la noche, porque aún á aquella hora resplandecía la luz crepuscular; de noche solía ser por el invierno, en que regía tal hora, la cual no se cambiaba por la del verano, que eran las diez, sino mucho más adelante.

Y bien podía cerrarse la gran puerta de entrada á la Ciudad en las horas antedichas, cuando dentro de ella los vecinos, que la habitaban, eran de tan morigeradas costumbres que ningún vecino estaba fuera de su casa en invierno á las ocho ni en verano á las nueve.

La puerta de hierro, y nos lleva á la digresión su

(1) Angelus, latín, ángel.

recuerdo y lo que la cita tiene de histórica y de honroso privilegio para nuestra querida Ciudad, se cerraba, puestos de acuerdo para ello, por el Comandante General y uno de los dos Alcaldes, que mediaban el año en el cumplimiento de esta obligación anexa á su cargo. El que desempeñaba la primera autoridad popular y le tocaba de turno acudía acompañado de sus ministros, los alguaciles, y el portero, que echaba el cerrojo correspondiente á la Ciudad. Y el capitán de llaves corría el cerrojo correspondiente al Rey, pero estaba sujeta esta última operación á la inspección del Alcalde, que la cumplía poniendo mano sobre el cerrojo y dándolo por bien corrido y encajado.

Esto no lo podían llevar los militares; pero era una prerrogativa que databa de muy lejos, del rey Felipe II, quien se la había concedido á la Ciudad el 16 de Julio de 1581; privilegio proveniente de que murallas y castillo pertenecían á la Ciudad, que se entregó voluntariamente con la Provincia á la Corona de España.

Así como de éste, gozaban nuestra Ciudad y los demás pueblos de Guipúzcoa, gracias, privilegios, exenciones, otorgados por el poder supremo de la Nación, atento siempre con cariñoso cuidado á este viril pueblo vasco, á esta región montañesa; pero lo que principalmente llamaba la atención de quien considerara el país en esta relación de sus derechos, más que los privilegios, era el régimen propiamente autónomo de todos sus pueblos, el conjunto de leyes que constituían su organización especial, *los fueros*, que los reyes juraban guardar al principio de su reinado.

Antes de esta incorporación de la provincia de Guipúzcoa á Castilla (y no vamos á inmiscuirnos en historias antiguas, que harto tenemos con la que nos hemos propuesto dar á conocer, por lo que basta una sencilla indicación á aquel objeto), estuvo la provincia, ya unida, ya separada de astures y castellanos, como lo entendía Tirso de los libres y nobles electores, que, so el árbol de Guernica,

Tan sólo un Señor juran, cuyas leyes
Libres conservan de tiranos reyes.

Después de esta incorporación, ya por la época de nuestra verdadera historia, tenía la provincia su corregidor, representante del Gobierno, para sus relaciones con el Rey, y su Junta, compuesta de dos diputados de cada municipio, la cual se congregaba anualmente en el pueblo al que de turno le correspondía; que en aquella santa igualdad no se daba la preponderancia á ningún pueblo sobre todos los demás. Ni se miraba á que ningún diputado fuera más elocuente que el vecino; se hablaba poco; se administraba pronto y rectamente; y en pocos días de sesiones habían terminado sus tareas.

En la primera sesión nombraban al diputado general, que moraba en el lugar del Corregimiento ó de sus cercanías; cargo que recaía siempre en persona prestigiosísima de la provincia, á la que representaba durante el año y cuyos asuntos despachaba, si bien con la responsabilidad legal de que pudiera ser residenciado ante la Junta; y en la segunda sesión nombraban al Alcalde de sacas, cuya residencia era Irún y cuyo oficio consistía en vigilar la frontera para que no pasase á España moneda francesa, recayendo el nombramiento también en persona distinguida y honrada, porque era responsable la provincia de las quiebras que hubiese; y aunque este nombramiento correspondía á Su Majestad, hacía siempre dejación de esta facultad en la Provincia.

No podían faltar en reunión magna y veneradísima de los vascos aquellas características de la raza, que le hemos asignado; y aun mejor diríamos que en aquellas elevadas alturas de la representación resplandecían, como en foco de luz vivísima, así el alma religiosa como la agilidad corporal de representantes y de representados.

Comenzábanse las sesiones con las solemnes funciones religiosas; grandiosa misa mayor dentro del templo y fuera de él la procesión por las calles, llevándose las imágenes de la Virgen María en su Purísima Concepción y de San Ignacio de Loyola, patronos de la Provincia. El pueblo, agolpado en las calles del tránsito y en los balcones de las

casas, se fijaba en sus representantes que cerraban la marcha detrás del clero y á veces confundidos con él, yendo diputados y sacerdotes entremezclados; y dábanse en la masa unos á otros noticias de cada uno de los diputados y de sus circunstancias personales, llegando de esta manera á ser conocidos todos y á establecerse relaciones casi directas entre los apoderados y los poderdantes.

Todos los días, antes de la sesión, acudían los diputados á la misa rezada llamada del Espíritu Santo, para ennoblecer sus sentimientos, ilustrar sus inteligencias, y procurar el mejor acierto de sus resoluciones; y producía singular encanto, á más que era una lección moral de indiscutible trascendencia, ver de rodillas y humillados á un poder más alto á los más poderosos de la tierra, y que fervorosamente pidieran nobleza los más nobles, luces los más ilustrados.

Pero si por este lado quedaba bien patentizado el sentimiento religioso del pueblo vasco, hacíase por otro lado gala de la agilidad del cuerpo, bailando los mismos diputados *la danza real*, el celebérrimo *aurresku*. Presentábanse en la plaza pública, formados en cuerda, dándose las manos, debiendo haber por consiguiente uno primero, que es el que da nombre al baile, *aurr-esku, mano delantera*, y otro el último, *atx-esku, mano trasera*, que eran los únicos de la cuerda que bailaban mientras esta se hallaba constituida; salían precedidos de la música del país, *el tamboril*, banda formada de tres individuos, dos *chistularis* (1) que tocan la *basca-tibia* (2), y uno el tercero, el tambor; dan toda la vuelta á la plaza, y después de esta presentación empieza el baile rompiéndolo el primero, que solo y siguiendo el ritmo asombra á la concurrencia con sus saltos, piruetas, trenzados.....; síguele á poco el último con parecidos juegos de pies, y establécese al fin la competencia entre ambos colocados el uno frente al otro.

(1) *Chistulari*, vascuence, el que toca el silbo.

(2) *Basca-tibia*, palabra híbrida de *basca*, por *vasca*, adjetivo, y *tibia*, flauta; la flauta *vasca*, el silbo.

Continúa paseándose la cuerda y bailando á ratos el primero y el último, sin la furia y la importancia anterior, mientras los comisionados á este efecto se han desprendido ya del grupo, y vuelven á él acompañando á señoras y señoritas distinguidísimas, que forman también parte de la cuerda entrando en ella entre cada dos diputados, á los que se ligan, no como éstos entre sí por las manos, sino con finísimos pañuelos que á prevención se disponen; escusado será manifestar que las destinadas á la primera y á la última mano son recibidas con los más brillantes juegos de pies que el auresku y el atzesku á su turno en su riquísimo repertorio poseen, mientras la dama correspondiente contempla las cabriolas con majestuosa serenidad.

Y da fin el baile con uno general, *el ariñ-ariñ* (1), en que cada diputado danza con su pareja; la parte cómica de la fiesta, en la cual se advierte, sin poner ninguna atención, que algunos distan mucho de la maestría que demostraron la primera y la última mano. Quizás el más torpe en el movimiento de pies aquí en la plaza fuera el más hábil en la dialéctica y en la expresión de su pensamiento allí en la sala de sesiones; y de todas maneras es conmovedor, por el excelente sentido que revela, que en este país se conciliaran así la gravedad de los altos ministerios y la alegría expansiva de las buenas costumbres, y que no fueran obstáculo al respeto y á la simpatía de los subordinados hacia sus representantes los saltos y las piruetas que éstos hubieran dado y hecho en la plaza pública.

Y todo esto hemos venido hablando del fuero que tenían los alcaldes de la ciudad de inspeccionar la operación del capitán de llaves, cuando antes solo ellos eran los que mandaban en dicha puerta; pero consiguieron los militares, por súplica y merced, que se les diese la llave de la puerta, aunque con el gravamen de la mencionada requisa, y después pusieron en juego muchas veces todo su vali-

(1) *Ariñ-ariñ*, vascuence, ariñ, ligero.

miento é influencia para que tal costumbre desapareciera, sin poder obtenerlo, por estar patente dicho privilegio y mantener la ciudad sus prerrogativas con tesón y con dignidad.

Esta puerta era la única de entrada: colocada debajo del Cubo imperial, que allí formaba á manera de túnel, donde estaba adosado á la pared un gran Cristo pendiente de la cruz, se encontraba el ingresante, á su salida, con la que hemos ya mencionado Plaza Vieja, y echando muy poco á mano izquierda con la calle de San Gerónimo. La gente tenía entre sus diversiones, y no la menos entretenida y agradable, sobre todo para entremetidos y murmuradores, en domingos y días festivos, sentarse en los asientos que en el puente sobre el foso y en dicha plaza estaban colocados, para presenciar la entrada y salida de los viajeros y especialmente de sus mismos convecinos que retornaban del paseo.

A paseo fueron aquella tarde de domingo los Delavigne con María y Dolores, acompañados de su sobrino y otro oficial francés que Francisco había presentado á su familia. Salieron á las cuatro y pausadamente llegó el grupo hasta el barrio de San Martín, que tendría entonces unas sesenta casas, las más de gente labradora, aunque también vivían en ellas varios obreros de una gran fábrica de curtidos, á la que hay que agregar algunas fábricas de cuerda de cáñamo.

Llegados allí saludaron los Delavigne á sus buenos amigos los propietarios de la fábrica de curtidos, franceses como ellos, ya bastante viejos, y que muy pocas veces salían de paseo, entreteniéndose agradablemente en la huerta y jardín de su propia casa gozando de todas las comodidades que ésta les ofrecía. Á la ventana estaban cuando pasaron por bajo de ella los Delavigne y los cuatro jóvenes, á todos los cuales les invitaron á subir con el mayor encarecimiento y con repetida insistencia.

No pudieron resistirlo los Delavigne, siempre benévolo, y subieron todos á la pequeña casa, pero que como

todas las de los franceses, y especialmente las de los de algún poder, se distinguía en seguida por la limpieza, el buen gusto y la lindeza del mobiliario. Hízose en seguida alguna conversación; y para cuando se acordaron los visitantes, ya les habían puesto blanca y espléndida mesa con muchas viandas y bebidas, de las que tuvieron que probar agradecidos, haciendo muchos elogios de un riquísimo pastel, que la señora había mandado elaborar en una de las pastelerías del pueblo, conforme á la receta que le había proporcionado una amiga suya.

Fuéronse inmediatamente tras la receta la Madama y María del Coro y excusado es decir que se la aprendieron de memoria, para poder confeccionar ellas el pastel que tanto les había gustado.

Despidiéronse amabilísimos, y ya en la calle los del grupo decidieron no ir directamente á la ciudad, pues aún había tiempo de dar una vueltecita, sino tirando á mano derecha, por Santa Catalina y á orillas del río, llegar justamente á la hora del cierre de la puerta.

Ya en esta vuelta se marcaron, naturalmente, con el desprendimiento del grupo, mantenido antes por la menor confianza y el menor trato, pero deshecho ahora por el tiempo que fueron juntos y porque Ceres había hecho su oficio, tres parejas cuya disposición á poco fué la siguiente: por delante Dolores con el oficial presentado; detrás los Delavigne; y por último, Francisco y María del Coro, que, sin darse cuenta, pero sin duda sabrosamente entretenidos, porque de vez en cuando María despedía ruidosas carcajadas y se le veía doblarse y sujetar su cuerpo con las dos manos, fueron rezagándose de sus compañeros.

Pues aun viendo esta distancia que, después de todo, no era mucha, quiso hacer María una entrada y salida en casa de una pobre mujer, anciana y enferma, muy conocida de aquélla como toda su familia, por ser la lavandera de su casa, creyendo con buena intención que en todo ello no pasaría escasos dos minutos. Este barrio de Santa Catalina, mucho menor que el de San Martín, como que no

tenía sino unas diez casas é iglesia bajo la advocación de aquella Santa, pero sin pila y solo con el Sacramento para administrarlo en algunos caseríos próximos, se asentaba junto al puente que servía para atravesar el Urumea.

Pero el hombre propone; y los dos minutos pasaron á ser muy cerca de dos horas. Al principio se pasaron los dos minutos y más saludando sólo á María, dándole la bienvenida y agradeciéndole la visita inesperada; después otros minutos más invitando los de dentro á Francisco, que había quedado fuera en el mismo umbral de la puerta, á pasar adelante; luego otros minutos más entre saludos y cortesías; más que minutos más iniciada una conversación cualquiera; y tuvieron la mala suerte de que al caer en cuenta María de que iba suavemente deslizándose una buena cantidad de tiempo, despedíanse en el mismo momento en que entraba el amo de casa, que había conocido á María de muy niña, y unos pocos minutos más trascurrieron en nuevos saludos y presentaciones; finalmente, vuelta á despedirse de todos que, aunque se llevó esta última parte con la mayor rapidez, también tuvo que hacerse en unos minutos más.

Sumados todos estos minutos, constituyeron aquella suma, cuyas consecuencias estamos obligados á narrar. La primera fué el disgusto de los Delavigne y la pareja de los jóvenes, quienes creyendo que iban juntos todos, los echaron de menos muy cerca de las murallas. Miraron y remiraron atrás, á una y otra parte, y no podían verlos por ninguna; iban cayendo las sombras y aproximándose la hora de las siete; esperaron, sin embargo, un largo espacio de tiempo para entrar con ellos en la ciudad; mas se fueron acercando á la puerta de tierra por si estaban en ella ya ó los hubieran visto entrar; hicieron algunas prudentes indagaciones que no obtuvieron sino resultado negativo; y entraron colocándose en la plaza, pegantes á la salida del túnel, impacientes todos é intranquilos los Delavigne, que no se hubieran atrevido á dar un paso más hacia la ciudad, por temor de encontrarse con los señores

de Bengoechea y no poder darles la menor explicación del paradero de su hija.

En esta situación estaban cuando llegaron muy cerca de las siete y media María y Francisco. Estos al salir de la casa advirtieron en toda su gravedad el **mal paso** que habían dado, dejando resbalar tan gran lapso de tiempo, sin apenas apercibirse de ello, por las naturales contingencias de todas las visitas y el agrado mutuo sin duda con que en aquel pobre hogar se contemplaban ambos; pero ya fuera y rodeados de las sombras de la noche, apresuró la marcha María todo acongojada y preguntando por sus compañeros de la tarde.

Francisco intentaba convencerla con la inocencia del suceso, con la involuntariedad de uno y otra, con la presencia de testigos en todo caso, mas ella iba apurándose en grado conforme se acercaban á la ciudad; é interesándose cada vez más Francisco por la situación de la afligida María, mezcla aquel, como todos, de ángel y demonio, llevado por bondades cariñosas y puras hacia su compañera pero tocadas algún tanto de las indómitas inclinaciones de la bestia en celo, se aproximó más á María, á quien, en esta andadura del camino á campo traviesa, favorecido por la oscuridad y disculpado por la situación, ya había puesto hace tiempo el brazo por detrás de su cuerpo como para empujarla suavemente en su marcha, y depositó en su mejilla izquierda un caluroso beso.

Al recibirlo María no puede decirse que se alegrara ni que se enojara de ello; por lo que diremos, aunque parezca un imposible y un absurdo, que este beso no fué aceptado ni fué rechazado por María del Coro.

Con la mira puesta en la puerta de la ciudad, deseosa de llegar y encontrarse otra vez entre sus amigos, sólo se fijó en el acto de Delavigne para decirle:—Sí, buena estoy ahora para fiestas;—y desprendiéndose con un movimiento brusco del brazo de su galán, apresuró todavía más la marcha hacia la puerta de tierra.

Entraron pues, y en ésta los recibieron, como es de

suponer, los Delavigne, que tras pocas palabras de censura, las primeras á María, se encararon con más confianza y con mayor acritud con su sobrino, que anduvo masculando disculpas y tartamudeando palabras.

En seguida los Delavigne, contra todas las súplicas fervientes de María, era cosa decidida, la entregaron en casa refiriendo á sus padres el incidente; y fué ésta severamente reprendida por los señores de Bengoechea.

Al día siguiente, por la mañana, una grave señora llegaba al barrio de Santa Catalina con el ceño arrugado y con la cabeza baja. De vuelta la vimos entrar en la ciudad, á eso de las doce, con la cabeza erguida y dibujándose en su rostro la íntima satisfacción de que se veía poseída.



CAPÍTULO XIX

María en Inglaterra

¡Cosas de la política! Bien dicen que la política es terreno movedizo y en el cual no se puede pedir la persistencia de los caracteres, como hace el vulgo que de estas cosas no entiende; y comprendemos con la palabra *vulgo*, como Cervantes, cuyo nombre no está nunca mal citado, y menos en una novela española, aun á muchas gentes de buen ver y de gran intervención en los negocios públicos, las cuales han existido en todo tiempo. No se puede pedir, no, en política, aquella constancia rígida y pertinaz que se exige á las personas, cuando muchas veces no se nos aparecen con este sello ni las mismas naciones en todo su conjunto. Y claro es que no establecemos la teoría para defender cambios de postura y aproximaciones ó alejamientos que solo pueden explicarse por el logro de intereses mezquinos y egoístas.

¡Cosas de la política! ¡España con Francia contra Inglaterra! Ya lo hemos visto; ya nos hemos enterado, gracias á los entendidos contertulios del boticario, y no vamos á repetirlo, de todos aquellos desastres de San Vicente, del Ferrol, de Trafalgar. Pues bien: no transcurrieron tres años de este glorioso combate y todo había cambiado: ¡cosas de la política! ¡España con Inglaterra contra Francia!

En Asturias fué, cuando el levantamiento glorioso de Oviedo la noche del 24 de Mayo, anunciado con repique general de campanas, después de haberse apoderado de

un depósito de armas en que había cien mil fusiles, y haberse organizado la Junta del Principado con su presidente el Marqués de Santa Cruz, jefe también del ejército, declarándose la guerra á Napoleón y adoptándose en seguida medidas conducentes al armamento en masa de la provincia; en Asturias fué, por este poder supremo acordado, donde se tomó una de las medidas más acertadas y más trascendentales á la lucha que los españoles emprendían.

Concedores de la hostilidad permanente de Inglaterra contra el coloso, resuelta sin duda á aniquilarlo, proyectaron los astures entrar en inteligencia con ella, á cuyo fin envió la Junta dos comisionados á Londres: don Antonio Angel de la Vega y el Vizconde de Matarrosa. Estos cumplieron admirablemente su cometido, favorecidos seguramente en su empresa por la enemiga que en todo aquel país había despertado la ambición desmedida del emperador; quien, creyendo la escuadra en Brest, pronta á llevarle con su ejército, preparado á este efecto en Boulogne, á su desembarco en el territorio inglés, había dicho entusiasmado: «La Inglaterra es nuestra».

Pero no puede domeñar á esta potencia marítima; porque aun siendo verdadera su frase de que si llegaba á hacerse dueño de la travesía por doce horas Inglaterra había muerto, no consiguió á pesar de sus preparativos, de sus disimulos, de sus esperanzas, salvar el canal que lo detenía; ó por impericia de Villeneuve, á quien en su desesperación le denunció al ministro como incapaz de mandar una fragata, ó por el número é inteligencia de la poderosa escuadra inglesa, ó por el indeclinable destino que había señalado ese límite á sus prodigiosas empresas.

La eterna rival de Francia no podía olvidar el nombre de quien había firmado en Berlín el célebre decreto del bloqueo; aquella insólita disposición por la que se confiscaban todas las mercancías de sus fábricas, se declaraba de buena presa todo buque que hubiere tocado en sus puertos ó en los de sus colonias, y se consideraba prisio-

nero de guerra todo inglés cogido en Francia ó en los Estados sometidos al imperio; en una palabra, aquel tirano y monstruoso decreto que amputaba el poderoso reino la Gran Bretaña de todo el continente.

Por esto fueron bien recibidos los comisionados de Asturias y les fueron ofrecidos apoyo y asistencia por el gobierno británico, como igualmente se manifestaron sentimientos simpáticos en el parlamento á favor de la independencia española; y, siempre prácticos, no se contentaron con exteriorizar en palabras de parlamento y de gobierno estas ideas, sino que las pusieron inmediatamente en ejecución y acordaron enviar á Asturias provisión de vestuarios y pertrechos de guerra, así como que viniesen dos oficiales y un mayor general, sir Tomás Dyer, para proteger y dirigir el movimiento.

Y fueron más adelante todavía; el 4 de Julio declaraba oficialmente Inglaterra que, habida consideración de los esfuerzos de la nación española para libertar su país de la tiranía de Francia y teniendo presente los ofrecimientos que había recibido de varias provincias de España de su disposición amistosa, cesaban inmediatamente todas las hostilidades contra España; y en su virtud dispone que la expedición naval, preparada en el puerto de Cork contra nuestras Américas, se dirigiese á Portugal, donde en su bahía de Mondego desembarcarían diez mil hombres, mandados por el teniente general sir Arturo Wellesley.

Ya habían sucedido todos estos acontecimientos y aun otros, pues estos diez mil hombres, aumentados con los de Spencer, provinientes de Gibraltar por Cádiz, habían vencido al general Delaborde en la Roliza, y al mismo Junot en Vimeiro, llegándose á la convención de Cintra, por la cual evacuaron Portugal veintidós mil franceses, cuando con la misma fecha de este tratado despachaba el padre de Gladstone á su hijo Arturo una carta, claro es que escrita en lengua inglesa; pero que dueños nosotros del documento y no queriendo apartarnos un punto de la relación verídica de estos sucesos que nos hemos propuesto narrar, vamos á

darlo á conocer traducido libremente, entendiéndose esta libertad en cuanto sólo afecta al genio de las dos lenguas, y sin extenderse de ninguna manera á los conceptos y matices del pensamiento propio.

Decía así: «Londres, 30 de Agosto de 1808.—Querido hijo: La primera noticia que debo comunicarte es que tus padres, como tus hermanos, gozamos de perfecta salud.—Estamos buenos, gracias á Dios, y mis negocios afortunadamente prosperan.—John ha puesto en nuestro conocimiento su proyectado enlace con la señorita Catalina O'Migher, á quien ya conoces, por ser ella, como su familia, antiguas é íntimas relaciones nuestras. Excuso manifestarte cuanto nos hemos alegrado todos de esta proyectada unión de John; la *lady* (no tiene rigurosa traslación en este caso, por lo que dejamos la voz intacta; generalmente se usa, como de tratamiento, delante de los nombres y apellidos de señora principal, mujer de un par de Inglaterra, de hijo de par que tenga título, ó hija de duque, conde ó marqués; creemos que en este caso Gladstone padre aplicaba la palabra á su futura nuera en sentido humorístico, á que tanto propenden los ingleses, pero con excelente fondo. Como se ha hecho largo este paréntesis, volveremos á leer la palabra): la *lady* poseerá en su día una buena fortuna en calidad de hija única y bien amada de tan rico carnicero como O'Migher, y sus excelentes prendas personales autorizan á suponer que hará completamente feliz á mi mayorazgo.—Ya le he dicho que debe comunicarte él mismo la fausta noticia, á lo cual me respondió que así pensaba hacerlo un poco más adelante, pero yo te la anticipo para que goces también de la común felicidad.—Tú te marchaste á ese pueblo para tres meses y vas llevando dos años, y se me figura que vas echando raíces. Por los detalles que me has comunicado, me he formado la idea de que estás satisfechísimo con tus tíos; que te gusta el oficio de relojero; que la ciudad te agrada sobremanera por su limpieza y por sus costumbres; que has trabado relaciones amistosas con todas esas buenas familias; y que..... no te

es indiferente ni mucho menos la *lady* María del Coro. (Vuelve otra vez la misma palabra; pero como la tomamos en el sentido ya explicado, nos remitimos á la nota anterior). Me alegraré de que algún día te decidas y veas claro tu porvenir; pues aunque el egoísmo de padre me entristece considerando que si van así las cosas, no podré tener-te á mi lado ni podrás cerrar mis ojos, el deber de padre me anima á continuar sacrificándome por el bienestar y la prosperidad de mis hijos.—Y ahí va, por lo que ha de interesarte, la última noticia. Nuestro Parlamento ha acordado coadyuvar con hombres y con dineros á la guerra que está haciendo España contra el afortunado guerrero que hoy trae desasosegado á todo el continente; y este asunto ha encendido en amor patriótico á todos nuestros conciudadanos, que se alistán, los jóvenes que puedan llevar armas, en el ejército expedicionario.—Este, según referencias bastante acreditadas, parece que saldrá embarcado en nuestros buques y desembarcará en Portugal; y en él van muchos amigos tuyos, como James Smith, Robert Brown, Jorge Ford, Alfredo Foster, y otros que omito. Lo pongo en tu conocimiento para que no se te pase inadvertido y dejándote en completa libertad en la dirección de tu conducta.—Con abrazos de todos, se despide tu padre John Gladstone.»

Perplejo quedó Arturo al recibir esta carta sobre la resolución que debía adoptar; pero con la capitulación de dos grandes cuerpos de ejército en Bailén y en Portugal, y con la retirada del rey José á Miranda, creyó sinceramente que la guerra de España no podrían sostenerla por más tiempo los franceses. Así es que mucho le aguijoneaba el espíritu patriótico y el ansia de volver á ver á sus connacionales; pero pudo más por el momento una bien fundada suposición, la quietud y sosiego de la relojería y las visitas inesperadas y solitarias de su excelente amiga María del Coro.

Bien ajena estaba por entonces ésta de sospechar siquiera que los Gladstone, padre é hijo, se ocuparan de

ella en su correspondencia y mucho menos de que se fuera apuntando entre ellos la posibilidad de su enlace con Arturo; preocupada con el aprendizaje de la cocina al lado de tan acreditada maestra como Carlota Lafontaine, y deseosa de apoderarse algo de la lengua inglesa en sus entrevistas con el joven relojero, hubiera soltado la más fresca y sonora carcajada, estamos seguros de ello, si alguien le hubiera dicho al oído que aquí en San Sebastián se había recibido carta de Londres en que se hablaba de ella con destino para tan altos fines.

No; no podía vislumbrar que estuviese **María en Inglaterra**, aquella joven pizpireta y alegre que sostenía conversación muy remota de amores con el guapo mozo, que nada le indicaba siquiera de estas preocupaciones á ella y dejaba entreverlas á su padre.

Y aquí seguía Gladstone atento á su oficio, querido de sus tíos y gozando de tan agradable compañía, cuando de pronto sintió en su ánimo la necesidad imperiosa de trasladarse al teatro de la guerra y empuñar las armas al lado de sus compatriotas. ¿Qué había sucedido? El paso de número crecidísimo de tropas francesas, los rumores crecientes de la próxima llegada de Napoleón á España, el aire satisfecho de los soldados que guarnecían la ciudad, y, á lo que nosotros creemos, la preparación anterior y las mismas vacilaciones en aquella época experimentadas, contribuyeron poderosamente á la decisión de su voluntad, tan firme, que en pocos días preparó su marcha.

Disimuló en el pueblo la causa de su partida, haciendo correr la especie de que iba á la Coruña llamado apresuradamente por unos parientes suyos, de todo lo cual era verdad que tenía parientes en la Coruña; y se valió de sus relaciones íntimas, á las que no podía ni quería ocultar el verdadero móvil de su resolución irrevocable, para la divulgación de la patraña. En vano fué que sus tíos quisieran retenerle con demostraciones bien expresivas de su profundo afecto; en vano que don Manuel le hiciera reflexiones prudentes y atinadas sobre las cualidades difíciles

de que está revestida el alma del soldado; en vano las chanzas y burlas de don Fermín y las llamadas á vida más tranquila y sosegada que la de campaña; en vano todo, hasta las tiernas súplicas y los fundados temores de la pérdida de su vida en las batallas, formulados por su bien querida María; contestó á todas las observaciones, salvó todos los obstáculos y dió á entender que ya por nadie ni por nada retrocedía.

Convencidos, pues, todos de lo irreparable de la partida, dispusieron sus tíos en su obsequio una comida, á que acudieron Francisco, María y Dolores, habiendo excusado su ausencia Joshe Mari, que también era de los invitados; y de sobremesa el oficial francés le entregó un precioso obsequio, el pasaporte que aquél había conseguido para que pudiera transitar sin cuidado por el territorio que ocupaba el ejército imperial, con más dos cartas de diferente fecha y de pura amistad del mismo Francisco á Gladstone, para que dieran más fuerza al pasaporte oficial en apurado trance como pasaporte oficioso. Quedaron ambos más unidos que nunca, y prometiéronse ayuda en cuantas ocasiones se les ofreciese; y á la mañana siguiente, en un velero de la costa que llegaba hasta la Coruña, embarcó nuestro inglés, á quien fueron á despedir todos sus amigos, incluso Joshe Mari.

Allí se enteró de que había acudido tarde: Moore, que desde Noviembre se hallaba situado en Salamanca y ya iba camino de Valladolid, al enterarse de la capitulación de Madrid, emprende aquella desastrosa retirada, en que, completamente desmoralizado su ejército, se entregan los soldados al desorden, al pillaje y á la embriaguez; escóndense en las tabernas y en las bodegas de las casas; saquean las habitaciones; incendian pueblos; y van señalando su paso con abominables excesos en Valderas; con la devastación del hermoso y antiguo palacio de los condes en Benavente y en sus inmediaciones con el derrumbamiento del puente de Castro Gonzalo sobre el Esla; y con robos y asesinatos en Villafranca, tan atroces, que se ve

obligado el general á fusilar á algunos que cogió en el acto. Llegan en este odioso regreso á la Coruña, donde, todavía no dispuestos los buques para el embarque, tienen que aceptar la batalla contra Soult, que venía picándoles la retaguardia; batalla que, aunque quedó indecisa, contó entre sus muertos al mismo Moore, á quien una bala de cañón le atravesó la clavícula del hombro izquierdo.

Sus parientes le enteraron á Gladstone de estos sucesos, así como de la desgraciada batalla de Uclés el 13 de Enero, por la que el mariscal Víctor envió á Madrid la columna de prisioneros, que entró el 20, compuesta de cuatro generales, diecisiete coroneles, diecisiete tenientes coroneles, doscientos noventa oficiales y cinco mil cuatrocientos sesenta individuos de tropa española. Esta desgracia, juntamente con la que experimentaron á poco, el 28 de Marzo, en Medellín, nuestros soldados mandados por Cuesta contra el mismo mariscal Víctor, y en la que perdimos doce mil hombres, volvieron á dejar perplejo á Arturo, que no sabía si quedarse en la Coruña en espera de más prósperos sucesos, alimentando la creencia del retorno de sus compatriotas, de cuyo genio perseverante participaba, ó regresar á casa de sus tíos, pues atraíanle á un tiempo en esta dirección el recuerdo placentero de la ciudad amada y el agridulce recuerdo de la encantadora María.

CAPÍTULO XX

A puñetazos

No pasaron dos días de aquel desgraciado suceso, que tan inquietos puso á los Delavigne y tan alarmada á la grave señora de Bengoechea, llegó el del *Corpus* de este año de 1809, cuya solemnidad se hacía notar en nuestro pueblo por caracteres distintivos del día, que quedaba de imperecedera memoria de la niñez y de la primera juventud, para toda la vida impreso, en el alma de todo buen donostiarra.

Este día del *Corpus* era uno de los esperados y de gran fiesta que con el de Santo Tomás y el de San Sebastián, otros dos días típicos de la ciudad, y el de la Asunción la patrona, eran sus cuatro mayores días, habiendo sido siempre este último el primero de todos, festejado por propios y extraños, que aquí gozaban en la ardorosa época estiva de templadas auras y de aguas y aires de mar. Pero el de Santo Tomás, aunque era animadillo con la presencia en la ciudad de los caseros del contorno, que acudían á casa de sus amos á pagarles la renta del año, trayendo algunos capones de añadidura, y con la feria de útiles para la labranza de los campos, la cual se celebraba en la Plaza Nueva, con no pequeño alborozo de los franceses que despachaban muchas de sus fruslerías; y el de San Sebastián, patrono de la ciudad, día solemne también y de gran fiesta en pueblo que siempre ha sabido divertirse; estos dos días, sin embargo, eran generalmente lluviosos

y molestos como de invierno. No así el del Corpus, espléndido día de primavera, que alegraba los corazones y ponía los rostros de los vecinos en armonía con la deseada fiesta, luciendo el sol, todavía no muy caluroso, sus luminosos haces en cielo bastante limpio de nubes y de color azul bastante transparente.

Y la fiesta era deseada muy especialmente por los jóvenes; porque era el día destinado á vestirse de gala, estrenando ellos y ellas los ricos trajes que, con toda prisa algunos por la aglomeración del trabajo, y eso que vivía un número crecidísimo de sastres, se confeccionaban; y admiraba tanta gente moza elegantemente ataviada, brillando en cuellos y pechos de las niñas y de las jóvenes casaderas collares, cadenetas y alfileres, de excelente gusto y de bien subido precio.

Luego se presentaba la misma ciudad, en aquellas calles por las cuales había de transitar la procesión, con otro muy diferente aspecto que el ordinario: en todas las casas, desde el primer piso al suelo de la calle, se cubrían las paredes con grandes paños y algunos riquísimamente tejidos, en que se representaban asuntos de historia sagrada, que eran objeto de la curiosidad general; todos los balcones lucían riquísimas colgaduras, lo mejor de la casa; y se cubría también el mismo suelo de la calle con espadañas que servían de entretenimiento á los muchachos, pues las abrían con el dedo y las aplicaban á los labios para soplar sobre ellas y producir sonidos agudos.

Además era la única procesión religiosa alegre y que se celebraba de día; pues aunque se verificaban algunas en Jueves y Viernes Santo, con los celebrados *pasos*, eran de noche y por la devoción que despertaban lúgubres y funerarias; esta no, porque aunque también se relacionaba la devoción á que los fieles eran llamados con el día antes de la Pasión, en que el Señor, levantando sus ojos al cielo, bendijo el pan y lo dió á sus discípulos diciéndoles: «Este es mi cuerpo;» bendijo el cáliz y lo repartió diciendo: «Tomad y bebed todos de él; Este es el cáliz de mi sangre;

Haced esto en mi conmemoración,» y en memoria de su pasión y muerte se adora la sagrada hostia, como se dice en la misma oración de este día: «Deus qui nobis sub Sacramento mirabili passionis tuae memoriam reliquisti» (1)...; sin embargo, sin desmerecer esta relación en nada, más directamente que á la institución del Sacramento en la cena con sus doce apóstoles, nos encaminamos este día á la adoración de lo instituído, *Corpus Christi, el cuerpo de Cristo en la hostia consagrada.*

Se decía la misa mayor con orquesta á las diez, á la que asistía todo el Cabildo y el Ayuntamiento, á más del Corregidor y el Comandante General, misa en que el sacerdote consagraba la hostia que consume y la hostia que pone en el viril de la custodia para presentarla á la adoración pública; y mientras, acompañados de músicas y tambores, bajaban del castillo y salían de sus cuarteles los regimientos para situarse en la carrera en correcta formación, colocados en una y otra acera á corto trecho de las casas y con pequeños espacios entre sí los soldados, que habían de presentar las armas cuando empezaba á pasar la procesión por delante de ellos y rendirlas á la presencia del Sacramento.

Se distribuyeron, pues, los soldados franceses de la guarnición, porque, como hemos hecho notar ya, el rey José había proclamado que quería conservar en sus dominios la religión católica; el general que los mandaba iba revisando las fuerzas y dando órdenes, seguido de sus ayudantes, entre los cuales, merced á la designación hecha aquellos días por el comandante general, después de su entrevista para recomendar á Pello, figuraba Delavigne, caballero en un hermoso alazán que diestramente manejaba; y pasaron, casi al mismo tiempo, por bajo del balcón en que María y Dolores estaban asomadas para ver la procesión, Francisco á caballo y Joshe Mari á pie.

(1) Deus qui nobis..... latín, Dios que á nosotros, bajo el Sacramento admirable, de tu pasión la memoria dejaste.....

Porque Joshe Mari, después de oír la misa mayor, tenía por costumbre pasear la carrera, mirando lienzos y tejidos, contemplando balcones y admirando altares. No supo explicarse cómo aquel año anduvo más de prisa para encontrarse en la calle Mayor, en una de cuyas casas estaba su hermana con su amiga, pues aún no había salido la procesión de la parroquia; y otras veces le andaba casi tan de cerca que justamente llegaba á la esquina de la calle de Embeltrán para verla pasar y volver á la iglesia á presenciar la reserva por el mismo camino que había traído.

Pero este año..... ¡y ojalá no hubiera llegado!..... lo que sucedió le indignó extraordinariamente; pasaba él y no le vió ninguna de las dos muchachas, que, sonrientes y moviendo graciosamente sus manecitas, saludaban al oficial francés, ufano y cariñoso. Dobló Joshe Mari triste y abatido por la calle del Puyuelo y en el encuentro de ésta con la de Narrica se situó para ver pasar la procesión.

Esta había salido ya de Santa María á hacer el recorrido, que era por toda la calle de la Trinidad, donde se colocaba un altar al final de ella; la de Narrica hasta la de Embeltrán, en que también se levantaba un altar; y andada toda ésta, doblaba por la calle Mayor, que próximo á esta vuelta tenía su altar, para ir derechamente á la iglesia á reservar el Sacramento.

Con el buen sentido y el espíritu religioso del vasco, no extrañaba, pero era siempre de admirar, el orden, la compostura, el respeto, la veneración, así de los que en la procesión formaban como de los que la contemplaban en calles y balcones. Rompía marcha el tamboril; seguían las cofradías con sus estandartes; venía después el Clero, parte del cual, los beneficiados, asistían con capas y cetros, tras los ciriales y la cruz alzada de las parroquias; y bajo elegante y costoso palio, llevado por los regidores del año anterior, el vicario de Santa María con la custodia, acompañado de los otros dos sacerdotes revestidos; cerrando marcha las autoridades, el piquete de guardia de honor y sinnúmero de mujeres, lo único de la procesión que

algunas veces á su paso provocaba murmuraciones y veladas risas.

La custodia que el vicario llevaba era primorosa, y esto nos llevaría á hablar de la riqueza de las dos parroquias, en custodias, cálices, copones, viriles, incensarios, navetas, atriles, cruces, candelabros, ciriales, vinajeras, platillos, campanillas, misales, lámparas, casullas, capas y albas de costosísimos encajes; pero, circunscribiéndonos al día, no podemos pasar adelante sin hacer la siguiente pequeña descripción de la custodia: sobre un pie de plata dorada, no muy elevado, cuatro columnas sostienen cuatro arcos y entre ellos, bajo media naranja, está colocado el viril en que se encierra la hostia; todo de gran peso, que el vicario lo asegura desde los hombros.

Luego que se llegaba á la iglesia, como en los altares de las calles, se cantaba el motete con el *Tantum ergo*....(1) se decía la oración; se daba la bendición con la custodia y se depositaba la hostia separada del viril en el sagrario, con lo que terminaba la función, retirándose el Ayuntamiento en corporación, precedido del tamboril, de los clarines y de los maceros, á la Casa Consistorial, donde se disolvía.

Por la tarde salía la gente de paseo y en tal día no se alejaba mucho de la población, para verse unos á otros en el hornabeque, donde se mostraban los costosos trajes y las exquisitas preseas. Allí estuvo también Joshe Mari luciendo su nuevo vestido; y ya, cansado del paseo, retirábase con su amigo Carlos pausadamente, llegando cerca de la puerta de entrada, donde se detuvo en charla con otro amigo de ambos, cuando acertó á pasar Delavigne con otros tres oficiales amigos suyos, sin que Joshe Mari hubiera reparado en éste, que desde lejos venía fijándose en él. Cuando se acercó tanto que casi le rozaba, saludóle amabilísimo: «Adios, Joshe Mari», muy ajeno al desenlace que iba á producir un saludo tan bien intencionado y cariñoso.

Joshe Mari al principio quedó perplejo y se coloreó

(1) *Tantum ergo*.... latín, á tan grande pues.... (Luego á tan grande Sacramento veneremos....)

súbitamente su rostro; pero repuesto de la emoción, contestó al saludo y añadió que quisiera decirle dos palabras. Aproximósele Delavigne, quedando sus amigos en espera, y de los suyos se separó también Joshe Mari, viniendo á constituir ambos un grupo aparte: las primeras palabras estamos seguros de que nadie las pudo recoger, tan calladamente y como en confesión fueron dichas; pero á poco se les vió agitarse á los dos, levantar la voz que fué llegando á la nota aguda de los gritos, y mover, por último, varias veces los brazos con los puños cerrados en actitud de agredirse, fijando ya la atención de los respectivos amigos y de las personas que por allí transitaban.

Las palabras primeras que se oyeron, entremezcladas, á uno y otro, fueron estas ó muy parecidas: «Yo no quiero que acompañes á Dolores...» «Por tí haré yo lo que mejor me parezca...» «No tuvo nada que sufrir en ello tu hermana...» «Lo que yo quiero ya te lo he dicho y tú veras lo que haces...»; pero algo más adelante se llegaron á oír verdaderos insultos, después de esta frase de Delavigne: «Lo que tú no puedes aguantar es mi amistad con María». Entonces llegaron á oídos de los circunstantes palabras gruesas que encerraban agresiones personalísimas: «Ya te la puedes llevar...» «Lo dices de pico; otra te queda dentro...» «Tú eres un pintamonas...» «Tú eres un bruto cargado de oro...» «Al fin francés...» «Y tú... cafre...» y aquella escena lamentable acabó como ya se temían todos los que la presenciaban: **á puñetazos.**

Abalanzóse Joshe Mari á Delavigne, que supo defenderse bravamente, pues también era valiente y forzado, y diéronse ambos horribles bofetadas. Uno de los puñetazos de Joshe Mari fué á parar en la nariz de Delavigne, con tal ímpetu, que en poco estuvo que este no se desvaneciera, chorreándole sangre en abundancia; y uno de Delavigne tocó á Joshe Mari de tal manera en un ojo que se lo irritó extraordinariamente, pero con alguna suerte, pues un poco más arriba se lo hubiera, con toda seguridad, saltado.

Al primer golpe ya se echaron encima los amigos; pero no pudieron lograr inmediatamente la separación de los luchadores por las poderosas fuerzas de que estaban dotados y la furia con que se acometían. Ayudados por otros circunstantes en tan humanitaria tarea y, á lo que nosotros creemos, por los dos puñetazos de que hemos hecho mérito, tan bien dados como recibidos, consiguieron por fin separar á los dos combatientes, á cada uno de los cuales le rodeó su grupo correspondiente de amigos y echaron á andar, pasada la puerta, en dirección contraria.

Pero todavía se oían bien clara y distintamente, y se oyeron durante bastante tiempo, estas dos frases, de las que cada una salía de diferente grupo: «Pero qué bruto es...» «Ese francés pintamonas...»



CAPÍTULO XXI

Celos transparentes

Al retirarse del paseo, desde muy cerca de la puerta de entrada, era el único objeto de la conversación general la reyerta de Joshe Mari y Delavigne. Nadie conocía la causa de la disputa; se hablaba de insultos y de agresiones, pero á todos se ocultaba el verdadero móvil de los formidables puñetazos. Mas como eran jóvenes los dos y además muy conocidos, con suposiciones é hipótesis, iba afinándose la puntería hasta dar en el blanco; ya se susurraba que había sido cuestión de amores y hasta empezó á sonar el nombre de María.

A pesar de la elevada posición de ésta, de lo bien queridos que eran sus padres, de sus mismas prendas personales que la hacían simpática y adorable, andaba en lenguas por aquellos días y muy en descrédito de su honor refluía lo que se murmuraba. Porque si bien fueron pocas y muy prudentes las investigaciones de los Delavigne el día aquel del descuido de María por su propia situación y por la situación de ésta, aquellas mismas personas interrogadas calladamente lo refirieron á sus amistades y estas á otras; los oficiales á sus amigos de confianza; y las lavanderas se ocuparon algunos días con los demás del *susto* de doña Dolores; de modo que, sin que pudiera culparse á ninguno y teniendo todos la culpa, se divulgó el sucedido, pintándose cada cual según sus gustos y aficiones.

Y sobrevino esta escena de los puñetazos para agravar más todavía la situación, ya por sí delicadísima, de la desgraciada muchacha. Se retiraba del paseo con Dolores, seguidas de sus padres; y una amiguita, indiscreta no, sino conociendo de antemano todo el daño que podía inferirles pero complaciéndose en él, les contó lo que acababa de oír con dolorosos aspavientos, sumergiendo de pronto el alma de la inocente niña, con tan desagradable sorpresa, en profundas tristezas y en inquietantes zozobras. Corrió Dolores, absorta María, pocos pasos atrás, para acercarse á las madres y referirles á su vez el hecho; estas hicieron otro tanto con sus maridos que detrás venían; y enterados don Manuel y don Fermín del pugilato, dejaron á las mujeres y se apresuraron á entrar en la ciudad. Mas antes, en el mismo puente levadizo, tuvieron la suerte de que les informaran hasta con los menores detalles de la riña, procurando los relatores tranquilizar á don Manuel respecto al daño por Joshe Mari recibido y asegurándole la separación, al menos por el momento definitiva, de los dos luchadores.

En el entretanto doña Dolores miró á María ceñuda y agresiva; empezó á denostarla con palabras ásperas y desabridas; pero, contra costumbre y superando su propio dolor, María levantó su frente con altivez, clavó sus ojos en su madre, y soltó la voz á la razón de que mucho venía sufriendo sin culpa ninguna, para que también se le hiciera responsable de un hecho, en que no había tenido la más mínima intervención, y que le producía ya sobrado disgusto de por sí, para que nadie viniera á aumentárselo con injustificadas é intolerables acriminaciones. Acudió en su auxilio doña Asunción diciendo, que, efectivamente, la muchacha era bien ajena á aquel desaguisado, cometido por dos bárbaros y que se alegraría le hubiera Delavigne roto algo á su hijo, pues tenía demasiada confianza en sus fuerzas, para que se contuviera en adelante, con mayores respetos á los demás, y pudiera alternar con las gentes.

Se callaron ya todas al aproximarse los varones, refi-

riendo don Manuel lo que sabía del suceso; entraron en la ciudad y se despidieron á poco las dos familias.

En casa del boticario apenas se habló palabra en la mesa: mustios y cariacontecidos despacharon la cena y pronto se retiraron á sus habitaciones.

No así en casa de don Manuel: poco después de sentarse á la mesa, llegó Joshe Mari á quien su padre nada dijo de esta falta de puntualidad, sospechándose la causa del retraso, que no era otra que el natural temor de presentarse ante sus padres, y por reservarse para otra mejor ocasión que entre las manos tenía; durante la cena tampoco se habló; pero cuando se terminó de cenar y quiso aprovechar apresuradamente aquel momento Joshe Mari para retirarse á su cuarto, don Manuel le fijó en su asiento con una sencilla indicación, nada más que con mirarle severamente y hacer un movimiento de extrañeza; que en las situaciones gravísimas las lenguas no pueden moverse y traducen el pensamiento elocuentemente las miradas y los gestos.

A continuación le preguntó don Manuel á qué se debía lo amoratado de junto al ojo y lo encarnado de éste; equívocamente contestó Joshe Mari diciéndole que todo ello se debía á un golpe; estrechóle su padre queriendo deshacer la ambigüedad, á cuyo efecto preguntóle el cómo de golpe tan tremendo; y como Joshe Mari hundiera la cabeza en el pecho y quedara sin habla, animóle su padre diciéndole que algo había oído de una reyerta entre él y Francisco Delavigne, por lo que le pedía que le refiriera lo sucedido, pero con verdad, para que pudiera defender á su hijo, si al menos tenía defensa, en el círculo de sus relaciones.

Esto de la defensa, por creer estar en plena posición de un terreno ventajoso y sobre todo porque aún duraban los efectos de la corajina, hizo que Joshe Mari levantara la cabeza y empezara su discurso por afirmar que tenía muchísima razón; á lo que siguió una exposición detallada del encuentro, mas sin que sobresalieran mucho, y no era culpa de él sino de su posición, sus propios insultos perso-

nales y su repentina acometividad, aunque sí, por el contrario, sobresalieran en la narración los insultos del franchute y los golpes por éste dados y recibidos por Joshe Mari. Oyó todo el relato su padre con relativa calma y encauzando á su hijo, cuando se extraviaba, por los derroteros que á la clara percepción de la referencia le conducía; mas después que Joshe Mari hubo terminado, le amonestó con gravedad; le exigió palabra de no volver á meterse con nadie ni de emplear la fuerza brutal, en descrédito del propio nombre y en deshonor de la familia, y le ordenó que durante tres días permaneciese en casa para cuidarse el ojo y para evitar explicaciones.

Salió al día siguiente María, más de mañana que de costumbre y aun más presurosa que nunca, á misa de San Vicente, con ansias de encontrarse á Dolores y desahogarse de las penas que interiormente la consumían; pero la casualidad, que á veces se interpone en el camino para acomodar á su capricho las cosas, dispuso esta mañana que, pues Dolores iba todos los días á San Vicente, aquel día fuera á Santa Teresa; porque al salir de su casa tropezó con su vecina doña Clementina, quien le dijo que iba á oír una misa que había mandado decir en aquel convento y le animó á que le acompañara. La echó de menos María y la esperó largo rato; mas viendo que no aparecía é impaciente por abrir su pecho, dejó el templo cuando salía otra amiga, Felisa, con quien también tenía alguna confianza. No bien se marcharon ellas llegó á San Vicente Dolores, y, viendo que no estaba María y habiéndole dicho una señora que acababa de salir de la iglesia, cogió la calle; pero fué detenida por una tendera que le pidió noticias, que á ella habían llegado exageradas ó como tales las presentó al menos, del *ojo perdido* de su hermano, acompañándose de zalemas y de zalamerías; y allí la bonachona Dolores se entretuvo contando lo que sabía con gran contentamiento de la tendera, que ya con esto tenía tela cortada para su tertulia.

Y la suerte lo había dispuesto así que no habían de

encontrarse aquella mañana las dos amigas; pues María, después de haber dado infinidad de vueltas á la plaza bajo los arcos, mientras Dolores departía con la mentirosa y trapalona tendera, en la espera de que, como sucedía en otras ocasiones, había también de buscarla su amiga en este lugar, se despidió de Felisa y se retiró á su casa cuando les iba siguiendo los pasos sin saber que iban delante la misma Dolores, que alcanzó á Felisa en el siguiente arco, la cual le comunicó las ansias que María tenía de entrevistarse con ella y algo de lo que á la misma le había referido, pero muy poco y muy de prisa, porque se había hecho tarde y dobló en seguida hacia la calle de Narrica, dirigiéndose Dolores á su casa para tomar el desayuno.

Bien hubiera querido Dolores satisfacer á María acudiendo á su casa, ya que tantos deseos había mostrado de avistarse con ella; pero después del desayuno, su madre, que llevaba muy bien ajustado el gasto con entradas y salidas, aunque, por desgracia, no tenía confianza ninguna en sus sumas y restas y recurría á su hija en casos de necesidad, aquella mañana la entretuvo en varias operaciones de esta índole; como que ya cerca de las diez y habiéndola llamado su esposo, salieron los dos padres casi apresuradamente para la misa mayor de la octava, que á las diez se cantaba en Santa María.

Mas tampoco entonces pudo cumplir su deseo; la llamó Joshe Mari para que le pusiera mejor la venda que el médico le había prescripto y la cual le molestaba; y después de terminar de la mejor manera el encargo, iba por fin á cumplir los vehementes deseos que la acuciaban, cuando se vió sorprendida por María, que derechamente fué adonde estaban los dos hermanos.

Alarmóse María al ver en esta situación á Joshe Mari y preguntóle si la cosa era tan grave, á lo que le contestó bruscamente que no era nada y que á ella debía importarle poco; díjole entonces María que no fuese tan incivil que á un sentimiento natural y muy justificado replicase

con una grosería tan destemplada; é intervino Dolores para aplacarlos, mientras Joshe Mari se mordía los labios y miraba cejijunto.

Quedó un momento suspendida la conversación; pero sin duda no era esto del agrado de Joshe Mari, cuando fué el primero en romper el silencio, y lo hizo agarrándose al mismo tema y queriendo como sacudirse la mosca que María le había colocado. Y así le dijo á ésta que efectivamente él era muy incivil, bruto, muy grosero, como todos los chicos del pueblo; pero que ya irían aprendiendo cortesías de los oficiales franceses. Callóse María, mas fué Dolores la que le advirtió que volvía sobre las palabras anteriores y parecía tener ganas de pelea. Joshe Mari le replicó que en lo dicho no debía haber molestia para nadie y que era la verdad que los donostiarras tenían que aprender mucho de los franceses, en cuanto á la sonrisa cariñosa, estrechamiento de manos, flexibilidad de cintura, airosa cabezada, palabras melosas, y todo ese conjunto de maravillas que les habían traído de allende el Bidasoa para suavizar las costumbres vascas, selváticas de puro groseras é independientes.

Ya entonces María despegó sus labios y reparó todos estos golpes con la delicada observación de que no sabía de dónde provenía ni á quién pudiera achacársele; pero que lo cierto era que en muchas cosas, como esta del trato social, lo blanco nos parecía negro y las formas corteses mucho peor que las groseras.

Generalizóse con esta observación, aunque descendiendo á muchos casos particulares, y en defensa de su tesis María y Dolores y en contra Joshe Mari, la conversación, que llegó á ser muy interesante y amena, y en estas alturas se sostuvo largo rato; pero volvió otra vez, y otra vez por indicaciones iraliciosas de quien se hallaba herido y lastimado á rastrear por el suelo para ensuciarse en el lodo, con palabras que dejaban sospechar **celos transparentes**.

No pudiendo contenerse Joshe Mari les dijo á las dos

que no siempre, ellos, los chicos del pueblo, dejaban de ver claro y en su punto las cosas y así creía firmemente que no tanto les ganaban sus simpatías los modales y las cortesías de sus franceses como los vistosos uniformes y el puesto que ocupaban en las filas. A insulto les sonó á ambas esta frase, que fué rechazada enérgicamente: Dolores que no usaban uniforme ni tenían puesto en filas los Delavigne y otros franceses á quienes trataban con la mayor complacencia; y María que, aun siendo como Joshe Mari lo aseguraba, no tenían ellas la culpa de que se pusieran los franceses de uniforme y filas en los lugares más visibles y rodeados de todo el aparato marcial.

Volvió á suspenderse la conversación; pero volvió también á proseguirla Joshe Mari, que mucho interés tenía en ello á lo que parece y algo maquinaba que quería echar fuera sin haber hallado todavía la ocasión más favorable. Así es que empezó muy suavemente y como echándolo á broma, que, en efecto, no le habían visto ayer al pasar en la calle Mayor por delante de los balcones en que estaban, muy entretenidas por cierto, saludando á Delavigne, que montaba un magnífico caballo. En broma también hubo de contestarle María que ya le vieron, pero que no quisieron saludarle ella ni su hermana. Continuó Joshe Mari que Delavigne era un guapo mozo, á lo que contestó María, poniéndose un poco colorada, que sí lo era; y entonces aquél le preguntó descaradamente si le gustaba. Ya en esto María rompió por todo; vino á decirle que le bastaba haber repetido en sus labios la frase suya de que Delavigne era guapo para no insistir en más aclaraciones, pues el reconocer que, quien fuere, es guapo mozo por una joven, lleva ya implícitamente, sin más amplificaciones, la confesión que el tal es del agrado de quien así declara; que tenía que decirle además que aunque Delavigne fuera una horrorosa figura, como le pareciera lo contrario, hermosa sería para ella, pues como dicen los refranes: «quien feo ama hermoso le parece» y «sobre gustos no hay nada escrito»; y que, por último, todavía no estaba obligada á dar

cuentas á nadie, sino á Dios y á sus padres, de sus propias inclinaciones bien ó mal dirigidas ni de sus propios gustos bien ó mal colocados.

Entonces fué cuando Joshe Mari, no ya suavemente, sino con toda la fuerza brutal de un alma envenenada, llegó á clavar en el pecho delicado de María el puñal cuya afilada punta había untado ya en el fondo amargo de sus odios y de sus rencores; fué entonces el momento en que creyó asegurada su víctima, para descargarle aquél golpe mortal en esta vergonzosa frase:—Ya lo sé; por eso no te pido yo cuentas de lo del otro día con Delavigne.

María quedó alelada; Dolores la miró enternecida; hasta Joshe Mari, después de haber lanzado la frase, pareció como que palidecía y se llenaba de estupor. La pobre María, que en este momento estaba de pie, cayó pesadamente sobre una silla colocada junto á una mesa, y puso sus brazos sobre ésta, y ocultó su rostro entre las manos, y se le oyó sollozar y acongojarse..... Dolores no se atrevió á llevarle el menor consuelo, pero, con todas sus bondades tuvo la osadía de mirar fijamente y con repetidos movimientos de cabeza, como en reproche, á Joshe Mari, que extravió sus ojos de los de su hermana.

A poco rato, después de haber podido dominarse, levantóse María y, sin ver á nadie, cogió rápidamente la puerta de la escalera.



CAPÍTULO XXII

Un soldado inglés

Y en Coruña dejamos perplejo á Arturo sin saber qué determinación tomar; si continuar esperando el retorno de sus compatriotas, porque les reconocía reflexivos en sus resoluciones y persistentes en sus empresas, ó volver á su querida ciudad, á su nuevo oficio, á sus entrañables amistades, y, sobre todo, á sus interesantes y simpáticos coloquios con María.

Decidió permanecer algún tiempo en casa de sus parientes, ya que el viaje había sido tan largo y tan molesto, enterándose del giro de los acontecimientos; y así como creyó algún día que la guerra había terminado con la derrota de los franceses, ahora se le apareció como concluida á favor de éstos, contra quienes apenas podían oponerse los maltrechos ejércitos españoles.

Solo habían quedado en el campo, saltando con presteza de una á otra parte y disolviéndose en momentos de peligro para volver á reunirse en parajes previamente dispuestos, aquellas fuerzas sutiles, aquellas famosas *guerrillas*, que al par molestaban é impedían la marcha de cuerpos del ejército enemigo y mantenían perenne el fuego sacro de la rebelión.

Aparecieron desde un principio y continuaron hasta el final prestando excelentes servicios á la causa de la independencia española los guerreros sueltos, *los guerrilleros*, que con un corto número de individuos acometían, por su

coraje y por su movilidad, las más audaces empresas; y llegaron á distinguirse de tal manera y produjeron tanto daño en los enemigos que no solo atendió el Gobierno de la nación á favorecer con bien meditados planes y con justas recompensas estos cuerpos móviles, sino que en este mismo tiempo había ya quien pensaba que, en vez de gastar nuestras fuerzas en crear ejércitos regulares y confiar la suerte de las armas y los destinos de la nación á vistosas y resonantes batallas campales, debiera encauzarse su vitalidad por este otro lado de las pequeñas partidas y de las provechosas sorpresas.

Hay que reconocer que congeniaba tal género de guerra con el espíritu altivo y aventurero de los españoles; como que por congeniar con él pasaron alguna vez de doscientos los caudillos que capitaneaban grupos más ó menos numerosos de gente armada y resuelta; y hay que reconocer también que quedó patentizado de modo brillante é indiscutible que los tales guerrilleros, que no eran *brigands*, bandidos, con cuyo nombre los designaban sus enemigos, rendían á la causa nacional valiosísimos servicios; ya apoderándose de los convoyes, ya dificultando las marchas, ora interceptando los pliegos, ora cayendo rápidamente sobre los destacamentos, ya con otras y otras más contrariedades que oponían á los franceses, cuyos generales se irritaban sobremanera, á tal punto que dictaban contra ellos medidas crueles que produjeron represalias horribles; y en favor de sus compatriotas, protegiendo las columnas, llevando á la plaza sitiada los socorros, distraiendo á los sitiadores.....

Justa celebridad gozaron muchos de estos guerrilleros; *el Marquesito*, llamado así por creérsele pariente del marqués de la Romana, por Tierra de Campos; *el Empecinado*, que así los llaman á los de Castrillo de Duero, por Segovia y Guadalajara; Merino, el cura de Villoviado, por Burgos; por Toledo, Palarea; Mina, por Navarra; en Alava, Longa; en Vizcaya, Aróstegui.....; sin contar muchos otros por estas y otras regiones, Renovales, San Martín, Francis-

quete.....; y en esta nuestra Provincia, Gaspar de Jáuregui, aquí con el apodo de *Artzaya* y en España con el de *el Pastor*, á causa de su oficio; hijo de Villafranca, que empezando con seis compañeros armados de escopetas y chuzos, vió aumentarse su partida con los guipuzcoanos que en la suya tenía Mina, á quien se le presentó en Navarra, y con jóvenes de nobles familias, como Bernardo de Echaluze, Tomás de Zumalacarregui, su secretario, y Larreta y Calvetón, comandantes de sus batallones.

El *Viriato Guipuzcoano* demostró saber triunfar en pequeñas y grandes acciones, como los demás que hemos citado y otros que no se citan, los cuales todos descollaron en valor y talentos militares, reconocidos implícita ó explícitamente por sus enemigos; pues el Pastor hizo prisionero á un edecán del general Caffarelli, portador de un oficio en que se declaraba que para vencer á Mina se necesitaba un ejército de veinticinco mil hombres; el Empecinado, que llegó á reunir más de dos mil infantes y jinetes, y cuyas partidas penetraron audazmente alguna vez hasta en la misma casa de campo, recreo del rey José, quisieron atraérsele los franceses con el ofrecimiento de mercedes y ventajas para él y sus soldados; de don Saturnino Albuin decían los mismos franceses que, si hubiera militado en las banderas de Napoleón y ejecutado tales proezas, ya sería mariscal de Francia; y el gobernador de Madrid, Belliard, afirmaba en su propia lengua de don Juan Palarea que «le médecin (pues era médico) est un bon général, et un homme très humain» (1).

Con esta impedimenta tropezó también en sus operaciones de invasión en Portugal Soult; tras la derrota de la Coruña, saltaron á la candente arena jóvenes de principales familias, clérigos fogosos, jueces que trocaban la vara por el fusil, ocupando las montañas, valles, riscos y desfiladeros, y consiguiendo que la marcha del famoso maris-

(1) Le médecin..... francés, el médico es un buen general y un hombre muy humano.

cal fuera un combate continuado desde Mouventan hasta Ribadavia y Orense; porque en cada garganta, en cada cumbre, en cada caserío, en cada paso difícil tenía que pelear con bandadas de insurrectos; y cuando Napoleón le suponía ya en Lisboa, aún no había podido salir de Galicia.

Llegó por fin á Oporto el *Gobernador general de Portugal* como él se intitulaba desde su entrada en Chaves; *Nicolás I*, como se le ridiculizaba en las conversaciones privadas, pues había dado ocasión á sospechar, por su conducta, que aspiraba á crear para sí con aquella región el pequeño Estado de la *Lusitania septentrional*; mas si acarició sueños tan elevados y tan gustosos, despertóle pronto la amarga realidad, en términos que tuvo que huir el 12 de Mayo de la que creyó algún tiempo capital de su naciente monarquía.

Un general, el insigne Reding, el vencedor de Bailén, el que hizo capitular á todo un cuerpo de ejército, librando de franceses á Andalucía, después de combatir en Cataluña contra Saint-Cyr con desgraciado éxito, pues el general francés salva el bloqueo de Barcelona y obtiene los triunfos de Molins de Rey y de Valls, sucumbe el 18 de Abril en Tarragona de cinco heridas que en esta última batalla recibiera rodeado de jinetes enemigos, y á los cuales escapó, así como los oficiales que le acompañaban, con no poco esfuerzo y corta fortuna. Mas otro general insigne, Arturo Wellesley, el vencedor de Vimeiro, el que hizo también capitular á otro cuerpo de ejército, librando de franceses á Portugal, desembarcaba á los cuatro días de aquella desgraciada pérdida, el 22 de Abril, en el puerto de Lisboa.

Dispone y organiza rápidamente su ejército, tan rápidamente que el 10 y el 11 de Mayo combate en las inmediaciones de Oporto, haciendo traspasar el Duero á la vanguardia francesa; y cuando creía Soult que todavía podría permanecer en esta ciudad el 12, se ve sorprendido por una operación tan atrevida como hábil y felizmente ejecutada, la de que un pequeño cuerpo pasara el río por Avintos. Al correr esta noticia entre las fuerzas enemigas,

nadie la daba crédito; llegóse al extremo de que el mismo general Foy subiera á una eminencia para cerciorarse de tan arriesgado paso y, convencido él, convenció á todos de que había visto á los ingleses de este otro lado por sus propios ojos; y entonces corren á las armas; salen algunos cuerpos á detener al enemigo; trábese combate; pero vencen los ingleses y entran en Oporto, de donde sale el duque de Dalmacia, *Nicolás I*, apresuradamente con todos sus soldados. Wellesley evacua de franceses por segunda vez á Portugal.

Perseguido muy de cerca, penetró Soult en Orense y trasladóse á Lugo; pero hostigado continuamente por el paisanaje y desavenido con Ney, determina volverse á Castilla; y Ney á su vez, en vista de esta retirada, y no queriendo quedarse solo en Galicia, más cercado y perseguido de lo que quisiera, acuerda también regresar, llegando á Astorga, cuando Soult entraba en Zamora. De modo que estos dos insignes mariscales del imperio, que creyeron conquistar y gozar luego en pacífica posesión de Galicia y Portugal, de Portugal y Galicia retrocedieron á tierras castellanas, derrotados y disminuídos en más de la mitad de su gente, presa de soldados ingleses y de guerrilleros españoles.

Entró el conde de Noroña en la Coruña, y á los pocos días salía de casa de sus parientes Gladstone por tierras libres de franceses, caminando por Lugo y Orense á Portugal, donde consiguió incorporarse al ejército de Wellesley, quien bajó de las regiones del Miño y del Duero á las del Tajo, á cuya orilla izquierda, en las casas del Puerto, se entrevistó con Cuesta, para seguir tratando de palabra el plan de campaña que habían ido acordando en su correspondencia.

Del plan de campaña se esperaban los resultados más satisfactorios; se creyó que con él, llevado adelante, se lograría hasta la liberación de toda la región central; pero no trajo consigo sino la mayor batalla que en esta guerra se había dado, encontrándose dos poderosísimos ejércitos

en Talavera, de donde tomó su nombre, Talavera de la Reina, ciudad en la provincia de Toledo, de más de diez mil almas, y la cual debe su aditamento á haber sido otorgada en dote por el rey Alfonso XI á su mujer María de Portugal, cuyas congojas matrimoniales, producidas por el desvío de su esposo, satisfizo de una vez su propio hijo, Pedro I, el Cruel ó el Justiciero, mandando apuñalar en el alcázar de esta misma ciudad á doña Leonor de Guzmán, madre de los Trastamaras.

La planicie en donde está situada Talavera va levantándose gradualmente en accidentes muy suaves que se escalonan hacia el cerro de Medellín, ya empinado abrupto; y aquí se avistaron el ejército francés, compuesto de cuarenta y cinco mil hombres y mandado por el rey José, y el ejército anglo-lusitano-español de cincuenta y seis mil mandado por Cuesta y Wellesley; que á dos jefes obedeció el ejército aliado, lo cual es el mayor absurdo de la milicia y fué también sin duda la causa de la esterilidad de los sacrificios.

En esta batalla que comenzó el día 27 de Julio, cruzando los franceses el Alberche con el agua á la cintura y atacando tan briosamente la casa de Salinas, que el mismo Wellesley tuvo que huir á uña de caballo, y continuó el 28 hasta las cinco de la tarde, quedando indecisa pero realmente inclinada á favor de nuestras armas, pues José dió la orden de suspensión con apariencias de querer continuarla á la mañana siguiente, en conformidad con los alardes y las esperanzas del infatigable mariscal Víctor, pero con el pensamiento íntimo de levantar el campo, como lo ordenó á las diez de la noche; entre otros muchos heridos, **un soldado inglés**, Arturo Gladstone, sufrió el bautismo de sangre.

Había bebido ya con los franceses en el arroyo del Portiña, durante la suspensión del combate, de diez de la mañana á dos de la tarde, acosados todos de sed por el calor del día y el más sofocante de la pelea, sin que unos y otros con las armas en la mano disputasen las aguas

bien deseadas y poco abundantes de tan escasa corriente, cuando á dicha hora se reanudó la batalla por la equivocación de Leval, que, ignorante de su verdadera situación, se halló sin pensarlo en el punto del ejército español y del inglés. Cúbrenle éstos de metralla y le asaltan con la infantería inglesa por la izquierda y con la caballería española por la derecha; mas hácese firme Leval y no salen bien parados los ingleses, pues á punto estuvo que hubiera quedado prisionero uno de los regimientos británicos, el 45° de línea. En este encuentro Arturo recibió un balazo en el brazo derecho, que le imposibilitó para continuar en la refriega y tuvieron que retirarlo á Talavera.

La batalla fué de las grandes; habían perdido los franceses siete mil hombres, de los que cerca de mil muertos, entre ellos el valiente general Lapisse y algunos otros generales y jefes; los ingleses perdieron á sus generales Mackenzie y Langworth y en total unos seis mil doscientos sesenta y ocho hombres y á mil quinientos ascendió el número de los muertos y heridos españoles.

El gobierno español recompensó á los dos generales: Cuesta fué condecorado con la gran Cruz de Carlos III, y Wellesley quedó nombrado capitán general de ejército. El Gobierno Británico honró también á su general, y pondremos por última vez su nombre, Arturo Wellesley, con el título de Vizconde de Wéllington.

Se retiró lord (1) Wéllington á la frontera de Portugal, llevando consigo dos mil heridos, entre ellos á Gladstone, y dejando los mil quinientos restantes bajo la salvaguardia del ejército francés.

Por notabilísimas copiamos sus palabras al hacer la entrega, y porque pueden servir para toda ocasión de provechosísima enseñanza:

«Si es el mariscal Soult quien manda, me debe cuantos cuidados pueda prestar á esos valientes soldados, porque

(1) Lord, inglés, nombre genérico de los pares y que se extiende á los individuos de la primera nobleza.

yo salvé los suyos que la suerte de las armas puso en mis manos del furor del populacho portugués y los cuidé perfectamente. Por otro lado como las dos naciones están constantemente en lucha, nos debemos los recíprocos cuidados que yo reclamo para mis heridos y que yo he prodigado siempre á los que la fortuna ha hecho caer en mi poder.»

¡Qué hermoso es, llegada la ocasión, poder alegar servicios honrosos! ¡Y cómo hemos de aprender todos que en la constante lucha, no siempre en los campos de batalla, sino también en otros campos, donde se busca el pan de cada día, ó la Legión de Honor, nos debemos los hombres recíprocos cuidados!



CAPÍTULO XXIII

El confesor de María

Aquella misma tarde fué, como muchas otras, Dolores á casa de María para hacer sus visitas, rezar su rosario en la iglesia y pasear luego por entre calles hasta la hora de recogerse; pero tuvo el desconsuelo de oír de labios de la criada que la señorita le había dado la orden de que no recibía á nadie, ni á la misma Dolores, quien, si la estimaba en algo, le haría favor no insistiendo en verla, pues quería permanecer solitaria, reclusa en su cuarto.

Dolores lo sintió muchísimo: quería verla y hablarle después de la terrible escena de la mañana; participar de sus mismos sentimientos de repulsa; llorar con ella; execrar á su hermano; mas conociendo el temple de alma de su querida amiga y hecha á obedecer siempre, quiso cumplir, bien á su pesar, la orden é iba á salir cuando le entretuvo algún tiempo la sirvienta.

Díjole que María llegó á casa llorosa y afligidísima; se encerró en su cuarto; llamada á comer, acudió tarde y se sentó en la mesa cabizbaja; apenas probó la sopa; á preguntas de sus padres les había suplicado que la dejaran en paz, si la querían, y que otro día quizás pudiera darles la explicación de su situación actual; y que pidió su venia para retirarse á su cuarto, donde no quería que la molestase nadie. Preguntó á Dolores, que ella como gran amiga sabría lo que hubiese acontecido, qué era lo que pasaba; y ésta, bondadosa é ingenua, le refirió con todos sus pormenores las palabras que se habían cruzado entre su

hermano y María, diciéndole hasta aquella última que á ésta le produjo tan inmenso daño: «Ya lo sé; por eso no te pido yo cuentas de lo del otro día con Delavigne». Con pocas palabras más se despidió Dolores.

En seguida la criada, que, como ya hemos dicho y generalmente sucedía en el país, llevaba muchos años en casa y era considerada como de la familia, no bien cerró la puerta, corrió al cuarto de doña Dolores, la cual se había retirado también á su habitación, preocupada con lo que pudiera haberle acontecido á su hija; y la fiel doméstica le contó de *pe á pa* cuanto acababa de oír de labios de su ahijada la señorita de Urbiztondo; y entonces como á doña Dolores, aunque tranquilizada respecto al particular, le pareciese cosa muy grave, para echarle tierra, el asunto, mandó á la criada que bajara á la botica y dijera á don Fermín que su señora le esperaba.

Subió apresuradamente el boticario, á quien también le había preocupado la actitud y la tristeza de su muy amada hija y suponía que algo relacionado con ella era el objeto de la llamada. En esta entrevista discutieron, siempre á bajas voces, pero con gran calor emitidas, tocante á la conducta que debía adoptarse; siendo la mujer, en un principio, de parecer que se llamase á Joshe Mari, se le reprendiese enérgicamente y se le exigiese pedir perdón á su hija de la malévola frase y del disgusto producido; después, que se tratase seriamente con sus padres y que estos pudieran demandar de él aquella reparación; y en contra don Fermín, siempre en el mismo pensamiento desde el primer instante, que era aquello cosa exclusiva de los dos jóvenes; que ellos se causaban sus heridas y que ellos se las curaban; que toda intervención era peligrosa, pues se le daba al hecho más importancia y transcendencia y pudiera agriar más los ánimos de entrambos; y que por ahora se estuviera á la expectativa, para ver si el asunto adquiriría mayor gravedad, que obligara entonces á defender calurosamente el honor de su hija.

Esta vez el dictamen de doña Dolores fué cediendo al

parecer de su marido; y cuando, ya puestos de acuerdo, aquella se desató en improperios contra Joshe Mari poniéndole de bárbaro, descastado y presuntuoso, tomó por aquí don Fermín la explicación del hecho y le dió una interpretación tan agudamente razonada, que dejó á su mujer absorta de admiración y sumergida en un mar de confusiones.

Díjole que no se explicaba sólo por la presunción la actitud hostil de Joshe Mari con María; que mucho le habría podido herir en su exagerado amor propio pasar desapercibido de las jóvenes, que saludaban á Delavigne, ante los balcones de la calle Mayor, mientras éste en lugar preeminente era saludado por aquéllas con la mayor amabilidad; pero todo esto no estaba á la altura del encono y la rabia, que, bajo aparente forma de propia desautorización, llevaba en el fondo la frase que se le atribuía; que algo más que orgullo humillado revelaba el haberle llegado tan hondo la inadvertencia de María y Delavigne, y que más parecía tanto enojo, en una amistad bien cimentada, *celos transparentes*, celos que transparentaban amores ocultos; y al llegar aquí y dejándose llevar de su espíritu agudo y penetrante á afirmaciones rotundas, concretó todas sus disquisiciones en esta frase que quedó como esculpida en el corazón de su mujer:—Sí, Dolores, sí; Joshe Mari está enamorado de María.

Y no paró aquí; empezó á dar vueltas y vueltas á la actitud de su propia hija; que la frase, aunque injuriosa, no era para tomarla tan á pecho, y mucho menos por ella que era inocente; que debía haberla despreciado, y que despreciado la hubiera, si otro, que Joshe Mari, la hubiese proferido; que aunque le hubiera producido un efecto desagradable, en su inocencia y en su juventud hubiera sido momentáneo, y no tan prolongado y tan intenso, lo que obedecía á otra causa que la de la misma frase; y así fué continuando, hasta que concretó también todo su discurso en este otro pensamiento:—Sí, Dolores, sí; María está enamorada de Joshe Mari.

Así acabó aquella conferencia. Llegó la noche; se llamó á la muchacha á hora de la cena para que se sentara á la mesa con sus padres: no quiso ella cenar; se le pasó á su cuarto un chocolate á la francesa, tazón de mucha leche en cuya proporción se disuelve una corta cantidad de aquel mejunje; reanudaron los señores de Bengoechea en voz muy baja su plática de la tarde, y se acostaron.

María no pudo apenas conciliar el sueño; le hirió aquella injuria salvaje, pero ella misma ahondaba más y más su herida con imágenes y con reflexiones que en tropel acudían á su enloquecida mente, figurándose que su honor corría grave peligro, conducente al desprecio de sus amistades y al repudio de la sociedad. Y en vez de hallar fuerzas en sí misma para sostenerlo y aun para recobrarlo si se perdía, armada de su inocencia y de su carácter, fué tal su confusión que se entregaba sin pelear, vencida, llorando lágrimas amargas en un desconsuelo interminable.

Pero en un corto intervalo de su acongojamiento, tomó una resolución que le aplacó bastante los nervios y le serenó bastante su atribulado espíritu. A las tres y media se levantaba de su cama y se asomaba á la ventanilla de su cuarto para ver si amanecía; supo la hora porque el sereno empezó á cantarla: «Ave María Purísima, las tres y media y nublado:» volvió á acostarse y no se le escaparon las cinco menos cuarto, hora en que se abría el templo de San Vicente, encontrando ya algunas beatas, que estaban esperando también á que abrieran la puerta de la iglesia, para oír la primera misa de las cinco de la madrugada.

Entró; hizo sus oraciones; oyó la misa; y contra costumbre (hay que reconocer que en esta época no daba un paso sin que no hallara una dificultad; todo le salía mal), el sacerdote á quien ella tan impacientemente deseaba, **el confesor de María**, no llegó como acostumbraba. Allá, cerca de las seis y media, apareció don Pedro Echenique, por la puerta pequeña (pues también esta iglesia, como la de Santa María, tenía dos puertas, la grande hacia

la calle de Narrica y la pequeña que daba á la calle de San Vicente), y fué derechamente á la sacristía, contra costumbre también; pues salva esta excepción, entraba por la puerta grande y solía ponerse en el confesonario, que estaba situado bajo el coro y próximo á esta puerta. No pudo contenerse María; llamó á un monaguillo y le dió el recado para don Pedro que le esperaba en el confesonario, y recibió la contestación con el mismo monago de que iba á celebrar su misa y después podría confesarla.

Ya era viejo don Pedro; iba aproximándose á los setenta años de su vida, vida de prudencia, de trabajo y de virtud, que aun pasando callada, como el aura por las montañas, le había granjeado el aprecio de sus compañeros y la sincera estimación de todos sus convecinos. Hay que decir en honor de la verdad que casi todos los sacerdotes de esta época estaban cortados por el mismo patrón; serios sin excluir la amabilidad, amables con respeto, respetuosos pero enérgicos, enérgicos en modos de suavidad, atentos á su oficio y morigerados en sus costumbres. Pues don Pedro era uno de ellos.

Sus padres fueron los colonos de un caserío que distaba bastante de la ciudad, como que se había disputado sobre si su terreno y aun el caserío mismo pertenecían á la jurisdicción de San Sebastián ó de Hernani; estaba muy junto al camino que de una á otra población conduce y en él habitaban su hermano mayor y familia, á quien, conforme iba aumentando los años, iba disminuyendo visitas, ¡rémora de la edad!, y con quien había vivido siempre en la más perfecta armonía. También él había manejado el arado y la hoz, y hecho la cama del ganado, y separado las mazorcas del maiz, y llevado las manzanas al lagar, y cogido las castañas del árbol, y ordeñado las vacas.....; porque ya era talludito cuando sus padres pudieron dedicarle al sacerdocio, para cuyo sagrado ministerio había mostrado desde niño una manifiesta, fervorosa é irresistible vocación.

Niño aún de ocho á diez años, un hermano de su padre, cura en Hernani, le trajo junto á sí con el doble intento de

alegrar su casa solitaria y triste y darle alguna instrucción, pues se había enamorado de la viveza del rapazuelo. Con este motivo aprendió á ayudar á misa; le gustaron sobremanera las funciones religiosas con luces y con órgano; después más tarde la iglesia solitaria oliente aún á incienso y sin rumor ninguno, con contadas lucecillas, y perdiéndose minúsculo en la amplia nave del templo; pero murió á poco su tío y tuvo que volver al lado de sus padres sumiso y resignado, mas ya con la vocación hecha. Mucho sufría su madre viendo penar al muchacho, mucho también porque había entrado en deseos de contemplarle revestido diciendo la misa mayor en el altar mayor; no menos molestaba el pensamiento de su padre, aunque no lo declaraba, la impotencia de sufragar los gastos de tan costosos estudios; pero al fin las cosas se encaminaron por tan honrosa senda.

Allá hacia la primavera, como solían muchos señores del pueblo, pasaba cerca de dos meses gozando de las delicias de la vida campestre, el rico propietario de la finca, que la había heredado de sus padres, como la familia que la habitaba y labraba las tierras procedía de otras anteriores que se ocuparon en el mismo oficio, vinculándose así en amos y caseros intereses y afectos comunes que los elevaban á una esfera verdaderamente familiar. Si el amo necesitaba del casero, de la casera, de cualquiera de sus hijos, en la ciudad, disponía de ellos mandándolos llamar y acudían con la mayor presteza y con singular agrado para servirle; y á su vez si el casero necesitaba de alguien para tener dineros, ó despachar asuntos, sólo á su amo recurría, con el cual se entendía admirablemente.

Y no perjudicaba al casero, no, la estancia de su amo en su casa; ambos salían beneficiados sin miras excesivamente egoístas; al amo le saldría su temporada en el campo más económica que de cualquier otra manera; pero al casero no le salía por menos, pues además de ganar en afectos y haberle contado sus cuitas, siempre caían por el lado de la echecoandre unos cuantos pesos para ayuda de los gastos. Bien es verdad que alguna vez se ganaban muy

mercidamente y con sus sobresaltos; porque los señores, durante este tiempo, eran frecuentemente visitados por parientes y amigos que ponían en trance apurado á los del caserío; pero se salvaba la dificultad despachando á Hernani ó á San Sebastián alguna muchacha del mismo caserío ó de alguno inmediato, que, descalza, salvaba la larga distancia y volvía con pan, pescado y carne en poco más de media hora.

Pues en una de estas estancias se atrevió el padre del muchacho á exponer el caso al rico propietario; pu-siéronse al habla y fueron tratando amo y casero durante muchos días *el negocio*; el hijo mayor podía quedarse al frente del caserío, y aún venía otro tercero, mas el segundo, ya que tal era su vocación, debía consagrarse á la iglesia; el casero ya tenía algo con que empezar, pero el amo ayudaría para concluir, y aquel se comprometía, con su trabajo y con su ahorro más con lo que el chico concluía la carrera pudiera ir allegando, á devolverle lo que hubiera desembolsado; que así se hacían en este país los tratos, fundados en la buena fe de los contrayentes, sin fijar cantidades, sin exigirse documentos, fiados en la palabra, la cual se sustentaba sobre la conciencia, esa conciencia que había hecho proverbial la honradez del vasco.

Y eso que no se hablaba de la conciencia ó más bien se hablaba contra ella; pues por una de tantas contradicciones de la vida, individuos y pueblos que vociferan más de excelentes cualidades son los que menos las poseen; en consideración de lo cual podemos afirmar que la frase aplicada al perro ladrador no podía surgir en otro pueblo del mundo que entre castellanos, tan serios y tan parcos de palabra; como no podía nacer en otro pueblo del mundo, sino en este pueblo vasco de la conciencia honrada, donde no se cerraban de noche las puertas de casa; y podía transitarse por los caminos á la luz de la luna, interceptada frecuentemente por grandes nubarrones, sin ninguna prevención; y se travesaban

gruesas cantidades en el juego de pelota á viva voz; y bebían repetidamente en las sidrerías diferentes grupos sin que la sidrera se cuidara más que de despachar el apetecido líquido, corriendo á cargo de uno de los bebedores de cada grupo el arreglo de la cuenta; y se entregaban en los negocios muchos miles de duros sin recibo; en este pueblo vasco de la conciencia honrada surgió también la frase más expresiva contra ella al asegurar humorísticamente que «en cuanto á la conciencia, el mulo es mío». Es decir, que si disputamos acerca de la propiedad de una cosa y dejas por fin la resolución á cargo de mi conciencia, yo me llevaré el objeto de la disputa; pues he de sentir por encima de las reclamaciones de la justicia el estímulo poderoso de la conveniencia propia.

Mas recordamos á este caso un sucedido público en que quedó mal parado el refrán, y vamos á referirlo por lo que tiene de interesantísimo y de demostrativo de la conciencia honrada del vasco, aun á riesgo de severos críticos que han de hallar extemporáneos y ociosos este y otros lugares de la novela.

Jugábase un partido á rebote de gran competencia entre jugadores de la alta Guipúzcoa y de la baja en esta plaza de San Sebastián, al cual había acudido un inmenso gentío que atravesaba sumas enormes de dinero. En esta clase de juego no se cuentan los tantos como en el de blé, en que la numeración es correlativa; se cuenta por *juegos* y se concierta el partido á ocho, diez, doce.....; consistentes cada uno en cuatro tantos ó ganancias, que se nombran *quince, treinta, cuarenta y juego*; y ha de advertirse que los dos últimos tienen que ganarse seguidos, pues si el que llegó á cuarenta no logra el tanto, sino deja que su adversario, que puede no tener tanto ninguno, se apunte quince, treinta y hasta cuarenta, vuelven los bandos al treinta, que se llama *á dos*.

Pues los dos bandos á dos estaban con juegos iguales y en el último juego, cuando el del saque obtiene el tanto á

su favor y se canta *cuarenta á treinta*. Excusado es decir la tensión altísima á que en estos momentos habían llegado los pelotaris y espectadores: lanza con su mano la pelota el sacador y apenas la despide grita: «*pierde*», pues á la pelota no pueden tocarla sino cada bando á su turno y dentro del bando uno solo de sus jugadores; siguió jugándose y ganó el resto; pero el sacador, insistiendo en el *perde*, pidió jueces.

Reúnense éstos descubiertas las cabezas, y ni ellos, ni los jugadores, ni nadie del público sabe de qué se trata; llaman los jueces al sacador para que exponga el motivo de su reclamación y éste manifiesta que, despedida la pelota del saque, y en su trayectoria á la pared, había tocado aquella en la camisa de uno de los jugadores enemigos, y que, por consiguiente, él y sus compañeros habían ganado el tanto y con él el partido. Despedido, siguen los jueces deliberando y no recae resolución; citan, como solían hacerlo en casos dificultosos, á varios individuos del público, graves y entendidos, y á pesar de estas consultas, la cuestión queda en pie; acuerdan por último remitirse á la conciencia del mismo acusado; y éste declara noblemente que en efecto le había rozado la pelota, en su paso del saque al resto, dándose por terminado el partido á favor de sus contrarios.

Y vamos á reanudar nuestro relato. Hablábamos del *negocio* que trataban amo y casero referente al segundo hijo de éste, cuya vocación le impelía al sagrado ministerio del sacerdocio; y ahora añadiremos que cerraron el trato; que el muchacho comenzó y concluyó con lucimiento sus estudios; que, por las relaciones y amistades del rico propietario, vino á Hernani y de Hernani fué destinado á la Iglesia parroquial de San Vicente de esta ciudad; y que, finalmente, era uno de sus beneficiados de más nota, gozando, á la fecha, de sus setenta años, del respeto de los convecinos y del amor de sus penitentes.

¡Por cierto que buenas cosas oyó de labios del virtuoso

sacerdote la atribulada María del Coro! Pero como ya va largo este capítulo y sería pesado insistir en el siguiente, aunque el suceso que se expone en él es posterior á la confesión de María, lo intercalaremos, sin embargo, para dar alguna variedad á esta pesada narración.



CAPÍTULO XXIV

Los dos amigos

Con las narices rotas y entre amigos se había retirado Delavigne del campo de combate. No podía explicarse lo sucedido: se devanaba los sesos queriendo hallar una razón aparente, equivocada de aquella bárbara agresión; echaba por caminos extraviados, fuera de todo razonable discurso, en busca de algo que justificara el formidable escándalo, y no lo hallaba. Porque ya había agotado todos los aspectos de la cuestión, desde el punto de vista de sus relaciones con Joshe Mari, de sus relaciones con Dolores, de sus relaciones con María..... y aun habiéndose colocado en todas las situaciones; aun suponiéndole enamorado de ella, pero desconocedor de su atrevimiento, pues no suponía lo contrario, porque él no lo había dicho á nadie y estaba seguro de que María se lo habría callado; aun así no veía el fundamento racional de su acometividad y repetía con frecuencia la frase que tantas veces había proferido en la lucha y momentos después: «Pero ¡qué bruto es!»

Algunos días después se encontró en casa de sus parientes con María. Esta parecía transformada; no era la chiquilla algo alocada, juguetona, alegre, traviesa é inocentemente provocativa; habían llegado sin duda en sazón los dolores sufridos y el sermón moral de su confesor, convirtiéndolo á la muchacha irreflexiblemente graciosa en mu-

jer graciosamente reflexiva; y desde las primeras palabras con Delavigne adoptó una actitud, que, relacionándose muy artísticamente con la pasada para evitar explicaciones y con aquella antigua amistad, la cual quería conservar, no permitía sin embargo las aproximaciones de sus cuerpos, ni el choque inadvertido de las manos, ni la sujeción del brazo, ni el rozamiento de las piernas, conservándose á una honesta distancia que salvaba todas estas libertades antes toleradas y aun permitidas, y hasta nos atrevemos á decir que consentidas con agrado.

No le pasó desapercibido el cambio á Delavigne, que no tenía pelo de tonto en estos tratos con las mujeres, y se alegró mucho de haberlo advertido para ponerse en guardia y seguir el humor á la protagonista; pues, muy ducho en competencias amorosas, tenía su teoría en esta materia, que, aunque producto de una tierna edad y de pocos lances, admiraba por las apariencias de verdad, de buen sentido y sobre todo de modestia que parecía contener; pues el papel de los Tenorios quedaba reducido, lejos y fuera de irreverencias escandalosas y de atrevimientos engañosos, á ser ellos los conquistados en su conquista, como fué alguacilado el alguacil de Quevedo.

En esta teoría la protagonista era siempre la mujer; asegurará haber oído decir, y no le había parecido mal al principio, que el hombre ama á la mujer, pero que la mujer no ama al hombre, sino al hijo, aunque después se había convencido de que la mujer ama también al hombre; mas dejando en suspenso esta cuestión, bien no quiera la mujer, bien sea por el amor del hombre, de todos modos resultaba la verdad de su teoría de que en amores la reina es ella, y el hombre no es el rey, sino su esclavo. Exponía á continuación que, por ser las cosas así, en las conquistas el hombre propone y la mujer dispone, á no ser que la misma proposición proceda también de ella, y que aun en esta su proposición, el hombre, cuando corría á su cargo, debía dirigirse con mucha cautela y vigilancia.

Porque comparaba el vencimiento de la mujer con la

pesca de la ballena, á la que se lanza el arpón y se la hierre; pero hay que soltarle cable para seguirla herida hasta que desangrada abate sus fuerzas y se rinde; á no ser, y esto se veía más claro, que la ballena al sentir el arponazo diera vuelta al bote y sumergiera al pescador. Con estas ideas y como ya había soltado hace mucho tiempo sus arpones, viendo que su ballena no se desangraba, sino que, al contrario, se elevaba dignamente y nadaba majestuosa, temió por su bajel y se mantuvo á conveniente distancia.

La conversación se hizo al principio algo embarazosa; pero entrando en ella fué animándose por grados, que asuntos tenían de que ocuparse. No se puede recordar por dónde se inició el de la reyerta entre Joshe Mari y Delavigne, pero se hablaba ya de los puñetazos dados y recibidos, cuando María se quejó amargamente de que hubieran prestado motivo á que su nombre anduviera en lenguas por la amistad que ambos con ella tenían. Replicó Francisco que sentía la situación si era tal como ella la pintaba; pero que estaba libre de remordimiento por no haber él ni dado ocasión ninguna al arrebató de Joshe Mari ni sido el primero en recurrir á los golpes.

Y con esta entrada refirió minuciosamente todo el encuentro: su saludo cariñoso al pasar junto al otro sin el menor atisbo de sus intenciones; la conferencia que se siguió, los insultos que se dirigieron y los puñetazos con que concluyeron su mala inteligencia. Hacia el final de su relato y ya muy enfrascado en él, María tuvo la habilidad, sin dejarse notar de Francisco, de acercarse á Carlota y decirle al oído que los dejase solos; y, en efecto, cuando lo terminó, Carlota pretextó que tenía que ausentarse un momento hasta la tienda de la esquina para donde le habían dado un recado.

María le repuso que podía marcharse sin cuidarse de nada, pues ella atendería á la cocción y aderezo de los alimentos en la cocina; y habiendo con este motivo mostrado Delavigne su propósito de retirarse, María le retuvo diciendo que no había inconveniente en que permaneciera, ayu-

dándole también en esto la misma Carlota al manifestar que su ausencia habría de ser de breves instantes.

Marchóse, pues, la relojera y María eligió aquel momento para hablar con la mayor claridad á Delavigne. Primeramente le echó en cara su proceder incorrecto en la jira de aquella tarde que tan fatales consecuencias había traído para todos; y disculpándose Francisco como podía, le replicó María que ella halagada con las caricias y agasajos de la pobre gente no es extraño que perdiera la noción del tiempo, pero que él no estaba en las mismas circunstancias y bien pudo estar más atento á su deber, indicándole la conveniencia de la retirada.

Quedó Francisco como anonadado; pero aún le faltaba que oír. Y más que incorrecto, prosiguió María, en el camino desde aquella casa á la ciudad, osado y libidinoso, al estrecharle la cintura con su brazo y al depositar en su mejilla el beso con sus labios, sin que tales demostraciones tuvieran, ya no justificación, sino la atenuación más leve, ni en aquellas circunstancias de sus apuros y de sus preocupaciones, ni en su propia conducta que no había autorizado tales desmanes, ni en los mismos sentimientos de él, que no eran tan puros y elevados, al par que tan cálidos y ansiosos, que necesitaran expandirse y corresponderse con los del ser amado.

Ya en esto Francisco se irguió más altivo; pretendió convencerla de que fundados motivos le habían impulsado á cometer el acto que tan nefando le parecía; recordó que muchos de sus atrevimientos anteriores no habían sido mal recibidos, sino antes al contrario, en su opinión, favorecidos y aun provocados; y en esto fué interrumpido por María que, azorada y con algún sofoco, quiso disuadirle á su vez que eran fantasías y malos deseos suyos aquella inventada reciprocidad. Pero el muchacho no estaba en aquel momento para darse por vencido y empezó á señalar casos concretos de alguna significación; mas volvió á ser interrumpido por su interlocutora, que conociendo el mal terreno que pisaba, cambiólo por otro para ella de

mayor defensa; y así vino á decirle que, aun supuestas y concedidas esas licencias, habrían obrado mal tanto ella como él por no enderezarse tales jugueteos á su verdadero y nobilísimo objeto, la posesión de entrambos.

Quedóse un momento cortado Francisco; pero rehaciéndose en seguida le repuso que esa posesión está al final; que muchas veces no se vé y se va caminando hacia ella; como otras veces se propone dicho fin desde el principio y se van apartando cada día más los que pensaban unirse; que él solo sabía que la quería bien y estimaba y adoraba sus excelentes cualidades, pero que tan alto no había pensado todavía ni por su edad ni por las circunstancias de la guerra; y que sentiría muchísimo que ella formara tan mal concepto de él, que viniera á tomarlo por un hombre grosero que tiraba solamente á satisfacer sus apetitos bestiales sin reparar en la persona, por digna y elevada que fuese.

Oyó María el acento sincero y profundamente cariñoso de Francisco, así como ahondó en sus pensamientos nobles y delicados; llenóse de viva satisfacción, por lo que personalmente le afectaban los elogios y la inclinación manifiesta; pero dominándose á pesar de todo y como si todavía siguiera en la misma actitud severa, después de agradecerle las alabanzas, le exigió que de allí adelante la respetara más, ya el destino quisiera que fuera para él, ya que fuera para otro. Así se lo prometió Francisco; pero como no quedaba satisfecho del concepto que de él hubiese podido formar María, no había penetrado en ésta como ésta en él, volvió á insistir en que no tuvo intención pecaminosa en lo del beso....., lo que cortó María respondiéndole que, pues había declarado que podía ser de él, le conceptuaba digno de que se le quisiese y que no se hablara más del asunto.

A este punto habían llegado de su interesante palique cuando entró Carlota, que con su recado y otros asuntos fútiles dió qué hablar y en qué pasar el tiempo. Llegó á despedirse Francisco; al mismo tiempo que él se despidió

también María, diciendo con gravedad cómica que iba á acompañar al digno oficial francés; y á la gentil devolución de este respecto al acompañamiento, replicó con la más graciosa de sus sonrisas que se hacía mucho honor con la cortesanía. Francisco se alegró de todo ello sobremanera y Carlota, conociéndolo, afirmó gozosa que veía con gusto que los dos se entendían, á lo que replicó María que ella y Francisco, sin juramento, habían llegado á ser dos excelentes amigos de por toda la vida.

Con esto se despidieron de Carlota y salieron juntos **los dos amigos.**



CAPÍTULO XXV

Sermón moral

Dijo su misa en el altar de Ánimas el venerable sacerdote don Pedro Echenique y pasó en seguida de la sacristía al confesonario. Allí estaba ya esperando María del Coro, que se apresuró á ponerse en la ventanilla. Disculpóse el cura de su tardanza aquella mañana por haberse acostado tres horas después de la acostumbrada, á causa de haber sido llamado por un feligrés, gravemente enfermo, para asuntos suyos como consejero, pero que no había querido faltar á su misa de seis y media, aquel día de encargo; y dirigiéndose ya á la muchacha se extrañó de que sin que transcurriera el medio mes, pues se confesaba al mes dos veces, le hubiese pasado recado para que se acercara al confesonario, tan impaciente, lo que le hacía sospechar que algo anormal y urgente le sucedía.

María le contestó que, efectivamente, estaba atravesando una situación muy dolorosa; que no había comido ni cenado ayer, ni dormido apenas; que había llorado muchísimo y que venía presurosa á suplicarle consejo para salir del terreno accidentado que pisaba y recobrar su tranquilidad, mucho más necesaria que nunca y mucho más que nunca merecida, porque su conciencia de nada malo la acusaba. Y empezó á referir toda la historia: el mal paso, los puñetazos, la frase de Joshe Mari.....

El sacerdote la escuchó con el mayor recogimiento; no abrió la boca sino para aclarar algún punto que se le quedaba obscuro ó indeterminado; cuando llegó María á referir el diálogo con Joshe Mari y quedó un momento, al aproximarse al final, como suspensa é indecisa, intervino también el bueno de don Pedro para animarla á proseguir y á soltar la locución que le quemaba sus labios; y después que hubo terminado el relato, le dijo que la había escuchado con gran atención y con muchísimo cuidado, tanto que á causa sin duda de esta concentración de todas sus facultades, acompañada de la falta acostumbrada de reposo, se encontraba cansado y molesto, frío de cuerpo y perturbado de espíritu; y añadió que había de considerar muy despacio lo que le había oído y lo que debía aconsejarle, por lo que, despidiéndola, la citó para el día siguiente.

María, aunque quedó con las mismas turbulencias, parecía más aligerada de su peso; sólo la entrevista con aquella persona venerable, la única á quien confiaba, por su edad, por su ilustración, por su carácter sacerdotal y por el secreto del confesonario, los cuidados más graves y delicados de su vida, de los que por su especial índole no se atreviera á hablar á sus padres, la alivió de penas, aun con metérsele mucho más adentro la gravedad de su situación, reconocida como tal por el varón prudente. Pasó aquel día en casa, encerrada en su cuarto; comió y cenó con sus padres sin que se hablara nada de lo del día anterior; se acostó y á la mañana siguiente no llegó á las cinco á la iglesia; llegó cerca de las cinco y media, y ya estaba en el confesonario su confesor don Pedro Eche-
nique.

A las primeras palabras dejó desconcertada á María; salía el buen cura por un registro inesperado; díjole que le había oído ayer con atención y le oyó hablar de dos individuos, de Joshe Mari y Delavigne; pero que además había otro que ella se callaba, y hacía en ello muy mal; porque no presentando todo el problema, faltando un solo

dato, y no como aquí importantísimo, sino el más pequeño, la resolución era insuficiente é inútil. Quedó María que toda la cubría un hielo; casi sollozando le repuso que ya le bastaban los dos de que había hablado sin añadir otro tercero, que ni se figuraba siquiera quién pudiera ser; y penetrado el confidente de la sinceridad de la confesada, le dijo que precisamente de esta inadvertencia suya iba á tomar pie para dirigirla con acierto si sus consejos escuchaba; y que así como él le había oído con atención y sin interrumpirla, esperaba que del mismo modo ella prestaría su oído á lo que tenía que prevenirle para salvar su situación y gozar de justificada tranquilidad. Y parecía, tan cuidadoso era en estos trances, que había madurado su discurso, su **sermón moral**, y aun se había aprendido las palabras.

—Cada edad tiene sus placeres y sus exigencias: no en balde pasan los años: no se puede pedir al anciano que se mueva como el niño ni iremos á éste, sino á aquél, á pedirle experiencias y consejos. Y como la edad, el sexo: la fortaleza es del varón, la gracia de la mujer; y no estaría aquél en su carácter cuidando á los pequeñuelos, y fuera de su centro estaría la mujer en el juego de la pelota ó en el gobierno de los negocios públicos.

Dígame esto para llevarte á la consideración de que eres mujer, porque muchas sois por naturaleza, pero no por la conciencia personal, y porque ya cumpliste los veinte años, para que entiendas que quizás lo que estuvo bien antes de esta edad, ya está mal después de ella. No eres una niña, no eres una chicuela; eres una joven casadera, y además una señorita del pueblo de gran posición social. Lo que á la rapaza se tolera, los saltos, las risotadas, los arrumacos.....

—¿Qué son arrumacos?—preguntó María, que no le perdía sílaba; y el pobre cura, cortado en su discurso, se cortó más al dar la explicación, pues hay muchos que hablan muy bien á quienes les cuesta exponer la significación de una palabra; pero salió del paso:—Pues.... arruma-

cos..... cariños..... caricias.....,—y reanudó el hilo por donde empezaba el párrafo, lo que nos ha hecho sospechar que se había aprendido las palabras mismas del discurso; y esto no es censurable, antes digno de alabanza, que á tal extremo llevara el venerable sacerdote la augusta misión de la cura de almas.

—Lo que á la rapaza se tolera, los saltos, las risotadas, los arrumacos, ya se ve con muy diferentes ojos en las muchachas que pueden aspirar al tálamo.

—Pues tampoco sé—interrumpió María—lo que es tálamo.

—Bueno—replicó el sacerdote algo contrariado—Pues con lo que sigue ya lo entenderías. Tálamo es..... la boda.—Y prosiguió:

—Pues las rapazas..... del tálamo..... las muchachas que pueden aspirar al tálamo; porque aquellas no pueden despertar todavía ansias de posesión y están exentas de crear conflictos y de producir disturbios; mas no así éstas, que pueden encender en pasión al hombre y ponerlo con el arma homicida en la mano, contra sí propio, contra el mismo objeto de sus amores, contra otro prójimo por celos.

Síguese de aquí que son muy penosas, dígolo en el sentido de su mucha dificultad, por las exigencias á que antes nos hemos referido de edad y sexo, á las que ahora añadiremos las del estado y otras provenientes de las circunstancias que rodean á cada individuo, las obligaciones que debemos cumplir para con Dios, para con nosotros mismos y para con nuestros semejantes, por lo que es preciso velar continuamente, «vigilate ut non introitis in tentationem», «vigilad para que no entreis en tentación», á fin de que poniendo en *templanza* nuestros sentidos y clavados nuestros ojos en la *justicia*, obremos con *prudencia* en todas nuestras acciones, y si es necesario para vencer obstáculos, con *fortaleza* de espíritu, que estas son las cuatro virtudes cardinales de que debemos dotar á nuestras almas.

Y de estas cuatro virtudes la que más necesita la tuya, siempre y mucho más en estos atribulados momentos y para más adelante, es la prudencia, que el no tenerla te ha traído algunos disgustos de niña y va proporcionándote mayores conforme á tu edad. Todo te parece natural; todo te parece bien; en tu candor y sencillez alegras el rostro á cualquiera, charlas con ingenuidad por los codos, miras cariñosa á quien te habla.... y sin sospecharlo siquiera enciendes la llama del amor en los jóvenes que te rodean. De dos me has hablado; y yo voy á hablarte de un tercero: de Gladstone.

—Es que yo no tengo nada con Gladstone—soltó María.

—Ya te dije que no me interrumpieras; estoy enterado de todo y no necesito que tú me digas más. Bien que me hayas interrumpido cuando no me entendías; pero verás ahora mismo como sé yo de estas cosas tuyas más que tú misma.—Y tras corto silencio, sonarse y secarse el sudor del rostro, enhebró así el hilo de su discurso:

—Voy á hablarte de Gladstone. Tus frecuentes visitas á la tienda; tus comidas con él en casa de los Delavigne; vuestros paseos con estos mismos señores por el hornabeque, por las murallas, hacia San Martín, hacia el Antiguo; y en todas estas entrevistas, aunque no se hablara de amor.....

—Pero.....

—Chist..... aunque no se hablara de amor, el cruce de las miradas, el monorritmo de las risas, el recuerdo común de aquellas comidas y de los paseos, todo ello ha tenido que engendrar cariño en el fondo de las almas de ambos, y hablo con toda seguridad de la de él, sin que tú te percares lo más mínimo y sigas creyendo la cosa más natural el trato que con él tuviste. Pues á mis oídos ha llegado por un amigo de Gladstone, y digno de su confianza, que si la depositó en mí fué por mi carácter de confesor tuyo y si ahora te lo digo á tí es también en confesión, por exigirlo el asunto y la posición personal de todos (es preciso abrir

un paréntesis por todo lo dicho antes, para declarar en honor del buen sacerdote que todo esto lo dijo con mucha vehemencia y con gran facilidad, con todo el carácter de una verdadera improvisación) á mis oídos ha llegado que Galdstone recibió una carta de su padre en que le hablaba de tí como si fueras á ser su mujer. ¿Ves? ¿Y te sonríes? Eres una loquilla.

A lo que repuso, hipócritamente mustia, María:—Porque me he sonreído....

Y entonces el cura interrumpiéndola:—Y bien agradablemente por cierto.

—Pues mir...—siguió diciendo—si son tres y no dos los pretendientes; y como muchas veces no pasa nada, otras veces acontece que cuando son tantos se pegan de bofetadas con escándalo de toda una ciudad, y otras.... otras.... ya te lo he indicado antes y no por ponerte miedo, se acaba con la enredadora.

—Pero si yo no tengo la culpa—contestó María malhumorada.

Pero con energía el cura:—No; la tengo yo. Mira, por este asunto de que hablamos, yo he comido y cenado muy bien estos días; tú no, porque estás metida de hoz y de coz en el triunvirato.

—¿Qué es triunvirato?—preguntó María.

Y le contestó el cura:—Pues.... tres varones.... tres hombres;—y siguió de esta manera:

—Vuelvo á repetirte; prudencia, prudencia y prudencia. Mira al hacer algo si está bien, no solamente para tí, sino para los demás; has de considerar muy despacio el concepto que éstos pueden formar de tus acciones; medirás con la mayor precisión posible las consecuencias que acarrearán las palabras, las actitudes, los gestos, las sonrisas....., el menor movimiento de tu cuerpo, una luz poco más clara que la ordinaria en tus ojos, que parece encender la casa en fiesta y créese el varón por ella ser recibido de gala, pues no mucho hay que dar al hombre para que envanezca y se figure amor lo que fué pura cortesanía; y si

todas han de procurar según su estado y condición, atente tú á los tuyos de moza casadera y de señorita principal del pueblo.

Pon, pues, la más exquisita diligencia y la mayor suma de los más delicados reparos en el trato con los hombres; respetos y consideraciones á todos; amistad á muy pocos; amor á uno; y vete pensando, si los tres se te muestran propicios, á cuál se inclina más tu corazón para que elijas con acierto el varón firme que ha de sostenerte, la piedra de tu nuevo hogar y el padre de tus hijos.

Cuando hayas hecho tu elección; cuando hayas sentido con visión clara y con movimiento irresistible en las intimidades de tu ser los llamamientos de tu hombre, vete derecha á él; dirígete á él con toda tu alma, no perdiendo la ocasión de hacértele agradable, saliéndole á su encuentro, reprendiéndole si se ha hecho digno de reprensión, poniendo, en fin, cuantos medios te sugiera tu buen deseo y la finalidad que persigues, pero con mucho cuidado y con gran perseverancia para que se fije más en tí, se decida á darte su nombre y te lleve un día al altar.

Aquí debiera terminar, porque no conozco á ninguno de los tres y porque es muy difícil acertar en las corazonadas; allá cada cual; pero por las circunstancias que los rodean y por la edad que me autoriza á ser un poco entrometido, respetando tu libérrima voluntad, me atrevo á indicarte que Gladstone está muy lejos, que Delavigne puede partir cualquier día, que los dos andan en esa guerra que tantas víctimas causa y pueden ser también estos víctimas de ella, y que Joshe Mari está libre de este inconveniente, es un chico del pueblo, no será malo, y el día de mañana heredará con su hermana Dolores una cuantiosa fortuna.

Pero vuelvo á repetir que he hablado de más; en lo que no he hablado de más es en que tengas más prudencia, te decidas más claramente sin dar lugar á confusiones y á choques, y..... por lo que hace á las cuestiones de momento, déjalas pasar sin darles más importancia, que ellas han

de resolverse..... con la resolución suprema del problema general. Y, vaya, que hemos hablado mucho, y voy á decir la misa.

Se levantó María, se prosternó nuevamente mirando al altar y haciendo una breve oración, y salió del templo yéndose á su casa. Ya en ésta, tomó su desayuno en el comedor y volvió á encerrarse en su cuarto.



CAPÍTULO XXVI

Delavigne de marcha

Transcurrió bastante tiempo, como unos dos meses, desde aquel infortunio de nuestro oficial francés junto á las murallas con Joshe Mari, y se encontró con Carlos, por la calle del Campanario, yendo él hacia el Castillo y bajando el otro á la calle del Cuartel. No es decir que antes no se hubieran visto ni hubieran hablado los dos amigos, Carlos y Delavigne, en estos dos meses que corrieron desde aquel inesperado percance; pero en aquellas entrevistas no se atrevió Carlos, como en ésta, después de saludarse y detenerse los dos, á plantear la situación que con aquella escandalosa escena se había creado para los combatientes.

Empezó, pues, á lamentar el contratiempo, y á continuación se condolió amargamente de la ruptura de amigos suyos tan excelentes, pues también lo era Delavigne por habérselo presentado precisamente el mismo Joshe Mari; y Delavigne, que estaba muy resentido, pues le había aparejado tal hecho, en que ninguna culpa tenía, gravísimas consecuencias, entre ellas una, haber sido amonestado severamente por su general, le contestó que él nunca estaba mal dispuesto para su amigo, ni antes ni después del incidente; y adujo en prueba que cuando este mismo jefe quiso incoar proceso á Joshe Mari por el hecho de referencia, como atentado al honor militar, había desistido merced á la interposición de poderosas influencias, entre ellas, aunque pequeña, la suya, pues llegó á convencerle que, por

más que él era soldado, había sido la riña por asuntos que nada tenían que ver con la milicia.

Entonces le declaró Carlos que ya se había enterado de ello por su mismo padre Joshe Mari, quien estaba pesadoso de lo que había hecho y de su rompimiento; y ya enfrascado gustosamente en la conversación, retrocedió en su camino, acompañando á Delavigne hasta el pie del Castillo, para seguir hablando del cambio de carácter y hasta de modales que iba haciéndose notar en su amigo.

Convino en esto Delavigne, pareciéndole también más mesurado en toda la compostura de su cuerpo, y, aunque no hablaba con él, se le veía asentir al dictamen de Carlos que le hacía mucho más circunspecto y medido en sus palabras; y he aquí que éste, aprovechando la coyuntura, se atrevió á insinuar á Delavigne, tras de declararle que Joshe Mari estaba entristecido por la escena del día del Corpus, que debían reanudar sus amistades; á lo que el oficial respondió que él no había sentido nunca ningún movimiento de repulsión contra nadie; que á Joshe Mari le había encontrado, eso sí, demasiado bruto y excesivamente confiado en sus fuerzas; que la misma tarde del suceso, momentos antes, bien amigo suyo era cuando al pasar junto á él le saludó amablemente; y que aunque el disgusto que había experimentado no era para echarlo en olvido, jamás tampoco había formado en las filas de los que opinaban que no debía perdonarse nada, pues creía que debía perdonarse todo, y no obstante la contumacia del ofensor, si bien poniéndose en condiciones, por una elemental prudencia, de que pudiera repetir la agresión injustificada; y que si esto así, debía perdonarse con mayor complacencia cuando el pecador daba muestras de estar apesadumbrado.

Con tan buenas noticias se fué Carlos á Joshe Mari aquel anochecer á la sidrería y Joshe Mari se inundó de júbilo. Dominando por primera vez su desmedido orgullo, la presunción de sus riquezas, la gala de sus fuerzas brutales, procuró tropezar con Francisco, á quien, cuando le

avistó, se acercó tembloroso de emoción y suplicante; Delavigne inmediatamente le prestó ayuda con una delicadeza que le honraba, y en vez de prevalerse, como muchos, de la situación para atropellar más al vencido y quitarle toda esperanza de redención, ó aún más acá de que aparezca el perdón otorgado como un señaladísimo favor que debe tenerse muy en cuenta, abrazóle á las pocas palabras, diciendo que aquello ya había pasado, que no se hablara más del asunto, que volverían á ser los amigos de siempre y con tanto se despidieron.

Joshe Mari no cabía en sí de gozo; sintió, por primera vez también, la satisfacción del propio vencimiento; iba conociendo otro orden de cosas que tenía superior encanto al en que hasta entonces había vivido; se le aparecía un nuevo mundo, como á Colón, en el que no había soñado, el del cumplimiento de sus deberes, por amargos que sean; el del amable trato social, por refinado que parezca; el de la tranquilidad de la conciencia, por mucho que cueste.

Sólo fué este día cortada dos ó tres veces la alegría de que se hallaba poseído por el encuentro casual con María; las dos ó tres veces, en lo que pudo entrever, le pareció que ésta se hallaba muy ofendida, y no se cercioró de ello porque instintivamente bajó la cabeza á cada encuentro; pero achacó á su mala suerte que en aquellos momentos de su mayor alegría hubiera podido tropezar, y tantas veces, con la desconsolada muchacha. Pero por otra parte, allá en el fondo de su alma, se alegraba también de haberla visto, con alegría tan especial que, aunque procuraba sumergirla en el fondo amargo de sus profundos dolores, salía á flor por encima de todos ellos; y entonces, pues una de las partes había sido satisfecha, se prometía asimismo satisfacer también á la otra parte en cuanto hallara la menor coyuntura aprovechable.

A los pocos días de su reconciliación con Delavigne fueron juntos con Carlos y otros dos amigos á una sidrería próxima al Antiguo, para despachar una merienda prepa-

rada de dos *shalshas* (1), una de carne y otra de pescado, que estaban apetitosísimas y las cuales fueron rociadas con sendos vasos de sidra; y á la vuelta, contentos y charlatanes y canturreando á veces por el campo, entraban en la ciudad, cuando el oficial de guardia comunicó á Delavigne que el comandante general había ordenado que se le presentara inmediatamente. Se despidió, pues, de sus amigos y apresuradamente se dirigió al domicilio del general, que vivía en una de las casas de la Plaza Vieja.

Estaba el general en casa, se le pasó recado y ordenó que pasara adelante Delavigne. Le dijo en seguida que ya hacía dos horas que había mandado que se avistara con él, lo que excusó Francisco diciendo que, pues estaba libre de servicio y habiéndole comprometido mozos del pueblo á pasar la tarde con ellos, con ellos había acudido á una sidrería del Antiguo de donde acababan de regresar.

Satisfecho el general con la excusa, le expuso inmediatamente el objeto de la llamada. Díjole que ya le había mostrado anteriormente su buena amistad y el alto aprecio en que tenía sus relevantes cualidades para el servicio militar, y que esto le repetía para entrar, sin suspicacias de su parte, en el fondo de la cuestión; que no le había agrado, como le hizo ver en su día, el escándalo que se había producido el día del Corpus, en que tan principal papel había desempeñado, ya considerado aquel hecho en sí mismo, ya porque le habría enajenado las simpatías de esos mismos mozos.....

Y aquí, que con una ligera indicación mostró Delavigne deseos de explicarse y el general le dió su venia, díjole que precisamente con el joven con quien peleó el día del Corpus había estado esta misma tarde en la sidrería y que no sospechaba siquiera que ningún mozo del pueblo le quisiera mal.

Prosiguiendo el general, manifestó que aun siendo así era de deplorable efecto, así lo entendía él, su permanen-

(1) *Shalshas*, vascuence, salsas.

cia en la guarnición, pues todos al verle no podrían menos de recordar el lance; por lo que creía mejor para todos y sobre todo para el mismo interesado que, pues él había recibido órdenes de preparar en la nueva organización de los ejércitos un regimiento con destino á Portugal, le parecía excelente la ocasión para hacerle figurar en el cuadro de oficiales de este regimiento expedicionario, aunque no fuese la compañía ni el batallón al que actualmente pertenecía.

Francisco saltó de gozo; dijo con el mayor respeto á su general que no eran necesarias tales prevenciones para el objeto que se le indicaba, que era de su mayor agrado; y que desde luego quedábale agradecido del honor que le dispensaba y de los cuidados que le había prodigado. Repliqué á su vez el general que se alegraba muchísimo de su situación de ánimo; que el buen soldado no debe esquivar, antes debe procurar, ocasiones de lucimiento, llevado de su profesión bélica y de su amor á la patria; y que quedando él aquí prendado de sus condiciones, sabría transmitir las á sus superiores los jefes del regimiento.

Sosteníase esta conversación y se hacían estos preparativos por aquellos días últimos de 1809 y primeros de 1810 en que Napoleón, deseoso de acabar con esta guerra devoradora de hombres y recursos, movilizaba gran parte de su ejército hacia la Península, muy lejos ya de aquella creencia que tuvo alguna vez de que, para someterla, bastábale menos de una docena de regimientos; mandando ahora, sobre los doscientos cincuenta mil hombres que operaban del lado acá de los Pirineos, cien mil más, cuya cifra aún pensaba aumentar con ciento cincuenta mil y venir él mismo en persona para domeñar á los naturales y expulsar á los ingleses.

Esto, á pesar del cuadro lastimoso que ofrecía por esta época España; aunque continuaba asombrando al mundo, que había presenciado los sitios de Zaragoza, con otro sitio de imperecedero recuerdo y de sobrehumana grandeza, el sitio de Gerona.

Por dos veces levantado el cerco en el año anterior de 1808, las órdenes del Emperador de apoderarse de las fortalezas y el honor de las armas imperiales exigían la rendición de la ciudad catalana, que se extiende por las dos riberas del Oña; y ante ella se presentaron el 6 de Mayo los franceses, cuyos jefes Reille, Verdier, Saint-Cyr, Angereau, tropezaron siempre con el alma española de temple enérgico y perseverante, prudente y corajudo, que animaba todo el ser de su digno gobernador don Mariano Alvarez de Castro.

Nombróse generalísimo al Santo Patrono de la Ciudad, San Narciso, que al alto hay que levantar las miradas y en alto hay que poner los corazones en los momentos de peligro, en las horas de infortunio, ante las acciones magnánimas que nos incitan y ante la presencia de la muerte que por todas partes nos cerca; organizanse las mismas mujeres en compañía de Santa Bárbara para asistir á los enfermos y llevar cartuchos y víveres á los combatientes; admiran por igual así el valiente y temerario coronel de los franceses Muff, que por cuatro veces intenta el 8 de Julio la toma de Montjuich, y pierde dos mil hombres, como el coronel Nash que atiende á la defensa, y solo cuando no puede prolongarla más retráse y deja que entren en el fuerte los franceses el 12 de Agosto, con la esperanza cierta de que á los pocos días seguiría la rendición de la Ciudad.

Pero ésta se prepara á resistir; levanta parapetos, abre zanjás, hace cortaduras, cierra calles, y pone cañones hasta encima de la bóveda de la Catedral; y allí está Alvarez, que preguntado por un oficial en dónde, caso de peligro, pues iba á acometer una salida de las muchas que se practicaban, pudiera refugiarse, le contesta lacónicamente: «En el cementerio»; y allí está Alvarez, que ametralla á los parlamentarios porque ya lo había dicho: «No quiero trato ni comunicación con los enemigos de mi patria; y el emisario que en adelante venga, será recibido á metrallazos»; y allí está Alvarez, que acude á todo y á todos

anima, viéndosele en los sitios de más peligro, la tarde del 19 de Septiembre durante el asalto, en que perecen cuatrocientos españoles y más de dos mil franceses; y allí está Alvarez, que cuando siente decaer el espíritu de los defensores dicta esta orden que tiene tanto de reactivo como de amenaza: «Sepan las tropas que guarnecen los primeros puestos que los que ocupan los segundos tienen orden de hacer fuego en caso de ataque contra cualquiera que sobre ellos venga, sea español ó francés, pues todo el que huye hace con su ejemplo más daño que el mismo enemigo»; y allí está Alvarez, que cuando apenas hay víveres y cuestan la medida de aceite de veinte cuartos veinticuatro reales y la libra de pan de seis cuartos ocho reales..... y se comen animales inmundos, y los gerundeses caen de debilidad y mueren de inanición en las calles, y quedan yertos los niños en los pechos secos de sus madres, y estraga la peste que en el mes de Octubre arrebató 793 víctimas..... todavía tiene arrestos para dirigirse en la plaza á uno á quien oyó la palabra *capitulación* é increparle con la mayor acritud de su lenguaje: «¡Cómo! sólo usted es aquí cobarde. Cuando ya no haya víveres, nos comeremos á usted y á los de su ralea, y después resolveré lo que más convenga.....»



Es el 10 de Diciembre y Gerona ha capitulado. No podía prolongarse más, no, ni á tanto hubiera llegado la defensa sin el esforzado ánimo del caudillo: los franceses entran asombrados en esta ciudad, donde todo se hallaba destruído por sus sesenta mil balas y veinte mil bombas y granadas lanzadas desde cuarenta baterías.

Días antes de su entrada había resignado el mando, poseído de fiebre nerviosa, el heroico defensor de Gerona, á quien se le administró la Extrema-unción.

Libróse de la muerte para poco tiempo; conducido preso á Francia, trajéronle los franceses de Perpiñán á Figueras y apareció cadáver al siguiente día de la traslación, con semblante cárdeno é hinchado, sospechándose por indicios vehementísimos, que llevaron la certeza al

ánimo, haber sido el heroico Alvarez envenenado: pero qui scelerata fides certa venena dedit aeternum vivet nobis (1).

Gloriosa fué la resistencia de Gerona, pero al fin cayó en poder de los franceses; y todavía consiguieron en este último período del año, después de algún contratiempo en Tamames, el destrozo de nuestro ejército, el más lucido que hasta entonces habíamos podido presentar, mandado por Areizaga, en Ocaña, y el mismo José pudo entrar orgulloso en Madrid seguido de tantos miles de desgraciados prisioneros; pues en la Mesa de la villa toledana ya citada, quedaron el 19 de Noviembre, en poder de los franceses, si no veinticinco mil como proclamaron ellos, unos trece mil como los nuestros calcularon, á los que hay que añadir cuatro ó cinco mil más de muertos y heridos.

Tales desastres parecía que iban á aumentarse y que ya se acercaba el fin de la campaña con el refuerzo de nuevas tropas y con la proyectada invasión de Portugal, á cuyo ejército iba destinado, como ya hemos dicho, nuestro gran conocido el oficial francés Francisco Delavigne.

Como para Gladstone, prepararon sus tíos, ya que estaba **Delavigne de marcha**, la comida de despedida, á que acudieron Joshe Mari, Dolores y María: Joshe Mari y María aún no estaban reconciliados, pero se sostuvieron en la mesa sin descomponer el cuadro; se habló de la guerra, de la muerte, de los afectos que dejaba en el pueblo el joven oficial francés y prometieron que todos irían á despedirle.

Y con la cabeza detrás de la muralla, junto á la puerta de salida, corriendo el cuerpo por toda la calle del Cuartel y la de Igentea, estaba formado el regimiento, dispuesto á partir, cuando apareció el general montado en soberbio caballo:—«Soldados—les dijo:—os conozco á todos y á cada uno y sé vuestras nobles prendas; os doy un adiós de despedida y espero que, como hasta ahora, seáis inven-

(1) Qui scelerata..... latín, quien fe cierta dió á criminales venenos, vivirá eterno para nosotros; palabras del epitafio de su sepultura en la capilla de San Narciso de la iglesia de San Félix.

cibles como militares y distinguidos como patriotas. ¡Viva Francia! ¡Viva el Emperador!»—vivas que fueron entusiásticamente contestados.

En seguida rompió marcha el regimiento: los Delavigne, Dolores y María estaban en la Plaza entre la calle Mayor y la de San Jerónimo, y al pasar Francisco, que les saludaba con la mano izquierda, ellos le correspondieron, Delavigne con el sombrero, la Madama y las dos pollas con sus pañuelos.

La salida fué á las dos de la tarde con trompetas, tambores y música, que tocaban una airosa marcha militar, y fuera de murallas fué el regimiento en correcta formación casi bajo San Bartolomé hasta el pie de la carretera que había de conducirlos á Tolosa, donde pensaban pernoctar.

Fuera esperaban á Delavigne, Joshe Mari, Carlos y otros amigos que le acompañaron hasta Hernani, regresando después éstos por el mismo camino á la ciudad.

Mientras, y después de un paseo por las murallas, se retiraron á la misma casa del relojero, éste á su tienda y las señoras arriba, los tíos de Francisco y sus dos excelentes amigas; y algo apenadas las mujeres reanudaron la conversación de la mesa; volvieron á hablar de la guerra, de la muerte..... En esta charla se le ocurrió una salida á María, que dejó perplejas á sus dos compañeras:

—¡Morir! ¡Siempre estamos hablando de la muerte! Y ¿por qué no vivir? Porque viven y se mueven se han encontrado aquí Gladstone y Francisco, que si no el uno seguiría en Inglaterra y el otro en Bayona. ¿Quién sabe si volverán á encontrarse en Portugal?



CAPÍTULO XXVII

Toque de generala

Pero no sólo fué aquel día; desde entonces á cada paso se encontraba con María del Coro: ¡pura casualidad..... que no había ocurrido hasta entonces! Salía de casa por la mañana, á una hora siempre aproximadamente la misma y allí estaba María tratando con las caseras sobre la compra de algunos artículos; dejaba hacia el mediodía, para ir á comer, una taberna de la calle de Puyuelo, casi esquina á la de Narrica, donde despachaba con sus amigos el *amaiketako* (1), un currusco (2) de pan y un vasito de vino á sorbos, pretexto de la tertulia, y allí estaba María en la tienda de la esquina, ó en la de más allá en la calle de Narrica, ó en otras en el trecho que de esta llegaba á la Plaza; y á la tarde lo mismo, vuelta á tropezar con la muchacha aquí ó allí, sirviéndole estos encuentros de disgusto á Joshe Mari, por suponer á la muchacha profundamente ofendida con él y no poder hablarle como solía.

Salió una vez con sus amigos al campo á merienda preparada, y á la vuelta después de haber comido y bebido bien, aunque sin exceso, satisfecho de aquel momento y deseando comunicarse, se apartó de los demás con su amigo Carlos y le preguntó, después de la debida preparación,

(1) *Amaiketako*, vascuence amaiketakua, lo de las once.

(2) Currusco, vascuence korroskoa en pronunciación local, zurrusco, pedazo de pan tostado; pero por extensión pedazo de pan.

en qué habían parado las relaciones de su antigua novia con el oficial francés. Le contestó Carlos que éste había salido con el regimiento, en que iba también Delavigne para Portugal, y que le parecía que la muchacha empezaba á mirarle otra vez como antes de que apareciera el dichoso oficial; porque esta conducta seguirían todas las muchachas de la ciudad: probar fortuna con los forasteros, y, si estos volvieran á ausentarse sin haber estrechado lazos, tenderlos nuevamente á los chicos del pueblo, que aquí quedaban siempre y tendrían que apechugar, si querían mujer, forzosamente con ellas; pero lo que es él ya había tomado su resolución; ó se quedaba soltero, ó pasaba una temporada en Tolosa ó Irún para encontrar su compañera, que aunque también hubiera andado en amoríos con su oficialito francés, objeción que le había hecho Joshe Mari, no era chica del pueblo y además había aquello de que «ojos que no ven, corazón que no llora.»

No le pareció mal todo esto á Joshe Mari, libre todavía de toda preocupación amorosa y muy lejos de pensar en el matrimonio, pues se le había metido en la cabeza que el casarse era la última barbaridad del hombre; y estando á chunga, vino á decir que á buscar novia iría él, no á Irún ó á Tolosa, que estaban demasiado cerca, sino á América, para tardar en encontrarla y ver si se arrepentía en el viaje.

Ya en este punto la conversación, Carlos le dirigió una puntada, diciéndole que á su parecer no había de ir tan lejos quien tenía muy cerca de casa una muchacha joven, hermosa y rica y de quien probablemente sería admitido; y fingiendo Joshe Mari no comprender á quién aludía, ó, según lo que nosotros mejor creemos, no comprendiéndolo ciertamente, hubo Carlos de dar su nombre: María del Coro.

Aquí volvió Joshe Mari á tomar aquellas primeras formas, que nosotros conocimos y que paulatinamente iban desapareciendo; y miró á su amigo de pronto con la frente arrugada, los labios en morro y la mirada fija; pero pronto, pasando la mano derecha por la frente y por la cabeza,

deshizo la figura y recobró el otro aspecto más agradable para exclamar: «¡La María! ¡Buena está la María conmigo!» Y comenzó á hacer su relato, pero muy de lejos y alrededor del asunto; pues aunque era, como todo hijo del pueblo, bastante hablador, sabía callarse lo que le interesaba, y Carlos se quedó tan á oscuras como aquella mañana de su entrevista famosa, la cual se aclaró después en la sidrería.

Pero no pudo contenerse sin referirle lo que le venía sucediendo todos estos días, y dándole multitud de detalles, le contó que siempre se encontraba á María en las calles por la mañana y por la tarde, á lo que Carlos con socarronería le indicó que quizás le anduviera buscando las vueltas; y volvió á enfurruñarse Joshe Mari y esta vez muy de veras, diciéndole que hablara con más respeto de una señorita de tal calidad y la cual, á pesar del enfado momentáneo en que ambos estaban, era casi hermana de su hermana y buena amiga suya. Contestóle Carlos que no lo había dicho para tanto, sino por picarle un poco y sazonar la conversación; y habiendo tomado ésta otro giro más agradable para ambos, fueron llegando á la ciudad á hora en que encendían los faroles.

No bien desembocaron de la puerta de entrada, á pocos pasos, en la calle del Pozo, tuvo que saludar Carlos de paso á Dolores y á María, apresurándose Joshe Mari á perderlas de vista, y eso que no la había dirigido á ellas, sino al otro lado con la cabeza medio vuelta. Entonces Carlos le dió completamente la razón; porque Joshe Mari, insistiendo en que era pura casualidad que le estaba reventando, por la situación especial en que se hallaba con María y porque le hacía pensar constantemente en María, le convenció todavía más á su amigo diciéndole que hubieran podido tomar, como por la derecha, por la izquierda, hacia la calle de San Jerónimo ó la Mayor y entonces no se hubieran encontrado con ellas: ¡pura casualidad!

Cuando la comida de despedida dada en honor de Fran-

cisco Delavigne en casa de los Delavigne, sus tíos, habían estado los dos muy correctos; se sirvieron alguna vez, y hasta se cruzaron la palabra; no descompusieron el cuadro; ni dieron motivo para entender otra cosa sino que estaban, como siempre, en excelentes relaciones amistosas; eso fué para los demás; pero entre sí estaban en esta situación: Joshe Mari de brutal agresor y María muy ofendida. Casi puede decirse que Joshe Mari sólo quitaba la vista de su víctima que le atraía, cuando María empezaba á llevar sus ojos á su lado; y fué muy de tarde en tarde que María se fijaba en él, por estar entretenida muy agradablemente con Delavigne.

Así bien las cosas, cuando se vió sorprendido Joshe Mari con una citación del venerable sacerdote don Pedro Echenique para su casa y á hora determinada de la tarde, comunicada á él por la mañana del mismo día, lo que le preocupó en términos que se quedó sin comer; porque sabía que era aquel sacerdote el confesor de María, infundíale mucho respeto tan santo varón, sospechaba que la llamada debía ser para tratar del agravio por él inferido, y lo que es más grave, veía á las claras que él no podía defenderse en este asunto contra nadie, pero menos contra tan poderoso enemigo; y todo ello le quitó las ganas de comer, apenas probó bocado.

Pero á la hora de la cita acudió puntualmente á la casa, y se le presentó el cura saludándole cariñosamente; Joshe Mari temblaba de pies á cabeza. Y en seguida, como si no notara en nada su turbación, empezó don Pedro con naturalidad y sencillez á explicar el caso; díjole que María se le había acercado, fuera del confesonario, á pedirle un favor, y era que le facilitara una entrevista con él en su propia casa, llamándole á ella, por una cuestión delicadísima de honor á tratarla entre los dos solos; que no había visto ningún inconveniente en ello, sino antes al contrario, todas las razones de peso en favor de la demanda; mujer ofendida, delicado honor, servicio al prójimo, al final quizás una buena inteligencia de dos jóvenes tan simpáticos.....

pero que si él veía alguno, aún estaba exento de exponerlo y se le abriría la puerta de la escalera, porque aquello no era una encerrona, sino la llamada de un caballero á otro caballero para que éste solventara, sin ninguna intervención del primero, deuda que dama agraviada le exigía; y que con decirle que María estaba en casa ya, esperando su resolución, él daba por terminada su intromisión en el asunto.

Contestóle Joshe Mari que él no tenía inconveniente ninguno en dar satisfacción á María, sino que antes bien lo deseaba, y que por él podía don Pedro quedar en la sala á presenciar el desagravio, á que se veía obligado con muchísimo gusto suyo. Dióle las gracias el cura por esta prueba de confianza y de consideración; llamó á María, que se presentó en la sala de modo natural, sin humillaciones ni impertinencias, aconsejándola, oyéndolo Joshe Mari, fuera prudente, pues que éste no podía presentarse en mejores condiciones para la satisfacción que deseaba; advirtió correctamente á Joshe Mari que usara de toda su libertad con María, sin ninguna preocupación de su casa ni de su persona; y los dejó solos, cerrando tras sí la puerta.

Y empezó aquella conferencia memorable para los dos; fué Coro la que rompió á hablar, exigiéndole un silencio á que se veía el pobre Joshe Mari forzado por la misma posición que ocupaba, de acusado sin defensa; y esta exigencia hubiera estado bien en cualquiera otra ocasión, pues este es un país cuya forma de expresión no son los discursos estirados, en que habla uno que apenas es interrumpido y los demás escuchan, pasando luego la palabra á otro que también habla largo y tendido; aquí la forma de expresión es el diálogo vivo y animado, que frecuentemente durante él, en una reunión cualquiera, deja observar que á un tiempo hablan dos ó tres interlocutores, pareciendo á los extraños una algarabía en que ninguno se entiende ó una riña descompasada y barullosa, y no es riña y se entienden todos; pero en esta ocasión María

anduvo un poco extraviada, aunque de alguna manera, sin duda, debía dar comienzo á su coloquio.

Y le dijo que desde niña, ahora que mujer caía en la cuenta de ello, la había maltratado; siempre le había encontrado huraño con ella y hasta hostil; y que sin hacer una historia larga, para ser breve y llegar pronto al punto que quería tratar y al mismo tiempo dejaría de tratar con mucho gusto, le bastaba citar el principio de su última entrevista en su casa; pues interesándose por él, vendado de un ojo, le contestó groseramente que nada le importaba á ella.

Y después de una breve pausa, continuó: Que todo ello le había producido siempre el natural disgusto, mucho más considerable por sus relaciones íntimas con su hermana y por las relaciones íntimas entre las dos familias; que, sin embargo, lo había soportado con la mayor resignación, viéndole, tan sin fundamento, alejarse de quien, sin duda, después de todo no podía quererle mal y era objeto sin el menor motivo de una saña injustificada; pero á lo que no podía resignarse era á perder su honor, patrimonio de su alma, escudo contra toda maledicencia, depósito sagrado que había de entregar un día á quien viniera á ser el amigo de su corazón y el padre de sus hijos.

En este momento María estaba sublime; empezó débilmente y hasta tartamudeando las primeras palabras; se serenó á medida que iba avanzando y ya fué deslizándose la locución reposada y tranquila; pero al llegar á herir la dificultad, con su inteligencia clarísima, con su sensibilidad exquisita, con su alma llena de fuego, animó la palabra caldeada por la pasión y adoptó una actitud imponente de grave matrona que á la par exaltaba y deprimía; el efecto característico de lo sublime, la admiración de la grandeza del objeto que excede los límites que le tenemos señalados; por eso, volvemos á repetirlo, en este momento estaba María verdaderamente sublime, como Joshe Marino la había visto nunca, ni nunca la había oído, tocando las más altas cumbres de la elocuencia.

En contra él se ofrecía anonadado; con la cabeza baja le escuchaba cuanto decía su antigua amiga y ésta prosiguió de esta manera: Que en el primer momento la sorpresa del inesperado insulto y la brutalidad del terrible golpe, la perturbaron tan hondamente y con tanto horror que se le fué todo conocimiento y cayó á plomo sobre la silla; mas ya, rehecha, estaba dispuesta á todo, y por sí misma, sin que intervinieran los padres de uno y de otro, ni este sacerdote sino como un medio para conseguir su objeto, como en el caso presente; lo que le había costado hasta que se convenció el pobre cura de que laboraba, sin compromiso ninguno, en obra de caridad y de justicia; pero que, sola, exigía una retractación de la frase calumniosa é infamante aquella con la declaración expresa de habersele ido del pensamiento la menor idea contraria á su pristina pureza. Y se calló.

Joshe Mari empezó por el fin; retiró la frase y declaró que la tenía siempre por una señorita sin tilde; pero, calentándosele también poco á poco la boca y recobrando sin darse cuenta aquel imperio que siempre tuvo sobre María, al continuar explicando la actitud, que á ésta le parecía hostil, por amistosa sin cumplidos, fiado en la mutua confianza, y la frase por no haberla dado el alcance..... y la mala intención..... y estar resentido de Delavigne....., fué por aquí enredándose consigo mismo; unas palabras le trajeron otras; é iba metiéndose, sin pensarlo ni quererlo, en un nuevo laberinto. Gracias que había puesto al principio en lugar preeminente la bandera que aquella tarde tenía que lucir: el honor de María; pues cuando se extrañaba, dirigía á la bandera sus ojos y repetían sus labios el mismo pensamiento; que retiraba todo lo dicho y que la tenía por una muchacha irreprochable; gracias á la bandera, si no se pierde.

Pero aunque satisfecha María con aquella retractación, con aquella declaración expresa, con aquellas protestas de amistad y, sobre todo, aparte de alguna aparición del antiguo orgullo y del anterior despotismo, con aquella

actitud humilde y reverente, quiso, ó algo chiquilla todavía, jugar con fuego, ó, bastante mujer ya, preparar el desenlace, evocar el recuerdo de la escena entre Delavigne y ella, aprovechando la confusión en que otra vez se había metido Joshe Mari al explicar su frase; y después de citar la averiguación hecha por su madre, con la que comprobó que á Delavigne y á ella se les había pasado el tiempo en casa de su lavandera, charlando con todas las mujeres y con el amo de casa, le azuzó diciéndole que, á pesar de su declaración de no pensar mal de ella, todavía le parecía ver la espina dentro, pero que tuviera mucho cuidado en que asomara el borde así de la uña, y apenas la tocó, porque le aseguraba que no quedaría sin escarmiento.

Y como al decir esto había tomado la actitud y el calor en la expresión de un enfado é intervino en este momento más acaloradamente también Joshe Mari, se presentó aquel diálogo animado á que antes nos hemos referido, como característico del país, y hablaban los dos, Joshe Mari disculpándose y protestando de sus intenciones benévolas, ella poniendo tiento en su pensamiento y en su palabra, cuando cerró María el diálogo y la conferencia con esta frase, dicha la cual se retiró por la misma puerta que le sirvió de entrada.

—Y no quiero hablarte de escarmientos; quiero más hablarte de que tengas prudencia, como me la ha aconsejado á mí mi confesor; pues después de todo no sabes si vas á cargar conmigo, en cuyo caso habrás escupido al cielo.

Joshe Mari ni la vió partir; á pesar de que él hablaba al mismo tiempo, oyó y comprendió toda la frase: quedó de repente mudo y estático, como de una pieza; y es que había herido por primera vez su mente aquella luz que descubría la posibilidad de su matrimonio con María del Coro.

A poco entró el cura; cruzaron breves frases de cumplido y se despidieron. Volvió el cura á la sala, ya estaba en ella para cuando volvió María, y ambos comentaron la

conferencia y sus consecuencias probables. Dijo el cura que, curioso, aunque había sido invitado por el mismo Joshe Mari para estar presente (pero á nuestro parecer, curioso no, sino prudente y previsor, para mediar en el momento ó más tarde en favor de tan distinguidos y simpáticos jóvenes), quiso oír lo que se decían; y que el discurso de María, sobre todo al tratar del honor, le había entusiasmado y por poco se pierde, abriendo la puerta y corriendo á ella para darle un abrazo.

—Has estado sublime, chica. Aquello del patrimonio..... del escudo..... ¿cómo era?.... si lo he querido fijar en la memoria.—Siguieron hablando y concluyó la conversación en la puerta de la escalera, diciéndole el cura de despedida:

—Muy bien, chica, muy bien. ¡Has tenido toques soberbios! ¡Ni Cicerón! Sobre todo el último, el de escupir al cielo, ha sido un *toque..... de generala*.



CAPÍTULO XXVIII

María en Portugal

Desgraciado fué el año 1809 para los aliados y parecía en los comienzos de 1810 que, aumentándose los desastres, no iba á haber punto en la Península Ibérica donde apoyar la palanca que había de remover de su suelo al poderosísimo ejército francés. Fué desgraciado aquel año, en que, descontada la dudosa y ciertamente infructuosa victoria de Talavera y la suerte favorable al duque del Parque en Tamames junto á Salamanca, donde entró desalojando á Marchand, laureles que aun estos se marchitaron, aquellos en el Puente del Arzobispo y los del duque en Alba de Tormes, se aniquilaron todos nuestros ejércitos en Medellín, en Almonacid y en Ocaña, donde perdimos á miles los hombres entre muertos, heridos y prisioneros, hechos desastrosos, á los que hay que agregar los dos sitios gloriosísimos de Zaragoza y Gerona, seguidos de forzadas capitulaciones.

El plan de campaña entre Cuesta y Wéllington acordado, por el cual se prometía el primero y así lo ofreció á la Junta de Sevilla llegar por una parte á Madrid y por otra hasta el Ebro, no trajo consigo los frutos que se esperaban; y la situación distaba mucho de tan halagadoras esperanzas, cuando Venegas el día 11 de Agosto en Almonacid, lugar en la provincia de Toledo donde perdimos cuatro mil hombres, fué derrotado por Sebastiani, á quien llegó á tiempo de reforzar el rey José, que exageró en la

Gaceta los resultados del triunfo; pero que entre sus naturales consecuencias tuvo la de que los demás ejércitos que por esta parte operaban, é iban avanzando, retrocedieran; el duque de Alburquerque hasta Trujillo, el del Parque al Carpio y Wéllington de las orillas del Guadiana al norte de las del Tajo.

Tuvimos satisfacciones, pero de otra índole que los triunfos militares; cosechamos palmas, pero en otros campos que en los campos de batalla. Inauguróse el año con el tratado de Londres, suscrito el 9 de Enero, de alianza ofensiva y defensiva entre Inglaterra y España, dando así carácter oficial, público y solemne á la ayuda mutua que contra el ominoso francés venían prestándose ya españoles é ingleses; el 22 del mismo mes publicaba la Junta Central, que era el Gobierno Supremo de la Nación, por las pruebas inequívocas de adhesión á la madre patria dadas por nuestras posesiones de América, el decreto que les otorgaba el derecho de elegir sus correspondientes diputados para la representación nacional, fundándose en que no consideraba los vastos y preciosos dominios que España poseía en las indias colonias ó factorías, como los de otras naciones, sino parte esencial ó integrante de la monarquía española; y fracasaron en el altar sagrado de la independencia española las tentativas de inteligencia practicadas, por José con la Junta, dispuesta á oírle siempre bajo las condiciones de la restitución del rey Fernando y la evacuación por los franceses del territorio español, y por su general Sebastiani en carta al insigne patricio gijonés, Jovellanos, que la contestaba en términos tan claros y precisos entre otros como los siguientes: «No lidiamos, como pretendéis, por la inquisición, ni por soñadas preocupaciones, ni por el interés de los grandes de España. Lidiamos por los preciosos derechos de nuestro rey, nuestra religión, nuestra constitución y nuestra independencia.....»

Pero con esto y todo, volvemos á repetir que nuestra situación militar era en los comienzos de 1810 muy lamentable, menguados y casi destruídos unos tras otros nues-

tros ejércitos y la nación consternada con tantas desdichas; y aún pasaban tropas y más tropas el Pirineo para acabar de sojuzgar la indómita rebeldía del país. En los primeros meses del año puede decirse que conquistaron la Andalucía: el mismo rey en persona acudió con sus soldados; que atravesaron el 20 de Enero los desfiladeros de Sierra-Morena, tenidos por inexpugnables, huyendo los nuestros de cumbre en cumbre; que volvieron á pisar Bailén, de imprecadero recuerdo; y que se apoderaron de Córdoba, Sevilla, Jaén, Granada, Málaga..... de toda la Andalucía, excepto de Cádiz y la Isla, donde se refugia la *Regencia*, en estos mismos días constituida, sucesora de la Junta Central y supremo gobierno de la Nación, y donde se refugia con ella el supremo aliento de la sacrosanta independencia. La Isla de León y Cádiz serán el último baluarte de España con sus defensas y los acertados planes del Gobierno; serán foco de luz vivísima de España con sus inmortales Cortes; serán el punto de apoyo de la inmensa palanca de España de energías y de resistencias, contra el injusto agresor y contra el coloso del siglo.

Pero no solo por esta región del sur conquistaban plazas y entraban en ciudades los franceses; por el oriente se apoderaban de Lérida y de Mequinenza; y por el occidente de Astorga y de Ciudad-Rodrigo, desde donde lanza Massena su proclama á los portugueses diciéndoles que se halla al frente de cien mil hombres; y entra en territorio portugués conquistando la importante plaza de Almeida, gracias al incendio de los almacenes de pólvora, producido por una bomba, que cayó en ellos, y produjo el estupor de los sitiados, aprovechado por el ejército invasor. En tanto Wéllington, que se había replegado á la izquierda del Mondego, andaba indeciso; pero aprovechó los días que se detuvieron de más los franceses en Almeida y se adelantó á la Sierra de Alcoba, de modo que al llegar éstos le vieron coronando la cresta de la montaña delante de Busaco, y no pudieron, á pesar de la pérdida de sus cuatro mil hombres, desalojarlo de esta posición, sin que por su parte

sacara tampoco el inglés de su triunfo la mayor ganancia, sino antes al contrario, pareció retirarse hacia las líneas de Torres-Vedras.

Mas todos estos acontecimientos de grandes generales, de grandes batallas, de grandes marchas y contramarchas, tienen importancia para las naciones y en ellos juegan los individuos en grandes masas; pero á las veces para éstos y así aisladamente considerados ha tenido más importancia y mayores consecuencias la sorpresa de una aldehuela, el encuentro casual de los enemigos, el jugueteo en las avanzadas y otros sucesos de igual monta; hechos, en fin, insignificantes para la historia, pero quizás interesantísimos para la novela, que es como ésta que se va leyendo, la historia particular y verdadera de personajes reales considerados precisamente en este aspecto individual. Pues de unos de estos hechos vamos á ocuparnos y no porque sea novelesco en el sentido usual y corriente de la palabra y tal se lo figure el lector, sino porque es real y efectivamente un sucedido en que intervinieron dos oficiales á quienes nosotros conocemos mucho y cuya suerte nos interesa grandemente.

Próximos andaban unos á otros por estas tierras de Portugal ingleses y franceses una ocasión en que Gladstone, ya oficial por su brillante comportamiento y por la herida recibida en Talavera, merodeaba con unos cuarenta hombres por las inmediaciones de un lugarejo y fué atacado impensadamente por fuerzas de mayor número. Resistió cuanto pudo y mandó retirarse á la desbandada; y él, muy apurado con un grupo de once soldados que le siguieron, fué pisando campo enemigo y salvando muchas dificultades; pero viendo, por fin, que ya no caía prisionero, y sobreviniendo las sombras de la noche, lejos todavía de sus tiendas, pues por atender á la defensa de momento se había extraviado y se había alejado del lugar de la retirada, apercibió una aldea y se aproximó á ella con las precauciones debidas. Convencido de que en dicho pueblo no estaban los franceses, decidió pernoctar allí y pro-

curar su retirada á la mañana siguiente. Entraron á hora en que los vecinos cenaban, y después de su natural sorpresa les dispusieron alojamiento, obsequiándolos, al parecer, de buena voluntad.

Uno de los ingleses, después de cenar, joven y repuesto ya de la fatiga, salió un poco hacia el campo por el camino que habían traído, cuando se ve rodeado de tres soldados franceses que le apuntan con sus armas y, rendido, le obligan á ir adelante, alejándose de la aldea. A poco ve, pues la noche era bastante clara, un numeroso grupo de gente y le conducen al capitán, quien le dirigió algunas preguntas en francés, á que no supo contestar por ser un inglés cerrado; pero afortunadamente un subalterno de aquél, que poseía á la perfección esta lengua, le repitió las preguntas de su jefe; si eran muchos los ingleses que estaban en la aldea ó junto á ella, cómo se encontraban por este lugar comprendido en la zona francesa, y otras de este jaez, contestando á todas el inglés con sencillez y naturalidad. Hizosele la prevención de que el menor engaño habría de costarle la vida, y después de haber contestado á las preguntas, todavía volvió á hacérsele la misma intimación.

Aunque se convencieron de su veracidad, aún adoptaron cuidadosas precauciones para entrar, ya rondando la aldea, ya aproximándose á ella con el mayor sigilo; y siguiendo las indicaciones del soldado inglés, fueron las patrullas penetrando en las casas donde decía haber sido alojados sus compañeros, quedando en defensa de ellos el grueso de la compañía preparado á todo evento. Apresado el oficial inglés y habiéndose entrevistado con él el oficial subalterno hablándole en su propia lengua, se cercioró de la exactitud de la declaración del primer soldado prisionero, y comunicó á su capitán que sus órdenes estaban cumplidas y prisioneros los once soldados ingleses y el oficial que los mandaba.

Era próximamente á la hora en que éste había entrado; y todavía buena para darse cuenta el pequeño vecindario

de la visita inesperada que le hacían los soldados de uno y otro campo combatiente. El capitán francés entendiéndose con algunos vecinos y acomodó como pudo la compañía entre cuadras, habitaciones y desvanes; y cumplido este deber y dadas las órdenes para la mañana siguiente, habiendo puesto una pequeña guardia á prevención, para no verse á su vez sorprendidos, se retiró á casa de uno de los principales de la aldea, en la cual se alojaba el oficial inglés.

¡Cuál no sería su sorpresa al reconocer en éste á su amigo Gladstone! Y ¡cuál no sería la sorpresa de Gladstone al verse delante de Delavigne! Pero en aquella situación ambos tuvieron la habilidad de disimularla; porque Delavigne era seguido de tres oficiales y cuatro soldados y le convenía en aquel momento no dar á conocer sus relaciones con el prisionero por una rápida concepción de ulteriores fines, como á una ligera indicación de él mismo lo comprendió Gladstone; y después de saludarse ambos militarmente con la mayor corrección, dispuso el capitán francés que todos los demás se retirasen á sus respectivos alojamientos; que él dormiría en la habitación que para Gladstone se había preparado y éste en otra contigua con dos soldados de vista, pues bastaban de los cuatro presentes para su vigilancia, que alternarían en la guardia del preso; y se despidieron todos hasta la mañana siguiente.

Si grande fué la sorpresa de Gladstone al ver á los franceses en su alojamiento y grande también al ver capitán de aquellas tropas á Delavigne, aún fué mucho mayor el asombro cuando, retirados todos menos los dos soldados, Delavigne fué á él con el mayor entusiasmo y le estrechó en sus brazos fuertemente. Mas repuesto rápidamente de su admiración, correspondió en seguida con otro abrazo verdaderamente emocionado y como mordiendo los labios, para contener sin duda lágrimas que tendían á escaparse de sus ojos.

Pero Delavigne, en medio de su entusiasmo, no dejó de apercibirse de la extrañeza primera de su amigo; y res-

pondiendo á ella dijo que precisamente aquellos dos soldados, como los otros dos que se fueron, eran de los de su confianza, todos del mismo pueblo y de caseríos próximos, conocidísimos, y obligados sin juramento á prestarse mutua ayuda; no así los oficiales ante quienes quiso mantener una prudente reserva.

En seguida añadió que lo primero en que había de pensarse era estudiar el modo, sin mayor compromiso para él y para los dos soldados que le acompañaban, de conseguir que Gladstone pudiera volver á los suyos. Trabóse con este motivo una discusión animadísima, comenzada por Arturo con sinceras y calurosas protestas; pues por él no quería que amigo tan excelente y los dos soldados, sus amigos, que también lo eran de él desde este momento en que parecían secundar los pensamientos del capitán en provecho exclusivo suyo, corrieran por su causa el menor peligro, contestándole Delavigne que ya había hecho el supuesto de poder acometerse la empresa sin arriesgarse más de lo debido en ella ni él ni sus dos amigos en quienes confiaba; mas todavía asaltaron el ánimo de Gladstone escrúpulos de abandonar en este trance á sus soldados atendiendo sólo á su salvación, objeción que fué rechazada por su amigo, haciéndole notar que los oficiales debían acompañar á sus subordinados en los campos de la lucha hasta el último momento y aun sacrificarse por ellos, pero que en prisiones, y ya no pudiendo hacer nada unos por otros, cada cual debía valerse de sus medios propios para lograr su mejor acomodo y á ser posible su libertad.

Ya todos de acuerdo, quedaron pensativos un buen espacio de tiempo, transcurrido el cual se rompió el silencio para proponer y desechar planes, hasta que se dió con uno que fué aceptado y se llevó á cabo más tarde.

Luego se sacó licor y mientras lo gustaban trataron..... ¿de qué habían de tratar.....? de San Sebastián, de sus parientes los Delavigne, de los Urbiztondos, de los Bengoecheas..... y tampoco hay que decir que muy pronto el único punto de la conversación fué aquella lady en Inglaterra

que se había trasladado en este momento á tierra lusitana; ya estaba **María en Portugal**.

No podían ser más opuestas las opiniones de ambos; pero como por todas partes se va á Roma, también en este punto estaban los dos de acuerdo caminando por muy distintas vías; que era muchacha adorable y que había de hacer la felicidad de su marido; fuera de esto en todo lo demás discrepaban. Para Gladstone era una muchacha en que predominaba extraordinariamente, con una rica imaginación, una inteligencia clarividente, acompañada de una sensibilidad exquisita; para Delavigne era una futura echecoandre, con más realidades que imágenes, con una sensibilidad más fuerte que exquisita, y con un entendimiento, claro, sí, pero más profundo y comprensivo: para el uno, la misma sencillez, se ofrecía al espectador tal como era; para el otro, en cambio, de grandísimo cuidado, tenía mucha trastienda; para el inglés, espiritual, idealista, soñadora; para el francés, sensual, práctica y muy despierta. ¿Les sucedía á ambos lo que á todos, veían en el mismo objeto lo que ellos veían interiormente, lo que querían ver, y trasladaban sus propias cualidades al ser amado? ¿O pareciendo el mismo sujeto y á pesar de lo del genio y figura, había cambiado algo de los tiempos de Gladstone á los de Delavigne? ¿O, aun siendo María la misma, cambiaron las circunstancias y le dieron con otra visualidad muy diferente relieve? Pues daremos una sola contestación á todas estas preguntas: María era lo que decía Gladstone de ella y lo que decía Delavigne de ella; raro ejemplar, cuidaba del cuerpo, y agradábale soltar rienda y refrenarlo, como cuidaba del alma, á la que también refrenaba y soltaba la rienda; era de una sensibilidad delicada y caía á plomo ante una ofensa grave en el mayor desconcierto y como herida por el rayo, sin pensamiento, sin palabra, sin la menor acción, ó recobraba todas sus energías y se aprestaba á la lucha como mujer fuerte capaz de sostener la lid ella sola de un lado con el mundo entero de otro; se embarcaba con sus devociones y con su iglesia, como hemos

dicho ya, en aquella nave ideal de sus altos destinos en el mundo y de sus últimas esperanzas de ultratumba, ó ponía el pie en tierra con planta firme para asegurar sus pasos y salvar con acierto los obstáculos del camino. Era idealista y práctica; Gladstone y Delavigne miraban parcialmente; pero la encantadora María tenía por igual en su bellísimo conjunto las dos resplandecientes facetas.

Terminada esta discusión, sin haberse, como suele, convencido el uno al otro, pasó Delavigne á relatar á Gladstone con todos sus detalles y como quien se complace en el recuerdo, pues á la verdad más parecía decírselo á sí propio que contárselo á nadie, el descuido de los dos, de él y de María, en casa de las lavanderas y cómo al retirarse, envueltos ya en la noche, se atrevió á darle un beso. Gladstone se puso súbitamente colorado; Delavigne lo notó y se puso pálido. Se hizo una breve pausa.

Cuando la rompió el mismo Delavigne, tuvo el acierto de dejar aquel asunto y ya estaban hablando de su riña con Joshe Mari. Aquí, en cuanto al juicio que de éste se habían formado, estaban los dos conformes: era forzado, inteligente, bueno; pero «¡qué bruto es!» aparecía inmediatamente tras el reconocimiento de cualquiera de aquellas cualidades, á modo de obligada letrilla después de cada estrofa.

En lo que ya no estuvieron de acuerdo es en la apreciación de sus relaciones con María; Gladstone achacaba estas á los lazos de las dos familias, Bengoecheas y Urbiztondos, y les daba el carácter de simple amistad y de antigua confianza; Delavigne veía á Joshe Mari, allá en el fondo, muy enamorado de María y muy capaz de cometer lo que continuamente calificaba de barbaridad el bárbaro: casarse.....

No bien soltó esta expresión Francisco, á Gladstone le acometió un acceso de risa, pero muy sonora, que fué impotente á contenerla, á pesar de la advertencia de su amigo de que convenía en aquellos momentos el más absoluto silencio; pero repuesto al cabo, no sin algún esfuerzo, se

explicó diciendo que tal gracia le había producido el matrimonio de dos tipos para él tan opuestos en temperamento, en sentido y en modales. Pero Delavigne, por sostener su tesis, aportó pruebas y razonamientos que así llegaron á convencer á quien de primera impresión tan opuesto se había manifestado al supradicho bodorrio.

Siguióse aquí una pequeña calma en que Delavigne pareció un momento pensativo; pero se le vió como sacudirse de alguna preocupación y se atrevió á enunciar la observación que antes había hecho del encendimiento del color en Gladstone, para preguntarle, como colega y supuesta la buena amistad que le guardaba y de la cual le daba en aquel momento una prueba irrecusable, si sentía alguna seria inclinación á María; y el inglés, después de reflexionarlo, contestóle con la mayor franqueza que la tenía en una gran estimación y que á ser posible no tardaría mucho en darle su nombre y compartir con ella los trabajos y los amargores de la vida.

Correspondiendo Delavigne á la sinceridad y nobleza de su compañero, le expuso á continuación, entre broma y serio, y en un estilo agrídulce, que Gladstone para tan altos fines debía contar siempre con un rival; y cuando aquel creyó, por todo lo dicho antes, que iba á referirse otra vez á Joshe Mari, quedó profundamente sorprendido al oír de sus labios, que era él, el mismo que hablaba, Delavigne, quien si pudiera también había de llevarla á los altares, reina de su hogar y dueña completamente de su corazón. Y añadió que ninguna mujer le había producido aquel efecto suave al par que enérgico, sensual al mismo tiempo que intelectual, y al parecer superficial cuando arraigaba en el mismo centro, que aquella encantadora muchacha, cuya imagen, desde que salió de San Sebastián, asaltaba de continuo sus vigiliás como sus sueños, y sus tareas lo mismo que sus vagancias.

Entretenidos estaban en su conversación amorosa cuando se les acercó uno de los soldados para llamar la atención á su jefe sobre lo avanzado de la hora, como per-

sistiese al menos en llevar adelante la empresa de que habían tratado. Agradecióselo el capitán y levantáronse en seguida, sirviendo dos últimas copas que bebieron á la salud y fortuna de cada cual. Pero después de haberlas bebido, Gladstone volvió á llenarlas inmediatamente y, ofreciendo una á Delavigne, levantó la suya, después del choque con aquella, diciendo:— Por la prosperidad de nuestra muy amada María del Coro.

Delavigne levantó entonces en alto su copa, miró arriba, diciendo gravemente:— Por su prosperidad —, llevóla á los labios y la bebió.



CAPITULO XXIX

La evasión de Gladstone

Te habrá sucedido, lector, y muchas veces si tienes muchos años te habrá sucedido, toparte con algún individuo que cuando más te ha interesado en la narración de un hecho ó en la explicación de un razonamiento, corta la narración, para intercalar episodios, ó corta la explicación, para extenderse en digresiones, contrariándote y desazonándote por brillantes y animados que sean los primeros, y por convincentes y demostrativas que sean las segundas.

Tal se me figura que te sucede en el momento actual, deseoso de conocer el medio de que se valieran el capitán Delavigne y sus dos soldados amigos para lograr la liberación de Gladstone, y deseoso también de conocer el éxito que á la empresa acompañara; y que te encuentras con el autor que tiene su alma en su almario y ha de llevarte, no por donde tú quieras, sino por donde quiera él y al cual le acontece en este instante estar bajo la presión de una pesadez, cual es, y esto también lo habrás experimentado, de caminar torpemente hacia adelante por haber dejado algo importante detrás, de seguir hablando estando preocupado de otras palabras anteriores no satisfactoriamente dichas; y para cuyo remedio no hay otro mejor que suspender el camino ó la charla y rápidamente que sea descansar de la fatiga.

Porque el autor está preocupado de la retirada del Lord, después de la victoria de Busaco, retirada en que volvieron á cometerse los mismos excesos y atropellos por los ingleses que, cuando derrotados, iban buscando con

Moore el puerto de la Coruña para reembarcarse; pero mucho menos disculpables ahora que marchaban vencedores y bien alimentados. Ya antes de esta fecha se había quejado amargamente Wéllington de las tropelías y desmanes del ejército á sus órdenes en carta al Vizconde Castelreagh, Secretario de Estado, á quien entre otras cosas, como la de apoderarse de los animales para volver á venderlos á los mismos despojados, le decía textualmente: «No puedo prescindir de volver á llamar su atención sobre el estado de indisciplina en que se encuentra este Ejército..... Me sería imposible describiros todos los desmanes y violencias que cometen nuestras tropas.» Moore, ya lo dijimos, castigó con la última pena á varios soldados por sus excesos, algunos crueles, y por su indisciplina: en esta ocasión el Lord impuso también severísimos castigos y prohibió á muchos regimientos entrar en poblado.

Marchó, pues, el Lord de retirada hacia las líneas de Torres-Vedras, en donde fueron entrando los ingleses, y en donde, al llegar á ellas, quedó absorto Massena, encontrándose con unas fortificaciones de por sí maravillosas y que ni conocía ni esperaba. La naturaleza y el arte coadyuvaron de consuno á la fortaleza de aquel inmenso campo de la derecha del Tajo; la primera línea cubría una extensión de cuarenta y ocho kilómetros desde Alhandra, tocando en aquel río, hasta la desembocadura del Zizandro en el mar, con las faldas escarpadas é inaccesibles de los montes y con el foso del río últimamente citado y del Torres-Vedras; la segunda, de cuarenta y cuatro kilómetros, más fuerte que la primera por la naturaleza de las posiciones que la constituían y por más concentradas para poder prestarse rápido y eficaz apoyo, se extendía de la margen también del Tajo junto á Ribamar y Quintella hasta el mar en la desembocadura del río Santa Lorença; y la mal llamada tercera línea era el vastísimo reducto de seguridad en derredor de la torre de San Julião, de posición infranqueable al par que fácil para el embarque en el puerto de Lisboa; líneas en que estuvieron trabajando más de un año miles

de operarios bajo la dirección de inteligentísimos ingenieros militares, entre ellos Sir (1) Richad Fletcher, el principal trazador de ellas, sin que se supiera qué admirar más: si la previsión de Wéllington ó la reserva que se guardó en la construcción y objeto de las obras.

Moderó Massena su ímpetu delante de aquel inexpugnable promontorio y allí permaneció de Septiembre á Marzo en una de las situaciones más difíciles en que puede haberse visto un general con su ejército, amenazado por el frente, hostigado por los costados y la espalda, sin medios de subsistencia, esperando órdenes de París y esperando recursos prometidos que no llegaban nunca; fama adquirió y bien merecida, como antes por su arrojo, por su firmeza y serenidad ahora; y no se movió sino cuando apuró todos los medios de que disponía, y entonces también con tal disimulo y con táctica tan discreta y bien organizada que ya habían los franceses abandonado el campo cuando de ello se apercibieron los ingleses.

En su socorro acudía Soult desde Andalucía, quien en las proximidades de Badajoz destruyó el ejército de Mendizábal, cogiéndole en medio, por singular impericia, de la caballería de Latour-Maubourg y la infantería de Girard, causándosele ochocientos muertos y cuatro mil prisioneros, derrota que trajo la capitulación de aquella plaza el 10 de Marzo con sus siete mil hombres y ciento setenta cañones; si bien el desgraciado general, para rehabilitarse y recuperar el honor militar lastimado el 19 de Febrero en Gévoira, peleó como soldado raso y buscando los puntos de más peligro, en estas inmediaciones de Badajoz, en Albuera, una de las más grandes victorias del ejército aliado, cobrada el 16 de Mayo á las órdenes del general inglés Beresford, á quien se dió la jefatura por haber conducido mayor número de tropas que Blake, Castaños y otros, con pérdida, eso sí, de cinco mil hombres, pero habiendo disminuído el ejército francés en siete mil.

(1) Sir, inglés, Señor, término de cortesía; y título de barones y caballeros de las órdenes militares.

Y como la asociación es una ley de nuestras ideas, siquiera se impaciente un poco más el lector deseoso de saber la suerte de Gladstone, pero satisfecho seguramente al conocer ó al recordar estos sucesos de la historia patria, nos ha traído á la memoria esta frase de la disminución del ejército francés la que había experimentado; y tanta fué á consecuencia de marchas, fatigas, combates, calores del verano y fríos del invierno, que no podía persuadirse Napoleón, muy hecho á estas mermas, de que los ochenta mil soldados del mariscal Soult estuvieran en esta primera mitad del año 1811 reducidos á treinta y seis mil, ni que Masena.....

Y vuelta á defendernos otra vez con aquella ley de la asociación, porque aparece aquí el nombre del ilustre general que iba retirándose de Torres-Vedras y entrando el 5 de Abril en Castilla, el cual puso su ejército de cuarenta y cinco mil hombres, que según su proclama de Ciudad-Rodrigo era de cien mil y de mala manera contados eran lo menos de setenta á ochenta mil á su entrada en Portugal, entre Almeida, Ciudad-Rodrigo, Zamora y Salamanca; sostiene contra Wéllington el 5 de Mayo la batalla indecisa, aunque más favorable á los aliados, de Fuentes de Oñoro, tierra salamanquina; evacua el 10 á Almeida ordenando volar sus muros; y el 11 recibe pliegos de París en que se le llama, y cediendo el mando al mariscal Marmont, duque de Ragusa, sale para aquella capital el príncipe de Essling.

Porque todos estos generales eran príncipes y duques: Massena, príncipe de Essling; Ney, duque de Elchingen; Soult, duque de Dalmacia; Víctor, duque de Bellune..... pero caemos en cuenta de que ya estamos siguiendo un nuevo hilo que no sabemos á donde nos llevaría y lo cortamos aquí para satisfacer la tantas veces mal detenida curiosidad del lector.

Comenzóse, pues, á poner en práctica el plan que anteriormente se había urdido para llevar á cumplido término la evasión de Gladstone. No le había sido difícil á Dela-

vigne atraerse, para la ejecución de sus pensamientos, á sus dos soldados, vascos como él, según se ha dicho, todos de Bayona y de caseríos próximos; pero aunque todo ello contribuyera al efecto, hemos de afirmar que dentro, claro es, de las circunstancias de origen y de conocimiento, lo que principalmente les decidió, después de los primeros reparos, fué la razón de que los dos oficiales eran parientes de parientes y habían intimado mucho en su amistad.

Porque hay que afirmarlo en frente de tantas otras afirmaciones gratuitas de la mentalidad del vasco, de su obcecación y tenacidad; cierto que el vasco no es como débil caña que á todo viento se cimbreaba; es como el símbolo de sus instituciones, fuerte como el roble, que sólo se abate ante el huracán; cierto también que no puede granjearse su servicio, de regla general se trata y de los de la sangre pura, ni con afectos personales, ni con la oriundez de raza, ni con dádivas y promesas, por lo que aparece, para muchos educados en el poder de estos recursos y al ver que no cede en su actitud, como obcecado y testarudo; pero una razón objetiva; una consideración, no personal, sino de cosa; algo más ó menos grave que se adhiere al hecho, ¡ah! entonces cede y hasta corre los mayores peligros, sin recompensa ninguna, para no conseguir, á lo último, sino la única satisfacción del deber cumplido, tal como él entiende este deber. Así defiende á las damas que van á Sevilla contra Don Quijote; así, quijote él, rodea el mundo, salva la autoridad cuando más se la combate y funda pueblos y vivifica campos en las dilatadas planicies del virreinato de Buenos-Aires. No se le busque, pues, fácil al halago personal; no es este país de bufones, antes es bajo este respecto de ariscos y de huraños; désele para hallarle dúctil motivos justificados, que el vasco es exageradamente razonable.

Así se convencieron los dos soldados: además del lazo que con el capitán les unía, sintieron crecer en ellos rápidamente la simiente de aquella amistad y casi parentesco que

ligaba á Delavigne con Gladstone, y tan interesados como aquél se mostraron ya en la defensa de éste, sabiendo á cuánto se exponían en todo tiempo y más en el de la guerra, dentro de los severos artículos del código militar.

De uno de los soldados fué el plan, que, después de modificaciones de este y del otro, quedó reducido á lo siguiente. Saldrían Delavigne y Gladstone con la mayor prudencia y sigilo y como aquél sabía dónde había puesto la guardia podría salvarla, conduciéndole hasta el campo donde lo dejaba en franquía; si á pesar de todas las precauciones eran sorprendidos, tratarían aún uno y otro de que no fuera descubierto Gladstone para llevar adelante el efugio, diciendo Delavigne que andaba de vigilancia y pudiendo entonces pasar uno de los soldados, en el caso seguro de las explicaciones, como compañero suyo durante la inspección; y, si á pesar de todo, Gladstone era reconocido, contestarían que había Delavigne salido de vigilancia, acompañado del inglés que no quería acostarse y le había dado palabra de honor de no intentar la fuga. En este último caso había de desistirse por el momento de la huida y ya se podría hallar otra ocasión favorable para llevarla á cabo; pero en los dos primeros debía llegarse hasta el fin.

Vuelto, pues, Delavigne sin Gladstone, ya libre, inmediatamente con el mayor disimulo colgarían una sábana y una manta atadas desde la ventana del cuarto de Gladstone, por donde declarararía haberse fugado éste, mientras uno de los dos soldados dormía y el otro estaba de centinela, sin que desgraciadamente hubiera podido apercibirse de nada; y para los dos casos, del soldado acompañante de Delavigne por la aldea y del soldado centinela de Gladstone, designaron desde luego quién de los dos había de ser, repartiéndose en buena amistad los papeles, para que todo quedara perfectamente determinado y claro. Hicieronle á Gladstone repetidamente la advertencia de que en su campo no se descuidara en decir á nadie á qué debía su libertad, sino que se mantuviese firme en que se había

descolgado de la ventana y salido al campo, y ya de acuerdo todos sobrevino aquella interesante conversación de los dos amantes, que fué cortada por uno de los dos soldados, viendo que avanzaba la hora y que debía ya realizarse la evasión.

Y, en efecto, salieron con todo género de precauciones Delavigne y Gladstone, corrieron ocultamente por entre las pocas casas de la aldea, y ya en el campo se orientaron los dos y casi al mismo tiempo descubrieron, el francés la dirección que adonde estaban los suyos conducía, y el inglés el camino que había de seguir para llegar adonde estaban los suyos. Entonces Gladstone le quiso manifestar con sinceras y bien sentidas palabras su más profundo reconocimiento, interrumpiéndole Delavigne que de eso no había que hablar ni valía la pena y que atendiera cuanto antes á su salvación; pero Gladstone, insistiendo en ello, le hizo entrega de dos piezas de oro para sus soldados, que Delavigne se vió obligado á aceptar, por haberle dicho sonriente aquél, al rehusarlas, que no podía hacerlo, por ser en este caso un simple encargado de su voluntad para con otros, que saldrían menoscabados en sus intereses por la suya; y estrechándose primero sus manos y dándose un fuerte abrazo después, se separaron, caminando Gladstone á campo traviesa y regresando Delavigne por los mismos pasos, con las mismas precauciones y por entre las pocas casas de la aldea á su residencia.

Cuando hemos ido refiriendo este hecho sencillísimo de nuestra historia, que es maestra de la verdad y de ella no queremos apartarnos un punto, tentaciones nos daban, sin embargo, de meternos por el campo más extenso, variado, complicado y ameno de la novela, en que toda ficción, buena ó mala, verosímil ó absurda, tiene su natural asiento, con la única limitación de que esté bien aliñada y gane las fantasías y promueva los sentimientos; como que su principio primero y último, el alfa y omega de composición literaria tan en boga en nuestros días, puede encerrarse en aquella famosa frase, que, aunque italiana, es ya

vulgar entre nosotros: «si non e vero, e bien trovato» (1). Fácil nos hubiera sido complicar este pasaje.

Salieron los dos amigos y, no anduvieron unos pocos pasos, tropezaron con un soldado, que conoció al capitán, á quien saludó militarmente; Delavigne, viéndose descubierto y que pudiera traerle pésimas consecuencias, mostró sus intenciones en una frase á Gladstone; llamó á su subordinado, á quien cogiéndole el inglés por detrás, mientras con el capitán hablaba, con un pañuelo, para que no gritara, tapóle la boca; en esta situación, Delavigne, con su espada, le atravesó el pecho y dándolo por muerto huyeron; mas tuvo el herido, que no estaba muerto, tiempo de declarar y, descubierto el crimen y su motivo, la fuga de Gladstone, fué el capitán suspendido en su empleo por los oficiales á sus órdenes, y, confiada su custodia á cuatro números, caminaron todos pesarosos y tristes á su acuartelamiento. Aquí se incoó el expediente y se le sometió á un detenido interrogatorio; porque negaba todo, el haber salido de casa, el haber matado al soldado, el haber favorecido la evasión de Gladstone; lo negaba todo, pero no explicaba nada; y convencido el tribunal de su crimen, le condenó á muerte, sentencia que se dilató hasta el siguiente día.

Pero en el entretanto los dos soldados en connivencia con el capitán para aquel efugio, presintiendo que cuando la denuncia, defensa y apresamiento habían de fijarse en ellos y se vendría en conocimiento de su responsabilidad, si no de la muerte en que ninguna participación tenían, sí en la huída del oficial inglés, tomaron la resolución de escaparse durante el tiempo de las operaciones que quedan indicadas y con gran disimulo, mientras todos estaban fijos en el capitán, se deslizaron suavemente por entre sus compañeros, se acercaron al campo y ya en éste corrieron velozmente en dirección al ejército inglés.

Apresados por los ingleses, fueron reconocidos por

(1) Si no es verdadero, está bien contado.

Gladstone, quien enterado del suceso lo puso inmediatamente en conocimiento de su superior; llamóles éste, al cual informaron detalladamente del número y calidad de las tropas francesas, y en seguida el jefe, dirigiéndose á su subalterno, le expuso que era deber suyo, si pudiera ser al menos, la salvación de su amigo, para cuya empresa ponía á su disposición el número doble de fuerzas que aquel que los dos soldados desertores decían tener el enemigo.

Y caminando Gladstone de noche, se aproximó al pueblo, donde, para la mañana, se había dispuesto la ejecución de Delavigne; y en el preciso momento en que era conducido á la plaza, oyéronse varios disparos; pero ya tan de cerca que trajeron el desorden y la confusión á los franceses, aprestándose á la defensa que fué muy breve ante el mayor número de soldados y á causa de la sorpresa; entró el pánico, y se retiraron precipitadamente menos algunos prisioneros, entre los cuales por haberse dejado prender voluntariamente se contaba el oficial francés, pues no iba á seguir á los suyos, con quienes tan desastroso fin le esperaba. Salvóse, pues, milagrosamente.....

Y así pudiera continuarse hinchando el perro de que Cervantes nos habla, que aun esto reconocemos con él que es más difícil de lo que muchos criticones y pretenciosos literatos se suponen; pero no nos ha dado por ahí el naipe, pues reconocemos no poseer imaginación meridional y selección de palabras y giros para sostenernos en este terreno difícilísimo, por lo que volvemos más modestamente con nuestras escasas fuerzas, después de haber hecho pinitos, cogida la ocasión por los cabellos, en la invención fantástica, á contraernos, como hasta ahora y mucho más rigurosamente en el cuadro trágico que va á seguir, á la realidad y exactitud de nuestros personajes y sus vicisitudes.

Y así con esta verdad sencillamente expuesta, tenemos que declarar que nada de particular aconteció á nuestros dos oficiales; felizmente llevaron á cabo la empresa tan bien meditada de **la evasión de Gladstone**. De retorno,

Delavigne entregó en nombre de su amigo el inglés una moneda de propina á cada uno de los dos soldados, á quienes el obsequio les satisfizo extraordinariamente; pero se las devolvieron para que las guardara, caso de requisa; y á continuación, que éstos, diligentes, ya la habían preparado, colocaron en la ventana la sábana atada á la manta, por donde había de suponerse que el cautivo halló el medio de su escapatoria.

A la mañana y á la hora que había dado el capitán para reunir la fuerza, entraron los oficiales cuando aquél reprendía agriamente á sus soldados y mandaba prenderlos para formarles causa en cuanto llegaran á su acuartelamiento. Revistó la compañía, dió orden de marcha rompiendo filas, y ya atrasándose, ya adelantándose y hablando con varios soldados, preparando sin duda el acto que iba á realizar, como asimismo los otros dos soldados de su confianza toda, no detenidos, que iban haciendo el mismo juego, pudieron por fin los tres ponerse al habla y, con gran disimulo, el capitán les entregó las dos piezas de oro donadas por Gladstone, volviendo á juntarse á los oficiales, con quienes fué platicando el resto del camino. Llegaron á sus tiendas y se les vitoreó al verlos entrar con prisioneros ingleses, yendo inmediatamente Delavigne con su inmediato subalterno á presencia de su jefe, un comandante, á quien le refirió con suma de detalles la sorpresa de la aldea, la prisión de los doce ingleses, las medidas tomadas, y la fuga de Gladstone, por la que había detenido á los dos soldados á quienes había confiado su guardia.

El comandante, satisfecho en general del relato por la prisión inesperada de tal número de soldados enemigos efectuada por fuerzas sometidas á sus órdenes, aunque al parecer disgustado por aquella evasión, llamó á los desgraciados guardias y tomó declaración, presentes con Delavigne los otros tres oficiales de la compañía, á cada uno de ellos separadamente. El primero declaró que en aquellas condiciones, dentro de casa y con sola una puerta de

salida acordaron que bastaba que quedase uno de centinela y mientras descansase el otro, despertándosele para alternar en la vigilancia, y que sucedió el hecho cuando él dormía. Penetró el segundo humilde y resignado á su suerte, y sobre lo anterior añadió que se dió cuenta de la evasión, por haber mirado á la ventana y advertido que estaba puesta delante de ella una silla que no veía antes; y salvó todas las dificultades por la configuración del cuarto y haberse fijado principalmente en la cama donde seguía viendo el bulto (una silla que adrede había puesto el astuto fugitivo) y no la ventana donde había hecho su labor; y á la advertencia de que por lo menos debía haber oído siquiera el ruido de la apertura de la ventana repetida, contestó que el inglés, sin duda con este intento, la dejó abierta desde el principio, y que de ello habló con su colega, mas como de una costumbre de los ingleses, riéndose y burlándose de ellos, muy lejos de sospechar que este hecho había de producirles amargores y tristezas.

Con este último golpe convenció á todos, principalmente á Delavigne que parecía el más difícil de ser convencido, y casi por fórmula mandó el comandante que se les registrara por ver si se encontraba algún rastro de delito; pero nada se les halló, por lo que, después de una ligera admonición del comandante sobre sus deberes y la extremada vigilancia que debe ponerse en la guarda de los prisioneros, les puso en libertad; y las prevenciones y los consejos del comandante debió seguir repitiéndoselos Delavigne, porque se separó de sus compañeros los oficiales y acompañó un breve rato á los soldados. Estos corrieron alegremente á saludar á sus compañeros de armas, y á poco se les vió, muy entretenidos, con los dos colegas, sus queridísimos conterráneos de los campos cultivados de Bayona.



CAPÍTULO XXX

Genio y figura

Antes, tenemos la impresión de ello, aunque no sabemos dónde, cuándo ni con qué objeto, y sobra tiempo para perderlo en volver á leer todo el mamotreto á fin de hallar una frasecita; conque si no se ha dicho, como si ahora se dijera; vino antes á los puntos de nuestra pluma el refrán que recuerdan las palabras con que encabezamos este capítulo, y lo dimos en forma que no alterara la sensibilidad de nadie ante la aparición del lúgubre, y, si bien religiosamente respetado en todas partes, fétido y lleno de gusanos, último rincón en esta tierra de nuestro querido cuerpo; pero en este momento, después de haber contado los muertos por miles y á la aproximación de asesinatos, incendios y ruinas mucho más dolorosos por llevarse á cabo dentro del recinto de nuestra ciudad murada, ya ningún temor nos sobrecoge para expresar el refrán en toda su extensión, tal y como se enuncia constantemente por labios castellanos: «Genio y figura hasta la sepultura.»

Pero como estos refranes, adagios, máximas, sentencias y dichos expresan una verdad general y desde determinado punto de vista, no es extraño que desde otro mirador se contemple el espectáculo opuesto; por lo que no han dejado de advertir algunos espíritus, quebrados de puro sutiles, que lo que afirma un refrán se contradice por otro y que aquella experiencia, de que se asegura son fórmulas breves y sencillas, no se halla en ellas sino en abier-

ta oposición asaltante al más idiota; pues aquí se dice y hasta en latín que el trabajo vence todo cuando más allá se dice que se te dé fortuna, pues el saber, el trabajar, poco te vale; tan pronto se oye que vale más buena esperanza que ruin posesión como la expresión contraria de que más vale pájaro en mano que buitre volando; y por no apurar las citas, terminaremos con aquella que enuncia que algo va de Pedro á Pedro, y aun se dice que mucho va, cuando no debe ir mucho ni algo para quien afirmó que tal para cual Pedro para Juan, que de Pedro á Pedro no va un dedo, y que tan bueno es Pedro como su compañero, que puede llamarse Pedro y entonces ya no va nada; de donde concluyen por afirmar rotundamente que los refranes deben desecharse de nuestra conversación como absurdos por contradictorios, y sobre todo como vulgares, por su origen y por su uso.

Nosotros, sin apartarnos mucho de esta opinión, nos vamos mejor con la de don Quijote al reprender á Sancho el sin ton ni son de su inacabable y saladísimo refranero: «Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traído á propósito; pero cargar y ensartar refranes á trochemoche, hace la plática desmayada y baja;» y aún vamos más allá con espíritu crítico, lamentando que muchas de las frases vulgares, por atentatorias á altas concepciones de la vida ó por ser expresadas en formas obscenas de lenguaje, no estén retiradas de diccionarios, libros y uso corriente; y en cambio no se hayan vulgarizado otras que son absolutamente verdaderas desde todos los miradores, pero que han surgido en elevadas inteligencias y allí han quedado también en las alturas del pensamiento humano.

Así, por poner un caso, sucede con una idea de Calderón, que no es de quien menos frases se sabe; pero por faltarle una sola palabra ó una breve expresión para tener la forma de refrán, la palabra «aquí» ó la breve expresión «en este mundo», no anda en lenguas de todos la expresión más verdadera, más general y más profunda, en nuestra humilde opinión, de cuantas pueden formularse del

triste destino del hombre sobre la tierra, por encima de todas las escuelas filosóficas y por encima de todos los sistemas religiosos; que «aquí», que «en este mundo

Todos sueñan lo que son,
Aunque ninguno lo entiende».

Mas dejémonos de filosofías y atengámonos á las letras, que aquellas son sabrosísimos bocados de inteligencias privilegiadas y éstas parece que las entendemos todos y están al alcance del primero que llega; y volviendo á nuestro refrán del genio y de la figura, diremos que aunque es muy general que persistan y subsistan desde que nos imponen el capillo hasta que nos visten la mortaja, no es sin embargo con la verdad antes enunciada, general generalísima, sino es general á quien se escapan algunos rebeldes. Determinamos esta palabra con la de *pocos* y la hemos borrado; porque nos parecen pocos los que cambian de perversas costumbres á otras más morigeradas y saludables; pero nos parecen muchos, aunque sea realmente menor su número, los que dejan sus buenas costumbres por las malas.

Quedamos, pues, en que lo general no es lo exclusivo y que en muchos ó pocos casos se nota que la figura ha cambiado y ha cambiado el genio; *mercedes* (1) son que á la obra lenta y transformadora se deben del tiempo, que así construye como destruye y así levanta el soberbio anfiteatro de Itálica como despedazado representa cuánta fué su grandeza y es su estrago. Pues Joshe Mari fué una excepción de la ley; cambió de **genio y figura**; y como se transformó para ser mejor, le extenderemos desde luego el título del privilegio.

Recordaremos que en la calle del Campanario se encontraron Carlos y Delavigne y que, tomando aquél el rumbo de éste, sostuvieron la conversación con el tema de

(1) Nombre de mi hija; después de su muerte la primera palabra con que reanudé mi trabajo.

la mudanza que empezaba á notarse en Joshe Mari; y ahora diremos que no había hecho entonces más que iniciarla, pero con su energía violenta, con su firmeza de carácter, pronto y bien llevó á cabo la completa transformación, pudiendo asegurarse que si en este momento de principios del año 1812 le vieran y trataran los dos oficiales, el inglés y el francés, que en Portugal seguían peleando, no terminarían sus laudes á Joshe Mari, como con el «ora» los de la Virgen en el Rosario, con la letrilla obligada: «¡Pero qué bruto es!»

Efectivamente, Joshe Mari, después del escándalo del día del Corpus y los subsiguientes acaecimientos, por los golpes recibidos, por la reprensión de su padre, por el efecto que su frase produjo á María, había cambiado de continente, de apostura, de palabras. Antes era de cabeza erguida, cejijunto, mirada altanera y fija, inaccesible á la sonrisa por el morro saliente; pero después de los sucesos arriba apuntados, no la bajaba, pero tampoco levantaba su cabeza con aires de desafío, caía sobre los hombros naturalmente; su mirada era mucho menos dura bajo una frente serena, y ya los labios juntos estaban en su sitio sin adelantarse para afuera, se despegaban frecuentemente y hasta se dibujaba en ellos una agradable sonrisa.

Esto era su continente; mas también había transformado su apostura. Gallardo siempre, no se ufanaba con la ostentación anterior de su gallardía; cuando le conocimos, ensanchaba el tórax y lo levantaba, ahuecaba los brazos y los agitaba conforme al paso de sus pies, y éstos, aunque en marcha majestuosa, se distanciaban con aquellas feísimas zancadas; ya no se levantaba el pecho, ya los brazos caían junto á las piernas con un movimiento ligeramente oscilatorio, y los pasos eran más cortos y ligeros.

Pues al igual que la apostura y el continente, las palabras. Antes sonaban siempre á amenaza; herían al mejor amigo; y como en la sidrería y á la pelota se usaban las soeces, groseras y torpes, fácilmente, aun allí donde más se reprimía, en una reunión respetable, se le escapaba

siempre alguna, cuando menos de dudoso gusto. Porque ahora, aun en la sidrería, empezó á desterrar de su lenguaje tales vocablos; dió á sus locuciones un acento que distaba mucho de aquel otro, que tuvo antes, de enérgico y amenazador; y sobre todo, cuidaba de los conceptos que emitía, tratando de no molestar á nadie y de hacerse agradable á todos.

Y es que hay que volver á insistir en el efecto desastroso que le había producido su misma frase contra María. Ya tomamos nota entonces, que inmediatamente después de haberla proferido quedó espantado de sí mismo por refluir en él aquel dolor intenso y hondísimo de la acongojada doncella, y sin que pudiera por otra parte sostener las miradas de reproche que su bondadosa hermana le dirigía; pues luego, cuando María se marchó rápidamente, recobró el habla Dolores y le afeó bruscamente su conducta sin que Joshe Mari le contestara una sola palabra, soportando toda aquella balumba de improperios y de apóstrofes; y más que los tres días ordenados por su padre estuvo encerrado en casa, sin duda en cuentas consigo mismo y de la situación que se había creado con María y con Delavigne.

Ya hemos visto cómo con éste, por intercesión de Carlos, volvió á sus amistades, acudiendo juntos á la sidrería y acompañándole en su marcha hasta Hernani; y presenciábamos también el desconcierto que experimentó en casa del cura cuando mediaron las explicaciones con María y soltó ésta la frase que el anciano don Pedro calificó entusiasmado de toque de generala.

Desde entonces acentuó más todavía su deseo de ser amable á María; porque sin aspirar todavía en sus intimidades á la posesión de joven tan atrayente y tan amiga de todos los suyos, barruntaba que mucho le debía de enseñanza de vida y de refinamiento de trato.

La veía como á la principal causa de su profunda metamorfosis, de la que cada día estaba más satisfecho y por la que cada día se reconocía interiormente más agradecido

á la causa principal. Quizás prepararon otras, muchas veces las más apartadas, la transformación de que venimos hablando; pero creemos con él que no se equivocaba al otorgar á María un lugar preeminente y distinguido en la obra de su completa reconstitución.

Cierto que influirían en esta nueva dirección de su ser pequeñas causas, apenas perceptibles, que se escapan al observador más sagaz y curioso, y que, sin embargo, son generalmente la célula de los grandes organismos; coadyuvarían otras que ya se nos aparecen más de relieve; pero cuando se destaca con todo vigor el nuevo carácter de nuestro personaje, y se prende más de él, es en el encuentro y en las explicaciones con Delavigne; y cuando realmente se completa esta obra es al toque maravilloso del corazón de una mujer.

Esta fué principalmente la que acabó y perfeccionó aquella obra de desbaste, labrado y pulimento de la primera materia bruta, así calificada allá en Portugal por sus dos conocidos Gladstone y Delavigne. No había contribuído poco á ello, como hemos afirmado ya, el mismo oficial francés, por su noble y levantada actitud, cuando todo confundido se le había acercado Joshe Mari á impetrar el perdón de su conducta; aquel proceder, no sólo le afirmó en su arrepentimiento por las delicadezas de su agraviado, sino que le dejó ver un campo para él hasta entonces completamente desconocido; él había llegado alguna vez á perdonar la injuria, pero no había descubierto que hay algo más; aprovechar la ocasión, para levantar al caído, facilitándole la ardua empresa de la reparación, y satisfacerle su propia culpa, para animarle á proseguir en la senda que emprendía.

Pero vió más, mucho más con María; la lección de Delavigne fué como de hombre, por suavidades que ponga, siempre dura y fuerte, que convence pero no persuade; algo todavía se rebelaba allá en el fondo íntimo de Joshe Mari como si fuera humillación degradante que rebajaba, siquiera fuera por poderosísima razón incontrastable, la

dignidad de un hombre frente á otro; y llegó en este instante la obra maravillosa de la mujer, que no convence y persuade; que nos seduce con sus gracias y nos humilla sin humillarnos; que á la labor reveladora de Delavigne añadió el encanto insuperable del sentimiento amoroso.

Acostumbrado á dominar á María, vióse de pronto Joshe Mari dominado por ella; le ligó á la encantadora hija del boticario, primero su culpa, después su arrepentimiento, por último el agradecimiento de la lección recibida y á la cual debió su transformación; y vino María á ser una constante preocupación de su espíritu lo mismo cuando estaba despierto que cuando dormía, en la sidrería como en el juego de pelota.

Y he aquí cómo, en este momento de su vida, nuestra María del Coro, sin darse cuenta de ello ó dándose, había incrustado su hermosa efigie y las raras gracias de su carácter en el corazón de tres jóvenes, á cual más simpático y agradable; en Joshe Mari, en Delavigne y en Gladstone.

Desde la entrevista del primero con María en casa del cura, con cuyo motivo reanudó á poco sus relaciones amistosas con ella, volvió otra vez Joshe Mari y más contento que nunca á sus aficiones predilectas, la pelota y las meriendas; departía horas con su amigo del alma, cada vez más íntimo, Carlos, el cual gustaba en sus amargores de la conversación amorosa, aunque decidido á no volver á reanudar sus relaciones con la joven infiel que le había acibarado la vida; y juntos los dos tropezaban al venir del campo ó al salir de la sidrería, ¡pura casualidad!, con las dos amigas Dolores y María, con quienes platicaban un breve momento, que después fué más largo, y que por último era interminable, ganándose la diaria riña en las respectivas casas por no llegar á su debido tiempo para la cena.

Aquello no podía seguir; y para tener contentos á los padres, abreviaron después estas entrevistas y resolvieron de común acuerdo reservarse para los domingos y fiestas, en que podían aprovechar las tardes preparando con ellas y con los Delavigne las meriendas en el campo.

Y á ellas iba tan satisfecho Joshe Mari: charloteaba por los codos desde un principio; después de la merienda, en el campo mismo, se hacía irresistible; volvía á sus juegos de niño, saltando y haciendo diabluras..... y más de una vez tiró del moño á María, que ya no se enfadaba y le devolvía la gracia con la más graciosa de sus sonrisas.






CAPÍTULO XXXI

Delavigne herido

Por servir al lector cuanto antes el plan de la evasión de Gladstone y el éxito que obtuvo, no le dijimos cosa que ahora al principio de un nuevo capítulo podrá soportar con más paciencia; que en el viaje de Massena á París, llevando convoy de coches y carros con escolta de mil doscientos hombres y unos mil prisioneros ingleses y españoles, el célebre guerrillero don Francisco Espoz y Mina, oculto en la sierra de Arlabán, cayó sobre los que formaban la retaguardia y, tras dura lucha de tres horas, en que perdieron los franceses á causa de su breve defensa cuarenta oficiales y ochocientos soldados, apresó al coronel Laffitte, se apoderó de un convoy de ciento cincuenta entre coches y carros, habiéndose calculado el botín en cuatro millones de reales, y rescató todos los prisioneros. Creemos que vale la pena de contarse esta sorpresa, que tan alto elevó la reputación de Mina; y de éstas ejecutaban á cada momento con destreza y valentía los intrépidos guerrilleros.

Precisamente era este género de guerra, según hemos hecho notar anteriormente, la que congeniaba más con el carácter español y la que consiguió con frecuencia éxitos en apariencia y aun en realidad si se quiere pequeños, pero que sumados unos con otros quebrantaron considerablemente las fuerzas y los recursos de los enemigos. Los *brigands*, los *empecinados*, que también así llamaban los

franceses á los guerrilleros, extendiendo el alias de don Juan Martín, por haber tal nombre sonado mucho entre ellos, á todos los que mandaban estas compañías sueltas, eran el tormento de los generales más prudentes y comedidos, y despertaban por sus atrevimientos y por sus golpes de fortuna ansias de venganza y crudelísimos castigos aun en el pecho más noble del capitán menos rigorista.

Bien es verdad que por sus torpes y sanguinosas medidas ni se aquietaron ni retrocedieron los valientes campeones; antes al contrario, contestaron con represalias feroces, para despertar en sus adversarios el respeto y la consideración marcial que con toda justicia se creían merecer. Ya el Empecinado, á quien para que desistiera de sus empresas pusieron en rehenes á su madre, enterado de que el general francés daba la orden de ser ahorcados ó arcabuceados los brigantes que se cogieran, dispuso que por cada uno de los suyos se fusilara á tres franceses prisioneros; y cuando Soult en sus correrías y conquistas de Andalucía decretó que no reconocía otro ejército en España que el del rey José, que tenía las partidas por reuniones de bandidos, y que sus individuos luego de presos serían fusilados y se expondrían sus cadáveres, no tardó en obtener la contestación dada por la misma Regencia, disponiendo que por cada español que así pereciese se ahorcarían tres franceses, y que el mismo duque de Dalmacia, si caía en poder de nuestras tropas, sería tratado como bandido.

También se fué con ellos nuestro Mina; y decimos nuestro, porque, aunque lo son todos los españoles, viene á ser más propiamente nuestro el famoso caudillo navarro, que muchas veces pisó tierra guipuzcoana en sus operaciones por Motrico, por Deva, por Ormaiztegui, y en cuyo famoso decreto de 24 de Octubre de 1811 aparecen nombres exclusivamente vascos. Que por el conde de Reille se concedía en bando de 5 de Agosto la amnistía hasta el 5 de Septiembre con la amenaza de ahorcar á los aprehendidos posteriormente y se fulminaban penas atroces contra padres, parientes y autoridades civiles y eclesiásticas; que creyó

que el decreto sería conminatorio y no llegarían á realizarse sus amenazas, pero que desengañado porque su ayudante de campo el capitán don Manuel de Sadaba, firme al pie del cadalso exhortando á todo el mundo á la defensa de la patria, el capitán graduado don Simón de Languidain y el sub-teniente don Gregorio Solchaga habían sido ahorcado el primero y fusilados los otros dos con la mayor infamia, y sacerdotes, alcaldes y paisanos eran pasados por las armas, y se preparaba igual suerte á centenares de personas encerradas en los calabozos sin más delito que el de parentesco con los voluntarios; decretaba en sus artículos los mismos medios que empleaba Reille, si éste no revocaba su bando para 1.º de Noviembre, comenzando á ejecutar el suyo por veintitres oficiales y setecientos soldados franceses que tenía en su poder, á lo que añadió la lectura de su orden á los prisioneros, para que supiesen el riesgo en que se hallaban de morir afrentosamente en una horca por la conducta, seguida con él, del conde Reille. Este amansó sus furores en cuanto vió que el decreto se ejecutaba.

No puede menos de declararse en atención á la exasperación y rabia de los generales franceses que estos comprendieron que tal modo de guerrear consumía sus fuerzas y desbarataba todos sus planes y que, sobre todo, cuando apoyaban las guerrillas sus operaciones en núcleos más ó menos numerosos, impedían el fraccionamiento y dispersión de los que necesitaban conservar los franceses para hacer efectiva y provechosa la ocupación del país. Y siendo esto así siempre, nunca acaso prestaron estas fuerzas ligeras mayores servicios que al mantener interceptadas las comunicaciones del ejército francés de Portugal con las tropas de Castilla y de la Francia: Massena hubiera tenido, con la libertad de comunicaciones, en completa seguridad los convoyes con refuerzos, víveres y municiones, ejecutando una acción desembarazada, enérgica y decisiva, propia de su carácter emprendedor y resuelto; y no hubiera llegado un día—estamos seguros de ello—en que algún escritor alemán de los que estudian pudiera escribir estas

líneas: «Sin la España, situada á vanguardia, libre y aun semejante al caos, Wéllington no hubiera vencido en Portugal; y así se hace necesario describir la *pequeña guerra*, más difícil, frecuentemente más destructora, que tuvo lugar á espaldas de aquellos dos grandes ejércitos.»

A la altura de los nombres de los famosos guerrilleros citados, llevó el suyo por estas tierras de Salamanca practicando sorpresas, cortando comunicaciones, y cogiendo copiosísimo botín, el célebre guerrillero Julián Sánchez, que desde un principio pudo reunir trescientos lanceros, campando solo ó amparándose de los ejércitos. Había empuñado las armas y se sostenía en su ardimiento á causa del hecho brutal y salvaje cometido por los despóticos invasores, que asesinaron á sus padres y á su hermana; y salió al campo ansioso de vengar tan horrorosos crímenes, por los cuales había perdido los seres más queridos de la tierra. En todo este tiempo prestó incalculables servicios con Aguilar y Ganidos, otros dos guerrilleros castellanos que estaban á sus órdenes ó al menos seguían sus huellas y consejos, y con don José Martín, su segundo.

Entre sus presas fué una de las más importantes la verificada en Tamames de 300 carros cargados de víveres con destino á Ciudad-Rodrigo; y de las más chuscas que se nos viene á las mientes por su semejanza con la detención de Gladstone, en cuanto al número, no en cuanto al modo, pues este hecho fué casual y el que vamos á referir intencionado, la que practicó emboscando una partida de su gente y cayendo de improviso sobre el gobernador de la plaza de Ciudad-Rodrigo, Renaud, el cual había salido á hacer un reconocimiento, capturándole con doce jinetes de los suyos y obsequiándole después con una espléndida cena.

Frente á esta plaza estaba ya Wéllington el 8 de Enero de 1812 en actitud de embestirla, sabedor de que había sido llamada á Francia la famosa guardia imperial, á consecuencia de los temores de una nueva guerra con Rusia; y rindióla con el asalto de la noche del 19, concediéndole las Cortes españolas la grandeza de España con el título

de duque de Ciudad-Rodrigo, este título que había de recordarle, sin embargo, los desmanes de borrachera y pillaje á que se entregaron los soldados á sus órdenes; pues pegaron fuego en tres ó cuatro puntos de la ciudad, amenazaron á oficiales que querían imponerse y aun fueron algunos muertos en la plaza del mercado, y durante varias horas perpetraron toda especie de enormidades.

Buena estrella le alumbraba por entonces al Lord; la noche del 6 de Abril, cuando horrorizado, por ser materialmente acribillados sus soldados en los fosos, iba á dar la orden de retirada, ve que Picton se ha apoderado del castillo, que los franceses son acometidos de frente y de espalda y que Badajoz va á caer en su poder. Philippon, que se había acogido al fuerte de San Cristóbal, se entregó á la mañana siguiente, y Wéllington se adueña de la plaza, que le costó en los asaltos muy cerca de cinco mil hombres.

Pero una vez más le dieron sus soldados sobrados motivos de poder hablar de su indisciplina, y añadiremos nosotros de su barbarie; de indisciplina, porque creemos con las Cortes y con la Regencia, que hizo esfuerzos por contener los desórdenes y crímenes que sus soldados cometieron en una ciudad amiga y aliada, la cual los esperaba impaciente para aclamarlos y agasajarlos: de barbarie, decimos nosotros, porque en Badajoz se vió á la lujuria y al asesinato unidos á la rapiña y á la borrachera; fueron víctimas de la soldadesca inglesa más de cien moradores de ambos sexos.

Y estas conquistas de plazas tan importantes y tan disputadas iba el mismo Wéllington á coronarlas el 22 de Julio con la renombrada victoria de Arapiles. Del 13 al 20 fueron observándose los dos duques, el de Ragusa y el de Ciudad-Rodrigo, en marchas y contramarchas de uno y otro lado del Duero, para ver de aprovecharse el más hábil ó el más afortunado del menor descuido del más desgraciado ó del más torpe; y el 20, antevíspera de la batalla, ofrecieron el raro espectáculo de caminar dos poderosísimos ejércitos por las márgenes de un río, el Guareña,

á la derecha el francés, el inglés á la izquierda, á distancia de medio tiro de cañón, sin iniciar ningún encuentro, tan deseado por ambos como temido. Pasan el 21 los franceses el río y se sitúan en la extensa llanura entre Alba y Salamanca, y los ingleses apoyan su derecha en el pueblecito de Arapiles, llamado así por sus dos colinas, Arapil grande y Arapil menor.

De cuarenta y siete mil hombres se componía cada uno de los ejércitos, y al amanecer del 22 se inician en el campo francés los movimientos que preceden á una batalla; trábase con coraje ésta de una y otra parte y ya los aliados emprendían con orden la retirada cuando vuelve á alumbrar la buena estrella de Wéllington, quien de carácter indeciso y poco activo, pero sin rival como caudillo que sabe aprovechar las ocasiones, observa que el francés, por estrechar al enemigo, prolonga excesivamente su izquierda; entonces cambia de dirección, acomete rápida y denodadamente á su adversario, y tiene éste que desalojar el Arapil grande, retirándose aunque con orden por los encinares del Tormes.

Acción sangrienta fué: los aliados tuvieron cinco mil quinientas bajas entre muertos y heridos; los franceses dejaron en el campo mil ochocientos muertos, entre ellos tres generales, y tuvieron más de dos mil quinientos heridos y siete mil prisioneros, con dos águilas, once cañones y seis banderas perdidas. Entre los heridos se contaba el mismo duque de Ragusa, el general en jefe Marmont, que á las cinco de la tarde toma parte personalmente en el combate y á poco tiene que retirarse con la rotura del brazo y dos anchas y profundas heridas en los costados; se contaba Bonnet, en quien debía recaer el mando, que lo recoge Clausel; se contaba uno de los ayudantes de éste, el capitán Francisco Delavigne, herido gravemente en una pierna.

Las recompensas llegaron á ser también magníficas: ya se sabe que en Inglaterra hasta la gloria concluye con dinero y que las Cámaras votan en acción de gracias y de sables de honor grandes pensiones á los oficiales y gene-

rales: votó el Parlamento la cantidad de cien mil libras esterlinas para la compra de terrenos y adquisición de rentas con que pudiera sostener la dignidad de la Pairía (1) en favor de Wéllington; y esto no es ya ser un duque de hierro, *Iron Duk*, como por la firmeza de su carácter vino á calificársele, sino un duque de oro. Las Cortes españolas le condecoraron con la insigne orden del Toisón de Oro y acordaron además levantar un monumento en el mismo lugar de la batalla.

De los afortunados venimos ocupándonos, y es muy justo que también dirijamos nuestra mirada á los desgraciados que derramaron su sangre, especialmente á aquél cuya suerte en gran parte hemos seguido hasta ahora y al cual, caído en tierra con grave herida, lo recogieron y lo retiraron del campo de batalla; vamos á ocuparnos de **Delavigne herido.**

Un casco de granada había determinado profunda herida en la extremidad inferior derecha seccionando el tendón de Aquiles, desgarrando los músculos gemelos y produciendo una gran hemorragia.

La articulación de la rodilla estaba igualmente interesada y esto era precisamente lo que mayor gravedad comunicaba á la lesión.

Los médicos examinan el traumatismo producido y hasta extraen fragmentos del cuerpo vulnerante aún adheridos á los tejidos mortificados, y todos convienen en que herida penetrante de articulación tan principal hará precisa la pronta intervención quirúrgica á causa de la inevitable y extremadamente temida supuración intro-articular que es la consecuencia.

En efecto, pasadas veinticuatro horas los dolores locales son agudísimos, el miembro se pone edematoso, y la fiebre traumática se presenta. La inflamación no se limita á la superficie cruenta, sino que se corre y propaga por los

(1) Pairía, castellano; la dignidad de par. No está la palabra en el diccionario (décimatercia edición); pero sí en Lafuente.

tejidos inmediatos, gracias á la acción contagiante del pus no eliminado. La amputación se impone á juicio de los doctores y así queda convenida.

Algo bonancible encuentran sin embargo en el enfermo al día siguiente y en el momento en que la operación quirúrgica va á dar comienzo, cuando decide á los galenos á aplazar su radical maniobra.

La naturaleza vigorosa del valiente soldado parece querer dar muestra de una excepcional potencia de reacción curativa y el precepto médico conservador detiene la acción eliminadora del bisturí.

A los pocos días, efectivamente, y merced á los solícitos cuidados de los atentos vigilantes de aquel terrible proceso, la fiebre desaparece, las heridas se limpian, los mamelones carnosos del fondo de éstas anuncian el principio de la formación de nuevos tejidos que se regeneran, y el enfermo, antes triste y abatido, se anima y reacciona.

Dejémosle en esta situación, y pasemos adelante sin detenernos ya ni en indicar siquiera la conquista de Valencia por Suchet, otro nuevo duque por este hecho de armas, el duque de la Albufera, hacia donde marchó el rey José de Madrid dejándoselo á Wéllington, para quien se aposentó alojamiento en el Palacio Real; pasemos también por alto la vuelta otra vez de aquél á la coronada villa y la retirada de éste desde Burgos, que no pudo tomarlo, casi á las primeras posesiones que tuvo allá por Portugal; porque aunque aparentemente se estaba como al principio de esta campaña, algo eran el levantamiento del sitio de Cádiz, la evacuación de Andalucía, el abandono á los aliados de veinte mil hombres y tres mil piezas de artillería.....

Algo era todo esto, y sin embargo, pasémoslo adelante; porque había mucho más. Allá por las nevadas estepas de la Rusia, el coloso, el Emperador, á quien hemos admirado grande en sus batallas, grande en sus decretos, grande en sus palabras, grande en sus trastornos, llevaba ya la herida en el corazón.

CAPÍTULO XXXII

Proposición desechada

Sí; el coloso tenía ya la herida en el corazón. ¡Ah! No impunemente se desprecian los derechos de los pueblos y, pues de la revolución procedía, no impunemente se traiciona á la revolución y se atenta contra la libertad de la Francia.

Más que nunca engraido con su poder el Emperador, sigue siendo grande en sus trastornos. Había obtenido que fuese declarado nulo su matrimonio con Josefina, viuda del general Beauharnais, á quien, á pesar del repudio, siguió el título de Emperatriz y una pensión, correspondiente á su rango, de dos millones de francos, retirándose á la Malmaison, villa á trece kilómetros de París; y, libre ya, se casó en segundas nupcias el 1.º de Abril de 1810 con María Luisa, hija del Emperador de Austria, al doble objeto de tener sucesión, como la tuvo, pues el águila vió el 20 de Marzo su aguilucho que fué recibido con el título de rey de Roma, y de entrar en la esfera de los monarcas legítimos y de derecho divino.

Y aún quiso en su ambición llegar á lo imposible. En Mayo de 1809 había despojado al Papa de sus estados, so pretexto de no haber cumplido su celeberrimo decreto del bloqueo continental, llevándole prisionero á la plaza fuerte de Savona, á pesar de la excomunión que contra él fulminara el soberano pontífice, firme en rechazar todas las proposiciones que tendieran á mermar los derechos que el

concordato le garantía. Y llegó á más, mejor dicho, intentó más; probó lo imposible; pues como no rendía á Pío VII, Gregorio Bernabé Charamonte, benedictino, sobrio y piadoso, que no cedió á los españoles en valor y constancia, imaginó crear un poder eclesiástico supremo que debía hacer la competencia al Papa; pero convocada la asamblea presidida por el complaciente cardenal Fesch, su tío, compuesta en su casi totalidad de instrumentos de sus malévolos y despóticos designios, y siguiendo severo el Papa en su actitud llegando á no confirmar el nombramiento del nuevo arzobispo de París que Napoleón había hecho, hubo de transigir por la convocación de un concilio general que empezó en 16 de Junio de 1811, y en cuya primera sesión declaró su obediencia incondicional al supremo Pontífice. No podía ser; palabra infalible había pronunciado hacía muchos siglos el «Tu es Petrus», (1) y la Iglesia sobre esta piedra edificada soportó los medios coercitivos que empleó el Emperador, quien al fin tuvo que ceder, habiendo entonces obtenido la confirmación de los obispos por él nombrados; para lo cual fué conducido el Papa, si bien, á pesar de todas las exterioridades, prisionero de Napoleón, pero con todos los honores debidos, desde Savona á Fontainebleau.

Como en Pío VII encontró su dique en el orden espiritual, en el orden material encontró su dique en el zar de Rusia, Alejandro I. A fines de 1808 se habían entrevistado los dos emperadores en Erfurt, más actores, como alguien ha dicho, que los célebres de la *Comédie française* (2) que ante ellos representaron: Talma, Dumas, la Duchonais, la hermosa Bourgoing....; porque atentos, entonces como después, á las circunstancias para obrar según á cada cual mejor le pareciera, no impidió el reconocimiento hecho por Alejandro de la grandeza de Napoleón, entre

(1) «Tu es Petrus...» latín; «Tú eres Pedro... (y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.)

(2) *Comédie française*, francés; (Teatro de la) Comedia francesa.

aplausos estrepitosos, al levantarse y darle la mano con profundo saludo, cuando oyó al actor en la obra el *Edipo* de Voltaire: «L'amitié d'un grand homme est un bienfait des dieux», (1) que años después se hicieran la más mortífera guerra en las nevadas llanuras de Rusia.

Ofendió al zar con la incorporación á Francia del ducado de Oldenburgo; ofendido estaba él porque su decreto del bloqueo no se cumplía rigurosamente por Rusia. Esta aceptó la guerra declarada por Napoleón, que, confiado en genio y fortuna, se atrevía con la formidable potencia, á pesar de tener la absoluta certidumbre de que su rival había logrado, por medio de cohecho, copia de todo su plan de campaña.

Arrolló Napoleón las líneas de defensa de los rusos; venció en los encuentros sangrientos de Smolensk y á orillas del río Moscova, esta batalla en que entre ambos ejércitos tuvieron setenta mil bajas; y el 14 de Septiembre entró en Moscou, la segunda población del vasto imperio ruso, abandonada por casi todos sus habitantes, donde no encontraron los franceses tesoros ni víveres. Porque no fué un plan premeditado: en su retirada forzosa los rusos alcanzaron la ventaja de ir retrocediendo ante el ejército francés, haciéndole internar en el país y privándole de víveres y recursos por el traslado, el destrozo y el incendio; procedimiento que, elevado á sistema, el gobierno aprovechó y lo puso en ejecución hasta en la segunda población del vasto imperio.

No bien se había instalado Napoleón en el Kremlin, antiguo palacio de los zares, se levantan en diferentes partes de la ciudad siniestras columnas de humo; espectáculo horrible, Moscou en llamas; y á la madrugada del 16 se despierta el mismo emperador en medio de un océano de fuego. En la noche del 19 la gran ciudad rusa era una inmensa hoguera.

(1) L'amitié.... francés; la amistad de un gran hombre es un beneficio de los dioses.

Napoleón, perdido ya, pues había contado esta ciudad como su punto de apoyo, intenta inteligencias con Alejandro, que ya ha decidido sin duda la ruina del tirano, rechazando todas sus proposiciones; y entonces emprende la espantosa retirada á Polonia, que no hay pluma capaz de describirla.

Entró pronto el desorden en aquellos millares de soldados de todas las naciones sujetos al capricho de un hombre; muchos heridos, todos extenuados por el hambre y por el frío; y allá fueron quedando ¡cuántos! en aquel inmenso cementerio, cubiertos con el níveo sudario.

Un grito de dolor resonó desde las orillas del mar del Norte hasta las del Mediterráneo y del Atlántico; el coloso tenía ya la herida en el corazón; pero aún ha de transcurrir muy cerca de un año, 16 de Octubre de 1813, para que coligada toda la Europa empiece la lucha gigantesca en los alrededores de Leipzig, por la cual, aunque perdieron los aliados cuarenta y siete mil hombres, entre ellos veintiun generales y mil ochocientos oficiales, pisaron por fin territorio francés, no contra Francia, sino contra el déspota, y entraron el 31 de Marzo en París. Napoleón firmó el 11 de Abril su abdicación, reservándose el título de Emperador y la isla de Elba.....

Pero ahora caemos en cuenta que nos hemos apartado de nuestra historia y que estando nosotros en el año 12 referimos sucesos del 14. No hay como dejar la lengua ó la pluma que vayan por donde quieran, que ellas irán caminando libres y señoras por donde mejor les parezca; y conversación que empezó en el café hablando de un gallo pasará por la misa y por el torero y por el tenor y por Francia..... á concluir en el arroz de la China, y aun en algo más lejano y ya sin ninguna relación. Pero damos palabra al lector de sujetar nuestra pluma de aquí para adelante, (mas no nos tome en cuenta si tenemos algún otro descuidillo), y prosigamos nuestro cuento, que está en el punto aquel de Delavigne herido.

Recordará el lector la situación en que le dejamos; pero pasan dos meses, y ya el paciente respira el aire exterior, saliendo al campo á esparcir su espíritu con el auxilio de dos muletas. Así se le veía andar por las calles y alrededores de Vitoria; pero como no tenía aquí buenas amistades y le atraía poderosamente la ciudad donostiarra, ya piensa cambiar el triste lugar de sus primeros sufrimientos, y comenzó á trabajar activamente á fin de conseguir fuese trasladado al depósito de San Sebastián.

Y, en efecto, habiendo llegado en estos días su ascenso á comandante por su bizarro comportamiento en las batallas y su gravísima herida, con grandes elogios de él en carta particular que uno de los más ilustres generales dirigía á otro general su amigo, favoreciendo todas estas circunstancias su pretensión, es trasladado con los cuidados consiguientes á esta ciudad, adonde viene en busca de algunas compensadoras satisfacciones.

En el nuevo lugar sus heridas se cierran poco á poco: su articulación, aunque un poco rígida, empieza á obedecer á la firme voluntad del animoso comandante, y basta ya el apoyo que le presta su bastón en forma de cayada, para que la progresión se verifique sin molestia.

Un mes más de buena alimentación y de ejercicio adecuado y la extremidad enferma recobra sus naturales energías y libre movimiento.

De manera que estaba ya en las mejores condiciones que se pudieran desear para comer en aquellas pascuas de Navidad el célebre plum-pudding, que, desde que enseñó á hacerlo Gladstone, no faltaba en casa de sus amigos los Bengoecheas, los Urbiztondos y los Delavigne, los cuales, todos, tanto gustaban de su sabor especialísimo como de la fiesta en la preparación de los materiales y en las calladas vueltas de la masa con el cucharón.

Allí acudían también, á casa de Delavigne, Joshe Mari y Francisco, cada vez mejores amigos, y más de una reunión animó éste contando lances y peripecias de su vida de soldado. Pero también se encontraron Joshe Mari, Fran-

cisco y Coro, bien impensadamente por cierto, en casa de unos pescadores de la calle de la Trinidad, junto á la iglesia parroquial de Santa María.

Era un día del mes de Febrero, de temporal, mar gruesa, viento recio, lluvia copiosa; y estaba en casa de Dominica, la mujer del pescador Diego Zubiaurre, Francisco Delavigne, que la conocía de largo tiempo atrás y la cual le había servido muchísimo últimamente en el arreglo de su pierna, cuando entró María, porque también era conocidísima y visitaba frecuentemente á Dominica; si la conocería que ella era madrina de uno de sus pequeñuelos.

En plática estaban sabrosísima de chismes de la ciudad, cuando entró, como se entraba, sin llamar, abriendo la puerta y diciendo «Ave María Purísima», Joshe Mari, á quien, para cuando le oyeron, le vieron delante de ellos y precisamente en el momento que se hallaban solos, porque Dominica estaba en la cocina preparando un riquísimo chocolate. Joshe Mari, no sabiendo qué rumbo tomar y pasando por la calle, se le ocurrió lo que pocas veces se le ocurría, á pesar de ser también padrino de uno de los niños, subir á ver á Dominica, que había sido criada en su casa y quien le preparaba sus meriendas para ir algunas tardes de pesca, como su marido los anzuelos y los aparejos.

La sorpresa fué completa y tardaron en reponerse de ella: á María se le fueron todos los colores de la cara y miraba como suplicante á Joshe Mari; Francisco quedó perplejo en observación; casi el más sereno Joshe Mari no podía sin embargo disimular el enfado de que se hallaba poseído. Se hizo alguna pausa; rompió el silencio desde la cocina Dominica diciendo á Joshe Mari que también iba á hacerle chocolate; y empezaron á hablar de cosas indiferentes. En honor á la verdad debemos decir que, á pesar de la grande y buena amistad que los unía, la conversación fué lánguida, pesada y sostenida principal y casi únicamente por la salada pescadora, que atreviéndose como suelen las del país á ir más allá de lo debido, indiscreciones muy

disculpables por nacer de buenos y sinceros afectos, llegó á decir que Joshe Mari y María debían casarse y que todo el mundo, es decir, todo el pueblo, vería con mucho agrado este simpático matrimonio. Excusamos pintar el efecto que en la reunión produjeron estas palabras.

Despachó cada uno su jícara de chocolate con pan francés y el vaso de agua con volado y transecurrido muy breve tiempo se despidió Delavigne, levantándose también Joshe Mari para salir junto con él. Francisco, á modo de implícita satisfacción, le declaró que estaba en casa de la Dominica cuando entró María y los asuntos de que se ocuparon, con las frases chistosísimas de la pescadora. Fueron hasta la plaza de Herradores que se hacía al lado derecho de San Vicente y por donde Delavigne se marchó á la muralla. Joshe Mari retrocedió por la misma calle de la Trinidad con pensamiento de refugiarse en una taberna de la calle Mayor, cuando al pasar por frente á la casa de la Dominica iba á salir del portal María.

En el portal quedaron de charla ésta y Joshe Mari. Empezó éste por decirle que acababa de dejar á Francisco junto á la muralla y habían hablado de las ocurrencias de la Dominica, tocando este punto en nuestra opinión para tomar declaraciones separadas á los presuntos reos. Debió también así entenderlo María, pues después de repetir apresuradamente todo lo que hubiera podido decir á ser sincero Delavigne, que él estaba en casa cuando ella entró, los asuntos en que se ocuparon y las frases chistosísimas de la pescadora, con todo lo cual interiormente se satisfizo Joshe Mari en grado sumo, abordó de frente la cuestión y llegó á decirle que no había á sus ojos podido ocultar su enfado y que siempre llevaba muy adentro la preocupación de sus relaciones amistosas con Francisco.

Excusábase como podía Joshe Mari de las graves imputaciones de María, que cada vez iba dominándole más y.... él queriéndola más, cuando oyó decirle que para convencerle completamente, si era capaz de convicción, hallaba un medio que se lo proponía: si en lo que llevaba muy

adentro, su descuido con Francisco en casa de la lavandera, había llegado á grandes atrevimientos el oficial francés, se repetirían en la misma ocasión ó en otra parecida, y que ella por su parte no tenía inconveniente ninguno, aunque comprendía que de enterarse Francisco corría el riesgo de perder su buena amistad, en citarle á una conferencia con cualquier pretexto, y oculto Joshe Mari podría cerciorarse de la índole de sus relaciones y de las confianzas que entre los dos existiesen.

Proposición desechada fué esta en el acto por Joshe Mari; estaba interiormente muy satisfecho de que Francisco y María hubiesen coincidido en el modo y forma de la visita de la tarde, por donde vió con la mayor claridad que no había el menor fundamento para sus atrevidas suspicacias; y sin declararse en cuanto á esto que lo reservaba en lo más íntimo de su conciencia amorosa, rechazó la proposición como si todavía se mantuviese en la misma actitud de pacífico recelo, diciéndole en tono de broma que bien pudieran entenderse al darse la cita de la materia y tono de la conferencia que se iba á celebrar y representar la comedia ante el bobo espectador escondido.

No muy satisfecha María de la salida, pero sin enfadarse, aprovechó la ocasión para darle una lección moral de las que tantas había aprendido ella de su inteligente y bondadoso confesor; y después de citar á éste, á quien le había oído que un acto aislado no constituye á un ser en virtuoso ni uno solo constituye á un ser en vicioso, sino el hábito de las acciones de virtud ó de vicio, vino á enseñarle que no exigiera nunca cuentas á nadie de una debilidad, de una torpeza, quizás de una mala aprensión suya, sino de la conducta general; y que si se enredaba alguna vez en lazos amorosos con alguna mujer, no fuera haciendo inquisición del menor acto suyo, que la dejara en paz en su movimiento libre; pues como ella adoptara una conducta irregular, ya le saltaría á los ojos sin que éstos se abriesen demasiado.

Con esto se despidieron. María tomó la calle en derecha para rezar el rosario en San Vicente, y caminando iba, cuando tropezó con Delavigne. Dióle broma éste con Joshe Mari y con la frase que oyó á la pescadora, diciéndole luego en serio que él también vería con mucho gusto que esta boda se celebrara y la cual, en su opinión, era indeclinable.

María en este pasaje no despegó sus labios y parecía nerviosilla, meneando á todos los lados la cabeza y agitando suavemente, pero con frecuencia, su precioso cuerpo.

Y prosiguió el oficial francés entusiasmado del cambio que había hecho Joshe Mari desde el tiempo en que lo conoció hasta el momento presente, en que no le reconocería.

En este punto estaban aprovechando en la calle un pequeño escampo y empezó á gotear anunciando el centésimo chubasco de aquel día. Despidiéronse apresuradamente; pero no sin que María, que no había salido satisfecha de su entrevista con Joshe Mari, le dejase de replicar:

—Para usted y para muchos ha cambiado; pero para mí..... Yo le rechazaba á usted entonces la frase referente á él que tantas veces oí; pero ahora contra usted y contra todos la digo yo sola con toda mi alma: «¡Pero qué bruto es!»

CAPÍTULO XXXIII

La mañana del 25

Y aparecieron en lo alto de San Bartolomé, por primera vez el 26 de Junio, tropas españolas al mando del general Mendizábal, que no estaba suficientemente provisto de material para conquistar una posición bien preparada, y en cuya tentativa tomaron parte, á las órdenes del coronel Ugartemendía, los tres batallones guipuzcoanos, cuyos jefes eran Aranguren, Larreta y Calvetón. Excusado será manifestar el inexplicable júbilo con que los desgraciados habitantes de esta infeliz ciudad, que aguardaban asiosos el momento de su libertad y bienestar después de cinco años de opresión y de calamidades, recibieron esta aparición de las armas españolas, movidas en gran número por manos y corazones vascos.

Aquel día y el siguiente salieron apresurados del pueblo muchos vecinos, ya con anhelo de abrazar á sus libertadores, ya también por huir de los peligros á que los exponía un sitio que hacían inevitable las disposiciones de defensa que vieron tomar á los franceses, quienes empezaron á quemar los barrios extremos de Santa Catalina y San Martín. No salieron todos dejando la ciudad casi desierta, aunque su encendido patriotismo les persuadía que en breves días serían dueños de ella los aliados, porque el general francés Rey, que la mandaba, les prohibió la salida; y con todos sus muebles y efectos, que tampoco se les permitieron sacar, hubieron de quedar encerrados.

La posición de San Bartolomé fué defendida con fortuna por el 22.º francés y el 62.º que estaba de reserva, y Mendizábal se satisfizo con romper el acueducto para privar á la guarnición de tan esencial recurso como el agua, yendo á reunirse con las demás tropas españolas que iban persiguiendo al francés desde los campos de Vitoria.

Los rumores que corrieron en el pueblo de que algo grave había acontecido en las proximidades de la primera ciudad alavesa, fueron acentuándose y se vieron por fin confirmados. Trajo el relato verídico y minucioso de la celebrada batalla, á la tertulia, que hemos olvidado ya, de nuestro boticario don Fermín Bengoechea, el beneficiado de Santa María don Carlos Zabala. Más de dos horas estuvo hablando aquella noche, sin que ni el mismo Orbezo le interrumpiera sino para poner algo en claro, y dió al detalle cuenta circunstanciada de la marcha y del choque de los dos poderosísimos ejércitos aquí en el Norte de España. No le seguiremos en toda su narración, ó mejor dicho, le seguiremos en toda ella, pero concretando más y procurando ser brevísimos en la descripción de tan importantísima función de guerra.

Por órdenes de Napoleón, de trasladar el cuartel general á Valladolid, salió José el 17 de Marzo de Madrid, y el 26 de Mayo el general Hugo con aquel funesto convoy de preciosos cuadros, riquezas de Historia natural, preciosidades de los depósitos de artillería é ingenieros, documentos históricos.....; pero como al mismo tiempo Wéllington, después de reponerse en Portugal de las pérdidas sufridas en su retirada, avanzaba por la derecha del Duero hacia el Esla y José no había podido evitar la concentración de los aliados del lado acá de este río, se retira éste detrás del Pisuerga y del Carrión; sale de Palencia; llega á Burgos; y ansioso de ganar el Ebro establece su cuartel general en Miranda; mas sorprendido de haberlo pasado también sus enemigos, que iban siempre amagando la derecha del francés y tomándole alguna vez la delantera, dispuso José que se avanzara hacia Vitoria.

El 21 de Junio, casi al amanecer, salió José de Vitoria á recorrer sus posiciones; en ellas estaba su ventaja, pues aunque su ejército no bajaba de cincuenta y cuatro mil hombres, eran superiores, no en mucho, las fuerzas de los aliados. A las ocho comenzó el ataque en Puebla de Arganzón; se arroja al francés de las alturas; dura una hora el combate en Subijana y se replega el rey á una batería de treinta bocas de fuego; pero la columna aliada, á pesar del destrozo, avanza con firmeza y sangre fría y su enemigo abandona una posición tras otra; muévase á esto el centro compuesto de cuatro divisiones logrando cruzar el Zadorra y apoderarse de un cerro fuertemente artillado después de un combate porfiado y rudo; y por la derecha se ven desalojados también de montañas de difícil acceso y de los pueblos Gamarra menor y Gamarra mayor, sito este en la carretera de Francia, estorbando la retirada por aquella parte.

Entre cinco y seis de la tarde, pronunciada en toda la línea la victoria en favor de los aliados, todo fué ya confusión y desorden en el campo francés y se emprende la retirada por Salvatierra hacia Pamplona, abandonando el equipaje del rey José y habiendo perdido de siete á ocho mil hombres, ciento cincuenta y un cañones, cuatrocientas quince cajas de municiones, más aquella influencia moral ganada por los nuestros, que veían trocados en desalentados fugitivos á los que mostraron ser altivos dominadores.

Pero no dijo el buen cura que si grande fué la batalla de Vitoria, grandes fueron las recompensas y los efectos; Wéllington ganó el bastón de feld-mariscal de la Gran Bretaña y el sitio y posesión real conocido en la vega de Granada por el *Soto de Roma*; un voto de gracias del Parlamento británico el ejército anglo-hispano-portugués; y por la ciudad de Vitoria uno de sus ilustres hijos, el general don Miguel de Alava, una espada de oro. Para darse cuenta de los efectos baste decir que el rey de España estableció su cuartel general en San Juan de Luz y que su ejército de Portugal estaba situado en Irún.

Girón y Longa habían tomado el camino de Vitoria á Francia, cerrado á los franceses en la gran batalla por el general inglés Graham; y encargado por Wéllington de que con toda la izquierda marchase en apoyo de aquellos, con quienes se juntó en Villafranca el 24, todos juntos lanzaron de Tolosa á Foy, que salvó el gran convoy con gran previsión y suma pericia y se internó en Francia perseguido por Girón; el cual tuvo la fortuna y la gloria de arrojar los primeros franceses fuera del suelo de la Península, después de batir con artillería la cabeza del puente del Bidasoa que tres mil enemigos defendían, comunicando el 1.º de Julio desde Irún al generalísimo: «Excmo. Sr.: Los enemigos por esta parte están fuera del territorio español». Volaron los franceses el puente y quedaron á las seis de la tarde del 30 de Junio cortadas las comunicaciones entre los dos países.

Pero la plaza de San Sebastián seguía ocupada por los franceses. La ciudad era un cuadrilátero circuido de murallas: al occidente bañadas por el mar; al oriente por el mar y el río Urumea; al mediodía corría la cortina de un extremo á otro con sus dos medios baluartes en éstos, de Santiago y de San Juan, flanqueda por un baluarte en medio, el llamado Cubo Imperial, por donde se entraba en la ciudad, con su gran hornabeque, camino cubierto y glasis; y al septentrión el monte Urgull, con seiscientos metros por cuatrocientos en su base elíptica y ciento veinte de altura, que remataba en el castillo de la Mota (probablemente denominado así por el apellido de su bravo defensor, el brigadier capitán de Guardias Walonas don Alejandro de la Mota, en 1719), consistente en una gran obra torreada, *El Macho*, con dos baterías á cada lado, las de la Reina y el Mirador, fortificaciones todas en un estado de conservación un poco lamentable; finalmente, á setecientos metros de su frente de tierra tenía la altura en que se hallaba el convento de San Bartolomé. Su guarnición consistía en unos tres mil quinientos hombres y unas setenta y seis piezas.

Frente á esta plaza estaba ya el 10 de Julio el ejército enemigo; y se penetraron los vecinos, que creyeron bellamente ilusionados á la aparición de Mendizábal y los suyos en el alto de San Bartolomé que el momento de su liberación y bienestar era tan próximo como seguro, de que habían de sufrir por más ó menos largo tiempo los horrores y las calamidades del sitio. Y, en efecto, la primera desagradable noticia para ellos fué enterarse de que no eran españoles los que habrían de recobrar su querida ciudad para la madre patria, sino la quinta división inglesa mandada por Oswald y las brigadas portuguesas de Bradford y Wilson, que reunían un total de nueve á diez mil hombres y cuarenta piezas servidas por quinientos veintiseis artilleros.

Siguieron después las que hemos indicado calamidades del sitio. Cualquiera podrá formarse una idea de las privaciones, sacrificios, sobresaltos y temores de una situación tan apurada, teniendo que sufrir las requisiciones y pedidos excesivos y extraordinarios que multiplicaba la guarnición con amenazas de muerte; y siendo tanta la desconfianza con que los franceses miraban á los moradores que en 7 de Julio les quitaron cuantas cuerdas, escaleras, picas, palos, azadones y herramientas de carpintería pudieron encontrar, además de todas las armas, sin excepción del espadín más inútil; todo bajo pena de ejecución militar. Más adelante sufrieron también.... mas procedamos con orden en cumplimiento de la palabra dada al lector de refrenar la pluma.

El 11 de Julio vino Wéllington de Hernani y dispuso el plan de ataque por el muro oriental, plantándose las baterías en las dunas del Chofre; pero sin descuidar por esto la otra parte ó sea por el lado de tierra, mandando que se tomara San Bartolomé, como se consiguió el 17 por los portugueses, y una obra circular, *Le Rondeau*, que los franceses para la defensa de la plaza habían levantado en el campo entre el hornabeque y San Martín.

En estos tristísimos días del lanzamiento por parte de

los aliados de bombas y granadas desde sus formidables baterías de Ulía, del Chofre y de San Bartolomé, la vida del pueblo estaba suspendida; las caseras ya no traían sus grandes cestas al mercado; las iglesias, transformadas á un tiempo en cuarteles y hospitales, no mantenían el sagrado culto; y los vecinos apenas salían de sus casas sino por pura necesidad. La defensa se prolongaba á pesar del vivísimo fuego de los aliados, cuyas granadas y demás proyectiles acrecentaban sus miserias; y en esta hondísima transformación, sólo, en apariencia al menos, conservaba el mismo carácter, congregándose los mismos señores en tertulia, si antes voluntaria, de algún modo forzada ahora, la botica de Don Fermín Bengoechea.

No había perdido en el número de los concurrentes, por el contrario había ganado; pues además de los que conocemos por habituales, el dueño de la casa, Mr. Delavigne, que intranquilo por habitar próximo á las murallas había cambiado de residencia viniéndose á vivir con su amigo, y los demás señores cuyos domicilios estaban muy próximos al del simpático boticario, acudían varios otros vecinos para matar las horas de aburrimiento é ir dejando el humor que la intranquilidad solitaria les producía; y además Joshe Mari, que desde su cambio de genio y figura y del otro cariz de sus relaciones con María, iba tomando un aspecto mucho más agradable y simpático, gustaba de estar muy cerca de ella y, no esquivaba, antes buscaba ocasiones de tratar con gente entrada en años, seria y formal.

Pero aun en estas reuniones llegaban á aburrirse los contertulios por falta de temas de conversación; la quema y destrozo por las bombas y las granadas que el enemigo arrojaba sin cesar; la muerte ó la herida de algún convecino infortunado; las probabilidades de la resistencia; la cuestión de víveres y otras cuestiones; eran todos ó hechos conocidísimos y que daban poco margen para *explayarse* ó asuntos ya muchas veces debatidos y terminados. Desde el 20 se animó más la conversación; este mismo día dió

materia á la charla el fuego continuo que hicieron los aliados; el 21 tuvieron también los señores en qué ocuparse, porque llegaron á enterarse de que sir Thomas Graham, el soldado que con sus sesenta y tres años y una hoja de servicios brillantísima, pues por uno de ellos mereció que nuestras Cortes le honraran con título y grandeza de España que declinó, por no despertar sin duda algún enojo en Wéllington quien no lo había conseguido aún, había intimado á Rey, el general de las fuerzas francesas, valiente y entendido general, la rendición de la plaza, intimación que fué rechazada, y esta resolución del general francés se hizo objeto en la tertulia de varios y encontrados pareceres; se comentó el 22 la brecha practicable que habían abierto las baterías enemigas en los cubos Amézqueta y de los Hornos; el 23 el ensanche mayor que dieron á aquella y la apertura de otra ancha de 10 metros entre Hornos y el baluarte de San Telmo, trayendo Orbegozo la noticia de que también habían empezado á abrir otra brecha más abajo y próximo á este último baluarte; y el 24 del incesante cañoneo y del incendio de las casas que en el muro se apoyaban.

Y no decimos que hablaban del inminente asalto, porque éste era el pan de cada día: no se había efectuado hoy, pero era inevitable mañana; y se despedían los señores de la tertulia con la mayor esperanza de que al día siguiente entrarían los ingleses en el pueblo. Así se despidieron también la noche del día 24 de Julio: «no ha sido hoy; pero lo que es mañana.....» y fué la noche del 24 al 25 cuando oyeron desde sus camas el cañoneo horroroso y la fusilería espantosa de los que asaltaban y resistían en las murallas la toma de la ciudad.

La mañana del 25 cada cual contaba á su manera los hechos de la noche; no había una versión que no discrepara mucho de otra, todas conformes en el único punto esencial, que los aliados tuvieron que retirarse con grandes pérdidas, por lo que no daremos ninguna de ellas; pero sí trasladaremos la del comandante Delavigne, por

ser de testigo presencial y parecernos la más conforme á la realidad de aquel hecho de armas.

Había pasado ya la botica, desde donde nadie le vió por estar los contertulios enfrascados en conversaci6n interesantísima, saltando aquí y allí las diversas versiones que hemos indicado, cuando fué llamado Delavigne por el señor Urbiztondo, que desde su casa desembocaba en la calle de San Gerónimo y le invitó á pasar á la tertulia. Aceptó Francisco y al poco tiempo ya estaba explicando el suceso en un ambiente de silencio y de recogimiento.

Y fijando nosotros, como hemos hecho hasta aquí con todos los oradores que nos han salido al paso, lo más importante de su relato, diremos que comenzó describiendo el asalto por la explosi6n de la mina del acueducto, que era la seña para los aliados de entrar en combate, explosi6n que produjo en los sitiados un espantoso pánico, bien aprovechado por los enemigos, de los que muchos con generoso ejemplo llegaron á la primera brecha; pero repuesta la guarnici6n acribilló materialmente en los fosos á los sitiadores, que además de este fuego, el de las casas aspilleras, el del castillo y el de las torres de ambos flancos, eran víctimas de sus propios cañones: los proyectiles que arrojaban, para sostener á los suyos y combatir á sus impugnadores, los artilleros del Chofre, herían y destrozan más que á los defensores á los mismos asaltantes. Y concluyó la narraci6n con la nota simpática de que acabado el destrozo y retirado con grandes pérdidas el enemigo, los soldados de la guarnici6n se precipitaban, á cual con más empeño, de lo alto de la brecha y de la falsabrega, á socorrer á los heridos, levantando y acogiendo igualmente á enemigos que á amigos, siendo animados y dirigidos en aquel arranque de humanidad por el mismo general Rey desde la brecha, cuyo proceder, observado por Graham, le vali6 que éste enviase un parlamentario para darle las gracias por tan generosa conducta.

Llegó este mismo día el Lord, y enterado del suceso y necesitando acudir contra Soult en Navarra, donde sos-

tendrían una gloriosa campaña de combates continuados hasta el 2 de Agosto, considerados como una sola batalla, la batalla de los Pirineos, dispuso cambiar el sitio en bloqueo; y fuera de algunas peripecias entre sitiados y sitiadores, y la celebración de la fiesta onomástica del Emperador, el 15 de Agosto, con iluminación en el castillo, en la cual resplandecían la divisa y el nombre de Napoleón, nada digno de referirse nos ofrecen este momento ni la vida pública ni la vida privada.

Como que los mismos contertulios á falta de asuntos, porque la ciudad verdaderamente estaba suspensa en su vida, habían echado mano de las cartas y entretenían el tiempo jugando al *mus* los que jugaban y de mirones y criticones los que no jugaban. La partida más frecuente vino á constituirse luchando por un lado Bengoechea y Joshe Mari y por el otro Urbiztondo y Delavigne.

Se ha dicho y se ha dicho muy bien que en la mesa y en el juego se conoce á los caballeros; y en nuestra opinión jugando, en efecto, da á conocer el más disimulado todo el fondo de su carácter. Así aparecía zumbón y dicharachero don Fermín; reposado y verdadero don Manuel; barullosos y un tantico aficionado á las trampas Delavigne; y sereno é inteligente Joshe Mari.

Y aún pudiéramos decir que en los juegos se revela el carácter también de los pueblos; pues así como muchos han advertido que el de la pelota es propio de la virilidad vasca, aun con nuestra desautorizada opinión nos atrevemos á creer que el del *mus*, rigurosamente vasco con su tanteo y con sus palabras de *amarrekos* (1) y de *órdago* (2), es propio á un tiempo de su astucia, pues hay que saber en el *mus* mentir á tiempo y engañar al enemigo, y de su amor á la verdad, al tener que rendirse ante el cotejo de las cartas que se muestran.

(1) *Amarrekos*, vascuence, amar-diez, cosa de diez; aunque el *amarreko* se hace en el juego con cinco tantos.

(2) *Or-dago*, vascuence, «ahí está,» cuando á una sola jugada se envida todo el juego.

Así fueron pasando aquellos días hasta que el 26 de Agosto y en presencia de lord Wéllington se rompe el fuego con una salva general; y con tal violencia se sostuvo que fueron destruídos los dos cubos de los Hornos y Amezqueta, la cortina que los unía y el revestimiento del medio baluarte de San Juan. En la noche de éste al siguiente día se apoderaron doscientos aliados, con pérdida de veintiocho hombres, de la isla de Santa Clara, guarnecida por veinticinco franceses que hicieron una brava defensa.

En los días siguientes 27 al 30, en estos tres días, jugando todas las baterías y todas las piezas, habiendo avanzado la batería de San Bartolomé á la baja de San Martín, armando la de Santa Clara, emplazando cañones hasta en el ensanche que se dió á las trincheras, aumentando, en suma, las bocas de fuego á un número tal como no se había visto en ninguno de los sitios acometidos por el ejército aliado, consiguieron que las dos antiguas brechas del cuerpo de la plaza no formaran más que una sola, ensanchada todavía con todo el espacio que había ocupado el baluarte de San Juan, enteramente deshecho; que el conjunto de ruínas presentara un desarrollo de doscientos cincuenta metros imposible de atrincherar; que se apagasen casi todos los fuegos de los franceses; y que la ciudad no presentara sino un montón de escombros, sobre el que la formidable artillería del enemigo no cesaba de vomitar la destrucción y la muerte.

La noche de este último día de los tres, el 30 de Agosto, no hubo uno solo de los señores de la tertulia que no dijese, perfectamente convencido de que el asalto se verificaría al día siguiente, la frase que más de una vez dijeron por decir:

«No ha sido hoy; pero lo que es mañana.....»

CAPÍTULO XXXIV

¡31 de Agosto!

¡Oh día desventurado, terrible presagio de lo que iba á suceder! ¡Oh noche cruel, en todo semejante á aquella en que Troya fué abrasada! ¡Víctimas inocentes, dignas de suerte menos lastimosa! ¡Víctimas antes de la tiranía francesa y ahora de una barbarie y de una rapacidad sin par! rapacidad que no contenta con la expoliación total, revolvió los escombros todavía calientes para ver si algo encontraba entre ellos; rapacidad que no perdonó á efectos desenterrados y que á los veinticuatro días después del asalto se ejercía en materias poco apreciables.

¡Y en qué ciudad! En aquella que dejó confusos á los oficiales franceses cuando al cabo de cinco años de estancia no lograron introducirse en ninguna sociedad ó casa decente española; en aquella que no podía esperar tan cruel y espantosa destrucción en el momento mismo en que creía ver asegurada su dicha y prosperidad, en ese instante que con increíble constancia y con extraordinaria fidelidad lo miró siempre como término de sus males y de cuya llegada no dudó nunca, á pesar de su situación geográfica y á pesar también de todas las tramas de sus implacables enemigos; en aquella ciudad que dió muestras públicas, nada equívocas y sin duda imprudentes, de su exaltado amor á su Rey y de su alto desprecio al intruso, cuando en 8 de Julio de 1808 paseó éste sus calles y se aposentó en su recinto, muestras tales que obligaron al sufrido José á manifestar á uno de los Alcaldes la sorpresa que le habían causado;

para que al cabo de cinco años de opresiones, vejaciones y penas fuera destruída por aquellas mismas manos que esperaba rompiesen sus cadenas, tan pesadas que, por estas demostraciones y su constante adhesión á la justísima causa nacional manifestada á pesar de las bayonetas que la oprimían, fueron castigados muchos de sus vecinos con contribuciones extraordinarias, con prisiones y con deportaciones á Francia; en aquella ciudad, donde las mismas gentes que volaron al socorro de los prisioneros ingleses y portugueses cogidos el 25 de Julio, esmerándose todos los vecinos á porfía, sin exceptuar las señoritas más delicadas, en llevar por sí mismos al hospital camisas, hilas, y cuanto podía conducir al alivio de los heridos de ambas naciones, por patriotismo el más decidido y aun heroico burlaban con peligro inminente de las vidas las órdenes francesas, negándose absolutamente á los trabajos del sitio. ¡En qué ciudad!

¡Infelicísima ciudad, lustre y honor de la Guipúzcoa, madre fecunda de hijos esclarecidos en las armas y en las letras, que has producido tantos defensores, que has hecho tantos servicios á la Patria, y que si nuevos sacrificios fuesen posibles y necesarios no vacilarías un momento en resignarte á ellos! ¡Oh ciudad infelicísima! ¡Oh día desventurado! ¡Oh noche cruel!.....

Con negros nubarrones de tempestad y niebla espesísima amaneció el día martes de aquella semana del año 1813 **31 de Agosto**. Lord Wéllington, que personalmente á las tres de la tarde del día anterior había inspeccionado el estado de las brechas, decidió el asalto para las once de la mañana de este día, hora de la baja mar.

Ya la noche del 29 se dispuso un falso ataque, con objeto de obligar al enemigo á hacer saltar sus minas, misión peligrosa que el teniente Mac-Adam, del 9.º Regimiento, desempeñó con gran valor, al frente de diez y nueve hombres de los escoceses reales, que estando los más próximos cuando se dió la orden, sin dar tiempo á llamamiento de

hombres de buena voluntad, ni de hacer ofrecimientos, ni de recurrir á medio alguno de excitación, tal es la bravura natural de los ingleses, se lanzaron á arrostrar una muerte que parecía inevitable, y que lo fué; pues aunque ganaron á paso rápido y sin ser descubiertos el pie de la brecha y la subieron de frente en toda su extensión haciendo fuego y con gran gritería, los franceses, demasiado valientes para dejarse intimidar, les recibieron con una descarga de fusilería que los puso fuera de combate, á excepción de su jefe que volvió sólo á las trincheras.

Aún hubo otro incidente antes del asalto y relacionado con él digno de referirse. El Lord encomendó el mando del ataque al teniente general Leith poniendo á sus órdenes inmediatas tres mil hombres que pertenecían á las brigadas de Robinson, Hay y Spry, de la 5.^a división inglesa, y el batallón número 5 de Cazadores de la brigada portuguesa Bradford; y á los ingleses de la división citada, acusados con justicia ó sin ella de haber mostrado alguna flojedad en el ataque del 25 de Julio, iban á preceder setecientos cincuenta voluntarios de la 1.^a, 4.^a y Ligera, los cuales se dieron, vanidad humana, á proclamar imprudentemente que se necesitaban hombres que pudieran enseñar á otros cómo se da un asalto. Molestó esto como es natural á los de la 5.^a división, y su jefe Leith se acercó á Wéllington, para exponerle su propio disgusto al mismo tiempo que el de sus soldados; y entonces el Lord, atendiendo tan justa queja, colocó á los voluntarios como en reserva. Marchóse aquella misma noche el generalísimo, cuyas órdenes empezaron á ser interpretadas por los generales, malamente por cierto, según el ingeniero Smith, y se resolvió por fin que el asalto de la brecha grande y del baluarte de San Juan se confiara á la brigada Robinson, y el de la brecha pequeña á los portugueses de Bradford, que vadearían el Urumea.

Oscurísimo el día, no rompieron los ingleses el fuego hasta las ocho de la mañana, hora ya muy atrasada para aquella estación, y fué sostenido incesantemente como

para preparar el asalto. A las once arrancó de las trincheras del istmo la brigada Robinson por el camino que había dejado en seco la marea, marcha que se señaló por la muerte del teniente coronel Sir Richard Fletcher, el inteligente y bravo ingeniero que figuró en cuantas ocasiones ofrecía al ejercicio de sus científicos servicios aquella guerra, el principal trazador de las líneas de Torres-Vedras.

En marcha ya por tierra los ingleses y los portugueses por el río, adelantándose un sargento y doce soldados, cuya muerte heroica no ha bastado para que la posteridad conserve sus nombres, se lanzan á cortar la salchicha que se suponía iba á comunicar su fuego á minas allí hechas para volar á los asaltantes; y, en efecto, estalla la mina, que envolvió á aquellos valientes entre llamas, mató unos treinta hombres de la columna y cubrió parte del camino con las piedras y el cascote del inmediato muro. Pero afortunadamente pasó la cabeza de la columna el espacio volado y reformada en seguida por el teniente M'Guire, que se distinguía por su plumero blanco y hermosa figura, pudo llegar al pie de la brecha, pasando los soldados por encima del cuerpo de tan heroico y brillante jefe, ciegos, sordos y envueltos como iban en la granizada de balas, metralla y bombas que el enemigo hacía caer sobre ellos. También llegó el resto de la brigada Robinson corriendo atropelladamente por el pie del muro destrozado hasta el de la brecha, y se sostiene aquí un fuego vivísimo entre asaltantes y asaltados.

Eran aquellos destrozados desde los restos de tapias, tabiques y tejados que formaban un segundo recinto aspillero y desde los robustos traveses de que se disparaba un fuego mortífero de fusilería, aumentado con el del Castillo y del Mirador; y no salen mejor librados que los de la brecha grande los que asaltan el medio baluarte de San Juan, donde empeñados en montar la brecha abierta en la cortina alta del frente de tierra, encuentran una resistencia insuperable en los defensores, que los acribillan apoyados en un gran través, en el fuego del Cubo Imperial

y en el destructor de una pieza que acaba de llevarse al ángulo izquierdo del hornabeque.

Acuden las reservas, no quedando en la paralela más que una parte del 9.º Regimiento que tan eficaz acción estaba ejerciendo en aquel sitio; se precipitan, como un turbión, los voluntarios, que clamaban por ir á las brechas, puesto que para eso habían dejado sus cuerpos respectivos, pero en lo alto desaparecían como se derrumba un muro; y se ve una masa suceder á otra, subir, tambalearse y caer á su vez. Y aunque disparan las baterías tan certeramente que á los asaltantes que estaban tan solo como á dos pies debajo de la brecha apenas si alguna bala les hirió, mientras que todas daban con feliz exactitud sobre el enemigo; y aunque ya establece el primer alojamiento eficaz contra las baterías enemigas el arrojado coronel del Regimiento número 15, Luiz do Rego Barreto, que al frente de los suyos y con bandera desplegada avanza con la mayor osadía y ardimiento en medio de una lluvia de balas que le caían en derredor, consiguiendo también otro alojamiento el jefe de los voluntarios, el teniente coronel Hunt, se hacía ya evidente el fracaso, porque todas las reservas estaban comprometidas y no podían esperarse mayores esfuerzos de parte del soldado.

Pero la fortuna interviene en este crítico momento: un proyectil enemigo, fué la opinión general, produjo la explosión tremenda del depósito de bombas y granadas que los franceses guardaban en la misma brecha para un último caso; más de trescientos granaderos dejaron, al desaparecer en el aire y entre ruínas, camino al ímpetu de los enemigos, que entran en la ciudad; los primeros, persiguiendo á los últimos defensores que corren por entre calles buscando el refugio del Castillo; la masa general, gritando *hurras* en medio de la más imponente tempestad de relámpagos, truenos y lluvia.

Casos de valor personal, como sucede siempre, hubo muchísimos; ya hemos citado algunos; pero no hemos hablado de uno de los soldados más valientes y animosos

que entre los defensores peleaba. Ostentaba las insignias de comandante y tenía su puesto en el medio baluarte de San Juan; desde el principio del asalto sostiene á los suyos con imperturbable serenidad; atiende á todas las partes que se le han confiado de la defensa con extremada vigilancia; y tan ciego mantiene el coraje de las armas que aun enterado de que los enemigos han traspasado la brecha grande y de que ya se ha dado la orden de retirada, sin comprometer á ninguno de los suyos, pues les repite esta orden, continúa como simple soldado con un puñado de valientes haciendo difícil la entrada de los asaltantes.

Ya casi se encuentra solo y va á ser apresado por un soldado inglés, cuando con concepción rápida, vista certera y agilidad sorprendente, después de, confiado, hacerle al inglés dar el golpe en el vacío mientras él se agacha y deja su espada en tierra, levántase rápido y cogiéndole con sus membrudos brazos le lanza del muro abajo; recoge su arma; gana la escalera; y por la calle de San Juan, perseguido muy de cerca por los que tras él salieron del baluarte y por los que ya aflúan del gran boquete, dobla la del Puyuelo; avanza y coge á sus camaradas que entran por la de Narrica; pero él sigue adelante para tomar la de San Gerónimo y ocultarse en la casa de don Fermín Bengoechea. A punto llegó; pues dos ingleses zancudos que lo perseguían, aunque un momento sorprendidos por la súbita desaparición, continuaron su marcha y doblaron por la calle de Iñigo-alto.

Llamó en casa de los señores de Bengoechea y le abrió la puerta el mismo don Fermín.

—¡Francisco!—exclamó éste, haciéndole entrar y cerrando la puerta. En seguida acudieron las mujeres y entre todos le hicieron pasar á la sala, donde le dispusieron asiento.

Todos hablaban á un tiempo:—¿Está usted herido? Trae pronto agua. Mamá, las llaves para sacar el ron. Trae esa silla.....—; todos hablaban, menos Francisco Delavigne, que, jadeante, por el esfuerzo del día y la última apretada

carrera, parecía desfallecer, abandonando su cuerpo, respirando con estertores, cerrando los ojos y abriéndolos á ratos desmesuradamente. Así se libró de ser uno de los seiscientos ó setecientos prisioneros que en esta retirada pudieron hacer los ingleses.

Llevaban los soldados sus hurras á unas y otras calles, mientras los alcaldes don Miguel Antonio de Bengoechea y don Manuel Gogorza, regidores y síndico y vecinos más distinguidos que se hallaban congregados en la Casa Consistorial desde las once de la mañana, á cuya hora se dió el asalto, con el intento de salir al encuentro de los aliados, ven entrar una columna suya en la Plaza Nueva, é inmediatamente bajaron apresuradamente los alcaldes, que abrazan al comandante y le ofrecen cuantos auxilios se hallaban á su disposición. Por el general preguntaron y fueron sin dilación á buscarlo á la brecha, caminando por medio de cadáveres; pero antes de llegar á ella y averiguar en dónde se hallaba el general, fué insultado y amenazado con el sable por el capitán inglés de la guardia de la puerta uno de los alcaldes. En fin, pasaron ambos á la Brecha y encontraron en ella al mayor general Hay, por quien fueron bien recibidos; y aún les dió una guardia respetable para la Casa Consistorial, de lo que quedaron muy reconocidos.

A las dos y media de la tarde ingleses y portugueses eran ya dueños de la ciudad; y los leales habitantes prorumpían en vivas, vítores y voces de alegría. Los pañuelos se tremolaban en las ventanas y balcones, al propio tiempo que se asomaban las gentes á solemnizar el triunfo, claras muestras del afecto con que se recibía á los aliados. Pero á pesar de la dura jornada y la alegría consiguiente al vencimiento, todavía hasta asegurar el dominio y disponer su alojamiento, estuvieron en filas algún tiempo. Rompiéronse éstas y marcharon por pelotones á recorrer las calles.

Uno, sin embargo, iba solo; ejemplar rarísimo, como que estamos por decir que era el único: un capitán inglés que desde la Plaza Nueva, adonde fueron acudiendo co-

lumna tras columna para recibir la boleta y quedar después en libertad, se dirigió apresuradamente á la calle de Iñigo-bajo y entró en la casa en cuyo bajo se hallaba establecida la antigua y acreditada relojería de Mr. Delavigne. Pero salió inmediatamente y por la Plaza Nueva entró en la calle de San Gerónimo y en la casa de don Fermín Bengoechea. Llamó en la habitación de éste y quedó sorprendido cuando, abriéndole la puerta el mismo don Fermín y habiéndole sin duda reconocido, volvió á cerrarla apresuradamente.

Quedó perplejo el capitán inglés; pero á poco tiempo volvió á llamar con insistencia; y como empezara á dudar de que don Fermín le hubiese conocido anteriormente y sintiendo pasos detrás de la puerta, al mismo tiempo que llamaba en ésta comenzó á decir en voz alta: «Soy Gladstone. Soy Gladstone.»

Entonces fué cuando se le abrió de par en par la puerta de la casa y fué estrechado en los brazos de sus tíos los Delavigne y en los de los señores de Bengoechea y casi casi en los de Dolores y María. Después de los saludos cariñosísimos y de las primeras palabras de afecto, volvióse Gladstone á don Fermín para decirle que no se explicaba la acción de haberle cerrado la puerta; disculpóse don Fermín diciéndole que así al pronto no le había reconocido; pero insistió Gladstone que, aun no reconociéndole, no tenía justificación el acto de cerrar su casa á un oficial inglés. No contestó á esto don Fermín, sino levantando los hombros, separando las manos y con una mueca de resignación; y después, cuando se le volvió Gladstone, y dirigiéndose á Mr. Delavigne, con guiño del ojo izquierdo é indicación del pulgar, índice solo en estos casos.

No pasó largo rato cuando volvió á llamarse á la puerta, que estos días estaba cerrada, y apareció Joshe Mari todo azorado. Vino á decirles que se prepararan todos cuanto antes para dejar la ciudad y retirarse de ella, que los soldados habían empezado á cometer excesos y tropelías. Y empezó un relato que llenó de pavor y de descon-

suelo á sus queridos amigos; díjoles que á los mismos que los aclamaban desde las ventanas y balcones correspondían los soldados con fusilazos, habiendo perecido muchos mientras les dirigían tan tiernas y decididas demostraciones; que oyó también que habían entrado ya en algunas casas; y que todo era de temer en vista de estos anuncios, de los que tan bárbaramente se habían comportado en Benavente, en Ciudad Real y en Badajoz.

Gladstone quiso debilitar las malas impresiones de su amigo Joshe Mari y el pésimo efecto que produjo en los circunstancias, expresando su vivísima confianza de que en esta ciudad, precisamente por sus inmediaciones á Francia, no darían los ingleses, sus compatriotas, semejantes escándalos que tan mal parados dejaban la disciplina militar y el honor de su nación. En esto estaban y ya iban tranquilizándose á sus palabras los oyentes cuando suenan fuertes golpes dados contra la puerta, y el estrépito, pues no era ésta muy resistente, con que se derrumba.

El estupor en la sala fué horrible cuando entraron cuatro soldados, ya ebrios, vociferando y recorriendo la casa sin cuidarse de las personas que en ella había, y aumentó cuando aparecieron con Francisco Delavigne. Quedaron todos atemorizados; Joshe Mari y Gladstone estupefactos. Repuestos de la sorpresa, se adelantó Gladstone y abrazó á Delavigne:

—¡Delavigne!

—¡Gladstone!

—Ese hombre es sagrado para mí, y va á serlo para vosotros.

—¡Cómo! ¡Qué!..... ¡mo!.....

—Se encuentra aquí.....

—He peleado en la muralla y me retiré perseguido muy de cerca; tuve que entrar en esta casa; llamé y.....

—Le abrí la puerta yo mismo y no pude negarle hospitalidad.....

—Llegó sin aliento; parecía que iba á desfallecer mi buen amigo.

—Y ¿qué tenemos que ver con todo esto? Al contrario; mayor motivo el haber peleado contra nosotros para llevarlo al calabozo. Ea, adelante....

—No; vuestro capitán os lo suplica....

—Pues no accedemos á la súplica, y además os denunciaremos....

—Vuestro capitán os lo manda; y tened mucho cuidado, borrachos, porque, si no me obedecéis, os costará vuestra acción de un momento grandes sinsabores durante toda vuestra vida; pues el capitán Gladstone había de tomar cumplida venganza de cada uno.

—¡Gladstone.....! ¡Gladstone.....! ¡tone.....!

Y, después de brevísima pausa, continuó el diálogo.

—Vuestro capitán os lo suplica. Y voy á hablaros, no como á soldados, sino como á hombres y como á ingleses. Primeramente reparad la casa en que habéis entrado; una casa respetabilísima y bien querida, donde, si os fijáis bien, veis á un tiempo á un joven de los principales del pueblo, á un comandante francés y á un capitán inglés.

Al llegar á decir Gladstone «á un comandante francés» saludó militarmente á Delavigne, lo que infundió en los soldados un gran respeto al comandante; y cuando dijo «un capitán inglés» saludó militarmente Delavigne, despertando una gran simpatía hacia él en los soldados ingleses.

Y prosiguió el diálogo:

—¡Lo que hay es que la chica es guapa!

—O no hables para que no se te oiga, ó habla más claro para que te oigamos todos. Ya te he oído la frasecita, que sólo podrá admitirse por fiesta entre camaradas; pero no es ocasión, sino muy grave, para que todos estemos serios y atentos al cumplimiento de nuestro deber. La chica realmente es guapa; pero está rodeada de tres jóvenes muy honrados y de toda su familia, que es muy respetable.

—No os canséis, Gladstone; yo os lo agradezco, pero seguiré mi suerte.

—De ninguna manera; vuestra suerte en este momento

está en mi mano y en las de estos cuatro valientes soldados del ejército inglés.

—Pues lo que es á mí todavía no me ha convencido.

—Óyeme y te convencerás. Peleaba yo en Portugal y fuí hecho prisionero con once soldados, merced á una casual sorpresa. El capitán que mandaba la fuerza enemiga, entendido con dos de sus hombres, me procuró la libertad. Aquel capitán es el comandante que está en vuestra presencia.

—¿Y por qué os libertó?

—Porque somos parientes de estos señores y nos conocimos y nos estimamos mucho en este pueblo antes de que pensara yo en ir á pelear á los ejércitos. Y como él encontró dos soldados que le ayudaran, yo con mayor motivo, pues él tuvo para obrar como lo hizo solo el parentesco, y yo tengo el parentesco más la gratitud inmensa y el deber riguroso, me encuentro con vosotros, con cuatro soldados, que de fieros se han amansado á la razón y, perplejos, se inclinarán por fin del lado de ella.

—Pero ¿qué á nosotros de todo esto.....? ¿Qué vamos ganando?

—No te quejarás de la recompensa, egoísta. Y pues no te convences como hombre, quiero que te convenzas como inglés. ¿Consentirás, tú, inglés, que aventaje un comandante francés á un capitán inglés (y volvió á repetirse el juego anterior de los saludos) en nobleza y generosidad? Contesta

—¡No!

Y dando Gladstone la mano á cada uno de los soldados, fué diciéndoles:

—Yo os lo agradezco y procuraré recompensaros y no os olvidaré nunca. Sentaos; esperemos que se haga más de noche, y pues está cerca el castillo, lo llevaremos entre nosotros y en el momento oportuno podrá escaparse.

María y Dolores dejaron la reunión para dedicarse á servir á los soldados, á quienes en breve les repartían una riquísima sopa y un plato de bien condimentada carne, que satisfizo extraordinariamente á los obsequiados, hasta el punto que el que, cuando el diálogo, se había mostrado

más exigente y egoísta, dijo estar bien recompensado de su cambio de conducta; pues no había alhajas en el mundo bastantes á pagar el beneficio por su cuerpo obtenido merced á sopa tan caliente y tan bien hecha. En la sala quedaron los señores comentando el asalto de la casa y las intenciones del saqueo, sospechándose que igual proceder observarían los demás soldados en otros sitios de la ciudad.

Insistió Joshe Mari con los señores de Bengoechea y con los Delavigne en su proyecto de trasladarse á Pasajes inmediatamente; y con este motivo cruzáronse algunas frases vivas entre él y Gladstone, pero con la mayor corrección y con espíritu amistoso, llegando por fin á reconocer éste que todo era de temer en vista de ejemplos anteriores, por lo que tan disgustado se había mostrado en muchas ocasiones su Generalísimo.

Salió impaciente Joshe Mari para dirigirse á su casa exponiendo que él ya había tomado su determinación, á la que procuraría atraer á su padre y que con toda la familia volvería á presentarse para ir todos juntos, si se decidían, á la próxima villa. A poco se despidió Delavigne de todos, pues ya entraba la noche, y aun en pleno día no hubo mucha luz; y entre los cuatro soldados y el capitán Gladstone, confundido con ellos, avanzaron por el resto de la calle, doblaron por la de la Trinidad, subieron al atrio del templo de Santa María, y allí á lo último, sin ceremoniosas despedidas, dándoles sencillamente las gracias, tomó la que se decía, de las dos, bajada principal del castillo y subió rápidamente al convento de Santa Teresa, convertido en el primer reducto de los defensores.

Ya estaban recogidos en el Urgull todos los soldados franceses de la guarnición; ya había expedido á Soult el general Rey, que tanto se ilustró en este sitio, el siguiente parte del día: «A las siete, en el momento en que os escribo, entro en el fuerte, después de haber sostenido la retirada de todas mis tropas. Creo que el enemigo será bastante justo para decir que sin la explosión de nuestras granadas, de nuestros proyectiles huecos y de nuestros

cartuchos, no hubiera entrado nunca en la ciudad; y ya no se trataba de perseguir á los franceses ni de hacerles fuego; y al volver pasos atrás, ahora libres de su compromiso, ven Gladstone y sus cuatro soldados que empieza á arder una casa de la calle Mayor, la casa de Soto, penetrándose todos ellos desde luego de que tal incendio era obra de sus compañeros de armas; y volviéndose el capitán á los suyos les exhortó para que le ayudaran hasta el final en su intento de salvar á familias para él tan queridas como las que en aquel momento estaban resguardadas. Ofreciéronse así y se apresuraron á entrar en casa del boticario, donde todos se hallaban sobrecogidos, esperando el retorno de Gladstone.

Porque ya desde entonces el saqueo, el asesinato, la violación, llegaron á un término increíble, y el fuego vino á poner el complemento á estas escenas de horror. Resonaban por todas partes los ayes lastimeros, los penetrantes alaridos de mujeres de todas edades, que eran violadas, sin exceptuar la tierna niñez ni la respetable ancianidad. Las esposas eran forzadas á la vista de sus afligidos maridos; las hijas á los ojos de sus desgraciados padres y madres; y hubo algunas que se podían creer libres de este insulto por su edad y que sin embargo fueron el ludibrio del desenfreno de los soldados. Una desgraciada joven ve á su madre muerta violentamente y sobre aquel amado cadáver sufre ¡increíble exceso! los lúbricos insultos de una vestida fiera en figura humana. Y para acabar de una vez con tan espantoso y repugnante cuadro, para no volver á él, recordaremos aquella desgraciada muchacha cuyos lastimosos gritos se sintieron hacia la madrugada del 1.º de Septiembre en la esquina de la calle de San Gerónimo, que fué vista, cuando rayó el día, rodeada de soldados ebrios, muerta, atada á una barricada, enteramente desnuda, ensangrentada y atravesada con una bayoneta por la parte más delicada y respetable de su ser.

¡Horrible atrocidad! Treguas.....

No; treguas, no; estimulantes poderosos, que surjan

del fondo acerbísimo de esta barbarie desenfrenada, para que nos exciten á proseguir la narración de la más hórrida noche de nuestro querido pueblo. Porque á la indisciplina, á la borrachera, al robo, á la lujuria..... acompañábalos el asesinato. ¡No volveremos á recordar la desgraciada muchacha, de que hemos hablado, la cual fué una de las víctimas; aquella noche saciaron las hienas su sed de sangre humana, no suficientemente derramada sin duda durante el día en los terribles asaltos de la muralla, en pacíficos y honorables vecinos; don Domingo de Goycoechea, eclesiástico anciano y respetable, doña Javiera de Artola, don José Miguel de Magra y otras muchas personas que por evitar prolijidad no se nombran. El infeliz José de Larrañaga, que quería salvar su vida y la de un hijo de tierna edad, fué muerto..... y á resultas de los golpes, heridas y sustos murieron después infinitas personas.

Pero no basta; azorados huyen la muerte corriendo por entre calles los vecinos desnudos enteramente, y buscan refugio, ora subiéndose á los tejados, ora encenagándose en las cloacas; y ya ni en los tejados, ni en las cloacas pueden salvarse. El incendio va apoderándose de las casas; las llamas primeras que vimos se entrelazan ya con otras y se elevan juntas; lenguas de fuego vivísimo suben por los muros y salen del interior á balcones y ventanas; caen con estrépito las paredes al desplomarse, y va desapareciendo la ciudad dentro de aquella inmensa hoguera..... De 600 y más casas, que contaba la ciudad dentro de sus murallas, solo quedaron 36, la hilera de casas contiguas á Santa María, que servían de hospitales, cuarteles y alojamiento á los franceses; ruina y destrozo que no se creyera obra de soldados de una nación aliada, europea y culta, sino estrago y asolamiento de enemigas y salvajes bandas venidas de África. ¡Oh día desventurado! ¡Oh noche cruel! ¡Oh infelicísima ciudad!



CAPÍTULO XXXV

Zubieta

San Sebastián, tan conocida por sus relaciones comerciales en ambos hemisferios; San Sebastián, que era el alma de esta provincia, ya no existe.

Vino la aurora del 1.º de Septiembre á iluminar la trágica noche de su expoliación y de su incendio, y los habitantes, aunque aterrados y semivivos, pudieron presentarse al General suplicando les permitiese la salida. Lograda esta licencia, huyeron casi todos cuantos se hallaban en disposición; pero en tal abatimiento y en tan extrañas figuras que arrancaron lágrimas de compasión de cuantos vieron tan triste espectáculo.

Personas acaudaladas que habiendo perdido todos sus haberes no pudieron salvar ni sus calzones; señoritas delicadas medio desnudas ó en camisa, ó heridas ó maltratadas; en fin, gentes de todas clases, que experimentaron cuantos males son imaginables, salían de esta infeliz ciudad que estaba ardiendo, sin que los carpinteros que se empeñaron en apagar el fuego de algunas casas pudiesen lograr su intento; pues en lugar de ser escoltados, como se mandó á instancia de los Alcaldes, fueron maltratados, obligados á enseñar casas en que robar y forzados á huir.

De los primeros que huyeron, gracias á la inteligente previsión de Joshe Mari y á las acertadas disposiciones y dirección del capitán Gladstone, fueron las tres familias por nosotros tan conocidas de los Bengoecheas, Urbizton-

dos y Delavigne, que se alojaron en el vecino pueblo de Pasajes. Al salir todos ellos con Gladstone y los cuatro soldados adheridos á su empresa de salvar tan importante y preciada carga, tuvo la fortuna, no bien puso los pies en la calle, de dar de manos con otros cinco de una de sus compañías, al parecer serenos y disgustados. Vieron al capitán, y como éste también se fijara en ellos, comprendió uno que los necesitaba y se acercó inmediatamente. Hablóle breve Gladstone y aquel llamó á los demás escoltando á las familias hasta la salida y aún yendo tres de guardia hasta el puente de Santa Catalina.

Porque contra lo que muy frecuentemente acontece que los de lejos nos aprecian mejor en nuestras cualidades, por atenerse á líneas generales de carácter y conducta sin percibirse de minucias y detalles que perturban el juicio de los próximos, por lo que se ha dicho sin duda que nadie es profeta en su patria y que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, hay algunas contadas excepciones, en que los de cerca forman más adecuado concepto de la índole de una persona, de donde sin duda también vendrá la frase de que para conocer á un hombre es necesario tratarlo. Pues aún son más raros los casos en que de cerca y de lejos, los próximos y los lejanos, tengan la misma idea de una determinada personalidad; y de estos casos raros era uno el de Gladstone.

Ya vimos, durante el diálogo, el efecto que produjo su nombre en los cuatro soldados que intentaron saquear la casa de Bengoechea, y era porque se le conocía en esta porción del ejército inglés como capitán animoso y como hombre circunspecto y de moral rígida. Pues este concepto público de sus compañeros de fatiga y armas, tan ventajoso para el joven capitán, era mejorado aún por los soldados á sus órdenes que al par le hallaban justiciero y benigno. Mucho contribuyó al feliz resultado de la liberación de Delavigne y de la salvación de las familias, además de su carácter firme y enérgico, el respeto y las simpatías que acompañaban á su persona y el afortunado en-

cuentro con los cinco soldados de una de las compañías que mandaba.

Los fugitivos no hallaron su sosiego sino al subir despacio, por los viejos, la empinada cuesta, desde cuya cima puede verse del lado acá San Sebastián y del lado allá Pasajes con su pintoresca bahía, celebrado puerto por su seguridad y por su fondeo. Ya iba adelantada la noche y desde aquella eminencia descubrieron, mirando á la ciudad, en toda su imponente grandeza y en todo su trágico horror el devorador elemento. A un tiempo se agolparon en tropel al pensamiento de todos los espectadores, tétricos y mudos, casas y bienes consumidos; al sentimiento de todos afectos benévolos á sus parientes y conocidos y á la ciudad querida. Comenzaron á bajar la cuesta y ya el aliento más reposado y algo más tranquilo el espíritu empezaron á recordar sus amistades más caras:—¿Qué habrá sido de Orbeozo?..... ¿Qué será de don Carlos Zabala?.....

Llegaron á Pasajes hacia la madrugada y llamaron en casa de uno de los inquilinos de don Manuel, señor de los más pudientes del pueblo, quien se levantó apresuradamente al enterarse de la calidad de los visitantes. Fueron éstos recibidos con todos los honores debidos, explicaron brevemente á aquel señor la causa del éxodo tan inopinado como peligroso, y por fin fueron avisados de que tenían dispuestas sus estancias en la misma casa y otras vecinas para su descanso. Las mujeres lo arreglaron todo mientras los hombres comentaban el desastroso fin de la ciudad, y á descansar se retiraron todos; que si á los viejos les era el descanso necesario después de un día tan amargo y de caminata tan pesada, no les venía mal á los jóvenes, que con los sobresaltos y las congojas pasadas daban muestras de cansancio.

Se levantaron para comer; no salieron de casa ni los jóvenes arreglando sus nuevos alojamientos; y ya á la noche, cuando cenaban, tuvieron noticias de uno y otro lado del pueblo. De San Sebastián supieron que se había retirado mucha gente, alguna al mismo Pasajes, y citaron va-

rias familias, las de Muñoa, Camino, Galardi.....; y del otro lado hacia Francia, del lado de Irún, que se había ganado la batalla de San Marcial. No haremos indagaciones de cómo se la refirieron, pudiendo nosotros contarla directamente; y pues de hechos muy lejanos, aunque importantes, nos hemos ocupado, natural es que digamos algo de esta célebre batalla: la batalla de San Marcial, con cuyo nombre, el de una elevación del campo, se la distinguió desde el principio.

A punto de amanecer el día 31 de Agosto atravesaron los franceses el río por los vados de Sowa y Saraburo, apoderándose de Irachabal, eminencia bastante adelantada á San Marcial; asaltan ésta, y cuando estaban á dos tercios de altura, se descuelgan á la bayoneta nuestros regimientos, Voluntarios de Asturias y Tiradores Cántabros, los de la Corona, León y Guadalajara, y los echan de cabeza el monte abajo, lo que comunicó Wéllington, en su parte al ministro, en estos términos: «Fueron rechazados y aun algunos arrojados al otro lado del río del modo más bizarro por las tropas españolas, cuya conducta fué igual á la de las mejores tropas que jamás he visto empeñadas».

Con nuevo refuerzo sigue dura la refriega: hubo cuerpo francés que llegó á la ermita que corona la altura, mas vuelven á ser rechazados; y por la tarde ya, emprenden otro ataque general; pero concentrados y manteniendo sus puestos los nuestros, lánzase el general Mendizábal á la cabeza de la columna de ataque y logran derrotar al enemigo, que por otra parte temeroso de que el río se hiciese invadible por la tempestad, la misma de San Sebastián que se extendió al Bidasoa hacia las tres de la tarde con torrencial lluvia y crecimientos de arroyos que allí afluyen, determinó pasarse al otro lado.

Al mismo tiempo se había peleado bravamente por el camino de Vera á Oyarzun, á espaldas de la Peña de Aya, consiguiendo los franceses casi internarse en el camino de Oyarzun; pero una división inglesa y los españoles de Longa los detienen cuando ya tocaban á la unión de

aquella vía con la de Irún; y estrechados en su línea, y con órdenes de retirarse, repasan también el Bidasoa. En la extrema derecha de la línea, por Echalar y Maya, Girón había mantenido la orden de entretener á los franceses obligándoles á refugiarse en sus reductos.

Estos combates habían costado á los franceses más de tres mil hombres, una oficialidad numerosa y cinco generales; y al ejército aliado dos mil cuatrocientos sesenta y dos hombres y ciento sesenta y un oficiales, los más españoles, por la militar galantería de Wéllington que los colocó en la posición que debía ser atacada en primer lugar, y en donde, según su parte, aunque tenía sobre cada flanco una división inglesa, viendo que la conducta de estas tropas era tan insigne mente buena (*conspicuously good*), ninguna de las divisiones británicas fué empleada en esta acción.

A la mañana siguiente, ya 2 de Septiembre, salieron jóvenes y viejos á la calle deseosos de ver á sus convecinos, y en efecto, eran muchos los que se habían cobijado en aquel pueblo; unos á otros se comunicaban las últimas noticias, de los muertos, de los heridos, del saqueo, del incendio..... Allí se decía que había muerto ó iba á morir el presbítero beneficiado don José de Mayora, don José Ignacio de Arpide, don Felipe Ventura de Moro.....; allí se oyó que estaban heridos más ó menos gravemente el tesorero de la ciudad don Pedro Ignacio de Olañeta, don Pedro José de Belderrain, don Gabriel de Bigas, don Angel Llanos.....

Hablando del saqueo no se acababa; hubo asunto para aquél y los días siguientes. Se decía que no sólo saqueaban las tropas que entraron por asalto; no sólo las que sin fusiles vinieron del campamento de Astigarraga, sino que los empleados en las Brigadas acudían con sus mulos á cargarlos de efectos; y no tenían que contarse unos á otros lo que veían, que las tripulaciones de transportes ingleses, surtos en el puerto, volvían de su viaje cargados de objetos preciosísimos. Y aún se decía más; que los jefes no habían dado ni daban ninguna providencia para impedir esta

rapiña en grande escala; y que era donosísimo que los ladrones se pusieran á vender los objetos robados á la vista é inmediaciones del mismo cuartel general, dándose el sacrílego caso de que uno de los portugueses trajese de venta el copón de la parroquia de San Vicente, que encerraba muchas formas consagradas, sin que se sepa qué paradero tuvo su preciosísimo contenido.

También el incendio daba que hablar y como los hechos anteriores con sobrado motivo por desgracia. Se comentaba, está demás el decirlo, la barbarie de haber entregado á las llamas por los mismos aliados una ciudad española; aun en contra de sus mismos afectos é intereses querían disculpar los primeros movimientos de un ejército asaltante que había sufrido muchas y dolorosas pérdidas con la resistencia de la defensa, entre ellas de Fletcher, Gramford..... heridos los generales Leith, Oswald y Robinson, los coroneles Hunt, Cameron, Campbell.....; pero á lo que no encontraban la menor atenuación era á la prosecución en los siguientes días de tan bárbaros atentados como el del incendio, en que llegaron hasta el extremo de parecerles demasiado lento el progreso de las llamas, y además de los medios ordinarios para pegar fuego que antes practicaron, hicieron uso de unos mixtos que se habían visto preparar en la calle de Narrica en unas cazuelas y calderas grandes, desde las cuales se vaciaban en unos cartuchos largos: de éstos se valían para incendiar las casas con una prontitud asombrosa y se propagaba el fuego con una explosión instantánea.

Dejemos por el momento á los refugiados en Pasajes y entrémonos por la ciudad destruída, cuyo castillo aún sigue en poder del Emperador. En este castillo se sostuvieron los franceses, sin aceptar Rey la capitulación honrosa que se les propuso el día 3 de Septiembre, aplastados por las bombas y las granadas del enemigo, que no cesó de disparar todo el día 7, sin contestación por escasez de municiones, y el día 8 desde las diez de la mañana hasta las doce; en que volado el depósito de municiones y el Macho y

todas sus obras adyacentes, envió Rey á su jefe de Estado Mayor, el coronel Songeón, siendo abrazado por Graham quien le dijo: «Vuestras tropas no están vencidas y tienen derecho á dictar condiciones: escribidlas», oyendo esta noble respuesta: «No pedimos más que los honores de la guerra y el transporte de nuestros heridos á Francia. No podemos exigir otras condiciones, porque no nos queda ni una bala de cañón con que sostener la negociación de que estoy encargado.» Así concluyó aquel sitio de 63 días de trinchera abierta, tan honroso para los sitiados como para los sitiadores, y volvió á izarse en el Macho del castillo la bandera española, saludada con una salva de 21 cañonazos.

Pero hemos citado ya en este hecho de armas el día glorioso de la resurrección de San Sebastián. San Sebastián ya no existe, hemos dicho; la hemos visto ir desapareciendo en aquella inmensa hoguera que aún en este día y en este mismo momento continúa, ¡horroroso espectáculo cuyo recuerdo no podrá borrarse jamás!; pero ahora vamos á acudir á su resurgimiento de la espantosa catástrofe; á su renacimiento, como el fénix, de sus propias cenizas, ¡espectáculo grandioso en medio de su sencillez tiernamente varonil!

¡Zubieta! ¡8 de Septiembre! He aquí los dos ojos con que se mira todo hecho histórico; el lugar, una barriada de corto vecindario, y la fecha, la misma en que los franceses entregaron el castillo. En esta comunidad de corto vecindario fueron congregándose previa citación, que no llegó á conocimiento de muchos, por no haber podido pasárseles el aviso á causa de ignorarse su paradero por la total dispersión del vecindario, los dos Alcaldes, los Regidores y Síndico, el Secretario don Joaquín de Arizmendi, el Prior del ilustre Cabildo Eclesiástico don Joaquín Antonio de Aramburu, varios vecinos respetables como don Joaquín Luis de Bermingham, don José María de Soroa y Soroa, don Rafael de Bengoechea..... ¡Ah! Y entre ellos don Fermín de Bengoechea y don Manuel Urbiztondo, que desde Pasajes habían acudido acompañados de Joshe Mari á cumplir sus deberes de ciudadanía.

El día 8 de Septiembre se juntaron en la casa solar de Aizpúrua; y después de un gran rato de triste y profundo silencio, interrumpido por los sollozos y lágrimas escitadas al verse reunidos, todos pálidos, macilentos, traspasados de dolor y desarropados los más, hablaron alternativamente los dos señores Alcaldes, don Miguel Antonio de Bengoechea y don Manuel Gogorza, para felicitar á los concurrentes por su celo patriótico. Inmediatamente se pasó á tratar de los medios que debían adoptarse para reunir el vecindario y reparar sus pérdidas si es que podían repararse, ó al menos en lo que repararse podían; y el Congreso, sin embargo de hallarse atónito, asombrado y fuera de sí con la horrorosa catástrofe, animado al recuerdo de que en diversas anteriores épocas se ha abrasado la ciudad enteramente por incendios aunque casuales, y no obstante por la constancia y amor á su nativo pueblo ha vuelto á repoblarse hasta el punto de opulencia y esplendor que la hicieron célebre y famosa en ambos hemisferios, utilísimá al Estado y muy amada de los Reyes por sus distinguidos servicios, convino en que, imitando la magnanimidad de sus antepasados, se debían poner todos los medios imaginables para la más pronta repoblación de la ciudad; á cuyo efecto el medio más eficaz de que no se disperse y emigre á otras provincias la parte del vecindario que se ha salvado de la furia de los Anglo-Lusitanos, de conservar siquiera los templos y algunas casas, atraer los habitantes, reedificar la ciudad y conseguir del Gobierno algunos auxilios, es la creación de un Ayuntamiento que reúna la voz, representación y derechos de todos los vecinos y lleve el nombre de la ciudad de San Sebastián para que suene su existencia política, ya que ha desaparecido la física por su quema total.

Con cuyo pensamiento se acuerda dirigirse á la Diputación Provincial para que se sirva rehabilitar á los individuos del Ayuntamiento último, á fin de que ejerzan interinamente sus funciones y convoquen desde luego á los vecinos que puedan ser habidos para publicar y

jurar la Constitución y nombrar un Ayuntamiento constitucional.

Y volvieron á ocuparse, después de despachada esta carta para la Diputación, de la atroz y bárbara conducta de la soldadesca; pero sacrificaron en favor del bien general, pues importaba mucho conservar la reputación del ejército aliado en tiempo en que iba á entrar en el territorio enemigo, toda reclamación sentida, aunque elevaron una exposición breve, del saqueo horrible con los demás excesos anexos á él y del incendio en que consumieron las llamas el valor de más de noventa millones de reales, al Lord Duque, para que los protegiera con la generosidad propia de su carácter. Son notables las palabras en que se consignó el espíritu de abnegación de los congregados para realizar sacrificios por la Patria, incluso la de renunciar por algún tiempo ó para siempre á la dulce esperanza de ver reedificada la ciudad, mayormente si las pérdidas fuesen soportadas á prorrata entre todos los compatriotas. Y á este propósito añade un último ejemplo: «Moscou fué incendiado, y experimentó grandes pérdidas. La Europa entera conoce los felices efectos que produjo á la Rusia y á sus aliados esta enérgica resolución; pero las pérdidas de Moscou han sido indemnizadas por todo el imperio ruso y por la generosa nación británica».

Por último, los reunidos se ocuparon de la rendición del castillo, de cuyo suceso se enteraron cuando extendían una memoria de lo ocurrido. La Junta se apresuró á felicitar al general inglés y con este motivo preguntaba si el Magistrado de la ciudad podía trasladarse y tomar con libertad sus funciones en favor de la causa de la Nación y de los habitantes.

¡Bien se mostraron á las claras los congregados en Zubieta dignos patricios de ciudad siempre tan elevada y digna como la de San Sebastián! Pocas y muy acertadas medidas eran necesarias aquel día y se proveyó con cuidadosa diligencia y con sumo acierto: la primera era sin duda, pues la ciudad ya no existía físicamente, dar fe de

vida política, de entidad moral, de ser vivo en la esfera de la inteligencia y de los sentimientos, de los recuerdos y de las esperanzas.....

Ciudad destruída varias veces y reedificada otras tantas por la constancia y amor de los donostiarras á su pueblo..... volverá á reedificarse una vez más; permanecerá célebre y famosa en ambos hemisferios, utilísima al Estado y amada de los reyes..... Cada uno de los junteros vió al retirarse, bajo el peso amarguísimo de las ruinas y de los escombros de la ciudad y aquel otro dolor de tantas calamidades que guerra tan prolongada producía..... vió cada juntero alzarse limpia, morigerada, hospitalaria, la ciudad ideal de sus queridos ensueños, acabadas las guerras, caídos los muros, depuestas las armas, en vida de paz, de trabajo y de amor, utilísima al Estado y amada de los reyes, que vendrían á gozar de las ondas marinas y de la estiva aura.....

A la mañana siguiente y hora de las nueve y media volvieron á reunirse los señores; pero para nosotros, que no podemos descuidar asuntos públicos de tanta entraña, mas no debemos olvidar á nuestros personajes y á su particular situación, estamos obligados á decir que entre uno y otro día de sesión, en la noche del 8 al 9, y en otra casa que la de Aizpúrua, en Zubieta también, se iba levantando un nuevo hogar de aquella nueva ciudad, jóvenes que con las bendiciones del cielo y las alabanzas de la tierra habían de continuar la ley de la conservación de la raza en nuevos robustos cuerpos y nuevas delicadas almas.

Joshe Mari habló á su padre de sus vivísimos afectos á María y de sus bien acariciados proyectos en muy pocas palabras, entre dientes, con la cabeza baja y llevándose frecuentemente la mano á ella; don Manuel le oyó con extremada satisfacción y díjole que, después que hablara del asunto con su madre, lo plantearía á su excelente amigo de toda la vida, padre de la muchacha. En esto se atrevió á indicarle Joshe Mari que ya había manifestado sus intenciones á su madre la misma mañana en que salieron de

Pasajes para Zubieta, y que ella misma, mostrándose muy gozosa de estos pensamientos, le había indicado que los expusiera á su padre en este mismo lugar y aprovechando cualquier momento favorable para ello. Entonces don Manuel se mostró más á las claras, diciendo que también á él le satisfacía grandemente la boda y que en este mismo momento hubiera hablado á don Fermín, si no fuese tan tarde y éste no se hubiera acostado.

Reunidos á las nueve y media del 9 se recibió y leyó el elogio patriótico de la Diputación Provincial y su compasión y lamentos de la catástrofe, asegurando que por su parte coadyuvaría con todos los medios imaginables al alivio del vecindario y repoblación de San Sebastián, para lo cual pedía se le enviasen dos individuos á tratar con ella del competente remedio. Se suspendió la reunión á las doce y se reanudó á las tres de la tarde.

Esta suspensión fué aprovechada por don Manuel para hablar, después de haber comido, á su amigo don Fermín, de los proyectos en que se preocupaba su hijo, y el boticario quedó agradablemente sorprendido. Los dos padres se dieron mutuamente la felicitación más efusivamente cordial y en seguida llamaron á Joshe Mari, quien se presentó ruboroso. Y hablando, hablando, se enteraron los dos padres de que Joshe Mari en verdad no sabía seguramente la aprobación á este enlace de su compañera; él la presumía y creía contar con ella; y en esto don Fermín dijo zumbón que no se apurara por ello, y que él se la conquistaría.

Reunidos á las tres, se procedió á nombrar el Ayuntamiento y fueron reelegidos los mismos capitulares, que juran el recto ejercicio de sus empleos y toman posesión; nómbrense los comisionados ante la Diputación con amplios poderes y aún se les faculta para buscar dinero, á fin de atender á todos los gastos, sobre los propios de la ciudad, y fueron nombrados á este efecto don José Ignacio de Sagasti, don José María de Soroa y Soroa y don Joaquín Luis de Bermingham. El nuevo Ayuntamiento quedó encargado de convocar á los vecinos intra y extramurales de

la ciudad, á los de esta comunidad, Aduna, Igueldo, Alza, partidos de Ibaeta, Antiguo, Lugariz, Amara, Loyola y Calzada de Pasajes, para que asistiesen á la ciudad de San Sebastián á las doce de la mañana del 12 del corriente á la publicación y juramento de la Constitución; y como era muy urgente que pasase á la ciudad el Magistrado para darse á conocer á los jefes militares, cortar el robo que aún duraba y dar principio al ejercicio de sus funciones, se acordó que el día siguiente 10, entre siete y ocho de la mañana, salieran los dos Alcaldes y los demás individuos del Ayuntamiento, asistidos de los vecinos que pudieran acompañarlos, para presentarse al Gobernador y fijar su residencia en la casa de don Bartolomé Olózaga, situada en la calle de la Trinidad al pie del castillo, la cual con sola la hilera de casas de aquella parte se había preservado del incendio y fué ofrecida por el mismo señor Olózaga para dicho objeto. Y con un expresivo voto de gracias para la Comunidad de Zubieta por las atenciones de que habían sido objeto por parte de sus vecinos, levantaron la sesión.

Así nació á la nueva vida San Sebastián; así resurgió de sus cenizas. San Sebastián no existe, hemos dicho al principio, porque San Sebastián no existía, montón informe de ruínas y de escombros y en dispersión todo su vecindario; surge ahora San Sebastián en aquellas memorables sesiones de **Zubieta** y continuará siendo célebre y famosa ciudad en ambos hemisferios, utilísima al Estado y amada de los Reyes. ¡Viva San Sebastián!



CAPÍTULO XXXVI

Los funerales de 1815



Reunidos estaban en el Congreso de Viena desde el 1.º de Noviembre de 1814, mirándose las potencias y partidos, con creciente desconfianza, cuando el 6 de Marzo cayó, como una bomba, la noticia de que Napoleón, el soberano de la isla de Elba, había desembarcado en Francia. Inmediatamente cesaron todas las intrigas, se apaciguaron las pasiones y el Congreso redactó una proclama en que se calificaba á Napoleón de enemigo de la paz del mundo, al tiempo mismo en que se disponía la movilización de los ejércitos aliados.

Y, en efecto, veían con sobrado fundamento los soberanos, príncipes, generales y diplomáticos residentes ó representados en Viena que Napoleón era su mayor enemigo, á quien había de inutilizarse completamente. Y volvemos á repetirlo; que veían bien en efecto; pues es asombroso que apenas pisara el territorio francés, mostraran los sucesos que había tenido razón, como ha dicho alguno, cuando había profetizado que el águila imperial volaría de campanario en campanario hasta posarse en el de la catedral de París. Las tropas que se enviaron á su encuentro se pronunciaron en su favor; Luis XVIII huye á toda prisa á Gante.

Entra Napoleón el 20 de Marzo en París y pone en movimiento toda su energía y actividad; pero el destino había decretado ya su ruina. En la célebre batalla de Waterloo de 18 de Junio cayó con este efímero y sorprendente reinado de *cien días*, cayó, para siempre, el Imperio

Napoleónico. El 22 del mismo mes, obligado por el Senado, abdicó; quiso embarcarse para los Estados Unidos, pero halló cerrado el puerto de La Rochelle, y tuvo que entregarse á sus más temibles é implacables enemigos los ingleses. El 4 de Agosto llevóle una fragata inglesa al solitario y lejano islote de Santa Elena, sur de Africa.

.....

En este mismo mes de Agosto y su fúnebre último día, se congregaba bajo las amplias naves de la capacísima iglesia mayor y parroquia de Santa María numeroso gentío, todo el vecindario, con sus autoridades civiles, eclesiásticas y militares. En la nave central y bajo la medianaranja de la iglesia, entre los cuatro arcos torales que sostienen aquélla, estaba colocado el gran catafalco, que expresaba con mudo lenguaje el objeto de la luctuosa ceremonia.

En junta general de la ciudad de San Sebastián, congregada el 18 de Octubre del año anterior, se había acordado, queriendo perpetuar de generación en generación la memoria de la horrorosa catástrofe, celebrar perpetuamente solemne aniversario en sufragio y piadosa conmemoración de tan infelices víctimas, con la dignidad, decoro y pompa correspondientes á tan grandioso y magnífico objeto y al distinguido cuerpo que lo había decretado.

Dos días antes se pasaron por la ciudad esquelas impresas á todos los vecinos concejantes; por el ilustre Consulado á los comerciantes matriculados; por ambos cuerpos á los jefes militares y oficiales; y convidó también el Ayuntamiento, por bando público, á todos los moradores para que concurrieran á la augusta religiosa ceremonia.

Desde la tarde del día 30 se anunció la lúgubre función con el clamoreo triste y continuo de las nuevas campanas de la misma iglesia de Santa María y de las de la otra parroquia de San Vicente; y el mismo día 31 aparecieron cerradas las tiendas de todas las barracas y casitas provisionales á que se hallaba reducida la desfigurada é informe población. A las nueve y media se juntó el Ayun-

tamiento; á las diez menos cuarto se presentó el ilustre Consulado; y á las diez se encaminaron en cuerpo á la Parroquia.

Se colocaron en bancos dispuestos en dirección oblicua desde debajo del coro por los dos lados del túmulo hasta el presbiterio; al lado del Evangelio el Ayuntamiento encabezado por el gobernador de la Plaza, siguiéndole el Consulado, los vecinos concejantes y todo el comercio, y al lado de la Epístola los militares presididos por un mariscal de campo de los Reales Ejércitos. Delante de estos bancos enlutados se pusieron otros en dos escuadras, en los cuales se colocó en coro el ilustre Cabildo Eclesiástico con las respetables Comunidades Religiosas de Santo Domingo y de San Francisco.

En el altar mayor se alumbraba el Crucifijo con seis velas de á libra amarillas, y sendos ramos ó florones de ciprés entrelazaban los seis candelabros. El tabernáculo y camarín de Nuestra Señora la Virgen del Coro estaban cubiertos con paños negros, como igualmente el púlpito principal y los dos laterales de epístola y evangelio. Pero adonde convergían todos los ojos era al inmenso é imponente catafalco.

Su planta era un polígono compuesto de ocho faces ó lados sobre un cuadro de treinta pies, cuatro faces principales á las cuatro caras y cuatro angulares, viniendo á tener su circunferencia hasta ciento y diez pies. El túmulo se levantaba sobre un zócalo con su media base y cornisa, y en recuerdo de los muertos figuraban alegorías é inscripciones latinas, castellanas y vascongadas; sobre el zócalo tres gradas con ciento sesenta y ocho luces de lúgubre cera amarilla; luego un segundo zócalo cuadrado ó sea plinto con inscripciones en lápidas negras y del que se remontaban otras tres gradas con ciento cuatro velas amarillas también; á estas gradas seguía un pedestal en que descansaban otras tres con cien luces; y del plinto de sobre esta última gradería arrancaba y descollaba con soberanía una pirámide truncada con elevación de veinte y nueve

pies remedando al granito, rematada con una calavera colosal, que, formada con su cuello y quijada correspondiente, se elevaba cuatro pies y cuarto, ciñendo el cráneo fúnebre corona de ciprés. La elevación total del túmulo era de cincuenta y nueve y medio pies; y los adornos, figuras, emblemas, geroglíficos y sobre todo las dos banderas que desde el plinto de la pirámide se enarbolaban oblicuamente con las armas de la ciudad, rotas, medio quemadas y bañadas en sangre, en astas que tenían las puntas plateadas y con corbatas negras, suspendían y entristecían el ánimo. El catafalco era realmente una hermosa obra de arte, y su vista grandiosa é imponente.

La función religiosa fué magnífica: el Invitatorio y vigilia que se cantaron, así como toda la misa, se debió á la inspiración y grandes conocimientos musicales de don Manuel de Sagasti; y la oración fúnebre corrió á cargo del R. P. Fr. Ramón Diego de San Antonio y Chorroco, donostiarra también, Predicador general de la orden de San Francisco, oración tan afectuosa y tierna que conmovió á los forasteros y militares que no tenían relaciones con este pueblo desventurado. Impresos quedaron para siempre en el alma de todos los concurrentes estos solemnes **funerales de 1815.**

Entre el inmenso gentío que salió del oficio fúnebre descubrimos una pareja joven, hermosos cada uno en su sexo, modesta al par que elegantemente ataviados, y conocidísimos, pues no pueden abrirse paso entre saludos y detenciones corteses, á pesar de que se advierte que tienen prisa para su marcha. Rompen, en fin, por todo y se les ve caminar más que á paso á la calle Embeltrán, en cuyo número 3 y piso 2.º entran, casa que se conocía con el nombre de Ama-birjiña-pia, (1) saliéndoles al encuentro la niñera con un crío, á quien la señora coge entusiasmada,

(1) Ama-birjiña-pia, vascuence, madre-Virgen-abajo; porque esta casa, esquina á las calles de Embeltrán y Narrica con frente á la de Atocha ó de la Iguera, debió sin duda tener una imagen de la Virgen, de la que recibió su primer nombre esta última calle.

y el caballero se lo arrebató loco, y vuelve á cogerlo aquella abriendo su seno y entregándole los pechos para que chupe el nutritivo jugo. El mamón era un niño, que iba á responder en su día al nombre de Manuel Urbiztondo y Bengoechea.

Al poco tiempo dormido en el seno el niño, lo separó blandamente su madre y lo colocó con todas las suavidades en su adorada cuna. Sus padres se sentaron á la mesa. Durante la comida hablaron de la fiesta religiosa; la música, el sermón, el catafalco, las autoridades, el inmenso gentío.....; y por aquí se fueron á referir los horrorosos espantos que ellos mismos pasaron aquella noche trágica.

María del Coro recordó que en medio de tantas calamidades y ruinas ellos dos habían vivido su vida de amor que iba á ser eterna; y que habían conocido y querido entrañablemente, también para siempre, á dos excelentes amigos.

Joshe Mari de Urbiztondo, en confirmación de las palabras de su mujer, citó sus nombres, diciendo:

—Delavigne y Gladstone.

María pareció corregir la frase al mismo tiempo que la afirmaba con un ligero movimiento de su cabeza:

—Gladstone y Delavigne.



AGRADECIMIENTO

Terminada la impresión de la novela, MARÍA DEL CORO, creo de mi deber insistir en mi sincero y profundo agradecimiento á *Frantonio*, por su generosa iniciativa, y á los señores, mis queridos amigos, en el prólogo citados, por su desinteresado concurso material.

Y ahora hago extensivas las gracias al mismo *Frantonio*, quien, por mí comprometido y de muy buena voluntad, ha corregido las pruebas, indicando las erratas de los cajistas ó las incorrecciones del estilo; al doctor don Tomás Acha, por sus cuartillas acerca de la herida de Francisco Delavigne y su cura graduada, *suum cuique* (1); y á los editores don Luis Mena y don Severiano Martín, por el cariño con que han tratado la obra y por las consideraciones que han tenido con el autor.

(1) *Suum cuique*, latín, lo suyo á cada cual.

ERRATAS

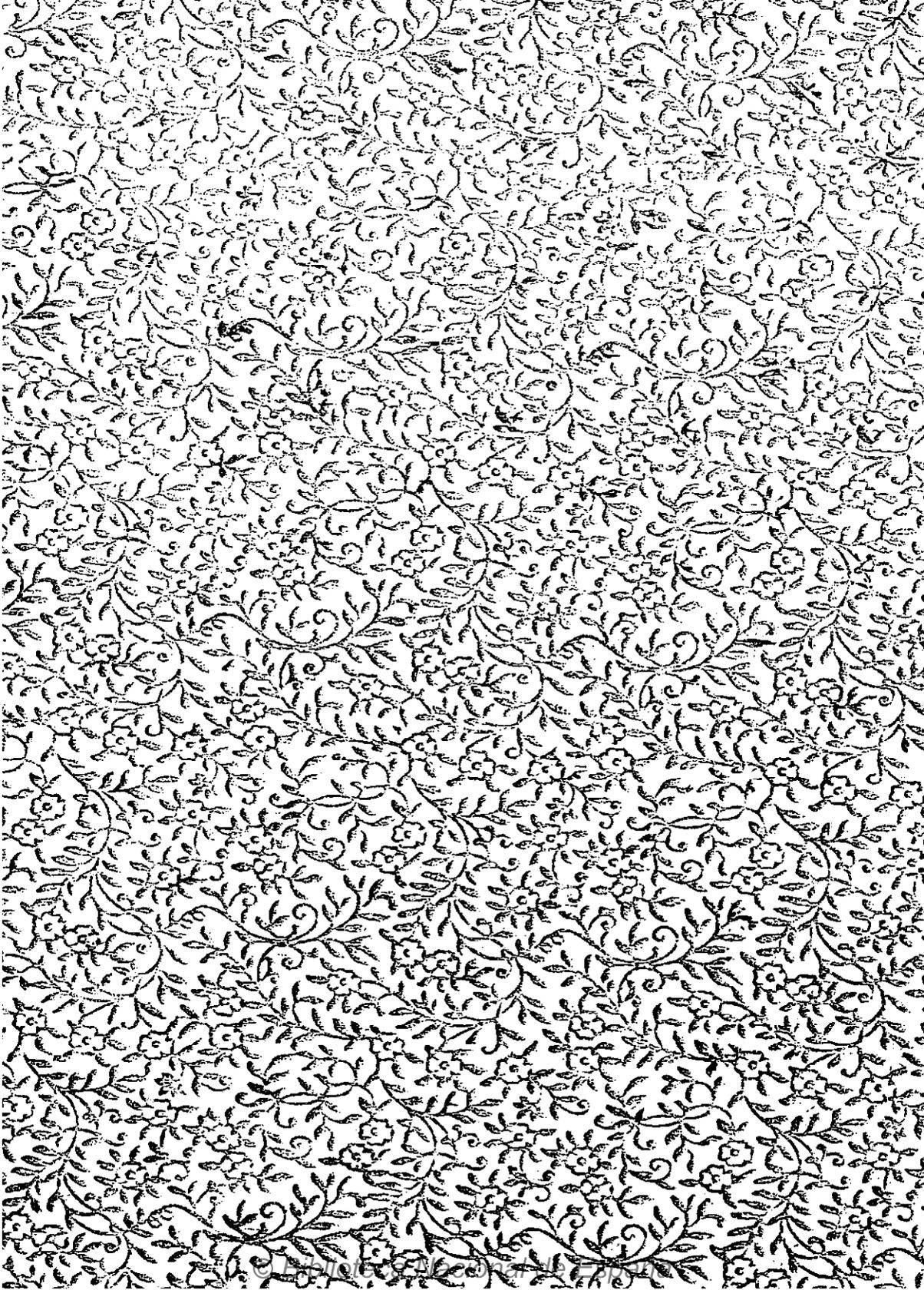
Pero por más diligencia que se ponga por el autor, corrector y editores, han de escaparse algunos yerros, que seguramente disculpará el lector; y aún leerá corregidos en sus respectivos lugares Thouvenot, Mourentan, Oñar; por lo que solo enmiendo, para que no se crean haberse puesto adrede, la palabra *potencias*, que se lee en la página 91 y línea 29, en vez de la palabra *potestades*, y la palabra *otras*, 93—25, en vez de *otra*.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Prólogo.....	I—XXX
CAPÍTULO I. La detención de Pello.....	1—8
— II. El convencional Pinet.....	9—14
— III. Los Delavigne y sus relaciones.....	15—19
— IV. Bengoecheas y Urbiztondos.....	21—28
— V. Sitios reales.....	29—36
— VI. Causa de muchos efectos.....	37—42
— VII. Un efecto más.....	43—48
— VIII. Una gran influencia.....	49—55
— IX. Un afluente caudaloso.....	57—64
— X. María del Coro.....	65—70
— XI. Dios nos la dé buena.....	71—78
— XII. Efectos sin causa.....	79—86
— XIII. El Emperador.....	87—94
— XIV. María y Gladstone.....	95—104
— XV. María y Delavigne.....	105—109
— XVI. María y Joshe Mari.....	111—121
— XVII. La alegría de Juanito.....	123—128
— XVIII. Un mal paso.....	129—138
— XIX. María en Inglaterra.....	139—146
— XX. A puñetazos.....	147—153
— XXI. Celos transparentes.....	155—162
— XXII. Un soldado inglés.....	163—170
— XXIII. El confesor de María.....	171—180
— XXIV. Los dos amigos.....	181—186
— XXV. Sermón moral.....	187—194

	<u>Páginas</u>
CAPÍTULO XXVI. Delavigne de marcha.	195—203
— XXVII. Toque de generala.....	205—213
— XXVIII. María en Portugal.....	215—225
— XXIX. La evasión de Gladstone.....	227—237
— XXX. Genio y figura.	239—246
— XXXI. Delavigne herido.	247—254
— XXXII. Proposición desechada.....	255—263
— XXXIII. La mañana del 25.....	265—274
— XXXIV. ¡31 de Agosto!.....	275—288
— XXXV. Zubieta.....	289—300
— XXXVI. Los funerales de 1815.....	301—305





BIBLIOTECA
NACIONAL
BN



1001892352

3 6805385608



Editorial Nueva Universidad